HUGO WAST

Martínez Zuviría, Gustavo A

LA CORBATA CELESTE

29º MILLAR

BUENOS AIRES

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIAS Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1571-73

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

1922

I

Mi tía Zenobia

No sé qué sospechas o qué cavilaciones nacieron en mi tía. Una mañana me llamó a su estrado, con un breve mensaje de la joven mulata que la servía.

—Manda decir mi amita que, si le viene bien, se llegue a su pieza.

Para obedecerle, debía cruzar el gran patio cuadrado, de aquel caserón en que vivíamos, si no quería que me viese don Tarquino Fonseca, el portugués, que a esa hora ya estaba en el despacho de mi padre, departiendo con él de negocios

Pero llovía a cántaros, y las gárgolas, estiradas como serpientes, vomitaban la primera agua del tejado.

El verano había sido lluvioso, y los techos estaban limpios, por lo cual un viejo esclavo fué luego a cerrar los canales, a fin de que el agua cayera en el aljibe.

A pesar de los años, veo en mi memoria ese aljibe nuestro, de mármol blanco, como lo vi en esa mañana lluviosa. inolvidable, pues en tal día comenzaron las estupendas, risueñas y aun trágicas aventuras que nos envolvieron a mi padre y a mí.

Nuestro aljibe era el orgullo de la familia, tal vez del barrio, por ser uno de los tres primeros construídos en Buenos Aires, hacia 1770, y de su agua famosa por lo fresca y pura, se surtieron los vecinos durante medio siglo.

Mil veces he visto llegar con un cántaro sobre la cabeza, a una negra esclava de la familia del brigadier Azcuénaga, que vivía en el otro costado de la plaza, próxima a la catedral.

—Manda decir mi amito que cómo está su merced y cómo están todos por aquí, y que si quiere hacer el favor de un cantarito de agua, porque la del aguatero no está asentada todavía.

Y mi padre, o mi tía Zenobia, o yo, o cualquiera que la atendía, le franqueaba la entrada, y hasta le ayudaba a baldear, saboreando la satisfacción de que gente de tanta alcurnia acudiese a nosotros por algún servicio.

Todo el día rechinaba la roldana de palo, colgada de una reja de hierro forjada en las fraguas de la lomillería de mi padre.

Por aquella reja trepaba una madreselva, que daba sombra al agua, y que esa mañana, azotada por la lluvia, iba volteando sus flores, mustias con la sensación del otoño próximo.

Más mustio estaba yo; y como la lluvia no escampase y no me gustara encontrarme con el portugués, me animé a cruzar el patio a grandes zancadas, y llegué a la pieza de mi tía, sacudiéndome como un perro.

—¡Jesús, hijo!... ¿te has mojado los pies?

—¡La bendición, mi tía!

—Dios te haga un santo... ¿Pero no te has mojado mucho?

—No es nada, mi tía. Algunas gotas.

—La juventud es así, despreocupada con la salud. Dios nos la conserve muchos años.

A mi tía Zenobia, Dios ya la había conservado en buena salud bastantes años, diez a quince más de los que ella confesaba; pero tenía tan buenas carnes, eran tan frescos los colores de su cara redonda, tan ingenuo el oyuelo del mentón, tan chispeantes los ojos sagaces o tiernos, según los casos, y tan negros los tirabuzones de su cabellera, que sus afanes sentimentales y sus inofensivas coqueterías no le sentaban del todo mal. Era de nariz respingada, mali-

ciosa, "ñata", según el apodo de sus amigos, y tenía dientes chiquitos. Ella lo sabía, y a menudo se reía, nada más que por mostrarlos.

Un mechón blanco la partía la cabellera, pero sólo muy de mañana nos era dado sorprendérselo.

Me bastó, pues, advertir la insolente mecha deshonrando la amable cabeza de mi tía, para comprender que algo trascendental la preocupaba.

La hallé sentada a la turca, sobre el ancho estrado de su dormitorio. Era éste amplísimo, y estaba ahlajado con muebles hermosos, una aparatosa cornucopia, herencia de la abuela, con su gran espejo de marco dorado envuelto en gasas, por librarlo de las moscas; una cómoda de caoba, con cuatro cajones rechinantes y tapa de mármol rosado; un solemne sofá de crin, en cuyas entrañas había polvo del siglo XVIII; muchas sillas de jacarandá, acolchadas y graciosas como damiselas del tiempo del miriñaque; y en la pared principal una gran estampa de San Antonio y el Niñito, con una repisa al pie, donde mi tía colocaba tiestos con flores frescas, y encendía los martes dos velas de cera, bañadas por ella misma, para propiciarse la voluntad de aquel poderoso abogado de las niñas solteras.

Cuando eso acontecía, no gustaba de que entraran a su pieza y si alguien veía las velas llameantes, encontraba al momento una excusa:

—Son por las intenciones de Juanita Carrizo, que ayer tarde, en la plaza, se peleó con el novio; para que el santo los arregle.

O bien:

—Son por Crucita Egaño, para que encuentre pronto quien la haga feliz.

Tengo la sospecha de que, aparte de ésas, muchas velas se encendieron por la intención de mi tía.

Desde temprano acomodábase sobre un "chuse", en el estrado, junto a un braserito de cobre, donde hervía una pava, o una lechera, según fuesen mates de agua o de leche

Cuando llegué, la mulata, con la gruesa bombilla revolvió la yerba en el mate de plata, vertió un chorrito de le-

che hirviente, y chupó; entreabrió la ventana y escupió las primeras chupadas, hasta que lo halló a su paladar.

Echó un terroncito más de azúcar, un nuevo chorrito de leche, y me lo ofreció.

—Sírvase, niño José Antonio.

—Gracias: he tomado ya mi chocolate.

Lo cogió entonces mi tía, con su mano blanca y regordeta, y empezó a sorberlo con deleite.

Tres tandas de mate se tomaba diariamente. Al levantarse, mate de leche, para entonar el estómago; después de siesta, mate de agua, para hacer tiempo, y al acostarse, mate de tomillo, que le traían a mi padre las carretas cordobesas.

—¿Has madrugado mucho? Baltasar, tu padre, me dijo ayer que tendrías trabajo desde muy temprano.

—Así debió ser, mi tía; pero la luvia ha impedido descargar unas cajas de mercaderías llegadas en un buque que ha forzado el bloqueo.

—¡Malditos franceses! — refunfuñó entre dientes — ¡y pensar que hay criollos confabulados con ellos!

Mi tía era la única persona en la casa entendida en asuntos políticos. Mi padre, ni oírlos mentar quería; bastábale estar al corriente de los decretos del gobernador, don Juan Manuel de Rozas, para apresurarse a cumplirlos; y así su chaleco era color sangre de toro, y no existía en la casa ni una hilacha celeste.

Yo había heredado su despego por la política y a la vez su adhesión a la causa de don Juan Manuel.

Sólo mi tía, federal de estirpe y de convicciones, comentaba apasionadamente los sucesos y se empapaba en los chismes de las tertulias, y leía con avidez los furibundos artículos de Mariño, en la "Gaceta".

—Don Tarquino, el portugués, está ahora en la pieza de tatita, — dije.

—¿Ya?

La expresión de su rostro no dejaba lugar a duda de que don Tarquino, el socio de mi padre en sus vastos negocios

de tienda, lomillería y estancias, le inspiraba la misma repulsión que a mí.

¿Sería verdad que don Tarquino Fonseca, el portugués, la había amado, la amaba aún, y ella ni le quitó nunca las esperanzas, ni lo quiso aceptar, guardándose quizá para más altos destinos?

¿Pero quién era ese hombre?

Poco sabíamos de él: que vino con Alvear después de la guerra con el Brasil; que ingresó como dependiente de la tienda de ropa hecha, fundada por mi padre en la Recoba vieja, y que por su actividad y mansedumbre, se hizo el brazo derecho del patrón, y después su socio.

Tenía un esclavo brasileño, negro retacón y robusto, encanecido ya, cuyo nombre de Brumoso, producía la misma sensación que sus modales reservados, y su fisonomía hermética.

Y como ni el amo ni el siervo hablaron jamás de sí, la historia de don Tarquino el portugués no salió nunca de la categoría de leyenda.

Mi tía me indicó una sillita de paja, que estaba a su lado.

—Siéntate aquí; y hablaremos.

Me senté intranquilo por su sonrisa enigmática, y aguardé su pregunta.

—José Antonio... ¿por qué no te casas?

—¿Con quién, tía?

—Estás en edad, y...

—¿Pero con quién, si no tengo novia?

—¡Qué no has de tenerla! ¿Por qué no te casas con Leonor Matorras?

No supe, de pronto, si arrugar el ceño, disgustado de que otros ojos que los de Dios espiaran mis sentimientos, o sonreír, dejando desdoblar la infinita dulzura que me llenó el alma al oír aquel nombre.

Resolví arrugar el ceño, pero no fuí capaz, y bajé la cabeza para esconder la sonrisa.

Mi tía, segura del efecto, comentó alegremente, entrecerrando un ojo:

—¡Jesús me ampare! ¡Si te has impresionado, hijo!

Han corrido mil años sobre esas impresiones, y puedo ahora confesar que ni Leonor Matorras, ni yo mismo, sabíamos tanto como parecía saber mi tía.

¿Qué era lo que yo sentía por aquella muchacha, distinguida, bonita y pobre, tres cosas unidas harto frecuentes entonces?

Los Matorras vivían a la vuelta de casa, en la calle del Potosí. Don Jerónimo, viudo de antigua data, no se ocupaba más que en buscar el esqueleto del Mammuth Americano. Ignoro cómo se le despertó la afición por desenterrar huesos antediluvianos, ni para qué le sirvió. Pero sí que de repente se ausentaba, y Leonor decía, poniéndose colorada, que andaba por Luján, cavando en las barrancas y buscando el Mammuth.

Solía volver a horas inusitadas, con algunas bolsas de huesos, que en mi ignorancia, me parecían idénticos a los que blanqueaban en las inmediaciones del matadero de la Convalecencia.

Pero, si el padre era fantástico, y no pensaba más que en el Mammuth, ni hablaba de otro asunto, Leonor era industriosísima, y de las maravillas de sus manos vivían ambos, con más las dos chinas que les servían, y el perro que cuidaba las gallinas, atado al pie de la higuera, y de noche suelto y embravecido.

Se decía que don Jerónimo era unitario y que su casa, más de una vez había servido de escondite a los conspiradores. Pero no era el físico del buen caballero, lo que podía autorizar tales díceres.

Delgaducho, casi transparente, vivía temblando como una hoja, y sólo en pleno verano solía despojarse de una capa española, nada arrogante en sus hombros.

Su cabeza espumosa, bajo su pelo tupido, crespo y blanco, tenía perfil ovejuno, rasgos prolongados y dulces, de modo que nadie, a primera vista hubiese creído que bajo la mala capa de Matorras, se escondía el "buen bebedor" del castizo refrán.

Él, con su hija y con "los Leones", dos viejitos botica-

rios de la calle de la Universidad, eran los más asiduos contertulios de mi tía.

Yo acostumbraba ser de la reunión, y me empapaba en las explicaciones de don Jerónimo acerca de los terrenos terciarios, del mioceno, del plioceno, del oligoceno; demostraba tan singular interés por cosas tan arrevesadas, que mi experta tía Zenobia no tardó mucho en plantearse la cuestión: ¿Por qué le interesan tanto a José Antonio los huesos del Mammuth?

Declaro que yo también me la propuse, pero no la había resuelto aún, cuando ella me echó encima como un vaso de agua de rosas, la terminante respuesta:

—¡Eso es la flecha de oro!

—¿La qué? — pregunté haciéndome el desentendido.

—Eso es amor... ¿Lo deseas más claro?

—La escucho, tía, como si me hablara en griego.

—¡Vamos José Antonio! Supongo que no me querrás engañar.

Alcé la cara y me animé a afrontar los hermosos ojos, llenos de picardía.

—En mi vida la he engañado...

—Entonces confesarás que la quieres, desde hace tiempo.

—Si fuera así ¿por qué habría de negarlo?

—¡No lo niegues, pues!

—Tampoco lo afirmo... Nunca he pensado en esto.

—Verdad es que hablas más con don Jerónimo que con Leonor; pero eso mismo es indicio de tu mal.

Yo enrojecí de vergüenza, porque era ése mi permanente remordimiento. Yo que hallaba interesantes las disertaciones de Matorras sobre los terrenos terciarios, y tenía palabras para responderle, no bien me quedaba a solas con Leonor, el corazón se me enloquecía y en mi cerebro se hacía la absoluta tiniebla.

Me costaba una violencia indecible dominar mis nervios, para escucharla siquiera a ella, imperturbable, y sonriente, dueña de sí, y ¡ay! dueña también de mí.

—Eso es amor, — certificó mi tía — ¿por qué no te casas?

No me extrañaba oírle una proposición matrimonial. Era su especialidad: creo que no llegó a cuajar en su barrio, y aun en muchas cuadras alrededor de la plaza de la Victoria, ningún noviazgo en que ella no interviniese.

Ahora que soy viejo, cuando asisto a reuniones de campanillas, donde hallo a los hijos de nuestros amigos de entonces, me suelo decir: "Esta chica tan mona, le debe sus cabellos de oro a mi tía, porque su abuela se estaba por casar con un moreno, cuando ella le hizo el noviazgo con un inglés". O bien: "estos pollos existen gracias a mi tía, que arregló una grave cuestión entre Fulanito y Zutanita, vecinos entonces de la calle del Potosí, hace cincuenta años. Sin aquel arreglo, Fulanita habría sido monja, y Zutanito fraile, y estos pollos estarían en el limbo".

La diplomacia de la buena señora era en aquellos asuntos exquisita y sutil. Sabía muy bien, que en la mayoría de los casos, las alusiones directas, los razonamientos y la claridad son de una esterilidad que afrenta a la Lógica.

¿Por qué, pues, se me echó encima con aquella pregunta, que me dejó un minuto sin hablar?

Ahora mismo no sé qué habría contestado, de exigirme respuesta. Felizmente mi tía, que acababa de infringir uno de los principios de su escuela diplomática, no insistió en su pregunta, pero siguió machacando en aquel clavo.

—Para unos, Agustina Rozas es la mujer más linda de Buenos Aires; para otros, es Catalina Benavídez; yo prefiero a Leandra Gómez; mas, por encima de todas, paréceme que está Leonor.

Yo asentí con un gesto.

—Sólo que, — prosiguió mi tía — Leonor Matorras es pobre, se gana su vida y apenas asiste a los saraos. En otros tiempos, éstas eran cualidades muy apreciadas. Pero los mozos de ahora no piensan así: se fijan más en el peinetón, en la mantilla y en un rico vestido, que en la persona. Por eso ella no es la reina de los salones porteños.

Los ojos se fijaron en mí. Yo continuaba perplejo sobre la verdadera intención de mi tía.

Después de un rato de silencio, dirigióse a la joven mulata que le servía el mate:

—Hija, cebámelo con azúcar "quemada".

Benita sacó del anafe una brasa v la echó en la azucarera, y un humo blanco y oloroso llenó la pieza.

—¿Dónde hallarías una criatura como Leonor? — me preguntó mi tía, y yo tuve que esforzarme para disimular mi turbación al responderle:

—No creo que exista ninguna que la aventaje...

—Pues bien, pídesela a su padre y cásate con ella...

Yo miraba en ese momento a la mulata, que arrojaba el carbón semiapagado en la leche hirviente, para darle aquel grato sabor de caramelo, y creí notar que la cucharilla temblaba en su mano graciosa y ágil.

Ya me había parecido que atendía demasiado a la conversación, y que cuando yo hablaba, se quedaba quieta.

Pero sólo tiempos después obtuve la clave de lo que ese día no me pareció más que excesiva curiosidad.

La lluvia azotaba los cristales de la ventana y se colaba en hilos por las rendijas, formando un charquito sobre las desparejas baldosas.

—¡Gracias a Dios que ayer arrollé el tripe! — exclamó mi tía—. Dicen que la Recoba vieja se llueve a cántaros. Tal vez se está anegando la tienda, mientras don Tarquino se pasa las horas hablando de bueyes perdidos con tu padre.

En eso oyóse en la galería la voz de mi padre.

—¿Pero, qué, pensará seguir lloviendo todo el día? — exclamaba el buen señor afligido, acordándose también del tejado de su tienda.

Luego sentimos que ambos se paseaban por el corredor y yo me imaginé que de un momento a otro aparecería en la puerta del cuarto de mi tía, la figura encapotada de don Tarquino. Ella debió de pensar cosa anáoga, porque se rebulló en el asiento y se tanteó el peinado, y con un manotoncito disimuló el blanco mechón, y aguardó sonriendo a los dos personajes.

Y en efecto, no bien hizo sus preparativos, se obscureció el cuadro de la puerta.

—Buenos días, mi señora doña Zenobia — dijo el portugués, inclinándose hasta el suelo.

—Temprano comienza la tertulia; ¿se nos recibe también a nosotros? — preguntó mi padre.

Mi tía se prendió al pecho la pañueleta roja, de pelo de cabra, y los acogió luciendo sus dientes y ruborizándose como una chicuela.

—¡Adelante! ¿no gustan ustedes algunos matecitos de leche, mientras pasa la lluvia?

Los dos socios entraron.

Mi padre venía restregándose las manos, y como no hiciera frío supuse que alguna alegría desbordaba en él.

La sonrisa de mi tía se desvaneció, recelando, seguramente, de la inusitada alegría.

Era mi padre un hombrecito de buena salud, pero de pocas carnes. Usaba gafas de oro, sin las cuales habría podido pasar por una fiel reproducción del prócer argentino don Juan José Passo, y viéndole echábanse de menos en su indumentaria los zapatos de hebilla y el pantalón corto.

Escaseábale el cabello. y por miedo de constiparse, usaba entre casa un gorro de terciopelo negro bordado por mi tía, que puso en tal labor sus cinco sentidos. Sobrábale, en cambio, a don Tarquino, y era su pelo un casquete color de azafrán, alborotado e indócil que chorreaba desde el cráneo por las patillas, hasta el bigote, hirsuto como dos pinceles plantados por el cabo, bajo la fuerte nariz. Contrastaba su pelambre leonina con sus ojos azules, lánguidos y enamorados, sus manos de mujer, pequeñas y hábiles, y su hablar meloso. Era muy alto, y la sillita que le indicó mi tía muy baja. Al sentarse pareció quedarse en cuclillas, mirando por los cristales empañados, los naranjos de la huerta que pintaban manchas obscuras en el cendal de la niebla.

De vez en cuando, el portugués, al tomar o devolver el mate de leche, con que Benita le obsequiaba, echaba una mirada gatuna sobre mi tía, que hablaba con mi padre de los tejados de la recoba.

Y yo, en tanto, cavilaba sobre los motivos que la decidieron a acordarse de Leonor Matorras y acariciaba la vani-

dosa ilusión de que pudo ser ella misma quien la incitara.

Porque, es hora de referirlo, mi tía de tiempo atrás, venía tejiendo a mi alrededor una de sus amables intrigas, empeñaba en casarme con Manuelita, la hija de don Juan Manuel de Rozas.

Diariamente iba a casa del Restaurador, porque mi buena letra y la gran amistad que lo vinculaba con mi padre me habían ganado el honroso cargo de oficial primero en su despacho.

Viendo a mi padre enfrascado con mi tía en el asunto de los tejados y no deseando conversar con el portugués, pedí permiso para irme a la oficina. Mi tía, se puso disimuladamente el dedo índice sobre la boca y guiñó tan levemente un ojo, que sólo yo comprendí el sentido de su indicación: "Guarda secreto sobre lo que he dicho".

—¡Oh!, ¡no había riesgo! Mi defecto fué siempre el callar demasiado; estoy cierto de que muchas de mis penosas aventuras acaecieron por tal causa.

Pero, ¿por qué había cambiado mi tía de propósitos? ¿Por qué pensaba ahora en Leonor, olvidando a Manuelita?

Me envolví en una capa jerezana con vueltas de terciopelo, que me trajera de España don Pío León, el boticario; desplegué un inmenso paraguas de mahón, de color anteado, y salí santiguándome.

En aquellos tiempos tenía Buenos Aires escasísimas calles empedradas, de tal modo que en los días de lluvia era una verdadera crugía el vadear los profundos arroyos de lodo amarillento.

El agua de los tejados caía sobre la acera mal pavimentada de ladrillo, por la boca de cien víboras estiradas; y el pobre transeunte veíase obligado a caminar zigzagueando, como borracho, huyendo de los chorros o esquivando los charcos o las rejas voladas, que se echaban sobre los desprevenidos.

La casa de don Juan Manuel, en la calle de la Biblioteca, distaba muy poco de la nuestra; pero llegué embarrado hasta los ojos.

Podría pintar exactamente cómo era la casa del dueño y señor de Buenos Aires, tan claros y fieles son mis recuerdos. La veo ahora tal como la vi ese día, solitaria bajo la lluvia persistente, cerradas sus persianas de hostil aspecto, silenciosa y más imponente por la ausencia de guardianes y todo aparato militar.

Entré en el despacho de don Juan Manuel por la oficina del general Corvalán, ~~única puerta abier~~ta sobre el fondo de aquella antesala, y se despertó al oír mis pasos.

El viejo soldado dormitaba sobre un sofá de cerda, en el patio.

—No está — me dijo, restregándose la barba mal afeitada; — se ha ido a Palermo.

Por ese tiempo don Juan Manuel ocupaba sus ratos libres en rellenar unos terrenos bajos, adquiridos a orillas del río, a media legua de la ciudad.

No era el día de los más a propósito para paseos al campo, mas aquel hombre singular, de terciopelo y de bronce a la vez, lo mismo se plegaba a las leyes que se alzaba contra las comodidades.

Pasé al despacho del Restaurador, donde yo trabajaba, ante una mesita, medio oculta en el hueco de una ventana, jamás abierta.

Desde allí, poniendo en limpio o copiando los documentos que él me entregaba, he oído conversaciones que me cuajaban la sangre, y he atisbado algunas raras vislumbres del alma recóndita de don Juan Manuel.

Sus visitantes, a fuerza de verme en ese rincón, habían concluído por olvidarme, y en cuanto a él, siempre me dispensó su confianza. Mis lectores dirán si yo la defraudé.

La pieza era larga, pobre de muebles, mal iluminada por ventanales bajos, de vidrios chiquitos.

Una estera de esparto en invierno salvaba un poco la fría desnudez del piso enladrillado. En el fondo, había una gran mesa de algarrobo, atestada de papeles, aparentemente en desorden, pero bien clasificados en la férrea memoria del Restaurador. Allí trabajaba él, sin levan-

tar la cabeza, horas y horas, apuntando en cada papelote su juicio o su resolución, con una linda letra española.

Tenía la vanidad de su caligrafía y cuando había de dirigir una comunicación autógrafa a un gobernante extranjero, se pasaba días haciendo palotes para embellecerla.

—Quiero hacerlo rabiar al Rey guarda chanchos, Luis Felipe. Voy a mandarle una nota de mi puño, que lo va a dejar bizco.

A veces pienso que toda mi gracia ante él, fué que nadie como yo sabía cortar plumas a su gusto, ni rasguear con tanta elegancia en los papeles de hilo agarbanzados, que entonces se estilaban.

Generalmente destinábame las copias reservadas.

—Cuide que ésta no se la vea Arana, — me había dicho el día antes, entregándome una nota para el ministro inglés, acerca del bloqueo — y sáqueme dos copias para mañana a primera hora.

Me dispuse a trabajar, cuando las campanas de San Francisco dieron las nueve. Sentí pasos en la antesala, y temiendo que fuera el ministro Arana, escondí bajo un cartapacio el borrador.

Pero no era él, sino el mismo don Juan Manuel que volvía malhumorado.

En la puerta del despacho se detuvieron temerosamente sus acompañantes.

Al verme, se me aproximó.

—¡A ver eso! — me dijo.

—Señor, todavía no está.

Me miraba con aquellos temibles ojos azules, destemplados, que enfriaban la médula. Pero yo adiviné que no me veía, que estaba abstraído en otras cosas, y observé en su frente clásica una levísima, siniestra arruga.

Difícilmente se hubiera encontrado un hombre más hermoso.

Y él lo sabía, y cuidaba la elegancia de su postura, la posición de su cabeza, la línea sutil de sus labios, hasta el movimiento de sus manos pulcras.

¡Nada de nervios! Grande, blanco, algo triste, daba la sensación de un mármol.

En las antesalas se oían voces apagadas; distinguí la de Manuelita, que preguntó al general si estaba ya de vuelta "su tatita".

No entró, sin embargo, y yo lo sentí, porque ella disipaba la cólera de don Juan Manuel. Éste comenzó a pasearse; yo seguía copiando la nota. De pronto, me dijo:

—¡Hoy no se ha puesto el cintillo!

Se usaba ya la divisa federal, aquella famosa cinta colorada, con la leyenda: *"Viva la federación; mueran los salvajes unitarios"*, que los hombres debíamos llevar en el sombrero o en el ojal de la chaqueta.

—Efectivamente señor; — respondí — un descuido, que no me ocurrirá otra vez.

Se sonrió; algún pensamiento grato relampagueó en su mente.

—¿Se olvidó?

—Salí en medio de la lluvia, envuelto en la capa, y no advertí que lo dejaba.

—Eso quiere decir que mis buenos federales no usan la divisa de puertas adentro. ¡Bah! ¡La confianza que tengo yo en ustedes! En su casa, sólo mi amiga doña Zenobia es buena federal. Y todavía no estoy seguro de que si fuese a Montevideo no se vestiría de celeste...

—¡Señor!...

—Mire, Balbastro: yo lo sé todo. Sé hasta de qué modo llevan la divisa, algunos. Por ahí anda ese doctor Muñiz, que se dice más federal que yo, queriendo congraciarse con los unitarios. ¿No ha tenido la impudicia de visitar al general Paz con el cintillo puesto de ojal a ojal, en forma que sólo se leía: *"la federación muera"?*... ¿Por qué hacen eso, si todo lo he de saber?

Y recomenzó sus paseos de punta a punta de la sala en un inquietante silencio. De fuera venía siempre rumor de conversaciones.

Yo tenía sincero afecto y profunda admiración por el

general don Juan Manuel de Rozas, pero no podía evitar el sentirme desazonado en su presencia.

—¡Balbastro!

—¿Señor?

—¿Su padre me cree ladrón?

Alcé la cabeza sorprendido. Con mano segura entresacó un papel de la montaña de carpetas.

—Mire esto: es una cuenta, que se me pasa de la lomillería de su padre, por riendas y sillas suministradas a la tropa.

—¿Está mal? — interrogué, temeroso de que se hubiera deslizado alguno de esos errores que lo volvían implacable.

—Los precios están bien, las sumas están bien, pero la cuenta está mal. Ha mezclado lo mío con lo del Estado. Esta es una cuenta del Gobierno y en ella figura un recado que le encargué para mí... ¡para mí! ¿Entiende José Antonio? Y lo mío lo pago yo, no me lo paga la patria...

Me arrojó el papel sobre la mesa, y salió del despacho. Lo tomé aliviado con la ausencia del terrible gobernador, cuando lo vi regresar acompañado de don Juan Nepomuceno Terrero, uno de los pocos hombres a quienes tuteaba.

Terrero no advirtió mi presencia, y el gobernador se hizo el que me había olvidado.

—Trabajo como un burro, duermo poco, sólo como una vez al día, y sin embargo estoy engordando, — dijo don Juan Manuel, que gustaba hacer conocer su maravillosa tranquilidad de espíritu, en medio de los odios y de los riesgos que lo acechaban.

—Tu gobierno es fuerte, — contestóle Terrero. — El país está tranquilo; puedes dedicarte a engordar.

El Restaurador se rió con amargura.

—¿Entonces no sabes que conspiran contra mí?

—¡No puede ser!

—Así es, sin embargo.

—¿Los unitarios?

—¡Los unitarios... y los federales! Algunos federales...

Se abrió la puerta, y entró el general Corvalán, que se acercó al gobernador y le habló al oído.

—¡Hágalo pasar!

Salió Corvalán, y don Juan Manuel dijo, con voz que me hizo estremecer:

—¡Allí está uno de los federales que conspiran!

—¿Quién es?

—¿Quién creerás que es? El amigo entrañable, desde mi juventud, el hombre que me lo debe todo, que me abraza cuando me ve, y a quien yo quería más que a mis hermanos.

No pude reprimir un movimiento de curiosidad y miré de reojo.

Entró el presidente de la sala de Representantes, el doctor don Manuel Vicente de Maza.

Comprendí que Terrero había quedado tan sobrecogido como yo. Aquellas palabras, pronunciadas con encono y dolor, llenaron nuestros oídos como una sentencia de muerte.

Don Juan Manuel tendió la mano al visitante. Luego se acercó a mi mesita, y me dijo:

—Puede copiar esa nota en la otra sala; que nadie se la vea.

Recogí mis papeles y me fuí a la otra pieza.

¿De qué hablaron aquellos tres amigos, uno de los cuales debía en breve bautizar con su sangre la época del terror?

Se me encoge el corazón cuando pienso que yo pude, con una sola palabra, cambiar el destino de uno de aquellos hombres, y no lo hice.

Tenía el alma llena de sentimientos que me traían absorto. Esas cosas sólo me llegaban como el rumor de un mar lejano, para luego olvidarlas.

Durante una hora copié aquel borrador con mi mejor letra, pero con la imaginación ausente.

"¿Por qué mi tía Zenobia?"... era la pregunta que me formulaba ciento y una vez.

Fueron cayendo las horas de aquella jornada, larga como nunca. Dos o tres veces me llamó el Restaurador; ya el doctor Maza se había ausentado, pero él seguía conversando con Terrero.

—Balbastro, deme esa nota. Copie esto. Extracte ese informe...

Yo cruzaba por entre los numerosos empleados de las oficinas, con mis cartapacios misteriosos, envidiados de ellos pero no más feliz que ellos, agobiado por el peso de los secretos propios y ajenos.

—Puede irse; — me dijo a las dos de la tarde; — lleve esa cuenta a su padre, y no se olvide de la divisa, ni se la ponga como el maniático Muñiz...

El tiempo había mejorado. Brillaba un sol ardiente en los charcos de la calle, y chispeaban las últimas gotas en las bocas de los caños.

Detrás de mí, un sirviente cerró la recia puerta de algarrobo. La campanita de San Juan acababa de anunciar la hora de la comida, durante la cual todas las casas permanecían clausuradas, y en la ciudad no circulaban más que los negros portadores de viandas, llevando de comer a los tenderos.

Sin embargo, en la calle de la Universidad encontré atado al poste de una esquina, el caballo tobiano conocidísimo del doctor Muñiz, el insigne médico de quien el Restaurador me había hablado.

Ya en aquella sazón el doctor Muñiz padecía de la manía de don Jerónimo Matorras y desenterraba fósiles en las barrancas de Luján. Había descubierto el Megaterio y el Gliptodonte de las Pampas, cuyos huesos regaló don Juan Manuel después del bloqueo al almirante Lepredour.

En medio de la calle existía un inmenso pantano. Por no sumergirse en él, el doctor Muñiz que visitaba a caballo a sus enfermos, se había apeado en la esquina y caminaba por la vereda altísima, a pocos pasos de mí.

Lo vi llegar hasta la otra esquina y entrar en la botica del León, o "de los Leones", como la llamábamos, porque era su deño don Pío León, casado con su prima, doña

Mariquita León, quienes habían encontrado modo de incorporar otro león a su modesto comercio, pintando una especie de gato amarillo en el mojinete, como confirmación del letrero.

Estaba a pocas varas de la casa de Leonor; y aunque no era extraño, por cierto, que un médico entrase en una botica, se me antojó que el doctor Muñiz no iba con ese destino.

Me aguardó en el umbral, contestó a mi saludo y pidió un remedio, con voz fuerte.

—¡Una toma de Le Roy, don Pío...!

Yo no era entonces, ni lo he sido después, a pesar de mis aventuras, muy suspicaz y había llegado al año 39 sin entender pizca de política.

Pero las palabras de don Juan Manuel esa mañana, habían aguzado mi atención, hacia aquel hombre. Parecióme demasiada precaución la suya, y se me ocurrió que de no divisarme, habría ido a golpear a la puerta de don Jerónimo Matorras, su rival en la búsqueda del Gliptodonte y del Mammuth.

Pero si era así, ¿por qué disimulaba sus andanzas? ¿Sería verdad que en la pobre casita de Leonor se conspiraba tanto o más que en la aristocrática tertulia del doctor Fernández?

Entristecido por tal idea, llegué hasta la plaza de la Victoria, encharcada y desnuda, y cruzada en todo sentido por los sirvientes que llevaban las viandas a sus amos. Empujé la puerta de mi casa, y penetré en el patio anchuroso, radiante de sol, con sus ladrillos recién lavados por la lluvia, y perfumado por las flores que mi tía cuidaba en tinas alineadas contra la pared.

Ella me vió, y me acogió con sonrisas:

—¡Ya está aquí, José Antonio! ¡Vamos a la mesa!

II

La sospecha

—Un padre nuestro por el alma del general Quiroga — anunció mi tía después de los postres, y se puso a rezar. Mi padre y yo contestamos.

—Otro padre nuestro por el alma del coronel Dorrego...

Terminado el rezo, con aquellas preces recomendadas por don Juan Manuel a sus amigos, íbamos a levantarnos de la mesa, cuando se abrió la puerta de calle.

—¡Ave María Purísima!

—De lo de don Jerónimo... — dijo mi tía, conociendo por la voz a la chinita de Leonor — ¡Sin pecado concebida! ¡Adelante!

Entró la muchacha arrebozada en un manto color pasa, trayendo al brazo un canastón que olía a pan caliente. Dejó caer el rebozo, porque las sirvientas sólo descubiertas hablaban ante los amos, y dió su mensaje de un resuello:

—Manda a decir mi amita, la niña Leonor, que cómo están, que cómo ha amanecido su merced, el señor Baltasar y el niño José Antonio, que por qué no fué a verla anoche, que la esperaba, que ella no pudo venir porque tuvo visitas, y que aquí le manda un pancito regalado, que ha hecho para que lo pruebe, que no le ha salido tan bueno, pero que con mate no ha de estar nada muy malo...

Fué a hablar mi tía, pero la muchacha prosiguió:

—Y dice que es para que lo tome en su nombre, con el señor Baltasar y con el niño José Antonio.

¡Cómo latía mi corazón! Tía Zenobia me echó una mirada, en que claramente quiso decirme: ¿Has visto? y mi padre, que se adormecía en un sillón, se espabiló y se aproximó a la canasta, levantó el mantelito de encaje, que la cubría y olió con avidez el dorado montón de pan dulce.

—¡Qué ricura! ¡Benditas manos, las de tu niña Leonor!

La chinita aguardaba de mi tía la respuesta de cajón.

Pero la dama había fruncido el ceño, al oír el elogio y parecía atragantada.

Enderezó hacia una rinconera de cedro, donde guardaba los dulces, extrajo del bolsillo de la pollera un manojo de llaves y pasó un par de tabletas colocándolas en una fuente de plata, refulgente como el sol.

—Dile a la niña Leonor, que está muy rico su pan, que muchas gracias, que lo voy a tomar en su nombre...

—Y yo también, — murmuró mi padre, que seguía oliendo la canasta.

—Y que aquí le mando unas tabletas de San Juan, muy poquitas, porque no ha llegado el arria de mulas anunciada; apenas para que las pruebe con el señor don Jerónimo y que a la tarde le devolveré la canasta... ¡Ah! y decile a la niña que me han contado buenas cosas de ella, y que estoy muy contenta.

Con esto, tía Zenobia echó una mirada triunfante sobre mi padre, que dejó de oler el pan y enarcó las cejas.

La chinita salió, mi padre arriesgó dos o tres palabras que quedaron sin contestación y luego se fué a dormir la siesta.

Yo pensé que mi tía se iría también, y me arrellené sobre el sofá, a esperar el café que me traería Benita. Pero la dama acercó una sillita de hamaca, y se sentó a mi lado.

—Don Tarquino el portugués habla de vender la tienda; quiere irse a la estancia.

—¿El? ¿a la estancia?

—Tiene buen ojo. Con la guerra ha subido el valor de las haciendas. No las perjudica el bloqueo, pues lo que no consumen los gringos, lo consume el ejército...

Yo no maliciaba a dónde iba le conversación y permanecí callado, receloso de la esplendorosa sonrisa de mi tía.

—Si te casaras, José Antonio, podrías irte a la estancia en vez de él.

Me quedé perplejo, y estuve a punto de contestarle:

—Si Leonor me quisiera por marido, me iría al fin del mundo.

Pero dije otra cosa, en que ciertamente no pensaba:

—¡Déjelo que se vaya, mi tía! Ese campo está en tierra de indios, y puede ser que un malón se lo lleve.

Y endulcé con una risita la expresión de este mal deso.

No pestañeó y siguió diciendo:

—Tu porvenir y tu fortuna están en la estancia. Deja el empleo del gobierno y cría vacas; pero antes, cásate.

¿Por qué no hablé entonces? ¿por qué se me atravesó de nuevo el maligno pensamiento de que a mi tía se le importaba un pito de mí y de Leonor, y me escondía su verdadero propósito?

Hizo un mohín de disgusto por mi silencio, y sin añadir más, salió del comedor.

A unos los pierde la malicia, y a otros la inocencia. No sé bien qué me perdió a mí, pero fué uno de esos estados del alma.

Por quedar nuestra casa en frente de la plaza de la Victoria, vivíamos al borde de todas las fiestas oficiales y de todas las revoluciones. Nuestras horas eran medidas por la vieja campana del Cabildo, que convocó a los criollos de la Independencia.

Desde la ventana de la pieza de mi padre, asistí en 1828 a la sublevación de las tropas recién llegadas del Brasil, y conocí al general Lavalle, que dos semanas después había de cometer aquel error fatídico del fusilamiento del gobernador Dorrego, por cuya alma rezábamos todos los días.

Tenía yo diez años entonces, y no me imaginaba viendo

al joven y brillante militar en su caballo tordillo a veinte pasos de mi reja, que el destino algún día me arrojaría en su ruta.

Durante muchos años he pasado al margen de la política, sin que lograra interesarme. Yo tenía afición por otras cosas. me gustaba el comercio; me imaginaba que algún día sería mía la tienda de ropa hecha que fundó mi padre en la recoba, y en la cual hizo su fortuna. En los días libres recorría las *bandolas* de la plaza, pequeños negocios ambulantes, en que se exponían mil baratijas industriosas. Me divertía ver a los pobres provincianos y a los negros encandilarse ante aquellas maravillas, y rendirse a la tentación, dejándose explotar por el *bandolero.*

Conocía todos los sitios de Buenos Aires en que se comerciaba, desde la plazoleta de la Fortaleza, hasta "el hueco de Lorea"; desde la plaza de Marte, donde en tiempos del Rey, se vendían los esclavos, y siguiendo por la antigua calle de los Mendocinos, hasta Barracas, donde mi padre tenía un saladero.

Me había adormilado sobre el sofá, oyendo zumbar las moscas, cuando disipó mi somnolencia el rumor de unos pasos.

—Niño José Antonio, — me dijo Benita, — aquí tiene el café.

Le temblaba la mano, en que traía el servicio de porcelana, sobre una bandejita de cobre, bruñida como un oro.

Estuve tentado de preguntarle la razón de su azoramiento, pero mi pereza venció a mi curiosidad.

Tendría la chinita diez y ocho años. De raza africana, había nacido en nuestra casa y era gentilísima de figura, llena de gracia rústica en sus modales, y de luz en su fisonomía despejada, en sus ojos ardientes, en su risa juvenil.

Tomé la taza y la miré intrigado.

—Niño José Antonio, ¿es verdad que se casa?

Debió costarle un esfuerzo terrible aquella pregunta, no obstante la cordial y respetuosa familiaridad con que nos trataban nuestros sirvientes. Su voz era triste y ahogada.

—¿Qué te importa, Benita?

Miró furtivamente al patio, y se atrevió a insistir.

—¿Y es con la niña Leonor?

—¿Quién te ha podido decir eso?

—Mi amita.

—Te lo ha dicho por reirse de vos, que lo crees todo.

—Sus ojos, como dos brillantes negros, se fijaron en mí.

—¿No es verdad entonces?

—¿Por qué? pregunté con fastidio ya — ¿qué te importan estas cosas?

—¡A mí no!... ¿qué me puede importar? pero a su mercé, niño José Antonio, sí...

—¡Sos charlatana!

No se movió del sitio en que estaba, a un paso del sofá.

—¡Y sos audaz! ¿Quién te ha mandado que hagás esa pregunta?

—Nadie, niño.

—¡No es cierto!

—¡Por la salvación de mi madre!... Pero quería prevenirle...

—¿De qué?

—De que la niña Leonor tiene otros amores.

Me puse de pie indignado; dejé la taza, y con voz que debió herirla como un latigazo, la increpé por su mentira.

—¡Bribona! ¿quén te paga por mentir? Esa niña está a la altura del sol, para que te atrevas a mancharla con tu lengua...

Me paseaba furioso por el largo comedor; ella permanecía junto al sofá, tapándose los ojos con sus pequeñas manos negras y fuertes, avezadas al trabajo, pero extraordinariamente bonitas.

—Niño José Antonio, — murmuró ahogándose con las palabras indóciles, — hace días que un mozo vive en casa de la niña Leonor... Si no me cree ¿por qué no va a verlo?

Me sentí acongojado, y por primera vez medí la in-

mensidad de mi amor en la infinita angustia que experimentaba.

—¿Por qué lloras?

—Su mercé me ha...

No continuó. Sacudió la cabeza, dominó su resentimiento y se fué sin mirarme. La vi cruzar el patio defendiéndose del sol de la siesta con su charola reluciente, y sentí un gran dolor por haberla herido.

Porque no dudé que sus palabras eran la más penosa verdad que podía aprender.

No sé cuánto tiempo me estuve allí, rumiando esa amargura.

Mi padre, despierto ya, me mandó llamar.

Generalmente pasaba las tardes con él, ayudándole en su correspondencia.

—Aquí están estos borradores, ponlos en limpio, — me dijo, — y pásalos al libro copiador.

Me senté a trabajar como un autómata y él empezó a medir a trancos la pieza, con las manos a la espalda, absorto en sus planes.

Si yo hubiera sido capaz de observar, habría notado en su cara, en sus gestos, en su porte, una vivacidad desacostumbrada, como si lo asaltaran pensamientos alegres.

—Aquí podríamos hacer un tabique, — prorrumpió de pronto.

—Una simple pared de soga, — prosiguió mi padre, — y tendríamos dos piezas... ¿No te parece?

—Sí, tatita.

—Haríamos un despacho para tí y otro para mí; aquí abriríamos una puerta y estarías más independiente y más cómodo...

Cuando hube concluído estaba la tarde muy avanzada, casi entrado el sol.

—¿Vamos a dar una vuelta por la Alameda? — me dijo mi padre.

Todos los días acostumbraba salir de paseo, para distraer el espíritu de los cuidados de la fortuna.

Era pequeño de estatura, pero tenía un porte señorial,

la nariz al aire, los ojos avizores, la atención atraída por los ruecos sin edificar, calculando las casas que se podrían construir.

De cuando en cuando se detenía y golpeaba con su rico bastón algún ladrillo suelto.

—"Bien quemado" — murmuraba — o "mal quemado", y si encontraba una pila de ellos, tenía la pretensión de saber, por el sonido que daban, de qué horno procedían.

La plaza a tal hora, se infestaba con el tufo de los fondines, que empezaban a llenarse de parroquianos.

—Mi padre olfateaba y decía:

—¿Sientes? ¡mondongo a la catalana! — y señalaba con la contera de su caña los bajos de la casa de Escalada.

Durante años, cuando empezaba a hacer su fortuna como dependiente de un tendero barcelonés, comió en aquel fondín, famoso por el mondongo a la catalana.

Y todavía, hacía sus escapadas como un colegial, y abandonando el puchero chico o la carbonada de mi tía Zenobia, se metía en aquel antro a saborear el áspero condumio.

Poco ganoso de acompañarlo en el monótono paseo, que solía terminar en un poyo de la Alameda, con un par de viejos de tiempos del Rey, le dije que debía hacer una diligencia.

Si pasas por lo de Matorras, tráeme un paquete de rapé.

¡Ni que hubiera leído en mi pensamiento! Tenía ansiedad de llegar a casa de Leonor, para ver si me había engañado la mulata, y no imaginaba ningún pretexto.

—Y llégate hasta la calle Potosí, que te queda a una cuadra, y vé si don Manuel Masculino ha terminado la tabaquera de carey con el retrato del Restaurador, que hace tiempo le encargué.

Santiguóse al salir, mojando los dedos en una pila de *piedrasapo* y tomó hacia el Fuerte, y yo me encaminé con rumbo opuesto.

La campana de la Catedral tocaba a oración.

—El ángel del Señor anunció a María... — murmuró

una señora anciana, que pasó seguida de una chinita; y se arrodilló en la vereda.

Todos, hombres y mujeres, se detenían en la calle al toque del Angelus. Yo me descubrí, y aguardé con reverencia a que la dama terminara su rezo.

—Buenas noches, joven, — me dijo, alzándose.

No la conocía, pero en aquellos tiempos eso no era necesario para cambiar un saludo con todos los transeuntes.

En la segunda esquina, quedaba la botica de *Los Leones,* muy próxima a la casa de don Jerónimo Matorras.

Misia Mariquita León, que estaba entre sus potingues, alcanzó a divisarme.

—¡José Antonio, José Antonio!

¡Dios mío! ¡Qué fea era le dulcísima viejita!

—Tres almondiguillas echadas al viento, — solía decir mi tía Zenobia, cuando yo era niño; — una es la cabeza de misia Mariquita León, otra es la pechuga, otra es lo demás...

Y en verdad que a cierta distancia misia Mariquita parecía construída con tres almóndigas, de mayor a menor.

Me dijo que esa noche iría a jugar con nosotros a la lotería, de lo cual yo fingí alegrarme, y me dejó marchar. Pero cuando me arrimé a la puerta de Matorras, todavía me gritó con malicia:

—¡Ah, picarón! ¿tú también?

—Vengo a buscar un paquete de rapé para mi padre, — contesté, ruborizado como una niña.

Leonor, al verme, corrió llena de agasajos, pero debió chocarle mi desacostumbrada reserva, pues se contuvo, y se arrimó a la puerta, como cerrándome el paso.

—Buenas noches, José Antonio, — me contestó fría y recelosa. — No está mi padre.

—No lo busco a él, Leonor...

—¿Entonces?...

—Te busco a tí.

Un martillo me golpeaba en las sienes: no sabía lo que hablaba, porque la sangre arrebatada me aturdía horriblemente. Tenía ganas de gritarle: ¿Quién es ese hom-

bre que vive en tu casa? ¡quiero contarlo mañana domingo, en el pretil de la catedral, para que Buenos Aires te conozca!

Ya la sombra llenaba el zaguán, pero yo alcanzaba a verla pálida y llena de angustia.

—¿Para qué me buscas? ¿Vienes airado contra mí? — me dijo simplemente, como si adivinase mis pensamientos y me despreciara.

Empujé la puerta, y entré al zaguán.

—¿Quién vive aquí con ustedes?

No bien pronuncié esas palabras, advertí mi error. En aquellos tiempos las delaciones eran frecuentes, y los delatores mal vistos, aún entre quienes los utilizaban. Y yo, iba a aquella casa, y de sopetón, al igual de los miserables que capitaneaba Cuitiño, empezaba a gritar: "¿Quién se esconde aquí?"

No me contestó; la vi morderse los labios, para dominar su ira o su dolor; se apartó de mí y pegándose a la pared, contestó secamente:

—¡Pasa y registra!

Quedé embobado, mirándola. No acababa de comprender ni lo que yo dije, ni lo que ella quería decir, y ella con ironía añadió, abriendo de par en par le puerta de calle:

—¿Están allí tus soldados? ¡que pasen!

—¡Oh, Leonor! — exclamé con infinita pena — ¿por qué piensas eso de mí?

Y quise entrar, pero ella volvió a cerrarme el paso.

—Perdóname, Leonor; no busco a nadie; no sé ni lo que he dicho; he hablado, porque...

—¿A quién buscas, si no está mi padre?

Estuve a punto de exhalar mi secreto de amor.

¿No has comprendido que sufro? — le hubiera dicho — ¿que tengo celos, porque te amo?

Pero era tan hostil su actitud, tan desdeñosa la sonrisa fugaz que iluminó su rostro, que me sentí perdido, y me pareció que toda palabra de amor sería vana y ridícula.

Me vió vencido y me asestó un nuevo golpe.

—¿Qué dijistes entonces? ¿Por qué preguntaste quiénes viven en esta casa, donde entras todos los días desde hace años, como amigo de mi padre?

No dijo "como amigo mío", porque en un momento se habían alejado nuestras almas.

—Cree lo que quieras, Leonor — contesté desesperadamente. — Lo que puede probarte que no soy ni un espía ni un desleal, es que me voy, sin preguntarte nada de lo que yo sé y habría querido que tú me explicaras.

—Eso no me convence, — contestó con crueldad; — mandarás otros que hagan la pesquisa...

¿Quién ha pasado un minuto de confusión y de amargura tan intenso? No la odié, porque veía en mí toda la culpa de aquel mal entendido, y porque en mi corazón entraba el dolor como una fuente de amor y de expiación.

—¡Dios te perdone, Leonor! — le dije suavemente y me alejé quebrantado, envejecido, ansiando la muerte.

Anduve vagando por las calles lóbregas de aquella colonial Santa María de Buenos Aires, que las gentes de ahora no imaginan cómo fué.

Era noche cerrada ya, y las mortecinas velas de sebo de los faroles públicos, o los pálidos quinqués de las pulperías, señalaban más la temerosa obscuridad que nos envolvía. Era grande el silencio. Un vientecito suave, con la primera frescura del otoño, hacía llegar el sonido de una guitarra, que alguien tocaba en la vereda, a la puerta de su casa.

Llegué hasta la calle del Restaurador, según se denominaba, en honor de don Juan Manuel, la calle de la Biblioteca.

Era la más solitaria y siniestra, precisamente porque se esperaba hallar en ella el movimiento y la vida y la ley, que faltaba en las otras.

Poco tiempo antes habían fusilado a un militar Cienfuegos, que pasó disfrazado por allí.

¿Era, como dijeron, un conspirador que ya tenía en su foja de servicio la sospecha de la traición que costó la vida a Dorrego? ¿Era, como dijo él, en su descargo, un novio en trance de visitar a su amada con esa cautela?

Yo no sabría contestar. Me asaltó su recuerdo al enfrentar el sombrío caserón, y de veras, ansié tener un mal encuentro, que probara su error a la que me tomó por espía.

Di vuelta a la manzana, tropezando acá y allá con algún sereno, o en las puertas de las raras pulperías con algún borracho afirmado al poste de la esquina.

Y llegué a mi casa, cuando ya empezaban a echarme de menos.

—Pareces un desenterrado, — me dijo mi tía, examinándome a la luz de una palmatoria. ¿Estás enfermo?

—Sí tía.

—Tu padre preguntó hace un momento por tí. ¿Le has traído el rapé?

No contesté nada; me fuí a mi cuarto, y me eché de boca en la cama, ganoso de llorar.

Una voz dulce, me sacó del desvanecimiento en que caí:

—Niño José Antonio, aquí le traigo una vela.

—¿Por qué me engañaste, Benita? — le pregunté, incorporándome.

—¿Fué a la casa de la niña Leonor?

—Sí, fuí.

—¿No halló a nadie?

—No. ¿Por qué me engañaste?

No podría explicar qué era lo que trocaba mis sentimientos. Yo, que debía guardar un profundo rencor contra aquella chinita parlanchina e intrigante, la estaba hablando con dulzura.

—No lo he engañado, niño José Antonio. De seguro que su merced no entró a todas las piezas.

—Entré al zaguán.

—Bueno, en el altillo del fondo, hace tres días vive un señor. Yo lo he visto ayer, cuando fuí a buscar las gallinas que la niña Leonor le mandó a mi amita. Desde la huerta lo vi esconderse.

—¡Has soñado!

La muchacha me miró con pena, como a un enfermo incurable y se fué.

Pero, ¿por qué había de mentir?

III

Pepa la Federala

Las lluvias del verano habían sido tan copiosas que la ciudad se anegó en buena parte.

Los terceros hinchados por las avenidas de los campos del sur, se volcaban sobre las calles. A Dios gracias que las veredas eran altísimas, y que en las esquinas, frente a las pulperías había paso de medio ladrillo, pues de otro modo hubiera sido imposible transitar.

Fué necesario poner un centinela en algunos lugares donde se formaban pantanos, tan profundos, que se dió el caso de ahogarse algún transeunte. Tal ocurría en la esquina de la calle de la Reconquista, en frente de la plaza, y en la de Cangallo y de la Florida.

No recordaban los viejos creciente mayor del Río de la Plata; sus aguas cenagosas subían cuatro varas sobre las toscas más altas delante de la fortaleza, y batían, cuando el viento era del sur, hasta los poyos de la Alameda.

Por cierto que en tales días, mi padre y los tres o cuatro señorones concurrentes vespertinos de aquel paseo renunciaban a él.

Reducidos a dar melancólicamente algunas vueltas alrededor de la pirámide de Mayo, si sus viejas piernas se cansaban, no tenían más recurso que volverse a sus casas o sentarse en los bancos de ladrillo del Fuerte.

No era mala diversión aquélla. Las riñas y las chaco-

tas de los soldados con chiripá rojo y chaqueta azul, que jugaban y bebían, bajo el puente levadizo, y la humareda apetitosa de las fritangas preparadas al aire libre, las andanzas de las mujeres avispadas y risueñas, ofreciendo sus víveres en tipas de cuero o en canastas de caña, formaban un cuadro original, con el fondo imponente de la fortaleza, donde estaba la casa de gobierno, y donde el Restaurador albergaba a los personajes ilustres que visitaban la ciudad.

Pero mi padre y sus camaradas estaban hartos de aquellas escenas, y abominaban el tufo de las empanadas fritas en sebo, o de los chorizos asados en anafes o braseritos de barro.

Con la inundación de los suburbios la ciudad estaba bloqueada. De las quintas no llegaban verduras ni frutas y las doscientas o trescientas cabezas de ganado mayor, que los estancieros mandaban diariamente, se habían reducido a la cuarta parte, y ciertos días no llegó al matadero un solo buey.

Las tropas se empantanaban y los troperos, antes de perder los animales, los volvían a su querencia, o los soltaban a campo abierto, esperando repuntarlos cuando el tiempo mejorase.

Aunque era cuaresma, y el consumo de carne se reducía mucho, con la rigurosa observancia de las leyes eclesiásticas, siempre necesitaba Buenos Aires algunas reses para el mercado; de modo que en el mes de mayo del año 39, se carnearon hasta los bueyes de los aguateros.

Don Juan Manuel, sabedor de que mi padre tenía una novillada en las afueras, le pidió que se mostrase buen federal, arriesgándose a introducirla.

Y así lo hizo mi padre. Una mañana en que recibió un chasque de sus troperos, me dijo:

—No irás hoy a la oficina; ya está conforme en ello el Restaurador. Acompáñame a la Convalecencia. Hoy recibo sesenta bueyes. Más de cuarenta se han perdido en los pantanos del arroyo de los Perros. No importa: don Juan Manuel quedará contento. Si todos sus amigos se

resignaran a perder algo, la ciudad no pasaría estas penurias.

Aunque mi padre era hombre de a caballo, generalmente excursionaba en una galera tirada a la cincha por briosas mulas.

Pero esa vez no había que pensar en tal comodidad, porque no habría salido a cinco cuadras de la plaza Mayor.

El maestro Pancho, un albañil y carpintero incorporado a nuestra servidumbre, recibió orden de ensillar dos caballos, de los que mi padre tenía en un sitio ajeno a la huerta.

El debía acompañarnos, por ser más conocedor que nosotros del camino, pero estaba atareado con una pared que construía en los fondos, y lo suplantó el negro Brumoso, criado de don Tarquino, que pasaba horas bajo los arcos de la recoba, fumando chamico o silbando extrañas tonadas.

Mi padre, vestía a la par de todos los buenos federales, uniformados sobre los trajes de don Juan Manuel, chaqueta y pantalón azules, chaleco punzó y corbata blanca ciñendo el alto cuello puntiagudo; y así montó esa mañana, no con tanta agilidad como en sus buenos tiempos, pero con bastante distinción en la apostura.

Mi tía Zenobia, que acababa de llegar de misa, con hábito de franciscana, por cierta promesa hecha a San Antonio, salió pretextando que el mazamorrero llamaba, pero a mi entender con ganas de vernos partir.

Estaba allí, en efecto, el mazamorrero, un tambero criollo que diariamente nos traía aquella inolvidable mazamorra con leche, postre predilecto, ofrecido entonces de puerta en puerta, como hoy el pan o la carne.

—Bien montados los dos, — nos dijo con gentilísima sonrisa, cuando acompañados de Brumoso tomábamos por el medio de la calle. — Pero me gusta más la chaqueta azul de los buenos federales, que el frac color pasa que te has puesto, José Antonio.

—¡Bah, bah! — dije yo para mi capote — lo que a tí te gusta más es lo que va adentro de la chaqueta azul.

Y por primera vez se me ocurrió que mi amada tía tenía ganas de ser mi madrastra.

Pero todavía no comprendí la razón que la moviera a estimular mis festejos a Leonor.

¡Ay! qué malos días había pasado yo, huyendo de su presencia, y de su casa, y de su nombre; creyendo a ratos en la versión de Benita, cuyos ojos ardientes espiaban la casa de Matorras desde los fondos de la nuestra.

Felizmente no tuve ocasión de encontrarme con Leonor ni a solas ni delante de otros.

Ignoro si mi tía advirtió mi estado de ánimo; a lo menos calló.

El matadero de la Convalecencia quedaba a una legua de la plaza de la Victoria, más que mediado el camino hacia la antigua *Casa de Gálvez* o *Puente de Barracas*.

A diez cuadras del centro, empezaban las quintas cercadas de tunales, o tapiadas y rodeadas de zanjones llenos de agua.

Marchaba delante el negro Brumoso que conocía la profundidad de todos los baches.

Mi padre le seguía, y yo iba detrás revolviendo mis tristezas.

—¿Qué les pasará a los Matorras? — preguntó mi padre, escarbando en mis propias cavilaciones. — Hace varias noches que no van a casa; *los Leones* tampoco.

Yo respondí cualquier cosa, por salir del paso.

—He oído algunos chismes acerca de ellos.

—¿Qué ha oído, tata? — interrogué con ansiedad.

—Que en lo de Matorras se juntan los unitarios. Ya éstos no se animan a ir a la casa de Diego Arana, porque el nido está descubierto, y van a la de nuestro amigo.

—Lenguas ociosas, que hablan de más, tata.

—Estoy cierto de ello, José Antonio... ¿Pero por qué no se les vé?... ¿Y a ella?...

Mi padre tosió, escudriñó los tunales del camino, se-

ñaló con el mango de la fusta un caserón medio hundido en el barro.

—¡Cuánto ladrillo perdido, José Antonio! — dijo, y volvió a carraspear y concluyó su frase anterior, que me tenía intrigado. — ¿A ella, qué novios le dan?

—Yo no sé de ninguno.

—Pero tú andas más que yo, donde se habla de esto, y deberías saberlo...

—Así es, tata; pero nada he oído.

—¿Y qué piensas?

—Que no tiene novio, — contesté rotundamente, más por tranquilizarme a mí mismo, que por convencer a mi emocionado interlocutor.

Porque visiblemente mi padre se turbó al oír eso. Una luz inefable bañó su rostro bondadoso, y con la mano trémula me señaló otro montón de ladrillos, a la izquierda de la calle.

—¡Pero qué ganas de enterrar patacones! — exclamó — Mira esa casa, y piensa lo que valdría construída en uno de tantos huecos, en el casco de la ciudad. Lo que es aquí, ni los dueños querrán habitarla. Pasarán cien años antes de que la población se extienda hasta estos andurriales.

¡Qué mal profeta resultó! ¡Habían pasado cincuenta años y la ciudad no sólo llegaba al sitio aquél, que hoy es la calle San Juan a la altura de la de Salta, sino que el mismo matadero de la Convalecencia, todavía distante, era envuelto por la edificación.

Brumoso no decía palabra. De pronto lo ví sacar una pistola, que solía llevar en sus andanzas, y apuntar a un carancho posado en un arbolito a cincuenta pasos de él; sin sujetar el caballo hizo fuego y cayó fulminado el pajarraco.

—¡Buen tiro! — exclamó mi padre alegremente, y el negro se volvió a mirarnos, chispeantes los ojos y lleno de orgullo.

—Negro Brumoso es bueno para esto — dijo.

Yo pensaba en Leonor.

¿Había o no acertado al decir que no tenía novio? ¿Era o no verdad que alguien se escondía en su casa?

A medida que nos acercábamos al matadero, el terreno se alzaba, y el camino se volvía más seco, de tal modo que pudimos galopar, algo apartados para no salpicarnos de barro.

Oíase a lo lejos la gritería de los peones de mi padre, que arreaban la boyada, para encerrarla en el amplio corral de palo a pique, donde se realizaría la faena de carnear.

Pronto divisamos, sobre la gran llanura cubierta de pasto, y franjeada de chilcales, el remolino de la hacienda chúcara y hambrienta, acosada por jinetes que galopaban revoleando sus arreadores de largos torzales.

Algunos perros corrían con ellos, encarnizados en la persecución de algún buey, escapado del rodeo.

—¡Vuelta! ¡buey viejo!

Era una carrera desenfrenada, que terminaba siempre con el triunfo del hombre sobre la res indócil, obligada a volver a juntarse con las otras.

Y el peón que había ido más lejos a atajarla, regresaba al trotecito, con el cavallo sudoroso, flotante a la espalda el rojo poncho de bayeta.

El paraje era despoblado, pues en la vecindad del matadero reinaba un espeso olor de sangre corrompida, que atraía a los buitres y a las gaviotas.

Mi padre picó espuelas, deseoso de lucir su cabalgadura y cruzó por en medio de las bestias arremolinadas a la puerta del corral.

Cuando lo alcancé hablaba con el juez del matadero, Jacinto Olmos, un mocetón gallardo y fanfarrón, pariente nuestro.

Nos acogió con alegría.

—Lárguese, mi tío, que del suelo no va a pasar. Ya le he mandado cebar unos cimarrones, y del primer novillo que carniemos, sacaremos un matambre para churrasquear.

—Buenos dientes los tuyos, Jacinto, — dijo mi padre que no gustaba de aquel duro manjar.

No sé qué había en el carácter o en la figura del muchacho, que nunca pude pasarlo. Era alto, fuerte, blanco de tez, ojos zarcos, y rubio como el azafrán; mi tía teníalo en grande estima.

Se moría por ser admirado en su fuerza, en su hermosura montaraz, en sus chocarrerías, que se le antojaban donosuras. Quizás le hubiera perdonado estas manías, de no advertir sus asiduidades con Leonor.

Vestía a lo gaucho, habiendo oído que don Juan Manuel no usó otra indumentaria en su juventud; y las prendas, no le caían mal; todo era rico: el flotante poncho de vicuña, el chiripá de paño rojo, sobre el calzoncillo de hilo cribado, la camisa blanca, ceñida por un tirador chapeado, y la bota de potro ennoblecida por las gruesas lloronas de plata. Le sombreaba la arrogante cabeza, un chamberguito adornado por el cintillo con la implacable leyenda: "Viva la Federación; mueran los salvajes unitarios."

Yo no era bajo, pero Jacinto me superaba en un palmo y medio.

Desmontamos, y él oficiosamente fué a atar los caballos en un palenque, frente a la casilla del juez.

De una horqueta de la tranquera, al arrimarnos, voló un carancho.

—Hoy van a estar de fiesta los mozos de fraque, — dijo mi primo, señalándolo con el cabo del rebenque.

Me puse colorado como el chiripá del mozo, y no se aumentó mi simpatía por él.

Alrededor de la casilla, sobre el suelo, había varias cabezas de vaca, secas y blanqueadas, donde se sentó mi padre, saludando a dos o tres gauchos que hacían la tertulia del juez.

Uno de los paisanos, en cuclillas, con el sombrero aventaba el fuego para el mate y el churrasco. La brisa jugaba en su renegrida melena que le llegaba hasta los hombros, y cada vez que se agachaba, asomábale por el borde del poncho, la punta de un largo facón.

Todos tenían igual catadura y llevaban ostentosamente el cintillo federal.

Cuando se encendió la leña, se incorporó, restregándose los ojos llorosos.

—Pase el fuego, compadre, — le dijo Jacinto que acababa de armar un cigarrillo en chala.

El paisano, con displicencia, desenvainó el facón, pinchó una astilla encendida, y se la alargó al juez del mercado.

Brumoso, se había apartado a un rincón, hasta que de los alrededores surgió una tropa de negras harapientas, que caían como los caranchos en las horas de carneada, a juntar las achuras. Debía de conocerlas, porque enseguida, por encima de la palizada, trabaron conversación en su misteriosa lengua Mozambique.

Llamónos la atención ver llegar luego, en un caballo de buena estampa, a un gauchito joven, que traía en ancas a una morena de cierta edad, grandota como un rancho; arrebozada en un manto canela, y ceñida la cabeza con una vincha punzó. Seguíala una nube de perros de todos tamaños y pelajes, y por la pinta, hambrientos de tiempo atrás.

—¡La gran flauta! ¡ahí está Pepa la Federala! ¡qué había de faltar, en oliendo carne fresca!

Grandes risotadas acogieron a aquella mujer, marimacho fogueado en todos lo sentreveros que libraron unitarios y federales desde el año 28 hasta el 44, y agraciada por don Juan Manuel con los galones de alférez.

Toda la hacienda estaba encerrada en el inmenso corral, y los peones se preparaban para carnear.

Eran los animales corpulentos, chúcaros, de grandes cuernos y ojos salvajes, y de todos los colores conocidos.

Un novillito más nervioso y arisco que los demás, rompió la línea de jinetes, que iba estrechándolos y quiso escapar.

—A ese le carnearemos primero — gritó mi primo, montando de un salto, y echándose sobre el fugitivo.

Lo alcanzó antes de que saliera del corral, lo tomó de

través y lo atropelló tan violentamente en el encuentro de su brioso caballo, que lo tumbó.

No tuvo tiempo de incorporarse el pobre animal, cuando mi primo descabalgó, facón en mano y en dos tajos le cortó los jarretes.

Mi padre le dijo:

—Este, por ser de buena carnadura, será para el Ilustre Restaurador de las leyes.

El animal saltaba en el suelo, desangrándose y mugiendo.

Los perros que asesaban echados a la sombra de los palos, se acercaron a lamer la sangre. Un levísimo cendal de polvo dorado, envolvía el paisaje.

Cinco minutos después, el novillo del Restaurador estaba con las patas al aire, rasgado largo a largo por un tajo profundo y recto.

—Aprendan, maulas, a despenar un bicho — dijo Jacinto, limpiando en la caña de la bota el rico facón, en cuya empuñadura había clavado una onza de oro; y se volvió pausadamente a la casilla.

Al esparcirse el olor de la sangre del primero sacrificado, empezó entre los bueyes un furibundo y desgarrador concierto de bramidos.

—¿Qué estás haciendo ahí como un pazguato?—díjole mi primo al gauchito que viniera con Pepa la Federala.

El increpado tan duramente, se encogió de hombros y se mordió los labios finos, donde el bigote ponía una tenue sombra.

Desde que había entrado al corral, permanecía recostado al palenque, mirando trabajar a los otros.

—¡A ver si movés las tabas, y te comedís a ayudarnos! De seguro que algo han de llevarse vos y la Federala.

El tono con que el juez del mercado hablaba no era amistoso. El gauchito bajó la cabeza, desprendió el lazo de la grupa de su caballo y se juntó a los otros peones.

Las negras y los perros, habían invadido el corral, y no bien se empezaba a degollar un buey, corrían a disputarse los bofes.

Un vaho nauseabundo y cálido se difundía en el aire fresco. De la tierra húmeda se alzaba un vapor que esfumaba los contornos de las cosas lejanas.

Yo nunca había visto de cerca a Pepa la Federala, personaje tan pintoresco y original, aún en esos tiempos en que abundaban los tipos curiosos.

Se me aproximó sonriendo, lo cual la hacía singularmente simpática, no obstante lo despreciable de aquel rostro marcado por la vida aventurera y azarosa.

—A ver, mozo, si me hace prestar un cuchillo. Su tata me ha de dar un costillarcito, ¿no es cierto?

Mi padre, que examinaba la casilla del juez, calculando probablemente las mejoras que él habría introducido en aquel cuartujo de adobes, se ajustó las gafas, y se encaró con la mujer.

—¿En dónde vives, Pepa?

La conocía de tiempo atrás, pero la había perdido de vista.

—Lejos de aquí, mi amigo. Por la Casa de Gálvez.

—¿Te pagan tu sueldo? ¿estás aviada?

—De ánde mi amo; un ranchito de barro, tapado con cueros, que se ha agenciado mi hombre, es toda mi riqueza.

—Bueno; tendrás el costillar de regalo, pues has perdido la costumbre de ganártelo.

—Ya no hay guerras, y yo no conozco más trabajo que el de la lanza; — contestó Pepa, irguiéndose con altivez. — Aunque dicen que el salvaje unitario Lavalle está por darnos el gusto de echársenos encima.

—Nada he oído — respondió mi padre, con displicencia.

Yo sí había oído algo de ello, días antes en casa de don Juan Manuel. Jacinto que estaba atento a la faena de la carneada, se acercó a nosotros y dijo:

—Se habla de que los inmundos franceses se han entendido con el pardejón Rivera, para ayudarlo al asesino Lavalle y a los salvajes unitarios.

Los ojos de Pepa la Federala se encendieron.

—¡Amalaya! — exclamó.

Uno de los paisanos que acompañaban a Jacinto, murmuró entre sus barbas:

—¡Bien haya la hembra patriota!

Desenvainó el facón, y pulidamente, tomándolo por la hoja se lo alargó.

—Tome, doña Pepa, y no lastime el cuero, que anda caro.

Blandió el arma Pepa, y se echó al medio del corral, donde los peones, entre ellos su gauchito, tenían enlazado un buey.

La forzuda mujer lo cogió por la cola, y de un tirón lo acostó en el suelo.

—¡Este es mi costillar! — gritó Pepa, echándosele encima, para impedir que se alzara de nuevo, mientras lo amarraban. Y ella misma lo degolló.

—¡A mí, ña Pepa, la tripa gorda!

—¡Y a mí la vejiga para llevar manteca al pueblo!

—¡Si le sobra, un riñoncito, ñá Pepa!...

Todas las negras la acosaban y ella a nadie atendía absorta en la delicada tarea de desollar el buey, salvando el cuero de todo tajo.

Hasta que una que le conocía la historia, le tocó su flaco.

—¡Deme la cabeza, "mi alférez"!

—Tuya será — contestó la Federala, con voz autoritaria.

Yo me había aproximado al grupo, oí de pronto los gritos del juez del matadero.

—¡Ahijuna! ¡yo te voy a enseñar a enlazar, sotreta!

Parecióme airada de veras la voz, y me dirigí a la casilla, a tiempo que Jacinto se encaraba con el gaucho de la Federala.

—No fué de intento, don, — murmuró éste, pálido y ronco de rabia o de miedo.

—¡Casi me has pegado con la argolla, chambón!

Parece que el gauchito, revoleando el lazo, pasó cerca del grupo donde estaba el juez.

Humillado, por su torpeza, se encrespó al oír el nuevo insulto. Era un mocito empacado, se alzó el ala del sombrero, y con la mano a la cintura esperó al otro.

Pero no hizo ni un movimiento, lo aguardó no más, y Jacinto fuera de juicio, ante la gallardía con que el mancebo lo miraba, le tiró un revés con que habría podido matar a un caballo.

El gauchito se agachó y el terrible puñetazo castigó el aire solamente y acto continuo lo vimos echar mano al cuchillo, mas no alcanzó a sacarlo, pues Jacinto lo volteó de un garrotazo en la cabeza, con su pesado talero de hierro.

Fué una escena vivísima. Cuando nos acercamos, el gaucho yacía en tierra, bañado el rostro en sangre. Uno de los compañeros de mi primo lo tanteó.

—No lo has muerto, Jacinto.

—¡Mejor! — respondió éste, que se había turbado un poco.

—¡Qué ha de ser mejor! no te la va a perdonar: un día u otro te hallará donde pueda cobrarte la deuda.

Los dos se miraron; los otros compañeros parecían de acuerdo con este pronóstico.

Una negra despavorida, gritó:

—¡Ña Pepa, le están matando a su hombre!

Jacinto se estremeció.

—Vale más que lo despene de una vez, — dijo a media voz uno de sus compañeros; y aquél, entonces, enarboló de nuevo el talero y fué a descargarlo sobre el hombre caído.

No pude tolerar crimen tan cobarde, y me eché sobre Jacinto, y le detuve el brazo.

—¡Quién mata así a un hombre!

—¡Yo! — contestó cínicamente, repeliéndome de un empujón.

El era muy fuerte, pero yo lo abracé por la cintura. Largó un juramento, y con la mano izquierda me agarró del cuello:

—¡Si no me soltás te estrangulo!

Y lo hubiera hecho así, aunque mi padre clamaba y forcejeaba, por contenerlo, de no llegar la Federala, blandiendo el facón que chorreaba sangre.

—¡Abran cancha; conmigo se las van a ver!

Ante aquella furia se clareó la concurrencia a nuestro alrededor. Jacinto vió un nuevo adversario, y le hizo frente.

—¡Bien decía yo, que no era capaz de matarlo caído! — exclamó ella poniéndose en jarras, junto al gaucho tendido en tierra.

Su imprecación era a la vez un desafío y una súplica: Jacinto vaciló ante aquella sangrienta y espantable figura, y comprendió el ridículo de batirse con una mujer.

—¡Ponele unos paños de árnica, si lo querés salvar! — dijo despreciativamente.

Esa frase alivió la horrible tensión de todos los corazones.

La Federala, gritando como una gallina, se echó sobre el cuerpo del gauchito.

—¿No estás muerto, mi alma? ¿verdad que no estás muerto?

Alzó la cara llorosa, me vió y me dijo con una expresión de gratitud conmovedora:

—¡Usted, niño, me lo ha salvado! ¡Haga Dios que algún día pueda pagarle esta deuda!

Y yo en mi pensamiento, impresionado por su fealdad y su bravura, me dije:

—Haga Dios que nunca nos topemos, ni en éste ni en el otro mundo, buena mujer.

Mi padre se me acercó, muy emocionado y rendido por el esfuerzo.

—Vamos a irnos, hijo.

—Cuando guste, tatita.

—¡Brumoso! ¡tráeme el caballo! — Luego añadió en voz baja: — Has sido imprudente, José Antonio, pero has hecho bien; has salvado la vida de un hombre. No doy ahora un medio por la vida de Jacinto.

—Que con su pan se lo coma, pues se lo ha ganado, — le respondí yo entre dientes.

Nos despedimos con alguna frialdad de nuestro pariente, que sin invitarnos se había puesto a churrasquear, y tomamos el camino del pueblo.

Delante iba Brumoso.

—Mira ese bribón — me dijo mi padre, señalándomelo. — Se ha escondido un par de matambres entre las coronas y el recado.

—Don Tarquino tiene buenos dientes, por lo visto.

—No han de ser para su amo, que es la honradez misma.

—¡Hum! — hice yo, y me puse a cavilar en lo que llenaba mis horas y mis días, mientras mi padre espoleaba suavemente su caballo para hacerle alargar el sobrepaso.

IV

Una canción en la noche

Llegué temprano a casa del Restaurador, y lo hallé solo, examinando un papel, con aire de burlona complacencia. Ocupé mi sitio, y me puse a cortar unas plumas, para hacer buena letra, si Dios me ayudaba, pues tenía los nervios excitados y el corazón lleno de angustia.

—Encarpéteme este pliego — me dijo, entregándomelo con aquella mano pulcra y fina, como la de una reina, que tan rudamente empuñó durante veinte años las riendas del gobierno.

Era un retazo de papel ajadísimo, que debía de haberlo traído alguno de sus espías de la Banda Oriental, a juzgar por el encabezamiento.

Empezó a pasearse, conforme lo hacía cuando estaba nervioso. De pronto se detuvo y exclamó:

—¡Rivera me ha declarado la guerra! De eso habla esa carta. Hágale una carpeta especial, y póngale este título: "Locuras del pardejón Rivera".

Fué a sentarse ante una mesa grande, cargada de documentos, en aparente desorden, pero bien clasificados en su férrea memoria. Un asistente trájole un mate, y él lo tomó, y reanudó el comentario sobre la guerra con el presidente uruguayo.

—¡Qué atolondrados son mis enemigos! ¿Sabe adónde

ha firmado Rivera la declaración? ¡En un baile de máscaras, disfrazado de Moro, con guantes y careta!

—Malos auspicios para una guerra, — respondí yo.

—Será una mascarada, como la de los franceses... Seguramente Luis Felipe no sabe que sus buques se están pudriendo en el Río de la Plata. Voy a escribirle contándoselo. Córteme unas plumas, quiero ensayar la letra; así el rey guardachanchos verá que no soy un bandido, como ha dicho Thiers en la Cámara...

Le alcancé una pluma recién tajada, y con pueril satisfacción se puso a rasguear en una plana, encantado de los perfiles de su hermosa letra española.

No le escribió, sin embargo, por ese tiempo, al rey Luis Felipe, pues estaban en plenas hostilidades; pero lo hizo después, cuando se firmó la paz, y su carta fué un modelo de caligrafía, como que se pasó días enteros ensayándose.

En realidad, mi pensamiento volaba lejos de las plumas, en cuya confección parecía absorto.

Esa mañana Benita, por quien llegaba a saber algo de la vida de Leonor, me dió una noticia:

—¿En qué andará la niña Leonor que ya le he visto tres veces en lo del señor Buitrago?

—¡Qué me importa a mí lo que haga la niña Leonor! — contesté con violencia, y los ojos de la mulata resplandecieron de alegría.

—¡De veras que es graciosa esta muchacha! — pensé viéndola alejarse. ¿Por qué mi tía no encenderá un par de velas a San Antonio, conforme a la intención de esta criatura, a ver si alguien se la lleva de una vez?

Estaba harto de sentirme acosado por sus malicias, y ya no sabía qué cara poner para demostrar a cuantos sospechaban de mí, que no se me importaba un ardite de Leonor.

Sin embargo, en aquellos días afanosos yo no cavilaba en otra cosa.

Desmenuzando en mi taza un bizcochito fabricado por

mi tía, me puse a considerar si siendo verdad lo que Benita me contaba, tendría algún significado especial.

Bien podía ser. La mulatilla servía de mandadera a tía Zenobia, y lo mejor del día se lo pasaba de casa en casa llevando mensajes y regalos a las relaciones, y atisbando secretos.

El señor Buitrago, cura del Socorro, era tucumano, y solían enviarle de su provincia, miel de caña y chancacas, y mi tía que gustaba mucho de esas golosinas, mandaba a su fámula con pasteles, o tomillo, para que volviera con un platito de dulce de Tucumán.

Si era cierto que Benita había encontrado allí a Leonor, podía decir yo como mi tía, en casos análogos: "mala tos le siento al gato".

¡Extraña anomalía, y cómo somos de suspicaces cuando la pasión nos ciega!

¿Por qué no me expliqué todo recordando que don Tritón Buitrago, el viejo cura del Socorro, vivía con su hermana misia Inesita Buitrago de Corrales, casada con un viejo músico de los granaderos de San Martín, y madre de un grimillón de criaturas, a quienes vestían las manos industriosas de Leonor?

Pensé tantas bobadas, mientras cortaba las plumas, que un color se me cambiaba en otro.

Don Juan Manuel lo advirtió.

—¿Anda enfermo, amigo?

—No, señor gobernador.

—Pues lo hallo intranquilo... ¿No conoce mi quinta de Palermo?

—No, señor.

—Bueno, todavía no está hecha. Estoy secando el bañado y plantando árboles. Un día lo voy a llevar. A usted le hace falta el aire del campo. De un tiempo atrás lo noto mustio, como si anduviera en amores...

—Lo que me hace falta a mí, señor gobernador — estuve a punto de exclamar — es que ni V. E. ni mi tía, ni la mulata Benita se preocupen de mis cosas; y

que en cambio de lo que ustedes me dejen de mirar, me mire un poco Leonor.

¡Oh, Leonor! La campanita de San Juan tardó mil años ese día en marcar el minuto de mi liberación.

—¡Tome un te de hojas de naranjo! — me dijo don Juan Manuel cuando me despedí — y acuéstese; anda por darle un trancazo.

Estaba resuelto a ver esa tarde a Leonor, y a pedirle misericordia. Iría a su casa, llamaría a su puerta, y cuando ella saliera, me encontraría arrodillado sobre su umbral, con la humildad de un penitente del tiempo de Teodosio el Grande.

Corría por la calle, lleno de amante impaciencia, pero al aproximarme a la "Botica de los Leones", se me calmaron los ímpetus, y cuando enfrenté la puerta de Leonor... ¡pasé de largo!

¿Qué podía decirle, para ser bien acogido, y no aparecer como un espía?

A medida que me alejaba de la casa de Matorras, renacía mi resolución de volverme y entrar. Dí vuelta a la manzana, y me acerqué, pero misia Mariquita León, me salió al encuentro.

—¿Por qué andas tan perdido, hijito? Hace mil años que no te se ve; y si no fuera que noche de por medio vamos a la tertulia de Zenobita, podríamos creer que el gringo Atkinson te ha llevado en su ballenera a Montevideo, con los unitarios que emigran.

—¡Qué mal pensaba, señora! ¡no diga eso! — exclamé temeroso de que su charla me pusiera en un compromiso.

—Yo te lo digo a tí, hijo mío, porque es la verdad. Atkinson...

—No lo nombre, por Dios; mire que lo pierde.

—No lo nombraré; pero ya lo he visto venir varias veces a lo de Matorras...

—¿Cómo se anima a hablarme de esto en plena calle, cuando las paredes oyen?

Suavemente la sumergí en el antro de su botica.

Me miró con fijeza, desconfiando de mi federalismo, y fué a repetirme algún chisme peligroso, cuando yo, que columbré en la trastienda la rechoncha figura de don Pío León, eché a correr calle arriba, abandonando la idea de hablar con Leonor.

Las palabras de misia Mariquita acerca de las entrevistas de Atkinson con Matorras, me habían alarmado.

Empujé la puerta de mi casa, y sombrero en mano, entré en el comedor, que cuadraba el gran patio, y donde ya estaba sentado a la mesa mi padre.

—Tarde vienes, José Antonio.

—La misia Mariquita León, — contesté yo atándome al cuello la servilleta — les va a dar algún disgusto a los Matorras.

—¿Qué ocurre?

—Me ha detenido para contarme a gritos que ha visto al señor Atkinson entrar en casa de don Jerónimo.

—¿Y eso qué tiene?

—Ella dice que en la ballenera de Atkinson se están escapando los unitarios.

Mi padre hizo un gesto de aburrimiento, y se puso a golpear el vaso con el lomo del cuchillo.

—¡Política, política! ¿Por qué las mujeres se meterán en política? ¿No es mejor que atendamos nosotros nuestros negocios, mientras don Juan Manuel atiende, como él sabe, los de la patria? ¿qué nos importa a nosotros que los unitarios, que los federales, que los franceses, que Rivera, que Oribe, que Lavalle, que Mandeville, que, que, que...?

Tía Zenobia llegó a tiempo de cortar la letanía de mi padre.

—Estaba el horno frío — dijo, depositando en un extremo de la mesa una bandeja de pasteles.

Detrás de ella venía la mulata con otra charola más grande, también de pasteles, calientitos, dorados, con las cuatro alitas abiertas, como leones asirios, y salpicados de azúcar.

Con vestidos caseros, un delantal inmaculado ceñido a la robusta cintura, recogidas las mangas en forma que se apreciaban los oyuelos de los codos, y envuelta la cabeza con un rico pañuelo de espumilla, animada la tez y los ojos chispeantes, como las hornillas del fogón, mi tía estaba para pintarla.

—¡Bravo, Zenobia! — exclamó mi padre, tirándole un pellizcón al brazo. — Le mandaremos una fuente al obispo Medrano, para que nos diga de qué convento son.

—El horno estaba frío; — repitió ruborizada mi tía, pasándose la yema de los dedos por donde *casi* la pellizcó mi padre. No me han salido muy bien.

—Le mandaremos también al canónigo Buitrago.

—¿Ya es canónigo?

—No es, hija; pero será, y es bueno acostumbrarlo al título.

—¡Pocas ganas que le tiene! — dije yo, fastidiado, recordando lo que me contara Benita. — Hasta el barbero cuando va a su casa le llama "el señor canónigo".

Mi padre me miró severamente, porque el señor Buitrago era uno de los dos o tres camaradas, con que salía cada tarde a desentumecerse en el paseo de la Alameda.

—Ha sido tu maestro de latín, José Antonio; no está bien que le pierdas el respeto.

La mulatilla, que estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, en frente de nosotros, atenta a la conversación y pronta a meter su cuchara, con aquella inverosímil confianza de las criadas de la época, aprovechó la circunstancia y dijo:

—Ayer, cuando fuí con el mandado de su merced, estaba la niña Leonor en lo del señor cura.

—Van con frecuencia, — observó mi padre, pinchando un pastel de la bandeja, y delicadamente se puso a partirle la pancita, rellena de brosa con pasas y aceitunas.

—Conversaba medio en secreto con el señor don Santiago, — agregó la muchacha.

Don Santiago Corrales, era el marido de Inesita Buitrago.

Mi tía arrugó la frente. De una cuchillada feroz, mi padre despanzurró el pastel, y lo alejó con el plato, se acomodó las gafas, y miró con fijeza a la joven.

—¡Habráse visto bachillera igual! ¿qué has querido decir con eso?

Los pobres pasteles pagaron la nerviosidad, provocada por las palabras de la mulata. Uno quedó hecho picadillo bajo el tenedor de mi tía; otro fué abollado por el mío.

—...Como dicen que si el señor Santiago es o no es unitario... — contestó la taimada y graciosa criatura.

—¡Dios te bendiga, lengua de trapo!—exclamó mi padre.

Y riéndose, como si se le hubiera quitado una preocupación, se puso a engullir el despanzurrado pastel.

Mi tía le clavó los ojos extrañada del interés que él manifestaba.

Una sirvienta, iba y venía con otros platos humeantes y copiosos. En oyendo el nombre de Leonor en boca de Benita, yo me ponía inquieto a mi pesar. Sin ganas de seguir comiendo, me levanté, y fuí a sentarme en el sofá de crines, que guarnecía un rincón de la pieza.

—En la mesa, como en misa, — dijo mi padre, reprobando mi irreverencia.

—Me duele la cabeza, tata.

—¿No vas a comer más?

—No, mi tía; voy a esperar el caldo; tomaré una taza, y saldré a dar una vuelta.

En esos tiempos el caldo servíase, no al principio de la comida, como ahora, sino al final, y el que nos hacía mama Felisa, nuestra cocinera, era para resucitar muertos.

Me tomé, pues, una taza de caldo con una yemita, que mi tía batió amorosamente, y esperé a que rezaran los padrenuestros por las almas de Dorrego y de Quiroga, para pedir la bendición y marcharme.

—No te olvides de pasar por lo de don Manuel Masculino, a ver si me ha acabado la tabaquera; — me en-

comendó mi padre; — aunque por la pinta eso va a ser más largo que la obra de la catedral.

—Y si pasas por el Socorro, — me gritó mi tía, — dímele a Inesita que le voy a mandar unos pasteles; que aunque no están muy buenos, son para que los coman los niños...

Era la hora sagrada de la siesta.

Ni chicos ni grandes andaban por la calle, los grandes porque dormían y los chicos, porque sus padres los encerraban, para librarlos de riesgos y de travesuras.

En la desolada plaza, se veía uno que otro negro conductor de viandas, que al volver a su casa, se entretenía huroneando las bandolas.

La tienda de mi padre estaba abierta; desde mi casa veíanse los percales que desbordaban, clavados sobre las paredes a uno y otro lado de la entrada, al alcance de las parroquianas, que podían juzgarlos al pasar.

Como quedaba debajo de los arcos de la recoba, don Tarquino se atrevía a exponer sus mejores telas, lo cual les era imposible imitar a otros tenderos, cuyas casas no tenían abrigo contra el sol y la lluvia y el polvo.

Almorzando temprano, a esa hora el portugués había descabezado ya su siesta y en la trastienda jugaba a la malilla con dos o tres peninsulares, que acudían allí a matar el tiempo y a hablar de su comercio.

La verdad es que entonces las gentes se inmiscuían menos en política, y trataban más de sus negocios que de los del estado. A lo sumo, el bloqueo de los franceses, que restringía la importación de mercancías europeas, servía de tema frecuente a las conversaciones de mesa redonda en el café de Catalanes, o en el de Mallcos, lugares de reunión muy concurridos.

Don Tarquino salió al advertir mi presencia, antes que sele un ardite de las cosas del gobierno, aunque más tarde supe que con la apariencia nos engañaba.

Ostentaba sobre la escasa barriga un llamativo chaleco rojo, y teníasele por un buen partidario de don Juan Manuel.

No sabiendo yo a dónde ir, me fué a la tienda. Brumoso roncaba sobre el mostrador: ni aún dormido perdía su aire servil y taimado, que lo asemejaba a su señor, y se espabiló al sentir mis pasos.

—Amito Fonseca juega con los amigos, — me dijo levantando la tapa del mostrador para que pasara.

Don Tarquino salió al advertir mi presencia, antes que yo pudiera distinguir nada en aquella penumbra, apenas diluída por la claridad que rendía un traguluz abierto en el tejado.

El obsequioso portugués se restregaba las manos, como si le regocijara el verme.

—¿Cómo está mi señor don Bernabé? ¿y mi señorita doña Zenobia? ¿y su merced, señor don José Antonio?

Don Tarquino, con botas charoladas, sombrero de felpa y rauda capa, como asistía a nuestras tertulias, era casi un personaje.

Pero detrás del mostrador, en zapatillas, sin medias y hasta sin pantalones, en los días cálidos, porque el armatoste salvaba las apariencias, de medio cuerpo para abajo, trascendía a abandono y a avaricia.

—¿Y en qué podemos servirlo, mi señor don José Antonio?

Había yo tomado asiento entre los amigos, y maquinalmente me puse a barajar los naipes.

—La verdad es, señor don Tarquino, que en nada. — le contesté amablemente; y él, atraído por mis modales, se ubicó a mi lado y se dispuso a escuchar.

¿Pero qué había ido a hacer yo a esa cueva lóbrega, donde todo me era repulsivo, desde las horrendas zapatillas del portugués hasta los ronquidos de Brumoso, sin contar el olor a tripe de Bruselas, que la anegaba, ni las figuras de los contertulios, ansiosos, aguardando que el manantial de mis palabras refrescara la agotada conversación?

Atolondrado, sin rumbo, como un cohete, había salido de mi casa, sintiendo la necesidad de aclarar lo que

ocurría en la familia de Matorras, y sin saber dónde hallaría las noticias.

Ciertamente que no sería allí, adonde me darían las noticias de Leonor, que necesitaba para aclarar el misterio.

—La siesta no es vicio de todos — dije fingiendo una sonrisa, que acompañaron mis tres oyentes, — a esta hora me aburro en casa; y me he venido a acompañarlos.

Dada mi explicación, me metí las manos en el bolsillo, y me quedé con ganas de no haber dicho nada y de huir cuanto antes de allí, cuando uno de los camaradas de don Tarquino, un tal don José Alaguer, pulpero catalán, de la plazoleta, me soltó una pregunta llena de miel.

—¿Y cuándo es el casorio, mi señor don José Antonio?

—¿El casorio de quién? ¿el de don Tarquino?

Don Tarquino guiñó el ojo, hizo ¡vaya, vaya!, y dejó que los otros se rieran.

—Toda la ciudad está llena de la noticia del casamiento del señor don José Antonio...

—¿Con quién? — pregunté sobresaltado.

—Con la hija del Ilustre Restaurador de las Leyes el Excmo. señor Gobernador...

—¡Pues se llena con poco la ciudad!

—Eso cuentan en todas partes, — murmuró el otro compañero de don Tarquino, mirándome con tanto cariño que alguien lo hubiera tomado por mi padre.

—¡Así son las tonterías que se cuentan!

—Esta no lo parece. Porque vamos a ver... La señorita doña Manuelita Ortiz de Rozas...

—Señor don José, no mente a esa hermosa niña, en cosa tan insustancial...

—¿Por qué no había de ser cierto lo que todos dicen?

—No se necesita más razón que la de no serlo, — contesté amoscado, y los tres compadres se callaron, temiendo haberme desagradado con su charla.

Y yo me puse a pensar por qué no podía ser cierto aquello que, desde algún tiempo venía susurrándose en las tertulias.

Manuelita Rozas era entonces una gallarda moza, a la que no le faltaban cortejantes, ya por la atracción de su persona gentilísima, ya por su situación de hija de don Juan Manuel.

Ella parecía inaccesible a todo homenaje, y enteramente consagrada al cuidado de su "tatita"; lo que no dejó de acarrearle disgustos.

Decíase que años atrás, Rivera Indarte se enamoró de ella, y en versos que hoy me parecen muy malos, pero que hacía tolerables la ingenuidad de los tiempos, cantó su belleza, como cantó también las glorias militares de su padre.

Fuese que la niña no simpatizara con aquel hombrecillo pálido, concentrado de pasión, que la perseguía con sus lánguidos ojos azules, o que no le hubiera llegado la hora de amar, las declaraciones de Rivera Indarte se estrellaron en la indiferencia de Manuelita y su fervoroso cantor se hizo el más sangriento e implacable propagandista de la guerra santa contra don Juan Manuel.

Por mi parte, si valoraba perfectamente las prendas de Manuelita Rozas, me habría guardado muy bien de dejarme impresionar por ellas, aunque no tuviera la defensa de otro gran amor.

¡Cuán difícil se volvería mi situación en casa del Restaurador, si yo incurría en galanteos a su hija!

Pero en mi estado de espíritu, esa tarde no me pareció tan desatinada la aventura, y recordé mil pruebas de la amistad de Manuelita Rozas, en las cuales podía fundar una esperanza.

En fin de cuentas, si lo que todo el mundo veía o creía ver, no era una locura, ¿por qué no hacer que fuera verdad?

Salí de la tienda de don Tarquino a la hora en que las calles empezaban a animarse y los tenderos a sacar sillas a la vereda de la sombra. Me acordé del encargo de

mi padre, y me fuí a ver cómo andaba la tabaquera con el retrato del Restaurador. Sentía mi corazón aliviado y me habría echado a correr, como un pilluelo de no temer encontrarme con alguno de nuestros graves amigos.

Experimentaba la alegría de un día de asueto. Con sólo haber pensado en que podía amar a otra persona que a Leonor, parecíame liberado para siempre de ese dulce tormento.

¡Como si en un minuto pudiera cambiarse el destino!

Pasé a media cuadra de la casa de Matorras, y ni siquiera la miré.

Don Manuel Masculino, era un viejecito en quien el más lerdo habría adivinado a un artista. Por ejemplo, no conocía bien el valor de los billetes que cada seis meses vomitaban las prensas de don Juan Manuel; y eso que hasta ña Micaela, vendedora de alfajores y bollitos en un zaguán de la calle de la Victoria, sabía decir cuántos pesos de papel hacían un cuatro boliviano. También ignoraba el valor del tiempo; cliente que llegaba, era mosca en nido de araña; en cuanto se movía, don Manuel Masculino dejaba sobre su mesita el buril o el martillito y le tendía los brazos:

—¡Qué! ¿Se está por ir ya? ¡pero hombre! no ha visto lo mejor. Tengo allí en esa cómoda un costurerito que me ha encargado la señora doña Josefita Ezcurra...

Y si no bastaba el anuncio para detener al oyente, se levantaba con vivacidad ratonil, abría la cómoda y sacaba el costurero que estaba labrando para la cuñada del Restaurador.

Y luego anunciaba algo superior.

—Abajo de aquella cómoda, envuelto en unos papeles de seda, tengo un peinetón, casi terminado, para mi señora doña Aniceta Villarino de Lagos. Pero ¡qué peinetón! Media vara de alto, de carey finísimo, con el retrato de don Juan Manuel y un letrero que dice *Federación*.

Mientras él exhibía tales maravillas, pensaba yo en

cómo lucirían los magníficos peinetones sobre las trenzas rubias de Leonor, peinadas en aquel estilo delicioso que la juventud alegre de la Revolución Francesa llamó "peinado de la guillotina".

Los tiempos, decían algunos, empezaban a asemejarse, y al oírlo yo no dejaba de estremecerme considerando la tierna blancura de aquel cuello, como aderezado para la cuchilla.

Tenía resuelto no acordarme de la gentil hija de Matorras, y empezaba ya a faltar a mi resolución.

—No me muestre más peinetones — le dije — me inspiran malos pensamientos.

Él señor Masculino me miró sorprendido, guardó sus tesoros, y me dió palabra de concluir la caja de rapé, no bien tuviera un tiempito.

—El retrato del Restaurador ya está; no me faltan más que las cuatro rositas de oro que han de ir en las esquinas, las dos charnelitas y el resorte del cierre. Y luego pulirla.

Supe en casa que Inés Buitrago y doña Marica León y alguna otra vieja, por su estilo, habían anunciado visita para esa noche.

Huyendo de ellas, y más que todo temiendo que llegaran Matorras y su hija, me fuí al café de Mallcos, en frente del Colegio, donde se reunían muchos jóvenes de mi clase.

Las calles estaban tenebrosas, y transitables sólo por las altas veredas, sobre las que agonizaban a largos trechos las velitas de sebo de los faroles.

Pero el tiempo era espléndido. Ya hacia el este se diluía la noche, en el resplandor de la luna llena, cuyo disco de oro no tardaría en refulgir sobre el lomo oscuro del gran río.

Como no había merendado, me aproximé al puesto de ña Micaela en un zaguán de la calle de la Victoria, y le compré dos reales de tortas calientes.

En más de una ocasión aquella mulata coja me había

servido de Mercurio para hacer llegar a Leonor algún mensaje intencionado.

—¿Y de ahí, niño José Antonio? ¿no hay novedades por la calle del Potosí?

—Usté sabrá, ña Micaela. Hace años que no paso por esa calle.

—¡Jesús, qué embustero! Bien dicen que con las glorias se pierden las memorias.

—No la entiendo...

—Como ahora hay ojos que lo miran de más alto...

—Ya salió aquello, — pensé yo, sorprendido de que se hablara tanto de mis presuntos festejos a Manuelita Rozas.

—Por los gustos se venden los mantones, — dijo la mulata meneando la cabeza, como si desaprobara el cambio que presumía en mis inclinaciones amorosas.

La luz vacilante del farolito que alumbraba la mesa descataba cómicamente su rostro. La miré y me eché a reír, lo que pareció enfadarla.

—¡Pues yo me quedó con las que en su casa se visten de celeste!

Era un desafío de esclava de unitarios, que me enrostraba mis opiniones de federal.

—¡Bah! — exclamé, por sondear el conocimiento que pudiera tener de lo que ocurría en casa de Matorras: — ¿Quién ha visto a Leonor con trajes celestes?

—¡Yo!

—Si fuera así, no debería decirlo, ña Micaela.

—Como usté no es un espía de don Juan Manuel, aunque ande noviando con su hija, se le pueden contar las cosas.

Sentí un profundo agradecimiento hacia la buena mujer por la confianza que en mí tenía.

—Yo sabía que los Matorras son unitarios, pero no me imaginaba tanta imprudencia en Leonor. ¿Por qué contrariar así las órdenes del Restaurador?

—¡Vaya! ¿por qué él ha dado en la flor de mandar

desatinos? ¿No ha de ser dueña una de vestirse con los trapos que quiera, o que tenga?

—Así es, ña Micaela. Está buena usté para acompañarla a Pepa la Federala, — le contesté riendo.

Me miró con desdén y escupió. Sacó un cigarro de tabaco negro, abrió el farolito, encendió, y se puso a fumar, silenciosa y hosca.

Luego me dijo, mirándome intensamente:

—No se imagine, niño José Antonio, que lo han de querer más en la calle del Colegio que en la del Potosí.

Me turbó aquel dicho.

En mis relaciones con Leonor, tan antiguas y cordiales, no había mediado nunca una declaración franca.

Yo creía entenderla y hacerme entender sin palabras, que se me antojaban vulgares y rudas. Pero en esos días me acongojó el pensamiento de que hubiera valido más una frase corta y simple, que aquellos imaginarios coloquios. Quedábame el consuelo de pensar que Leonor no siendo más lerda que otros, tal vez habría penetrado mi secreto.

No bien abrí la puerta del Café de Mallcos, a cuya entrada ardía un reverbero, me chistaron de diversos puntos del salón, que bullía como un colmenar.

—¡Aquí, José Antonio!

Quien hablaba levantándose de entre un grupo, era Pedro Rodríguez, compañero mío en la secretaría del Restaurador.

Un mozo gallego, en chancletas y mangas de camisa, con un estropajo indecente refregaba el marmol de una mesita, donde mi amigo con otros camaradas se disponía a echar una partida al truco. Sentéme con ellos, y pedí un candeal. Saqué mis tortas calientes y las amontoné sobre la mesa.

—No he merendado, — les dije, — y tengo hambre.

¡Pero qué había de sentir eso, cuando en mi alma renacía la amortiguada ilusión!

—Tienes más cara de enamorado que de hambriento

— respondió otro de los amigos, Antonino Reyes, militar y empleado también del gobierno.

Se cambiaron una guiñada, y antes de que yo me hiciera cargo de su observación, dijo Rodríguez:

—¿Qué te parece la noche para una serenata?

—De lo menos oportuna: las calles son barriales.

—¿Y eso puede estorbarnos? ¿sabes que don Francisco Munilla nos presta su piano?

Munilla era el dueño del café, excelente pianista, dueño de un rico Stoddart de cola.

—¿Pero a quién se le ocurre dar una serenata con piano?

—¡A nosotros! — gritaron los tres o cuatro camaradas que rodeaban la mesa.

—Tenemos dos guitarras, una vihuela y tu voz de barítono. ¿No has repasado tu parte del Don Juan?

—¡Es un disparate! ¡quién recorre la ciudad con un piano!

—¡Nosotros!

—¿Con las cales como están?

—¡Vaya! Nos acompañarán los tres gallegos del café, que son forzudos, y saldremos a la media noche.

Don Francisco Munilla se nos aproximó en ese instante.

—Yo les presto el piano — dijo hablándonos al oído, — pero ustedes me cuentan una noticia...

—¿No será un secreto de estado? — preguntó jovialmente Reyes.

—¡Ustedes dirán! ¿Es verdad que mañana llega el general Paz?

Nos quedamos calados. Sabíamos que el vencedor de la Tablada y de Oncativo, el más reputado de los militares unitarios, había sido puesto en libertad por el Restaurador, pues días antes uno de nosotros copió la nota dirigida al jefe de la cárcel de Luján, donde estaba el ilustre prisionero. Pero no nos pareció prudente divulgarlo.

—Si no lo niegan, es verdad.

—Piense lo que le parezca, don Francisco.

—Me han dicho que no viene enteramente libre: que tendrá la ciudad por cárcel.

Así era en efecto, y tampoco lo negamos.

Antonino Reyes aprovechó la ocasión para hacer una pregunta que podía tener su importancia política.

—Usted que anda bien con tirios y troyanos, debe de saber lo que voy a preguntarle.

Munilla, en efecto, guardaba con nosotros y nuestros enemigos una neutralidad benévola, aunque generalmente se le suponía más unitario que federal.

—¿Es verdad que del sur de la provincia han mandado a la Banda Oriental un mensajero a entrevistarse con Lavalle?

—¡Lo ignoro! — exclamó don Francisco, alzando las manos.

—Pero si está ya en Buenos Aires, esperando una ballenera para cruzar el río. Y hasta se le nombra: Marcelino Martínez Castro.

Yo no sabía nada; me quedé sorprendido, y me asaltó una aguda sospecha.

Munilla movió la cabeza.

—Si lo supiera... quizás no lo diría; pero no sé nada, nada...

Y se alejó de nosotros, preocupado.

El recinto estaba lleno de gente, y los mozos y aún el patrón, no se daban tiempo de echar un parrafito en cada mesa, porque de todos lados se les llamaba, a gritos; quien pedía un candeal, quien un chocolate o un café, quien un cigarro hamburgués o un medio de tabaco de Virginia o una baraja.

De la pieza vecina nos llegaba el ruido de los tacazos y de las bolas del billar.

Nosotros jugábamos partidas tras partidas, esperando la hora propicia para las serenatas, que era el filo de la media noche.

Queríamos salir cuando la ciudad estuviera dormida, para no tropezar con algún grupo de señoras, demo-

radas en alguna tertulia. A la luz del farolillo del esclavo o del sirviente, que les alumbraba el camino de sus casas, podrían reconocernos.

—Todavía hay luz en el puesto de ña Micaela, — dijo Rodríguez, que se asomó a la esquina.

—Esa es la última en apagarse, — respondió Munilla. — Cuando la mulata se va con sus trebejos, no hay cuidado de encontrar a nadie.

Una hora después, veinte mozos nos echamos a la calle y el pesado Stoddart nos parecía ligero como una guitarra.

Aunque no temiamos embarrarnos hasta la rodilla, agradecimos cordialmente la ayuda que nos prestó la luna esplendorosa en la romántica hazaña.

—La primera serenata, — dijo Munilla envolviéndose en su capa, ha de ser para la hija del Restaurador.

Tal indicación en labios de un hombre cuya capa estaba forrada de terciopelo azul claro, colores excecrados por los buenos federales, me pareció hecha de acuerdo con los compañeros, que me miraban maliciosamente.

No me desagradó lo intencionado de sus palabras. Sentía de nuevo la tentación de enamorarme de Manuelita, por libertarme de Leonor. Oyendo mencionar a Martínez Castro, se me ocurrió que podía ser el hombre, que según Benita, se econdía en su casa. Y creyéndolo así, me abrasaba la duda: ¿es una intriga política? ¿es una aventura de amor?

—Y ha de ser José Antonio el que cante, — apuntó Reyes.

Tenía yo una hermosa voz de barítono, y como en aquellos tiempos, más que en los actuales, estaba difundido el gusto por la buena música, cantaba muy bien algunos trozos del *Don Juan* de Mozart.

La casa de don Juan Manuel, en la calle del Colegio, aparecía siniestra y sombría, aún bajo la ola de plata que cubría la dormida ciudad.

Todos los faroles estaban apagados. Un centinela que cabeceaba afirmado contra un cañón de bronce clavado

en la esquina, se enderezó lleno de estupor, ante aquella extraordinaria procesión de gente que llevaba al parecer un cadáver gigantesco, rondeado de guitarras.

—¡Alto ahí quién vive! — exclamó preparando la tercerola!

—¡La patria!

—¿Qué gente?

—¡Qué gente quiere que sea, amigo! — le contestó riendo Antonino Reyes — gente de paz, buenos federales, que andamos dando serenatas.

—¿Y ese cajón?

—Es un piano.

—Y la primera canción va a ser para la niña Manuelita.

—¡Ah ¡eso me gusta!

Pusimos el piano en lo más parejo de la calle; tomó asiento Munilla, preludió alguno sacordes, y en la noche dulcísima, llena de los vagos perfumes de los jardines otoñales, se difundió la serenata inmortal.

Yo ataqué briosamente mi papel; sin duda puse en la voz un poco de lo que me desbordaba en el alma, aún contra mi voluntad. No sé si canté para Manuelita o para Leonor; pero sí que mis compañeros me miraban sorprendidos, y que Munilla y los demás acompañantes vibraban con mi propia emoción.

Una, dos, luego tres, y más ventanas se fueron abriendo en las casas del barrio, y se oyeron risas y cuchicheos detrás de las celosias. De pronto, arriba de nuestras cabezas, en el balcón de Manuelita, se abrió una última ventana, y sentimos que un piano acompañaba al nuestro, y al callarnos para escucharlo, una voz purísima de mujer repitió la primera estrofa.

Deh, vieni alla finestra o mio tesoro;
Deh, vieni a consolare il pianto mio.
Se neghi a me di dar qualche ristoro
Devanti agli occhi tuoi morir vogl'io.

Después se cerró la ventana, y nunca supimos si la diva fué Manuelita o alguna de las niñas que generalmente la acompañaban en su caserón, lóbrego y triste desde la muerte de su "mamita", doña Encarnación Ezcurra.

V

Espía del Restaurador

En la balconada de Riglos, sobre la plaza, a breve trecho de la catedral, vi el domingo a Manuelita después de la misa de la una.

Yo antes había ido a la del alba en San Ignacio, ansioso de ver a Leonor, que prefería esas horas, bien fuera por devoción, o bien por que no se comparasen sus tocados sencillos, con los atavíos lujosos de otras niñas. Y en balde agucé la mirada para descubrirla en el grupo de mujeres que oían aquella misa temprana, cabeceando todavía en el templo, alumbrado apenas por los cirios del altar y por la dudosa luz del amanecer.

Volví a mi casa renegando de ella y de mí, sobre todo de mí, que no sabía anclarme en una resolución definitiva, pues un minuto después de resolver enamorarme de la dulce y amable Manuelita, ya estaba cultivando la secreta ilusión de conquistar a la otra.

Me fuí a la catedral, a la hora en que daba cita la sociedad elegante, especialmente las muchachas que iban a alabar a Dios, y de paso a exhibirse en el ancho peristilo lleno de mozos paquetes.

Me pareció reconocer a la hija de don Juan Manuel en una elegantísima devota, que estaba junto al comulgatorio. Tenía un soberbio peinetón, cubierto por una

gasa negra en que jugueteaban las ligeras corrientes de aire de los ventanales, lo cual impedía verle la cara, agachada sobre su libro de oraciones. Oyó la misa arrodillada sobre el "chuse" con flecos, que tendió a sus pies una sirvienta, y que le servía también para sentarse, al estilo morisco.

Algunos de mis compañeros debió de observar la frecuencia con que yo me distraía del santo sacrificio, por contemplar aquella figura.

—¡Bravo, José Antonio! ¡ya me han dicho que te casás!...

Me sonreí, sin contestar, y para no escandalizar a los devotos con mis distracciones, busqué manera de abandonar el templo.

En el peristilo había ya muchos hombres esperando la salida de la concurrencia.

Manuelita Rozas no sólo tenía la donosura de sus veinte años y toda la gracia de las porteñas de estirpe, sino el prestigio de concentrar en su persona, la esperanza de los federales.

El peligro de que don Juan Manuel, blanco de tantos odios, pudiera desaparecer dejando inconclusa su obra, se aminoraba con la idea de que su hija, después de él, empuñaría la vara del gobierno con mano tan firme como la suya.

Insensiblemente nuestros sentimientos republicanos iban deformándose, al punto de que llegábamos a pensar en las conveniencias de establecer la dinastía de Rozas. Todavía callábamos, por instintivo pudor, pero cuando, dos años más tarde enviaron al Restaurador aquella máquina infernal, de la que salvó por un azar increíble, la idea había hecho tanto camino, que algunos personajes de autoridad, le consultaron sobre el caso.

Don Juan Manuel, con toda frescura, contestó que "la niña se hallaba impuesta de los asuntos del gobierno", y no encontró desatinados a sus amigos.

Todos, pues, miraban en Manuelita la heredera, si no del trono, a lo menos del poder; y yo, pobre diablo, a

quien los cuchicheos de la población, presentaban como su novio, podía pavonearme con los honores de futuro príncipe consorte.

Mas debo hacerme justicia. Nunca vi en ella más que una joven agraciadísima, sin la belleza delicada y sorprendente de su padre, pero con una elegancia humana, y un prodigioso don de gentes, que la hacía reina en los salones.

Entre tanta gente, y con los monumentales tocados de aquel tiempo de miriñaques y peinetones, y vistiendo de negro todas las damas, conforme a los ritos sociales, no advertí en qué momento salió Manuelita de la catedral, más de pronto alcancé a divisarla en el balcón de la casa de don Miguel de Riglos, junto con otras niñas.

Se sonrió al saludarme, y yo me imaginé que recordaba la serenata de *Don Giovanni;* más nada en su sonrisa ni en su gesto, me permitió creer que ella me sintió cantar ante su puerta cerrada, y me dió la respuesta:

"¡Deh, vieni alla finestra, o mio tesoro!"

¡Pobre de mí! Esa siesta, mientras en mi casa dormían todos, yo hecho un duende recorría los corredores sonoros como claustros.

Me iba ganando de nuevo la tentación de volver a lo de Matorras, para saber qué pensaban de mi ausencia, qué pensaba ella sobre todo, que se guardaba de mí, como de un espía.

Mi tía Zenobia no me hablaba ya de su proyecto, mas no parecía haberlo olvidado, pues sorprendí en sus ojos un fulgor de inteligencia y de malicia.

En cambio sospechaba que debía ocultarme de mi padre. Y una voz interior me advertía que en mi propia casa, alguien más conspiraría contra mis ilusiones.

La tarde era ventosa y fría.

Cuando el rumor de mis pasos no cubría los otros vagos ruidos de la ciudad adormecida, sentía zumbar el viento y chirriar las veletas de las torres.

Siempre ese ruido inacabable y agrio y el sonido de la campanita de San Juan, han sido, por no sé qué misteriosas evocaciones, fuente de melancolías para mí.

En la plaza desierta, bajo el sol de otoño, el viento alzaba columnas de polvo dorado, que se retorcían y desmenuzaban alrededor de la pirámide de Mayo.

El reloj del Cabildo dió las cuatro.

Oí los pasos ligeros de Benita, que cruzaba el corredor, y me pareció sentir su mirada escrutadora y ardiente.

Debí llamarla, y decirle:

—¿Qué te hice para que así turbaras mi corazón con tu malicia? ¿Por qué me engañaste?

Pero aquella voz que me prevenía en secreto, parecía decirme: "¡No te ha engañado!" Y mi congoja y mis dudas crecían.

Huyendo de su presencia me fuí al segundo patio, separado por una tapia, en la cual se apoyaba nuestra cocina, de media agua, con su chimenea de ladrillos, empenachada de humo.

Mama Felisa, la madre de Benita, estaba sentada junto a la puerta, fumando, con los ojos semicerrados.

—¿Qué hace, mama Felisa?

—¡Estoy viviendo, hijo! Y aguardando a mis ahijados.

Aquella mulata cuarentona, y de buen aspecto, criada en la casa, era como un miembro de la familia.

Yo la llamaba "mama Felisa", y hasta le pedía la bendición, besando sus dedos amorcillados, cuando de niño, ella me acostaba, y me adormecía, con sus inolvidables cuentos de ánimas en pena.

Algunos amoríos misteriosos, ya olvidados, no la habían hecho desmerecer en la confianza de mi tía, ni la habían desmontado del orgullo de ser dueña y señora del segundo patio y de la huerta.

Allí reinaba, y en los días de fiesta, cuando iban los ahijados de mi padre y de mi tía, a jugar a las cuatro esquinas o a la gallina ciega, mama Felisa vigilaba nues-

tros juegos, curaba nuestros chichones y nos hartaba de bizcochitos y de dulces.

Por su posición mi padre y mi tía eran muy solicitados como padrinos, y así se fueron llenando de ahijados de todos colores, pues lo mismo apadrinaban a las rubias espigas de los O'Gorman y Atkinson, que a los mulatillos mal habidos por las chicas de nuestra relación.

Todo el mundo reconocía la capacidad de mi tía para elegir el nombre de sus ahijados. Por ejemplo, los cinco varones de Inesita Biutrago, llamábanse: Adocilio, Pocilio, Rutilio, Duilio y Clandestino, y jamás logramos saber de dónde los sacó, si de algún novelón romántico, o de su cabeza, que es lo más probable.

Los domingos, llegaban después de siesta, y se acercaba uno a uno con las manos juntas:

—¡La bendición madrina!

—¡Dios me lo bendiga y me lo haga un santo!

Un episcopal golpecito en el cachete, un "medio" de plata, deslizado en el bolsillo del pantalón por los discretos dedos de mi tía, y luego la sacramental pregunta:

—¿Ya fueron a la doctrina?

—¡Sí, madrina!

—Bueno, pasen a la huerta: Felisa les dará de merendar. Jueguen al pimpín serafín y no me corran los patos...

—¡Qué habían de jugar al seráfico pimpín aquellos charrúas! En palpando el "medio", y algunas tortas fritas de mama Felisa, volaban a apedrear a los perros en la calle de los Mendocinos.

Aún sin ellos, la huerta zumbaba como una colmena con los demás ahijados.

Ese domingo todavía no había llegado ninguno, y la casa estaba en calma.

—¡Qué caviloso andás! — me dijo mama Felisa.

Me hice el desentendido. Con las manos a la espalda, dí algunos pasos por el patio, en cuyo suelo, escarbaban las gallinas.

Mama Felisa, sin inmutarse, seguía pitando. Yo la

miraba con el rabillo del ojo; parecía una clueca echada a la puerta de la cocina.

El viento sacudía las veletas y zumbaba en las rendijas de las ventanas, pero aquel sitio era abrigado, y la barrita de humo de su pucho, subía plácidamente en el aire.

—Bien podría hacerme unas tortas fritas, — le dije con sorna — en vez de pasarse espiando si cavilo o dejo de cavilar.

—¡Bendita sea la flor de la maravilla! ¿qué te ha molestado en mi pregunta?

—La malicia con que la hizo.

—No hay cosa bien dicha, cuando es mal recibida.

Me quedé callado, deseoso de que hablara, sin que yo la interrogase.

—Si querés tortas fritas podías pedírmelas pero con otros modos, — dijo al rato.

—No quiero que se moleste por mí. Pero no se meta en lo que no le importa.

—¡Adiós, mi plata! ¿qué víbora te ha picado, hijito? Su tono resentido y afectuoso me desarmó.

—No haga caso, mama Felisa. No he tenido intención de ofenderla; el viento norte me altera los nervios.

—No, José Antonio; lo que te los altera es otra cosa.

—¿Por ejemplo?...

—Por ejemplo, el amor...

—¿Quiere decirme quién le ha traído ese chisme?

—¡Si se te conoce por encima de la ropa, hijo mío!

—¿Qué se me conoce?

—Que andás inquieto, como lechera con la cría atada, perdonando la comparación.

Me eché a reir, y ella se levantó resoplando, y se fué a revolver sus trebejos para freírme las tortas.

—Bien podías habérmelo dicho más temprano.

—Si es tarde, no se preocupe. Será otra vez.

—Nunca es tarde cuando hay corazón.

Yo quería sondearla, para ver qué sabía de mí. Me le acerqué y le dí una palmadita en el hombro.

—¡Vieja! ¡ya sus ojos no ven claro!

—Tendrás pena de muerte, si no llegás a mi edad.

—Prefiero morir joven, si he de llegar a viejo para andar viendo visiones.

—¡Oiganlé! — exclamó volviéndose a mí, con las manos a la cintura y aire de desafío — ¿qué visiones son ésas? ¿Me querrás decir ahora, que no andás al trasperder, enamorado y triste? ¿De qué me servirían los años y el cariño, si no te supiera de memoria, mejor que tu padre, mejor que tu tía, si desde que murió tu santa madre, cuando tenías dos años, no has conocido otra madre que yo?

Se enjugó los ojos que se le llenaron de lágrimas, sin duda por el humo de la cocina, y yo agaché la cabeza.

—Crea lo que quiera, mama. Pero dígame ¿a quién se refiere? ¿de quién se le ocurre que estoy enamorado?

—¡Andá inocente! — exclamó empujándome con dulzura hacia afuera. — Estas cosas se saben sin preguntarlas. Y yo de vos lo sé todo, sin que nadie me lo cuente.

Cuando me disponía a replicarle, para hacerla cantar claro, llegó Benita, y me callé.

—El señor, su tatita, me manda en su busca, niño José Antonio, — dijo, retorciendo nerviosamente la punta de su delantal.

Mama Felisa la miró con embeleso.

—Bueno, mañana te haré semitas con chicharrón.

Mi padre me aguardaba en su cuarto. Cuando llegué estaba golpeando con los nudillos el marco de la puerta.

—Este es algarrobo bien seco, — murmuró, — no así el de la pieza contigua, que ya se ha arqueado.

Se dirigió luego a mí.

—¿Quieres acompañarme a lo de don Trifón Buitrago?

—¿Está enfermo?

—No; ¿por qué había de estarlo?

—Como usted, tatita, los domingos a la tarde suele visitar a don Jerónimo Matorras...

Mi respuesta le produjo una singular confusión; su frente blanca y noble, se puso colorada.

—Se me antoja cambiar hoy de costumbres. Pero si no quieres ir...

Por el contrario, tenía yo interés de ir a casa de don Trifón a pispar algo acerca de Leonor, cuyas visitas allí me resultaban misteriosas como andanzas de conspirador.

Pero antes de salir, acudiendo a un mensaje de mi tía, fuímos a su cuarto a tomar un mate de leche y a comernos una rosquita de maizena.

Tenía ya su anafe con rojas brasas, la yerbera y el mate de plata listos, y una charola de crujientes biscochitos recién horneados. Con una pantalla de palma, ella misma avivaba su fuego.

—¿Con que van a lo de don Trifón? — preguntó arrugando la rosada naricilla, flanqueada por un lunar con pelos.

También ella parecía encontrar extraña la visita.

Mi padre se atusó las guedejas, respondió cualquier cosa, sin mirar a mi tía, que clavaba en él sus ojos perspicaces, comió una rosquita, y se despidió con toda cortesía.

En la calle azotada por el viento, no se veían sino algunas mujeres arrebozadas que iban a los oficios o a las novenas de tal o cual cofradía algunos chicuelos que salían alborotadamente de la doctrina, apedreando a los perros del arroyo; otros que se detenían en la plaza, a jugar al tejo.

Mi padre saludaba a todos con deferencia. Hasta poco tiempo antes, él y don Bernardino Rivadavia conservaban el abolido pantalón corto y el zapato de hebilla del tiempo del Rey. Como Rivadavia andaba emigrado, mi padre por no ser solo en usar aquellas prendas, había adoptado indumentaria más moderna; pero se advertía en su persona y en sus maneras al caballero de rancias costumbres.

Caminábamos por las altísimas y escabrosas veredas, adelante yo, y detrás mi padre, que se entretenía en gol-

pear con su bastón los cañones de bronce clavados en las esquinas.

—El amor, — dijo de pronto, — es una flecha de oro.

—Así habla tía Zenobia.

—Sí; esas son sus palabras; y debe querer significar, que es un sentimiento del cual nace el placer y el dolor.

—¡Ah! ¡ahora caigo! ¿Pero cómo puede ser tan versada ella en ese tema?

Mi padre se echó a reír.

—Es el instinto; y como decían del derecho natural los jurisconsultos romanos, es lo que la naturaleza enseña a todos los animales: *quod natura anima animalia docuit*. La ciencia del amor no está en los libros.

—Está en la vida.

—Eso es; en la vida.

—¡Pero no en la vida de ella, tata! — protesté yo. — Mi tía no puede entender de estas cosas.

Deseaba ponerlo en el camino de una explicación, por averiguar si se había percatado de que mi tía quería ser mi madrastra.

¡Pero en vano! Mi padre entendía de otras cosas más que de eso. Por varias cuadras me habló de un probable casamiento de ella con don Tarquino; y casi me pide albricias para contarme su descubrimiento:

—Hace tiempo que Tarquino la quiere...

—Ya lo he observado — contesté.

—¿También tú? Eres perspicaz, hijo.

—De casta le viene al galgo ser rabilargo.

Se volvió a reír, muy halagado, y prosiguió:

—Pero ella no le correspondía, antes...

—¿Y ahora?

—Ahora sí; ¿no has visto con cuánta coquetería se arregla, y cómo se ha embellecido? ¿quién le daría la edad que tiene? Eso es amor, o yo no sé dónde tengo la nariz.

—Sí, tata, estamos de acuerdo...

—Es correspondencia fina y discreta a los afanes de

Tarquino. ¿Sabías que él la quiere en secreto desde hace veinte años?

—¡Diablo! ¿tanta constancia en ese hombre?

—Más de una vez me ha hecho confidencias. Guárdame el secreto. Por fin parece que el cielo va a premiar su tesón...

Tentado estuve de explicarle que las coqueterías de la pizpireta dama no eran homenajes rendidos al portugués; y que el cielo no llevaba miras de premiarle de esa manera, que sería como tirar margaritas a los gorriones. Pero me contuve, porque parecía tan satisfecho de sus descubrimientos que hubiera sido crueldad desengañarlo.

¿Con qué cara iba a hacerle yo una declaración por cuenta de mi tía, diciéndole, más o menos: Padre mío, quien la ha traspasado con la flecha de oro no es don Tarquino sino su merced?

—El es rico — prosiguió mi padre, — y está en buena edad para hacerla efliz. Verdad es que pocos datos tenemos de su vida pasada, pero en veinte años que lleva aquí, se ha portado siempre como hombre de pro.

Por aquellos tiempos la iglesia del Socorro, venía a quedar lejos de la ciudad aristocrática, en la procelosa barriada de la plaza de Toros, o de San Martín, o del Retiro, que todos esos nombres tuvo, y hasta conservó simultáneamente.

El cura Buitrago que servía esa pobre parroquia, vivía allí como en un desierto, entre cercos de pitas, donde florecían las mosquetas y al borde de las barrancas, propicias para los encuentros con la gente recia y de avería.

Pero se resignaba a desempeñar allí su ministerio, porque le había dejado entender el ilustrísimo señor obispo Medrano, que pronto se le haría canónigo de la Santa Iglesia Catedral.

Don Trifón hacía años que aguardaba la canongía, siempre inminente, pero siempre inaccesible, porque

nunca faltaba algún percance que desbarataba sus planes.

—¡Son los jesuítas! — decía cariacontecido y resuelto a seguir esperando, aunque la vejez se le echaba encima.

Estaba convencido, de que los jesuítas lo vetaban, y como en ese tiempo, los padres de San Ignacio cultivaban buenas relaciones con el Restaurador, don Trifón los creía omnipotentes en la curia.

—¡Algún día se pisarán, y yo seré canónigo!

Cuando yo era niño él me daba lecciones de latín, y recuerdo que al despedirme besaba con agrado aquella mano blanca y fina, con que se acariciaba los pálidos carrillos, rasurados siempre como si acabara de salir de la barbería. Tenía para ello un muchachón que lo afeitaba después de la siesta, cuando llegaba yo con mis cuadernos y el indigesto Nebrija.

Invariablemente al finalizar la operación, el cura se pasaba el dorso de la mano por el mentón, y si estaba bien descañonado, se dirigía a una arrinconada petaca de cuero, y extraía una chancaca de Tucumán, envuelta en chala de panojas.

—¡Toma!

Aprendí todo el latín que don Trifón podía enseñarme, y sólo de tarde en tarde volví a su casa, aunque me recibiera con inmutable cariño.

Tenía miedo de que un día se empeñara en leerme unas memorias que redactaba para matar las horas de su destierro en la misma parroquia del Socorro. Después he sabido que antes se cortara la lengua que confiar a nadie los secretos que su pluma volcaba en el papel. Porque don Trifón era federal, amigo de don Juan Manuel, y sin embargo en sus memorias aparecía como un acerbo historiador de aquellos tiempos tan turbios que ni los que no han vivido en ellos, pueden juzgarlos sin pasión.

Don Trifón nos acogió esa tarde con gran regocijo, y

corrió a su petaca a sacar algunas golosinas, de las que le mandaban sus parientes de tierra adentro.

—Inesita está con la visita de otras mujeres; Corrales se ha ido a la campaña, dice que a traer una puntita de vacas para el matadero; mis sobrinos se fueron a saludar a su madrina; yo estaba solo y triste, y ustedes vienen a alegrarme.

—Cuando usted ejerza sus funciones en la catedral, nuestras visitas no serán extraordinarias.

El futuro canónigo sonrió dulcemente.

—Usted sabe lo que yo le he dicho. Ellos son hoy poderosos, porque tienen privanza con el Restaurador. Pero un día la perderán...

—¡Así es! — respondió mi padre, contagiado por la prevención del cura contra los jesuítas.

—Y ese día no está lejano — prosiguió don Trifón bajando la voz.

Se asomó a la puerta, y luego volviendo a su silla, que acercó más a nosotros, nos dijo:

—¿Sabe que ha venido a verme el coronel don Vicente González.

A pesar de mis ideas políticas, el nombre de aquel servidor y protegido de don Juan Manuel, me era particularmente odioso.

¿Qué relación podía existir entre aquel montaraz semibufón, semiasesino y el inofensivo cura del Socorro?

—No le conocía tal amistad, — dijo mi padre con acento desdeñoso.

Don Trifón se ruborizó, y tartamudeó una excusa.

—Ha venido con la más original de las ocurrencias...

Sin duda se habría callado, pero el gesto avinagrado de mi padre y la displicencia que yo puse, lo indujeron a explicarse.

—Usted sabe que es el más ardiente devoto del Restaurador.

—Desgraciadamente, eso se propala, — contestó mi padre.

—Lo dice el mismo don Juan Manuel.

—Lo dirá, cin creerlo. Y si acaso lo creyere, se pierden él y su causa. Pero siga, señor cura.

—Pues ha venido a confiarme que los jesuítas están a punto de caer en desgracia.

—¿Cómo puede saber esas cosas un hombre que se pasa en el campo, sin llegar casi a la ciudad?

—Déjeme contarle, señor don Baltasar. En la Guardia del Monte donde él vive, hay un párraco a quien tacha de "federal tibio".

—Para un hombre de la laya del "Carancho del Monte", — observé yo, dando a aquel miserable el nombre que él mismo se daba — los que no tienen las manos teñidas en sangre, serán federales tibios...

—Llama así al cura, porque dice que es amigo del hermano del Restaurador, don Gervasio Rozas y porque no ha podido inducirle a hacer en la iglesia un paralelo entre el Restaurador y N. S. Jesucristo.

—¡Vaya una pretensión!

—¡Pues está resuelto a hacerlo él, desde el púlpito el día de Pentecostés!

Nos echamos a reír, imaginándonos al "Carancho del Monte", predicando en la iglesia de su pueblo semejantes desatinos.

—¿Y ha venido a pedirle que usted le haga el sermón?

—¡Se lo ha pedido a los jesuítas, por consejo de don Juan Manuel!

—¡Estupenda locura! — gruñó entre dientes mi padre, creyendo muy capaz a don Juan Manuel de una diablura así. — ¿Se habrán hecho cruces, naturalmente?

—¡Se han negado!

—¿Y usted piensa negarse, como los jesuítas?

—A mí ha venido por otra cosa, — respondió don Trifón, tamborileando con sus dedos marfileños el brazo del sillón de vaqueta; — a consultarme si se puede sostener sin caer en herejía, que don Juan Manuel fué concebido sin pecado original...

Nos quedamos callados, mirándolo, esperando que él

mismo nos dijera su respuesta.

Pero don Trifón se puso a contemplar el vuelo de las moscas en un haz de rayos de sol, que entraba por la ventana; y no habló.

Yo me levanté a dar unos cuantos pasos, y se me ocurrió decir, por tantear el terreno.

—Ese bribón no ha venido a pedir lecciones de teología, sino a espiar lo que pasa aquí.

—¡Pero aquí no pasa nada!

—Los tiempos son muy revueltos. Se conspira en todas partes, y los más leales partidarios de la federación están sirviendo sin saberlo, en los tapujos de los unitarios. ¿A que no puede decirnos, señor cura, de qué marca son las vacas que ha ido a traer su cuñado?

Don Trifón se puso como una amapola.

—Es posible. es posible, que otros cerca de mí, aún a mi lado, amparados por mi fama de buen federal, conspiren, pero ni yo, ni mi cuñado..

Estuve a punto de decir: — "Ni usted, ni su cuñado pero sí Matorras, sin que lo sospechen ustedes!" — mas me contuve, con miedo de acertar, y que otra vez pudiera creérseme espía del Restaurador.

Mi padre. se salió a la galería del patio en medio del cual crecía un árbol de toronjas, doradas por el otoño.

—¡Ave María Purísima! — dijo una voz dulcísima en el zaguán.

Me extremecí hasta las entrañas, reconociendo la voz de Leonor.

Mi padre corrió a recibirla.

—Adelante, Leonorcita.

—¡Oh, don Baltasar! ¿usted por aquí?

Algo debió de notar mi padre en la sorpresa de la joven, porque le preguntó con cierta gravedad:

—¿Te desagrada el verme?

Sentimos la risa de la hermosa hija de Matorras.

Don Trifón, que en un principio pareció preocuparse, dijo luego con indiferencia:

—¡Ah, es Leonorcita, que viene a arreglar el altar la bendición de esta noche!

—¡Ni en la catedral hay mejor sacristana! — a con cierta agresividad; y se me ocurrió que mi padre ido al Socorro, con el propósito de encontrarla.

La existencia de Leonor era cada vez más extraña ojos; y a ratos ardía en celos, sospechando intrigas rosas, a ratos temblaba suponiéndola complicada en complot.

Me sentía sin valor para levantarme, temiendo qu al verme se confirmara en la desconfianza que y tenía.

—¿No quieres que saludemos a Leonorcita? — preguntó el cura Buitrago, no menos intranquilo qu y agregó: ¿Entonces tú crees que ese truhán del C cho ha venido a espiarme?

—Se me ocurre que sí; y me alegraría saber qu se encontró con ella...

—¿Ella? — interrogó sobresaltado el cura.

—¡Con Leonor!

Arrojé al azar mi respuesta, ansioso por revel cura que nada tenían que temer de mí. Desgraciada te, el resultado de mi observación fué distinto.

Don Trifón se echó atrás, como si un abismo se biera abierto a media vara de él.

—¡Ah! — exclamó, llevándose las manos a la c — ¡ella conspira! ¡ahora caigo en que es verdad!

Quedé aturdido, lleno de vergüenza y de dolor, prendiendo que la denunciaba, queriendo salvarla.

Porque si don Trifón no estaba mezclado en l triga, no se prestaría a ampararla: o refería lo poco supiera a don Juan Manuel, o cerraba su casa a la sitas de Leonor, que no dejaría de adivinar quién puesto sobre aviso al pusilánime viejo.

No pude agregar una palabra en mi defensa. Leonor, seguida de mi padre; y nos miró sorprendi recelosa.

Llegó en ese instante Inesita, mujerona agracia

zalamera, tirando besos a Leonor y distribuyendo valientes estrujones de mano a los demás.

—¡Tanto bueno por aquí!

Una reserva glacial nos embargaba. Cada uno de nosotros revolvía algún grave pensamiento. Inesita miraba a Leonor, me miraba a mí, miraba al cura, con los ojos muy abiertos, como diciéndonos: ¿"Qué les pasa?"

Mi padre sonreía.

—Inesita; no pasan años por usted. ¿Cinco hijas, y tres hijos, no?

—Al revés, señor don Baltasar; tres hijas y cinco hijos.

Recogí mi sombrero, envolví en una mentira mi resolución, y me eché a la calle, desesperado de que todos mis actos me hicieran más sospechoso.

Yo mismo con esa fuga, remachaba en el espíritu de Leonor, la convicción de que seguía sus pasos, para denunciarla al dueño de vidas y haciendas de Buenos Aires.

VI

¿Por qué dudaste?

Mi corazón era como la playa del mar. La primera ola borraba la última huella.

Y gracias que así fuera, porque eso me valió para sobrellevar la tristeza de aquellos sucesos.

Una mañana fuí a casa del ministro Arana, con una nota que debía pasarse a los ingleses.

—Tápesela, cuando la esté firmando, — me dijo don Juan Manuel, que a veces tenía el capricho de no enterar a sus ministros de lo que les hacía firmar.

La bonhomía de don Felipe Arana, halló manera de facilitarme la maniobra.

En cuanto vió que yo doblaba en tres el papel, comprendió mi propósito.

—¡Bah, bah! — dijo golpeando la tabaquera en la orilla del escritorio, y tomando una narigada de rapé — ¿Juan Manuel no quiere que lea eso?

Yo asentí ruborizado y condolido.

—¡No lo leeré! ¿para qué? ¡si ya sé de qué se trata!

Olió el rapé con fruición, se echó a reír bajito, y probó su pluma de ganso.

—¿Usted lo ha leído? — me preguntó cuando hubo firmado.

—Yo lo he puesto en limpio.

—Bueno, diga si acierto: es una comunicación a Mandeville...

Me miraba por arriba de los espejuelos, espiando la impresión que me producían sus palabras, y que yo trataba de disimular.

—... Haciéndole saber en qué términos la Confederación haría la paz con Rivera.

Alzó la mano cerrada.

—Primero, que Rivera se vaya a Europa.

Y abrió un dedo.

—Segundo, que Oribe sea repuesto en la presidencia de la República.

Y abrió otro dedo.

—Tercero, que la Banda Oriental se declare en contra de Francia. Cuarto, que los argentinos emigrados, que indique Juan Manuel salgan de aquel país...

Abrió toda la mano, se golpeó los muslos y se puso a reír.

—¿Cómo no he de saber de qué trata la nota si yo se la he sugerido?

Volví a casa de don Juan Manuel.

Bajo un toldo de diamelas, que sombreaba el arco del segundo zaguán, ví a Manuelita Rozas, conversando con mi conocida del matadero, Pepa la Federala, y una niña, cuyo nombre ignoraba.

¿Dónde había visto su semblante reservado y triste? Manuelita me saludó con la mano, y yo me acerqué.

—¿Conoce a Rosita Fuentes?

Pude observar en los ojos de la joven una sombra de temor.

—¿Dónde la he visto? — pensé yo.

—Conozco al señor, — dijo ella, procurando sonreír. — Pero él ya no se acuerda de mí...

—Es verdad — dije avergonzado, recordando haberla visto en casa de Matorras, hacía tiempo, al caer la tarde. Era prima hermana de la difunta esposa del Restaurador, pero no frecuentaba la casa.

—¿Podríamos ver a tatita? — preguntó Manuelita Ro-

zas, y sin esperar a que yo contestara agregó: — Vaya adelante de nosotras y anuncie a Rosita y a mí.

Pepa la Federala , se despidió con un vigoroso apretón de manos.

—Buen puño para el sable, — le dije seguro de halagarla; y ella que ya estaba en deuda conmigo por mi acción en el matadero, se deshizo en cumplidos, y se fué, la marcial cabeza descubierta, el rebozo caído sobre los hombros, y la vincha roja ciñéndole la frente.

—¿Rosita Fuentes? — repitió don Juan Manuel contrariadísimo, cuando anuncié a las niñas.

No tuvo que dar orden de introducirlas, porque ellas entraron, cuando él repetía el nombre.

Al ver a su hija se animaron sus glaciales ojos azules. Una sonrisa amorosa embelleció su boca fina y reservada.

—La bendición tatita — dijo Manuelita besándole la mano. — Su prima, la Rosita Fuentes, quiere hablarlo...

Don Juan Manuel miró a la niña, que se puso mortalmente pálida. Manuelita misma se sintió conmovida por la preocupación que leyó en la terrible frente de su padre.

—¡Es la novia del conorel Ramón Maza! — tartamudeó ella; y don Juan Manuel, echó las manos a la espalda y empezó a pasearse.

De repente se volvió hacia mí. Yo era el único testigo de la escena.

—Amigo Balbastro, atienda a estas niñas.

—¿Qué tendrá tatita? — preguntó ansiosamente Manuelita viendo que se iba.

—Jamás me perdonaría, si supiera que he pronunciado su nombre en esta ocasión!

Manuelita más sorprendida, me interrogó con la mirada. Yo adiviné que la novia intentaba desviar el rayo que amenazaba a una cabeza querida.

—Si el coronel Maza — dije — no está comprometido, esta niña no debe temer nada...

Rosita me miró con tanto dolor que mis sospechas se confirmaron.

—¿No es verdad que usted, señor Balbastro, no dirá nada de lo que haya visto?

—¡Oh, señorita!

—¿No es verdad que hará por salvarlo cuanto yo hubiera hecho, ante mi primo el Restaurador?

Temblaba al hablar, y estaba tan pálida que yo temía que cayese redonda, sobre aquella estera marcada por los espolines de don Juan Manuel.

Rosita Fuentes miraba con ansiedad la puerta por donde había desaparecido el hombre a quien había ido a implorar. Una o dos veces se asomó el viejo coronel Corvalán, y algún escribiente, curioso por saber lo que ocurría, llegó con unos papeles que dejó en la mesa cubierta de cartapacios.

Pero don Juan Manuel no volvía.

Manuelita hablaba desatinadamente, presintiendo la tragedia y por templar la angustia de su amiga.

—¡Tatita no viene más! — dijo, la tomó del brazo y se la llevó.

Y como si don Juan Manuel hubiera estado espiándolas, se presentó apenas salieron.

El salón era largo, como un claustro, de techo abovedado, con pinturas en que dominaba el rojo.

Don Juan Manuel se paseaba de punta a punta, las manos a la espalda, surcada la hermosa frente por un pliegue tormentoso, y más glaciales que nunca los ojos azules, que parecían sumergidos en visiones lejanas.

Un viento desconocido agitaba aquella alma recóndita. ¿Cólera? ¿piedad? ¿justicia? ¿venganza? ¿Quién podía decirlo?

Don Juan Manuel se había olvidado de mí o lo fingía. Cada vez que llegaba a la pared del fondo se detenía ante una miniatura, y se pasaba un rato examinándola.

—¿No es verdad, Balbastro — me dijo de pronto sin mirarme — que estoy muy bien en este retrato?

Lo descolgó, le sopló el polvo, y me lo puso encima de la mesa.

Era una admirable miniatura del pintor Descalzi, si no me engañan mis recuerdos. Don Juan Manuel Ortiz de Rozas aparecía en el esplendor de su extraordinaria belleza, allá cuando tenía treinta y cinco años.

Alcé la vista para comparar el retrato con el original y me sorprendió la inmutable serenidad de aquel rostro, que acababa de ver atormentado por impresiones ignoradas de mí.

—Es el mejor retrato de V. E. — dije.

Don Juan Manuel me sonrió, porque le halagaba su fama de hombre hermoso, tanto o más que su gloria militar.

—Es el único autorizado por mí.

En ese momento llegó el ministro Arana con don Tomás de Anchorena.

Se echó al bolsillo el cuadrito y tendió la mano a sus visitantes.

—¿Saben ustedes quién es la novia del coronel Maza?

Yo me estremecí; ese nombre seguía preocupándolo.

Don Tomás de Anchorena dijo que sí; el doctor Arana se encogió de hombros y se puso a examinar los papeles desparramados en mi mesa.

—¿La han visto salir? ¿Han notado qué pálida está esa niña? ¿Por qué las mujeres se enamoran tan fácilmente de los militares? ¿No comprenden que vivirán con el Jesús en la boca?

—¡Qué han de pensar en eso, cuando el amor las sorprende! — contestó distraídamente Anchorena.

Don Juan Manuel seguía con su idea fija:

—¡Pobre niña! la vida de un soldado es un juego de azar. Unos perecen en los combates; a otros los pierde la paz.

Yo procuraba relacionar lo que decía con lo que acababa de ocurrir, y él hablaba más para mí que para sus dos viejos amigos.

—A ver, Balbastro, traiga *ese* papel...

Cuando en tal forma nos daba una orden, teníamos que adivinarle el pensamiento. Como el día antes había hablado con vehemencia de la escasez de buenos generales en su ejército, a propósito de una nota que le llevaron acerca del general Lamadrid, le comprendí, y se la alcancé:

—Los pierde la paz — repitió. — No tienen paciencia, ni quieren aguardar mucho sus ascensos. Vean ustedes lo que le pasa a Lamadríd; todo este año lo he tenido a sueldo. Es mi compadre y he procurado olvidar que fué mi enemigo. Pensaba hacerlo general, porque los entorchados que le otorgó Paz no valen. Pero es díscolo y ambicioso. No me extrañaría que se me diera vuelta.

Al hablar de ese modo, yo me imaginé que más que al general Lamadrid se refería al coronel Maza, y evoqué el rostro impresionante de palidez y de dolor de la amiga de Manuelita.

—Bueno, pues — dijo don Felipe Arana golpeando con los dedos su caja de rapé. Aspiró una pulgada, y satisfecho de haber despertado el interés de don Juan Manuel por lo que iba a decir, agregó:

—Ha ido un isleño a mi casa; vive en los sauzales del delta. Me ha contado que los unitarios de la Banda Oriental, envían partidas a las islas del Paraná y del Uruguay a rejuntar leñeros y montaraces para el ejército.

Don Juan Manuel pensó un momento y dijo:

—Ya lo sabía; muchos gauchos matreros, desertores de mis tropas, se han refugiado allí. Entre caer en mis manos o servir a los unitarios, han de preferir esto.

Era tremendo el rigor con que en los ejércitos de la Confederación se trataba a los desertores. Los gauchos, esquivos siempre a la disciplina militar o con nostalgias de la libertad de la pampa ilimitada, se escapaban a la primera ocasión, refugiándose en los montes. ¡Ay de ellos si los aprehendían tropas federales! Eran infaliblemente pasados por las armas.

—¿Entonces es verdad que se prepara la guerra? —

interrogó Anchorena; y don Juan Manuel que se había sentado, y parecía hundido en cavilaciones, cerrados los ojos, apoyado el mentón en la mano, contestóle moviendo la cabeza afirmativamente.

—Lavalle se nos viene encima el mejor día.

—¡Lo recibiremos! — contestó Anchorena.

—¿Con qué...? — interrogó duramente el Restaurador, clavando en su amigo los sagaces y terribles ojos azules — ¿has contado tú los soldados que tengo? ¿y los generales? ¡Si Paz quisiera entrar a mi servicio!

En ese momento Corvalán anunció al coronel José Arenales, jefe del departamento topográfico, que entró con un rollo de mapas. Era sumamente sordo, por lo que don Juan Manuel, no obstante ciertas dudas que tenía acerca del federalismo del viejo militar, siguió hablando de lo que le preocupaba.

—En el sur de la provincia también andan tramando algo.

Don Felipe golpeó nerviosamente la tabaquera, y dijo:

—Por allí, por el sur, ha de buscar puerto Lavalle, para invadir la provincia.

—¡Qué locura! — exclamó don Juan Manuel levantándose, con tanta impaciencia que tumbó la silla — ¿a quién se le ocurre?

—Pues yo tengo noticias, — prosiguió plácidamente don Felipe, — que Marcelino Martínez Castro lo ha invitado a desembarcar en la costa del sur, donde él tiene su estancia en la Laguna de los Padres, y hasta ha juntado montones de leña en el cerrito de la Tapera, para hacer señales a los barcos de la expedición.

Don Tomás Anchorena, habló entonces:

—¿Pero no lo fusilaron a Martínez Castro el año 29, cuando la revolución contra Dorrego?

Como si no hubiera oído la pregunta don Juan Manuel se aproximó al coronel Arenales y le gritó al oído:

—¿Me trae los mapas de la costa?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Extiéndalos sobre la mesa.

—Pues señor, el tal Martínez Castro, — añadió Anchorena, — invadió ese año mi estancia "Las Víboras", para remontar con mis esclavos y mis caballadas el ejército de Lavalle.

—Yo dí orden de fusilarlo, después de la batalla del Puente de Márquez — respondió sordamente don Juan Manuel. — Pero mi hermano Prudencio y tu hermano Juan José lo hicieron pasar a Montevideo. ¿Mas a qué volver sobre cosas tan viejas?

—Tienes razón; me alegro de que esté vivo.

—Eso que me cuenta usted, — prosiguió el Restaurador, dirigiéndose a Arana — ya lo sé. Y más que eso Martínez Castro, los Ramos Mejía, Pedro Castelli, y otros, han ordenado una yerra en sus estancias, para marcar sus haciendas. ¡Como si fuera el tiempo!

—Querrán marcar terneros mamones, — observó Anchorena.

—Lo que quieren es juntar gauchos para hacer una revolución.

Se acercó a los mapas que el coronel Arenales había desplegado y los miró con mucha atención. Conocía muy bien toda la provincia de Buenos Aires, y podía juzgar de las probabilidades favorables a la invasión por el sur.

—¿Temería usted — le gritó en la oreja de Arenales — que un ejército desembarcara en la costa?

—Difícil es; pero hay puertos que lo hacen posible — contestó el interpelado.

Anchorena y Arana se arrimaron al mapa, y don Juan Manuel, con el dedo fué apuntando varios lugares.

—La Ensenada de Barragán, a doce leguas de la capital, no se presta a movimientos de tropas por los bañados y tremedales. Lavalle perdería sus bagajes y sus cañones.

—Sí; pero más al sur tiene la Atalaya de la Magdalena y la Boca del Salado.

—No le sirven para el caso. En la Atalaya no pueden entrar buques de calado. Aparte de que ya le habrán

contado los inmundos franceses cómo les fué allí vez pasada, cuando toparon con el mayor Miguel Valle. En el otro no han de pensar; por allí está la estancia de mi hermano Gervasio, y anda la fuerza del mayor Vigorena.

Anchorena que también conocía aquellos lugares, movía la cabeza dubitativamente.

—La Laguna de los Padres, — murmuró.

—¡Ese no es un puerto! — contestó don Juan Manuel — en este tiempo ningún buque se recuesta a lugar tan desamparado.

Tampoco Arenales parecía convencido. Don Juan Manuel le tomó la mano derecha.

—¡Ponga un dedo aquí!

Arenales fijó el índice en el sitio donde aparecía señalada la ciudad de Buenos Aires.

—¡No lo mueva! ¡ponga otro dedo aquí! ¡de la otra mano!

Le apuntaba el pueblo de Bahía Blanca.

El anciano militar, docilmente puso allí el otro índice, y don Juan Manuel le rugió al oído:

—¡No lo mueva! ¡Ponga otro dedo aquí!

Se había corrido quinientas leguas al sur y le señalaba el Cabo de Hornos.

—¡Otro dedo!

Arenales sin atreverse a levantar sus dos manos clavadas en la lejana costa de la provincia, miraba despavorido al Restaurador que le ordenaba aquel absurdo.

—No me alcanzan las manos, — murmuró dulcemente, lleno de confusión, como si confesara una culpa.

—¡Ah, caramba! — contestó don Juan Manuel — ¡es verdad que no tiene más que dos manos!

Se rió con sonoras carcajadas, enrolló los mapas y empujó suavemente al coronel Arenales hacia la puerta. Cuando el jefe del departamento topográfico hubo salido, se volvió a don Felipe Arana que observaba atentamente la escena, sin dar su opinión.

—¿Sigue creyendo usted que desembarcarán en el sur?

—No, mi amigo; ahora creo que es verdad lo que nos

han avisado los amigos de Montevideo, que la expedición será sobre el Entre Ríos.

—¿Pero son tan brutos los unitarios? — exclamó don Juan Manuel, deteniéndose en mitad de la sala — Entre Ríos será su tumba. Debieran pensar que a la mulita no se la agarra por la cola sino por la cabeza. Y yo soy como la mulita...

—¡Vaya; que hagan lo que quieran!— dijo Anchorena, levantándose para irse. — Ustedes sabrán cómo atajarlos.

—Bueno, bueno — murmuró tímidamente don Felipe — ¿Pero qué opina usted, don Tomás?

—¿Qué piensas? — preguntó el Restaurador, deteniéndole por el brazo.

Anchorena me tenía cierta ojeriza, no sé por qué, pues yo admiraba lo mucho bueno que había en aquel patriota del año 10, enérgico y clarividente.

Me miró con fijeza, y yo me levanté comprendiendo que debía retirarme para que hablase con libertad.

—¡No, no, quédese señor Balbastro! Yo sé que es usted discreto. Más que lo que dice, le podría pesar lo que calla.

Me volví a sentar, y el áspero caballero, sin dejar de mirarme, me dijo:

—Yo pienso que nada malo vendrá de afuera; ni por el sur, ni por el norte. La revolución está aquí. No todos esos estancieros del sur están ahora en sus estancias, marcando sus terneros. Yo sé de alguno que está aquí, bien oculto.

—¿Quién es?

—Pedro Castelli...

Don Juan Manuel hizo un gesto displicente. Anchorena que me miraba con fijeza, sin agregar otros datos, se fué con el ministro Arana, formando un singular contraste ambos amigos, dulzura y prudencia, casi timidez el uno, y el otro, dominante y duro, como los gentilhombres del tiempo del Rey.

El Restaurador se me acercó. Yo me sentía mal; me

imaginaba que Anchorena quiso aludir a los tapujos en que vivían los Matorras.

—No es Pedro Castelli el conspirador que está aquí, — me dijo de pronto, sentándose junto a mí.

Aun estando sereno, en vano habría buscado yo qué contestar. Pero bajo el relámpago azulado de los ojos que aquel hombre, me sentí tan turbado, que apenas comprendí sus palabras.

Las repetí como un eco, y él se rió.

—¿Por qué se turba así, Balbastro?

—Señor gobernador, yo no sé nada de estas cosas.

—Hace mal; mis amigos deben saberlo todo.

Esperó mi respuesta; pero yo callé, porque nada se me ocurría, y él agregó:

—Pues bien, mi joven amigo, no es Pedro Castelli el que está en Buenos Aires, combinando con los unitarios la revolución del sur: es Marcelino Martínez Castro. Y usted, usted...

Yo adiviné lo que me iba a decir, y la extraña revelación se hizo en mí.

—¿Usted no sabe dónde está?

—No ,señor gobernador, — contesté con firmeza, mintiendo, porque acababa de comprender que aquel hombre escondido en casa de Leonor no era un galán, sino un revolucionario.

Don Juan Manuel se encogió de hombros, como diciéndome que ni me creía, ni le importaba mi discreción.

—Ya es hora; váyase, — me dijo con sequedad.

Volé a casa de Matorras. Empujé la puerta, pero la hallé trancada, y tuve que llamar con el grueso aldabón de hierro.

Leonor salió a abrirme, vestida con un sencillo peinador de muselina blanca, obra de sus manos, tan elegante, que no quedara mejor con un traje de reina.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué me hablas como a enemigo, cuando vengo en son de amistad?

Mi voz dolorida la impresionó. Recuerdo que me fijé

en su peinado, la cabellera rubia repartida en dos trenzas apretadas que se ceñían como una corona de oro.

¡Que dijera una sola palabra y yo me hacía unitario! Pero nunca la dijo, no quiso ejercer el imperio que tenía en mi alma.

—¡Pasa! — me contestó, y cerró detrás de mí la gruesa puerta de calle, que hacía retemblar la casa.

Yo iba a entrar al comedor, como de costumbre, pero ella me indicó la otra puerta sobre el zaguán, que era la de su dormitorio. Conocía su interior, porque lo vi muchas veces cuando me arrimara a la reja de su ventana, pasando por su calle.

Supuse que deseaba ocultar de mis ojos a su huésped.

—Yo sé quién es — le dije, señalándole la puerta cerrada del comedor, de donde venía un cálido olor de empanadas. — Y vengo a decirte que también lo sabe don Juan Manuel, y que hoy se ha hablado de esto en su casa.

El dormitorio de Leonor era una pieza grande y baja, de techo de tejas a dos aguas.

Allí tenía ella, aparte de su marquesita de jacarandá, muy coqueta bajo el limpio dosel de tul, todos los enseres de aquella modestísima industria con que ganaba su vida y la de su padre. Allí, con sus dos sirvientas y la chinita de los mandados, picaba el tabaco sobre un banco arrimado a la ventana, por cuya reja atendía al público, o conversaba conmigo...

A esa hora, las maderas entornadas de la ventana, sólo dejaban pasar una escasa claridad. Pero los ojos de ella, más luminosos que todos los astros, lucían de nuevo para mí, y su acento al hablarme, me demostró que volvía a tenerme confianza.

—¿A quién nombran?, — preguntó sencillamente.

—¡A Martínez Castro!

Agacho la cabeza, y murmuró: — ¡El es!

Abrió una puerta que daba al patio, y me señaló un altillo hacia el fondo del jardín.

—¡Allí está!

El corazón se me llenó de dulce gratitud; pero quise vengarme de lo que había sufrido.

—¿Por qué dudaste, Leonor, de mi lealtad?

Ella posó en los míos sus ojos azules, inteligentes y apasionados, y expresó también su queja:

—¿Tú, por qué dudaste de mi honor?

Me aturdió su respuesta como un golpe en la sien. ¡Es verdad! ¿por qué dudé yo?

La tomé la mano y fuí a confesarle que mis dudas sólo eran celos de amor. Mas ella, la retiró, sintiendo que alguien llegaba.

Era el viejito Matorras, en zapatillas de paño, agachadito y con una gran nariz blanca y tan delgada como la aguja de un reloj de sol.

Leonor rápidamente abrió una de esas petacas en que venía el tabaco del Paraguay, y sacó un paquete de rapé.

—Lo he preparado especial para tu padre.

Tomé el paquete, y como un bobo, tartamudeé alguna excusa.

—No, no te has de ir, José Antonio — me dijo Matorras, tomándome por el brazo, y cerrando un ojo, según su costumbre. — Te quedas a almorzar; tenemos un estofado con pasitas de uva y unas empanaditas...

—Al entrar ya las sentí el olor.

—¡Quédate, hombre; hace un año que no andas por aquí!

Vacilé en aceptar la invitación, hasta que Leonor intervino.

—Mandaré a la chinita con el mensaje de que te quedas, y para que lleve el rapé y un platito de arroz con leche, que me ha salido muy bien.

No era ciertamente lujoso nuestro comedor, pero a su lado, el de Matorras aparecía desnudo y miserable, aunque muy limpio.

Leonor había desaparecido y yo me senté a la mesa, en el sitio que don Jerónimo con su dedo huesudo quiso indicarme.

—Así estarás en frente de ella.

Como al decir esto me guiñó el ojo, yo me puse colorado, no recordando que sus guiñadas eran un tic.

La muchacha tardaba en volver.

De pronto, don Jerónimo que miraba por la puerta, se levantó agitado, con las manos extendidas.

—¿Qué haces, Leonor? ¡vas a perderlo!

—Siéntese, tatita, — respondió ella tranquilamente, y volviéndose a mí: — José Antonio, voy a presentarte a don Marcelino Martínez Castro, de quien habrás oído hablar.

—Tengo mucho gusto en conocerlo, señor Balbastro...

No sé si Leonor leyó en mis ojos cuanto le quise decir de gratitud y de amor. Al presentarme aquel hombre, confiaba a mi amistad su destino y el de la conspiración.

Don Jerónimo se había vuelto a sentar, dominado por su hija, que empezó a servir los platos.

Martínez Castro no ignoraba, sin duda, qué cargo tenía yo en la secretaría de don Juan Manuel; pero no parecía recordarlo, y me hablaba del estado de los campos, del buen invierno que tendrían las haciendas por el mucho pasto, de la baja en el precio del sebo y de los cueros, a causa del bloqueo, y hasta de las perspectivas de la invasión de Lavalle.

Y ella, Leonor, más admirable que él, disponía mi plato de estofado, escogiendo las mejores pasitas, con tanta minucia que llegó a avergonzarme.

—No pasaré el día de hoy, — me dije a mí mismo, sin que le declare cuánto pienso en ella y cuánto la amo.

¡Dios mío! ese día, como todos los anteriores, se hundió en la eternidad sin que yo cumpliera mi propósito.

Hoy, a los cincuenta años de aquellos sucesos, no sabría decir quién tuvo la culpa.

Volví a mi casa en plena siesta, y hallé en la galería a mi padre, que me miró con una extraña curiosidad, y a mi tía Zenobia, que me envolvió en sonrisas.

Me pareció que ambos me aguardaban para juzgar por mi cara las impresiones de la visita.

VII

La noche del 26 de Junio

Doña Inesita Buitrago, la vigorosa compañera de don Ambrosio Corrales, hombre de misteriosos negocios, vivía con su numerosísima prole en casa de su hermano el cura del Socorro.

Pared de por medio con la casa parroquial, tenía la suya don Juan Bueno, que siendo propietario de casi toda la manzana, encerraba por el este y por el sur la huertita del cura.

Era don Juan Bueno, español, acaudalado y sin familia. Oía diariamente la misa de su vecino y gastaba el resto de su tiempo en cuidar los naranjos, las higueras y unos plantíos de legumbres, con que solía regalarse doña Inesita.

Un día don Juan dejó de asistir al santo sacrificio en el Socorro, y de confesarse con don Trifón Buitrago, y aun se dice que juró morir inconfeso si a la hora de la muerte no tenía a mano otro sacerdote que ése.

Era el caso, que en la misma manzana vivían las Bustamente. tres viudas sin hijos, que después de la siesta, iban a tomar mate y a comentar con Inesita lo acontecido en la ciudad. Por cierto que si antes de la hora, algún suceso digno de mención llegaba a sus oídos, una o dos, o las tres viudas, acortaban el plazo de las visitas, y se

metían por los fondos de la casa parroquial, cruzando un sitio baldío de don Juan Bueno.

Mientras fueron amistosas las relaciones con éste, el baldío sólo se deslindó con una hilera de pitas y un frondoso tartagal, a cuya sombra enclocaban las famosas gallinas catalanas del español.

Pero observó éste un día alguna merma en el gallinero, y pensó primeramente en las comadrejas y los gatos, y aun en las bandas de perros, cimarrones, que bajaban de los montes vecinos hasta la misma plaza de la Victoria. Más tarde, pensó en los traviesos hijos de Inesita; y puesto a cavilar, inculpó también a las viudas del saqueo.

Quiso aclarar el punto con el cura, mas no lo halló y en mala hora se trenzó con Inesita, que defendió bravamente a sus hijos y a sus vecinas, y acabó gritándole por encima de la tapia:

—¡Gallego unitario! ¡pregúntale al salvaje de Lavalle dónde están tus gallinas! Se las habrás mandado a él para que engorde los chanchos del Rey Felipe.

—¡Más unitario es tu marido! — le contestó don Juan Bueno, ajustándose la faja de los calzones, y huyendo a refugiarse en su casa. — ¡Cuando él venga, ya te pondrá la paleta en su lugar!

—Aunque fuese unitario, estaría en su derecho; porque es criollo, y en la política de la tierra, sólo deben meterse los criollos; ¡ni gallegos ni gringos!

Al día siguiente don Juan llamó a un maestro albañil, para cercar el baldío con un tapial, coronado de espinosas hojas de tuna.

Desde entonces, los visiteos de las tres viudas, se debieron hacer por la calle, que en tiempos lluviosos era un fangal, donde se atascaban las carretas y hasta se ahogaban las caballerías, y en tiempos de seca un nauseabundo colchón de polvo amarillo.

Pero las tunas se marchitaron o se desprendieron y las lluvias socabaron los adobes, formando escalerillas, muy

a propósito para que aquellas agilísimas mujeres se treparan a la tapia:

—¡Ave María Purísima!

—¡Aquí estoy oyéndola! ¡Sin pecado concebida!

—Escuche, mi amiga.

—¿Qué ha averiguado?

—¿No nos oirá nadie?

—Hable sin miedo; nadie anda por estos rumbos.

Cuando la noticia lo merecía, las resueltas viudas salvaban el lindero, y se metían por los fondos, con las faldas arremangadas, al aire las encanijadas piernecillas.

—¡Ya están allí esas cabras! — rezongaba don Trifón, en oyendo cacarear a las gallinas — ¡si algo valiese la noticia que traen!...

Porque él también era curiosillo, y aunque lo azaroso de los tiempos ataba su lengua, gustaba de los chismes, y hasta decíase que los anotaba en las "Memorias de un Canónigo", que redactaba a escondidas.

Desde el día que me presentaron a Martínez Castro, a quien ya se mentaba en las tertulias como al jefe de una probable revolución, andaba yo acongojado con mi secreto, receloso de la fría y penetrante mirada de don Juan Manuel.

Una tarde de junio, mientras mi tía y mi padre dormían su siesta, y en la galería cantaban los canarios estimulados por el chirrido de las veletas, yo hojeaba uno de los libros en que mi tía bebía sus románticos anhelos. "Matilde o las Cruzadas", por Mme. Cottin, novela que me encantó cuando aun concurría a la escuela de don Rufino Sánchez.

Estaba yo pared de por medio con la pieza de mi padre, y lo sentí rebullir y quejarse, y me asomé a ver si en algo podía servirle.

—¿Qué tiene, tatita?

—Nada hijo: acabo de levantarme, y me iba a lavar; pero el agua está muy cruda.

—Si usted quiere le llenaré la jarra con agua recién sacada del aljibe.

Yo mismo traje un cubo de aquella agua envidiada por toda la vecindad, y llené la palangana.

—¿Será vejez, hijo? — me preguntó, mirándome por encima de la toalla, después de chapuzarse a su gusto. — Empiezo a tenerle miedo al frío.

—¡Qué ha de ser vejez! Nunca lo he visto más garifo y donoso.

—¿Sí, he? ¡Si supieras, José Antonio, los pensamientos que se me vienen!...

Me puse serio, porque tenía la certidumbre de que el buen caballero no pensaba en mi tía. Miré las vigas del techo, finos troncos de palma, que cabalgaban sobre una larga cumbrera de algarrobo.

Mi padre tomó de una cola de vaca pendiente junto al espejo, un peine de asta, y dijo:

—Ya es tiempo de cambiar esas vigas, que están apolilladas. Lo haré en el verano, cuando desocupemos la casa para irnos a la quinta de San Isidro. A esta pieza, que da a la calle, quiero sacarle las ventanas voladas; se lo prometí a don Juan Manuel, que en todo se mete.

Se atusaba los cabellos crespos y cortos, no muy grises, pero bastante ralos, y con singular complacencia se miraba al espejo.

—Hoy no daré mi paseo por la Alameda. Siento un dolorcito en la espalda.

—Es su lumbago, tata.

—No es más que eso, gracias a Dios. Quisiera hablar con el señor Biutrago, acerca de algo que le he oído al obispo Medrano. Quiero que vayas a decirle que se venga a merendar conmigo, y si no puede, que lo aguardo al toque de ánimas. Después lo haré acompañar para que no transite solo por esos andurriales.

Cogí el sombrero y me embocé en mi capa.

Ya el sol pintaba del color de moda el borde occidental del cielo, y la pureza y delgadez del aire, anunciaban una helada. Las minuciosas dueñas de casa, cubrían con lienzos los jazmineros y las diamelas de los patios, para librarlos de ella.

Al cruzar la plaza vi una hilera de presos, llevando unas enormes ollas de puchero con "mote". Por las asas de las ollas, pasaban unos palos, relumbrosos de grasa, echábanlos al hombro, y marchaban, vigilados por algunos guardianes atentos a cortar el camino a los transeuntes, para pedirle una limosna.

Nadie más en las calles.

La plaza del Retiro estaba en medio de quintas barrancosas, guarida de gente recia, sitios donde sólo por necesidad o por costumbre, se animaba uno a internarse en llegando la noche. Pero yo era buen federal y no temía los malos encuentros con los facinerosos de la Mazorca.

Cuando llamé a la puerta de don Trifón Buitrago, surgió un chico de entre los matorrales de la acera.

—¿A quién busca?

Me reconoció y a sus gritos aparecieron sucesivamente Adocilio, Pocilio, Rutilio, Duilio y Clandestino.

Venían con sendas tipas de cuero, acarreando agua desde el pie de la barranca, donde los aguardaba un aguatero que la traía del río.

Marchaban en fila, y así entraron en la casa parroquial cantando a grito pelado el himno que Rivera Indarte, allá por el año 36, compuso en honor de don Juan Manuel y en contra de los unitarios:

"Asesinos de Ortiz y Quiroga,
De los hombres vergüenza y horror!..."

En esos días, Rivera Indarte era el más enconado y eficaz adversario del Restaurador, por lo cual repuntaba la fama de sus versos.

—¿Quién les ha enseñado a cantar eso? — pregunté a Adocilio.

—¡Las Bustamante! — me contestó, y desde el primer patio anunció mi presencia: — ¡Mamá! aquí está José Antonio!

Bajo el crepúsculo se adormecía la vieja toronja, cargada de frutas amarillas. En el segundo patio hallé a Juanita, la primogénita de don Ambrosio Corrales, con una

vincha roja, y la bata arremangada, moliendo maíz en un mortero de algarrobo.

Algunos granos saltaban a cada golpe de la pesada mano de ñandubay, y las gallinas se precipitaban a atraparlos. Cuando se le arrimaban mucho, la niña las espantaba a puntapiés.

Se avergonzó, se bajó las mangas, y corrió a llamar a su madre, haciendo huir despavorido a un pato que rondaba el mortero.

—¡Aquí está José Antonio!

—¡Que pase adelante! Trifón no está, pero estoy yo.

Entré a la ahumada cocina de techo de paja y encontré a Inesita sacando velas de sebo, fabricadas por ella misma en un velero de hoja de lata.

Una china le sostenía el molde, que bañaba con agua hirviendo para aflojar la pasta. Daba luego un tironcito del palitroque donde se anudaban en hilera los pábilos, y salía blandamente la media docena de velas, blancas y tiernas.

—Llévalas al zarzo, mi hijita, para que el sereno las oree esta noche.

Y se enjugó las manos en el delantal, que enrolló luego a la cintura.

—¡Dichoso quien te ve, José Antonio!

—Pues no hace tanto que estuve aquí.

—Porque te trajo tu padre. Y apuesto que ahora más que por tu cuenta, vienes por la de él. Ese es el destino de los pobres, ser olvidados hasta de sus mejores amigos.

Era Inesita hospitalaria y quejosa. Más de una vez, divisándola en la calle, doblé la esquina, antes de enfrentarla, con miedo a que me espetara sus agravios.

Me excusé, desafiando las risas de Juanita, cuyos ojos negros chispeaban de picardía, y di el mensaje para don Trifón.

—¡Ya decía mamá, que no venías por tus cabales, sino mandado!

—¡Cómo ha de ser! — apoyó la madre, con ironía. —

¡Tiene tánto en qué pensar! Como que a la vuelta de su casa deja el ternero atado...

—¿El ternero atado? — interrogué, sin entender la metáfora.

—Así dice Ambrosio, y él sabrá lo que significa.

—Mama — explicó Juanita, — eso dicen de los que tienen novia, y no se alejan del barrio; pero de José Antonio nada sabemos.

—Vaya, ahora que te han explicado lo que es el ternero atado, nos dirás si es cierto.

—¿Si es cierto qué?

—¡Pobrecito! — exclamó Juanita, con fingida lástima. — ¡No entiende lo que se le pregunta! ¿Quieres que yo te lo explique?

Aquella muchacha, en cuyo semblante se mezclaba la ingenuidad y la malicia, me parecía deliciosa, y me intranquilizaba.

Comprendí luego que sus bromas no se referían a Leonor, sino a Manuelita Rozas, y me alegré, pues no deseaba que mis secretos anduvieran rodando tierra.

La cocina estaba llena de humo, que se pegaba al cañizo del techo, buscando salida por un agujero, a guisa de chimenea, abierto en un rincón. Inesita tenía el rostro arrebatado y los ojos llorosos. Pero seguía en su tarea de sacar velas, porque era necesario tener muchas para la fiesta de la parroquia.

Apenas nos veíamos, al resplandor de la llama que temblaba en el fogón.

—Me voy a prender la lámpara, — dijo Juanita. — Vamos José Antonio; mi tío no ha de tardar.

Llegó uno de los muchachos con una tipa de agua, que vació en el cántaro y anunció muy agitado:

—En la huerta anda gente.

Sentimos cacarear a las gallinas y luego el rumor de unos pasitos.

—¡Jesús, María y José! — murmuró una personilla que se metió de rondón en la cocina.

—¡Angel de mi guardia! — ¡qué susto me has dado! —

exclamó Inesita, que se asomaba, con un hacha de partir leña, por lo que pudiera acontecer.

Nuevos pasitos en el patio, y otra mujer, idéntica a la primera, se coló en la cocina santiguándose; y tras ella, cayó la última de las Bustamante, mascullando jaculatorias.

—¡ Balbina! ¡ Pía! ¡ Macedonia! ¿qué les pasa?

Las tres temblaban, enmudecidas de espanto.

Inesita llenó un jarro de plata.

—Agua fresquita; recién la trae el aguatero.

Bebieron por turno y a traguitos, y por fin desliaron las lenguas.

—¡ Sálvanos, José Antonio! — dijo una encarándome.

—¡ Esos pícaros andan tramando la revolución! — prosiguió la otra.

—¡ Habría que fusilarlos hoy mismito! — concluyó la tercera.

—¿Están locas? ¿Qué andan diciendo estas mujeres? — refunfuñó desde afuera una voz.

Don Trifón, envuelto en su manteo, calada la teja, y rodeado el cuello de una bufanda se nos acercó, alumbrándonos las caras con su farolito.

—¡ Hola, José Antonio! ¿cómo está tu padre?

—Para servirlo, señor cura.

—Por amor de Dios, José Antonio ¡ sálvanos! — volvió a gemir una de las viudas.

—Don Trifón se volvió a ellas:

—¿Qué les pasa?

—¡ Hable bajito, señor cura!

—¡ Ellos están cerca!

—¡ Aquí al lado; en lo de don Juan Bueno!

La fisonomía del cura se quedó sombría.

—¡ Don Juan Bueno! — barbotó — *¡Nihil bonum nisi Deus*. Sólo Dios es bueno... Vengan conmigo, mujeres. Ven, José Antonio.

El cuarto de Inesita era a la vez el comedor de la familia, y sala donde pasaban las veladas.

Aunque sobre la mesa de pino brillaba una lámpara, gran parte de la habitación quedaba en la sombra.

Inesita y una china gorda, cuyas carnes se zangoloteaban al andar, aportaron un enorme brasero de cobre, y a su alrededor hicimos rueda, ansiosos por escuchar a las Bustamante.

Tengo la seguridad de que cuantos las conocían, se habían planteado la misma pregunta: ¿Cómo se las compusieron sus maridos para distinguirlas?

Viéndolas juntas, todavía era posible indicar: "ésta es Balbina, ésta es Macedonia, ésta es Pía".

Separadas, tal clasificación parecía tarea de adivino.

Eran avispadas, parlanchinas, medrosas. Apretaditas de figura, tenían pies chiquitos, calzados con borceguíes de prunela, que ellas se fabricaban; y manos finas, azogadas, tibiecitas, bajo sus mitones de punto. Las tres defendían el pecho escuálido y la espalda redonda con unas caperuzas coloradas, tejidas a cuatro agujas; y las tres debían de gozar de la misma temperatura, pues cuando una se la quitaba, las otras dos lo acababan de hacer o estaban por hacerlo.

Las tres leían novelas, prestadas por sus relaciones; y los ojos se les iban cuando pasaban por frente a la librería de Ibarra, o de la Merced, en cuyos anaqueles se amontonaban la flor de la literatura romántica.

Antes de que el relato de las Bustamante, me absorbiera totalmente la atención, cayó Juanita con un plato de dulce de toronjas.

—Dice mamita que lo pruebes; que no está muy bien, porque hasta ahora no ha aprendido a quitarle el amargo.

Don Trifón miró fastidiado a la niña que interrumpía la conversación.

—Deja eso para luego, José Antonio; lo gustarás mejor después de la merienda. Decía usted, Balbinita...

—No soy Balbina, soy Macedonia, — respondió algo picada la viuda.

—Es lo mismo, para servirla. ¿Decía usted que reconoció al general Paz?

—Sí, señor cura. Al saltar la tapia sentí voces, y me fuí acercando, acurrucadita en el tartagal, hasta la misma huerta de don Juan Bueno, y vi que allí había una reunión de hombres.

—De unitarios, — rectificó Balbina.

—También los vi yo, — confirmó Pía, — y estaba el general Paz, a quien conocemos bien.

—Lo hemos hallado una tarde — agregó Macedonia: — en casa de don Juan Manuel, paseándose por el patio, porque no le dieron audiencia.

—Porque don Juan Manuel no estaba, y Manuelita no supo de su visita — observó Buitrago, que conocía el caso y estimaba al general Paz.

—Bueno, estaba él, y a su lado el coronel Maza.

—¡El coronel Maza! — exclamé yo, acordándome de Rosita Fuentes.

—Sí, el coronel Maza, del 3, hijo de don Manuel Vicente, — explicó Macedonia, sabedora de todas las biografías de la ciudad.

—Y en la rueda un mozo rubio, — agregó Pía.

—Que dicen que es Marcelino Martínez Castro, prosiguió Balbina.

—¿Quién ha dicho eso? — preguntó Inesita que entraba en ese instante.

Macedonia se explicó:

—¿No dicen que Martínez Castro y don Juan Manuel son los dos hombres más hermosos de América?

—Pues el que estaba allí — confirmó Balbina — sólo podía ser él, daba su estampa.

En dos rasgos la viuda lo pintó, y yo constaté que no se engañaban.

El cura fastidiado y nervioso imaginándose que su canongía nada ganaba con que al lado de su casa, se descubriera un nido de conjurados, interrogó con acritud:

—¿Y quiénes más estaban?

Entre tanto, a Juanita, un color le iba y otro le venía. Su ansiedad me dió a entender que se interesaba por la suerte de alguno de aquellos personajes.

En cierto momento, al nombrarse a un capitán Duarte, se puso colorada, me miró a hurtadillas y desapareció. Siguieron las viudas suministrando sus noticias, y el rostro de don Trifón se fué anublando más y más.

Cuando él creyó que nada podían agregar, me llevó a su cuarto, donde habían dispuesto dos cubiertos sobre un veladorcito.

—Todo eso puede ser verdad; — me dijo — hoy vi en la calle al negro Domiciano, que andaba en mi busca.

—¿Domiciano, el pordiosero?

—Sí; venía en su caballito, desde San Isidro. No sé qué había ido a hacer tan lejos. Echó pie a tierra, me besó la mano, y me dió un mensaje de Corrales, mi cuñado.

—¿Alguna desgracia, por ventura?

—¡Dios lo dirá! Lo han apresado entre un grupo de unitarios que trataba de pasar a Montevideo en la ballenera de Atkinson.

—Mal negocio, — dije yo.

—El del inglés no es malo, si salva el cuero, porque le pagan bien. El de ellos es pésimo. Parece que hay orden de fusilarlos a todos.

—¿También a Corrales? ¿Lo sabe Inesita?

—Ella no sabe nada. Antes de contárselo quiero averiguar si lo ocurrido en casa de don Juan Bueno tiene relación con lo de San Isidro.

—Parece que no.

—Sólo así Corrales podría salvarse, con tal que tú pongas empeño en recomendarlo a Manuelita.

Yo reflexioné un momento.

—Bueno; pero es necesario que esas tres mujeres no digan palabra de lo que han visto.

Mi propósito era impedir que se divulgara una especie comprometedora para el huésped de los Matorras.

Don Trifón se rebulló en su silla de vaqueta.

—¿Quieres que ocultemos eso?

—¿Cree usted que habría algún daño en hacerlo? ¿Sabemos acaso si no es una pura invención de estas mujeres?

Don Trifón meneó la cabeza. Era de cejas muy foscas, color ceniza, y cuando se engestaba, su fisonomía suave tomaba un cariz maligno.

—De veras, no se me alcanzan tus fines...

Golpeaba con los dedos la caja de rapé, aguardando mi explicación, y yo, empecé a alarmarme. ¿Iba a aparecer, a los ojos de tan celoso federal, como un unitario tapado?

—Señor cura: ¿está usted seguro de que su cuñado no resultará comprometido en el complot del vecino?

—No lo estoy.

—Es preferible, entonces, obtener su libertad, antes de que se divulgue esta noticia.

No había acabado la frase, cuando llegó Inesita gimoteando, y sin soltar una fuentada de huevos duros y jamón.

—¡Aquí está la merienda! ¡disculpen si no hay más! ¡Mi Ambrosio, mi Ambrosio! ¡me lo han tomado preso, con unos unitarios, en San Isidro!

—¿Quién te lo ha contado, hija?

—¡El negro Domiciano!

Y en efecto, el mendigo había querido vender dos veces su nueva en casa de Corrales, y después de hablar con el cura y de dar vueltas por el barrio, regresó al Socorro, ató su caballo a un poste del pretil, y entró en la casa parroquial, en busca de Inesita.

—¡Bribón! — masculló el cura viéndolo surgir entre las sombras de la galería.

Resobando el sombrero, y con los ojos en tierra, dijo el negro:

—Mi amito don Ambrosio me encargó que también se lo dijera a doña Inesita.

Sin agregar nada, el cura se puso a cascar los huevos sobre un plato, mientras su hermana plañía a lágrima viva, sin abandonar sus quehaceres.

—¡Tú me lo salvarás, José Antonio! ¡Don Juan Manuel te quiere y te oye!

—Haré lo que esté en mi mano, pero es preciso...

Don Trifón me agarró de un brazo.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señor.

Bajó mucho la voz, y añadió sólo para mí:

—¿Y si por no hacer la denuncia estallara la revolución?

—¡Todo está en manos de Dios!

—¡Así sea! — Luego se dirigió a su hermana: — Anda a cuidar de tus hijos; nosotros nos preocuparemos de tu marido. Y que a ese negro le den un plato de mazamorra con leche, y un par de reales...

Don Trifón se había quedado triste. Me miraba comer en silencio, echado sobre el respaldo del sillón. La mecha de la vela se carbonizaba; se escupió los dedos y la despabiló de un tirón.

—¡Los jesuítas quedarán contentos! — dijo suspirando.

—¿Por qué?

—Porque pierdo una ocasión de hacerme de influencia.

—No lo sabrán; y aunque lo supieran, apreciarían que es más noble callar que denunciar.

—¡Tienes razón! Pero los tiempos nos obligan a ser menos caballeros y más federales.

—Ya demostraremos nuestro amor a la causa del Restaurador de otra manera.

—¡Pero por Dios, que aquellas tres no digan palabra! — exclamó, saliendo precipitadamente en su busca, seguro de hallarlas alrededor de la merienda.

Regresó más tranquilo, embozado en su bufanda, y con el farolito en la mano.

—Es hora de que vayamos a casa del Restaurador a interesarle por la suerte de ese hombre.

A la luz mortecina de unas estrellas glaciales, se divisaba en el bajo, la calle larga de la Recoleta, bien cuidada, por lo muy transitada que era.

La nuestra pasaba a la derecha de la iglesia, y no era más que una senda escarpada, que arrancaba en el filo de la barranca y se internaba por las quintas franqueada de tunales.

Como don Trifón conocía mejor el sitio, dejélo adelantarse. con su oscilante farolito.

De trecho en trecho se detenía para hacerme una pregunta, en la que se transparentaban sus temores.

—¿Qué sabéis vosotros, los del gobierno, de las cosas que ocurren?

—No sabemos que ocurra nada extraordinario— contesté

Anduvo dos o tres pasos más, se volvió y me alumbró la cara.

—¿Qué sabéis de la conjuración de Maza?

Nadie podía oírnos, pero don Trifón miró a todas partes.

—¿No he hablado demasiado fuerte?

—No, señor; — le contesté, contagiado yo mismo con sus recelos, — pero conviene que de esto no hable.

—¿Qué sabéis vosotros?

—¡Nada!

—Entonces ahora mismo voy a llevarle la denuncia a don Juan Manuel.

—¿Qué está pensando, señor? ¿y no hemos quedado?...

—¡No, no! te hablo de otra cosa.

Escudriñó de nuevo en la soledad; la noche era profundamente obscura, y el sitio, un espeso membrillal, daba escalofríos, por lo solitario y silencioso.

Pegó sus labios a mi oreja, y me dijo:

—¡No hablo del coronel Ramón Maza, sino de don Manuel Vicente. su padre! ¿No sabéis nada?

En verdad algún rumor me había llegado, pues nunca hubo secreto que se guardara peor que el de la conspiración del año 39. Pero volví a negar.

—Nada sé yo; supongo que si hay algo, lo llegará a saber don Juan Manuel, sin que usted se lo diga.

—¿No te engañas, José Antonio?

—Señor, don Trifón, perdóneme que le hable con franqueza...

—¿Qué vas a decirme?

La cara del futuro canónigo aparecía verde a la luz del farolito. Se leía en sus ojos la angustia de quien espera un consejo, que será la voz de su conciencia, clamando contra su egoísmo.

—Deje a la policía de don Bernardo Victorica el cuidado de las conjuraciones. Una denuncia suya que perdiera a un hombre, le amargaría la vida.

Don Trifón agachó la cabeza, y marchó largo rato sin hablarme. Yo comprendía muy bien sus tentaciones. Había sorprendido un terrible secreto, y calculaba cuánto favor podría valerle el revelarlo.

Después de todo, aquellos secretos mal guardados, que rodaban por las tertulias, aun en boca de las damas, acabarían por ser descubiertos de la policía, con lo cual el que se había de perder se perdería aunque él no hablase.

Pero venció al fin su buena índole.

—¡Me has dado una lección de generosidad, José Antonio! ¡Dios te lo pague!

—Y usted muchas de latín.

Llegamos así a la calle del Empedrado, como se llamaba vulgarmente a la de Florida.

No se veía un alma, al menguado resplandor de los faroles de las esquinas o de los boliches; y era enorme y pavoroso el silencio que aplastaba a la más grande ciudad sudamericana.

El color de las puertas, atrancadas como si se temiera una invasión, nos espantaba a nosotros mismos, cuando caía en ellas nuestra luz.

—¿Ves? — susurró don Trifón; — todas pintadas de rojo. Parece que el ángel del Señor, como en Egipto, ha pasado marcándolas con sangre.

Me estremecí a mi pesar. Yo conocía bien los pecados de nuestros enemigos, mas parecíame que harto se vengaba de ellos don Juan Manuel, y que sus culpas estaban bien pagadas con la perpetua angustia en que vivían.

Me acuerdo de aquella noche, 26 de Julio del año 39, y aun siento su horror.

Fueran las noticias de la conjuración o el anuncio de la

guerra inminente con Lavalle y con la Banda Oriental, en todas las almas había una invencible sensación de horror: y en el alma sombría del hombre por quien muchos millares de argentinos estábamos dispuestos a dar la vida, sólo Dios sabe lo que había, y en qué siniestra agonía pasó aquella noche.

El viento del sur empezaba a zumbar en las calles.

Sólo cuando cruzábamos por enfrente de alguna pulpería. oíamos voces humanas.

—¡Viva don Juan Manuel de Rozas! — gritaba algún borracho, clavando su facón en el mostrador, para pedir más bebida.

—De esta hecha, — murmuró don Trifón — adiós mi canongía.

El buen hombre seguía acosado por sus ambiciones.

—No sé que haya ocurrido novedad en su perjuicio — le dije, y por conocer sus pensamientos agregué: — ¿acaso los jesuitas?...

—¡Bah! ¡ellos están peor que yo! Pronto verás cómo e. Restaurador les cobra todas sus maquinaciones. Son más unitarios que Lavalle.

Me eché a reir.

—¡Es asi, es así! Y no son ellos quienes puedan ya nada contra mi. Don Juan Manuel nunca se convencerá de que yo no tuve noticias de las reuniones en lo de Bueno, como quien dice en mis barbas.

—Es posible que no las tenga tampoco él, y que descubra las cosas por otros rumbos.

—¡Ojalá fuera asi! Pero estoy pensando que el otro día acertaste al decirme que e. coronel don Vicente González, con el pretexto de pedirme sermones, iba a espiarme.

Se calló asustado; llegábamos a la calle del Restaurador, en donde vivía don Juan Manuel, y me repitió al oído la pregunta de antes:

—¿No hemos hablado demasiado fuerte?

—No tenga miedo por eso. Todo irá bien.

Mis palabras me sonaron a falsas. Me invadía el te-

mor de que a esa hora, mientras yo iba a interceder por la suerte de Corrales, Matorras y su hija estuvieran más comprometidos.

La calle del Restaurador, de las mejor edificadas y de más población, agravaba el trágico silencio que nos impresionara en otros barrios.

Larga y obscura, con sus lucecitas agonizantes y las dos moles negras de sus casas, y aquel viento de invierno que arañaba las paredes, buscando resquicio por donde colarse, y la presencia invisible del hombre que todo lo podía, que todo lo veía, sacudía los nervios menos impresionables.

Llegamos hasta la ancha puerta del dictador, la única no pintada de colorado, como si quisiera mostrarnos que para él no se hacían leyes, y nos detuvimos, vacilando en llamar.

No era tarde; generalmente a esa hora llegaban los contertulios de Manuelita. Pero en tal día la casa era una sola sombra, y nadie habría dicho que adentro velaba don Juan Manuel, y que su hija, tierna y gentilísima, pasaba terribles congojas por él.

—¡Está cerrada! — cuchicheó don Trifón.

—Es la primera vez que cierran esta casa tan temprano, — le respondí, dando con los nudillos en la gruesa tabla.

Sentimos quitar la tranca, rechinó el cerrojo y se abrió la puerta.

—¿Quién es? — interrogó una voz recia.

—¡El cura del Socorro y Balbastro! ¡queremos ver al excelentísimo señor gobernador! — contesté.

Un soldado, por lo que pude colegir, me echó en la cara la luz de una linterna, hizo lo mismo con mi compañero, y dijo con bastante suavidad:

—Bueno, pues, niño José Antonio; el excelentísimo no recibe esta noche.

—¿Quién es usted, que me conoce?

—Para qué le he de decir si usté no sabe mi nombre.

—Anúncienos a Manuelita.

—La niña está durmiendo.

Y con esto cerró la puerta y le echó la tranca.

—¡Estamos frescos! — exclamé yo, arrebozándome en la capa.

—¡Mala tos le siento al gato! — murmuró entre dientes don Trifón, despabilando su farolito.

No habíamos echado a andar, cuando oímos pasos en el zaguán y el consabido rumor de la tranca y del cerrojo, y se entreabrió la puerta y salieron dos hombres. Sospeché de uno de ellos y le alumbré la cara.

—¡Don Tarquino Fonseca!

—¡Hola, señor don José Antonio! — me contestó con su indefectible melosidad.

—¿El otro será Brumoso?

—¡Así es!

—No le conocía tan buenas relaciones con don Juan Manuel.

—¡Vaya! soy antiguo servidor y amigo del excelentísimo señor gobernador.

—Como que lo recibe a usted, cuando nos da a nosotros con la puerta en las narices. Vamos a casa, don Trifón; aquí nada tenemos que hacer.

—¡Tengan ustedes muy buenas noches! — nos dijo don Tarquino inclinándose, y barriendo con el ala de su castor los ladrillos de la vereda.

Brumoso le alumbró el camino, con rumbo contrario al nuestro, y él lo siguió, moviendo pausadamente sus grandes zancas.

Cuando se perdieron en la obscuridad, dije al cura:

—¡Ese sí que es un bribón!

—¿Sí? — hizo don Trifón recogiéndose la sotana, para que no se le empolvara al cruzar la calzada.

—Habrá venido con algún chisme que costará sangre.

—Vamos a tu casa, José Antonio. Después me harás acompañar con el maestro Pancho.

—Le acompañaré yo mismo, señor cura; vamos y le ruego que no hable de don Tarquino.

—¡Ah, ni una palabra!

Ya hacía una hora que la campana de la catedral había dado el toque de ánimas, que era el cubre fuegos para la mayoría de los hogares. Al acercarnos a casa, vimos la luz del salón filtrándose por los resquicios de las ventanas, y nos llegó un rumor de conversaciones.

—Deben de estar jugando a la lotería, — observó don Trifón.

Yo pensé en Leonor, y pretendí adivinar si la hallaría afligida, incapaz de disimular las inquietudes de esas horas, o dueña de sus nervios, infundiendo calma y alejando sospechas.

¡Oh, la brava y deliciosa mujercita!

Al abrir la puerta la vi antes que a nadie, junto a la mesa con tapa de mármol y torneados pies de caoba, a cuyo alrededor jugábamos a la malilla, al tururo, o a la lotería.

Se reía animosamente, preparándole a don Pío León su brebaje habitual, "una sangría", esto es, un vaso de vino carlón con agua y azúcar. El boticario, siempre sediento y sudoroso, la miraba engolosinado, secándose la calva color de pimentón con un pañuelo a cuadros.

No era la tertulia de mi tía de tanto copete como las de Riglos, o la de don Felipe Arana, a donde acudían los federales, o la de Huergo o la de don Diego Arana, a donde los unitarios "paquetes" hallaban ambiente propicio para sus conciliábulos.

Pero frecuentábala gente de pro y nos divertíamos bastante.

La excelente señora, si bien de familia menos empingorotada que la de mi padre, había nacido en la aristocrática calle de Venezuela, y allí se relacionó desde niña con la flor de la canela del Buenos Aires de entonces. Vinculación de barrio, pero suficiente para una mujer de sus prendas, mucho más cuando a la muerte de mi madre, quedó como dueña de una casa tradicional y rica.

Esa noche, el frío o los rumores revolucionarios, redujeron la tertulia a los vecinos de una cuadra a la redonda, los Matorras y los Leones.

La pieza era grande y glacial, con anchas ventanas de rejas voladas a la calle, y con un cielorraso de lienzo que hacía ¡plaf, plaf!, cada vez que se abría la puerta.

Los muebles no eran muchos, y parecían menos por lo vasto de la estancia y lo desnudo del suelo de ladrillo, alfombrado en parte con un tripe de Tucumán.

Alrededor de la mesa, y alineados contra las paredes, había hasta dos docenas de silloncitos de caoba, con asientos de esterilla: y en cada extremo un gran quinqué humoso, alimentado con aceite de patas.

Esquinado de un rincón estaba el viejo piano, chapaleado por dos generaciones de Balbastros, ante el cual acababa de sentarse mi tía, mientras mi padre, cortesano y sonriente, se apresuraba a encender sus bujías.

Vestía el buen caballero de frac y pantalón azul, y chaleco punzó, como lo mandaba don Juan Manuel, y para defenderse del frío, llevaba al cuello un ponchito de vicuña, y había pedido permiso a las damas para conversar encasquetado su gorro de terciopelo.

No sé por qué corazonada mi tía se dispuso a cantar esa noche. Sus aptitudes no eran para lucirlas ante mi padre, afamado por su cultura musical, ni ante Leonor, muy buena pianista, ni siquiera ante mí, que me ganaba aplausos dando serenatas.

Cuando vi sus manitas regordetas y cuajadas de anillos atacar con denuedo el teclado, y soltar el trapo a la voz, ocurrióseme que algún sentimiento exuberante desbordaba en ella.

"—Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión;
Y a sus lamentos responde
Su cadena en ronco son:
¡Abrele, oh viento,
Camino a la voz!"

Así cantó mi tía, y don Trifón hizo una mueca:

—¡Caramba, caramba! ¡Aquí se cantan canciones unitarias!

Mi tía hizo girar el taburete, y nos acogió llena de sonrisas.

—¡Dios nos libre! Es música de Alberdi, es cierto; pero son versos de Zorrilla.

—Pues los canta muy bien, hija.

Mi padre se quitó el gorro, y acudió a saludarlo, un poco derrengado por su lumbago.

—¡Señor don Trifón! Dios le pague esta obra misericordiosa de visitar a un enfermo.

—Que no me parece *in extremis*... — observó el futuro canónigo, avanzando suavemente, como si marchara sobre rueditas.

No bien estrechó todas las manos que se le tendieron, las unas con su derecha, las otras con su izquierda, mi padre se lo llevó a un rincón, para darle la noticia que le guardaba.

Leonor me había sonreído al saludarme, y estaba tan serena que la supuse ignorante de los sucesos.

Don Pío León mirábala escanciar el agua de su brebaje, y le ponderaba las virtudes terapéuticas del pozo de su botica, y sus innumerables aplicaciones en la farmacopea.

—*Aqua fontis et uncto sine sale,* forman la base de mis drogas.

Doña Mariquita León reventaba de risa oyéndolo, y lo acariciaba con su abanico, su eterno abanico amarillo, que la acompañaba invierno y verano.

—Pues lo he mandado llamar, — decíale entretanto mi padre a don Trifón — para pedirle las albricias.

La emoción del cura fué tan grande, que estiró un dedo y se puso a atusar nerviosamente la borlita del gorro de seda que mi padre conservaba en la mano.

—¡Cúbrase, señor don Baltasar, cúbrase! No se nos constipe... Y sáqueme pronto de curiosidad...

Yo di un paso para alejarme de ellos, y aproximarme a Leonor, pero mi padre me retuvo suavemente.

—Para ti no es un secreto: hasta es posible que sepas ya lo que quiero referirle al señor cura.

Mi tía asesinaba de nuevo el piano. Yo me puse a mirar resignadamente cómo doña Mariquita llevaba el compás de la música, con su abanico.

—Usted no será canónigo, pero antes de mucho será obispo. — aseguraba mi padre a su asombrado amigo.

—¡Qué me cuenta! ¡Cómo ha soñado eso!

—Esta mañana, aprovechando el sol, fuí a visitar al obispo Medrano.

—¡Caramba, caramba!

—¿No anda bien con su ilustrísima?

—¡Psh! ¡así, así! Me dicen que los jesuítas...

—Bueno, déjelos a los jesuítas...

—Lo pueden todo con él.

—No piense en eso, señor cura, y oiga lo ocurrido: fuí a llevarle un regalito prometido: una divisa federal de oro sobre paño punzó, bordada por las monjas capuchinas, con el retrato del Restaurador, y les leyendas "Federación o Muerte", "Mueran los unitarios"...

—Sería una obra de arte... — observó don Trifón, impaciente por saber el resultado de la conferencia.

—Exquisita: quedó muy agradecido. "La usaré cuando repiquen fuerte y el señor gobernador no dudará de mi lealtad" — me dijo. Con eso le gané el corazón y lo decidí a contarme lo que ahora quiero que usted sepa, don Trifón.

—¡Hable por Dios! ¿Qué sucede?

—Que el señor obispo se ha dirigido al Restaurador pidiéndole que proponga a la Santa Sede el nombramiento de otro obispo.

—¿Otro obispo? ¿estando vivo él?

—Sí, sí, otro obispo. Su señoría está enfermo, sordo y casi ciego, y puede morirse en un santiamén. En caso de sede vacante, ejercería el gobierno de la diócesis el senado clero, con el cual su señoría anda al tira y afloja.

—Esa es la palabra. — respondió don Trifón, restregándose las manos.

—Lo cual no es del agrado del señor obispo, ni del Restaurador. Y no sé a cual de los dos se le ha ocurrido

primero la idea: pero sí sé quién será la persona que se propondrá: me lo ha dicho el mismo señor obispo.

—¡Bendito sea Dios! — dijo Buitrago en el colmo de la emoción.

Yo estaba cerca de él, y aunque no atendía aquel cuchicheo, creo que le sentí latir el corazón.

—La persona que propondrá don Juan Manuel, por darle picor a los jesuítas, es la de don Trifón Buitrago... ¿lo conoce usted?

—¡De menos nos hizo Dios, amigo Balbastro! Los últimos serán los primeros. El que se humille será ensalzado y el que se ensalza será humillado. Bienaventurados los pobres de espíritu. Puse tus enemigos para escabel de tus plantas...

No sé cuántas jaculatorias y refranes y citas bíblicas ensartó don Trifón, para explicar lo providencial de aquella idea, porque me alejé de ellos y me senté en la silla vacía, junto a Leonor, donde un rato antes estuviera mi padre

—¿Por qué no cantas, José Antonio? — me dijo mi tía, concluída ya su canción del prisionero.

No había cruzado una palabra con la hija de Matorras, cuando cayó sobre mí la terrible invitación. Leonor, que atendía los relatos de don Pío León, más sudoroso después de haber bebido la sangría, me miró con una extraña fijeza.

—Tengo que hablarte, — me dijeron clara, inconfundiblemente sus ojos.

—Canta, José Antonio, la imprecación de Macías.

Estaba en boga entonces el drama histórico "Macías" de Larra, y había quienes recitaban de memoria largas tiradas, sin tomar resuello. El maestro Esnaola había puesto en música la escena segunda del último acto, donde están aquellos inflamados versos, aplaudidos a rabiar, noche a noche, en el Teatro Argentino:

¿Ibate, pues, tanto en la muerte mía,
Fementida hermosa, más que hermosa ingrata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza, tanta alevosía?

—¿Por qué no la cantas, José Antonio? te acompañaría Leonor — repitió mi tía tarareando bajito la primera estrofa.

Afortunadamente entró Benita con una bandeja de tazas, unas con almibares, otras con chocolate, y unas copas de agua, con panales, y unos platillos con dulce de batata. Eso distrajo la atención general, y cada uno se preocupó de elegir lo que más apetecía.

—Tengo que hablarte, — me dijo Leonor, a tiempo que Benita nos brindaba sus golosinas.

Instintivamente miré a la mulatilla y me sorprendió su fisonomia imperturbable y severa, como un enigma, incendiada por la luz de sus ojos llenos de inteligencia y de pasión.

Se alejó, sin decir una palabra, con su charola en alto, andando grácilmente, como una fiera joven y brava.

—¿Es de confianza esta china? — me preguntó Leonor.

—¡Sí, sí! — contesté, sin recordar que a mí también me infundió sospechas — ¿por qué me lo preguntas?

—En estos tiempos, los sirvientes más fieles venden a sus amos.

Entró Benita, de nuevo, con una jarra de agua para don Pío León.

—No hay nada más sano que el agua, — observó éste escanciándola en su copa. — Es la base de todos los remedios: *aqua fontis et uncto sine sale.* Una botica que tiene algibe, y cría un marrano, jamás se funde...

Tía Zenobia volvió a la carga.

—Ya has tomado tu chocolate, José Antonio. Leonor te acompañará, si cantas "Macías".

Visiblemente la dama quería mandarnos al piano, con misteriosos fines.

—José Antonio no quiere cambiar de postura — observó maliciosamente doña Mariquita León, y se echó a reir convulsivamente, haciendo saltar el enorme cintajo colorado que llevaba prendido al pelo.

En ese momento, la boticaria me pareció hermosísima. Pero, en verdad, cuánto distaba de serlo.

Sobre un esmirriado cuerpito, una cabezota nunca derecha. En la barbita mórbida un oyuelo profundo, delicioso sin duda cuando tenía quince años, pero entonces parecido a la cicatriz de un escoplazo. Mejillas amortiguadas, rosaditas, cuando se aproximaba al brasero; ojos suaves e inocentes; manos inquietas, armadas del enorme abanico de encajes amarillos. Y arriba de todo, una frente interminable, fantástica, coronada por un moño punzó para mayor afrenta de sus rulitos grises.

Mi tía le pagó con un cariñito aquella picaresca observación; pero no contó con la huéspeda, porque mi padre, que empezaba a mirar al techo, terció en la conversación:

—Si tú me acompañas, Leonorcita, yo cantaré la imprecación de Macías.

No hay para qué describir el fogonazo de ira que ardió en los ojos de mi gentilísima tía Zenobia; pero se apagó tan rápidamente como se encendió.

—¡Sí, Leonorcita, sí! — dijo, cuando vió a Leonor levantarse para ir al piano.

Quedé así entre los chalecos rojos de don Jerónimo Matorras y de don Pío León, aquel acoquinadito, plácido, suave, con aire de no haber hecho en su vida otra cosa que desenterrar huesos antediluvianos; éste sonriente, expansivo, resoplando de satisfacción, a cada trago que sorbía, y rezumando por la calva la grasa del marrano de su botica.

"A ver: ¿cuál de los dos es más partidario de don Juan Manuel"? parecían gritar ambos chalecos, con su tono chillón.

El moño mismo que Leonor llevaba en la cabeza, a la izquierda, conforme lo decretaba el Restaurador, era tan ostentoso como el de doña Mariquita León, que cada día prendía velas a las ánimas pidiendo la muerte de Lavalle.

—¿Cuándo sabremos lo que pasa en las almas? — pensaba yo, espantado de la calma de Leonor, mientras disponía sus papeles en el atril.

Le había oído hacía un minuto, estas palabras: "tengo que hablarte", y yo estaba cierto de que una insoportable congoja le llenaba el alma.

Pero ¿por qué se mezclaba ella en las maniobras oscuras y trágicas de los unitarios? ¿Qué era lo que ataba su corazón a una política ambiciosa y pérfida? ¿Acaso su padre se la inculcaba?

Miré a Matorras, delgado como un cortapapel, cabeceando, agachadito sobre la mesa, y abriendo los ojos asustados a cada ruido que sentía.

¿Cómo podía esconderse un conspirador debajo de aquel pálido pellejo?

Y sin embargo era así; y hoy creo que si los unitarios hubieran tenido para tejer sus intrigas, partidarios tan abnegados y discretos como Leonor y su padre, en aquel año de 1839, se habría derrumbado el inmenso poderío de don Juan Manuel de Rozas.

La voz de mi padre hizo temblar los vidrios de la sala.

¡Qué emoción ponía en las vehementes expresiones de amor! Miraba a Leonor y le descerrajaba en la oreja los dodecasílabos rugientes de Macías.

En ese minuto comprendí que mi padre estaba enamorado de ella, y la pobre sangre mía se cuajó en mi corazón.

Me puse a mirar a mi tía, para quien cada palabra del canto era como una aguja que traspasaba el acolchado del sofá, donde estaba sentada.

Sonreía adorablemente, cual si aquella música la encantara, pero sus ojos chisporroteaban, y yo que también conocía su secreto, me alegraba de verla derrotada, por la fresca belleza de la otra.

Y mi padre gemía:

"¡Ay de quien al mundo para amar nació!
¡Ay de aquel que muere por mujer ingrata!
¡Ay de aquel que amor tirano maltrata
Y que aun desdeñado, jamás olvidó!..."

—¡Qué hermoso es amar así! — exclamó doña Mariquita León abanicándose la faz, encendida por viejas memorias.

—¡Oh, Macías! — contestó mi tía, revolviéndose en su asiento — ¡Jesús! estas cerdas se sueltan — dijo pasando la mano por las crines del sofá. — Voy a hacerlo forrar de nuevo.

—¡No son las cerdas las que pinchan! — le habría dicho a gritos, si hubiera tenido espíritu para reir.

Ya no me interesaba lo que me había de hablar Leonor. Un repentino despego por los secretos de su alma, se difundió en la mía como un bálsamo, suavizando mi áspera amargura.

La serviría siempre como un esclavo; sacrificaría mis convicciones y mi vida por ella; pero moriría con mi secreto, avergonzado de amarla.

Desde mi sitio la veía de perfil. Me puse a buscar en las líneas purísimas y valientes de su rostro alguna alteración que traicionara sus impresiones.

¿De qué bronce eran sus nervios que le permitían desencadenar sobre el teclado una tormenta de corcheas y semicorcheas, en los momentos en que su padre se jugaba la vida, y yo perdía mi esperanza?

Un poco más pálida que de costumbre, bajo la llama de su gran moño federal; un poco más atenta a los rumores de afuera, cuando se abría la puerta, ¡y nada más!

Cuando cesó el canto, mi padre les dió las gracias, ceremoniosamente como lo habría hecho en un salón de Versalles, y ella se volvió, sin levantarse dèl taburete, y al hallarse con mis ojos, se pintó en su cara tan repentina y tan intensa angustia, que yo corrí a auxiliarla.

—¿Qué te pasa, Leonor? — le dije en voz baja — ¿estás enferma?

De nuevo se volvió hacia el piano, y me contestó sin mirarme:

—¡Tengo que hablarte, José Antonio!

—Habla, pues...

Desorientado, aturdido, pensé en lo que podría decir-

me. Quizás me hablaría de la conspiración, quizás me confiaría el secreto del amor de mi padre, recién descubierto por mí; quizás me explicaría por qué se mezclaba en las aventuras de los unitarios, y para quién era una corbata celeste, que un día la hallé bordando.

En todo pensé, viendo su frente inteligente, pero impenetrable como un enigma, sus labios cerrados, sus ojos tristes, fijos en los versos de Macías, aún sobre el atril, y no se me ocurrió que pudiera apuñalearme con aquellas cuatro palabras que me dijo:

—¡Tú! ¿por qué no hablas?

—Ya no tengo nada que decirte, Leonor.

—¡Ya...! — repitió ella con sorpresa — ¡has dicho ya...!

Cerró los ojos, fué a expresar algo más, pero se mordió los labios con despecho, y al ver que mi padre encendía el farolito de don Jerónimo, señal de que se retiraban, se alejó de mi lado.

En ese instante se abrió sin ruido la puerta que daba al zaguán, y apareció don Tarquino. Pestañeó ante la luz de la lámpara, y se dirigió a mi padre, rozando las paredes.

—Buenas noches, señor Cura; buenas noches mis señoras y mis señores...

—¡Muy buenas, señor don Tarquino! — respondió el cura tendiéndole la mano. — Por lo visto anda usted desvelado.

—¡Hola, hola! — exclamó mi padre — ¿se nos hace trasnochador?

El portugués desparramó unas cuantas sonrisas entre todos, y dijo con voz melosa:

—Hay graves noticias políticas, que acaban de darme en lo de Faunch.

El farolito de Matorras tembló en su mano y Leonor se lo tomó.

—¡Jesús nos ampare! — exclamó doña Mariquita León y mi tía saltó:

—Algo del atolondrado de Lavalle, ¿verdad?

Dió una chupada al mate de tomillo, que Benita le acababa de servir, y aguardó la noticia.

—No, mi señorita, — respondió don Tarquino, satisfecho de la expectativa suscitada.

Junto a mi tía, inmóvil y de pie, con su bandeja cargada de golosinas, estaba Benita, que era toda oídos:

—Bueno, pues; la policía ha descubierto una conjuración de los unitarios contra la vida del Ilustre Restaurador de las Leyes...

—¡La abominable política! — exclamó mi padre.

Don Trifón me miró angustiadísimo.

—¡Santo Fuerte! ¡qué va a salir de esto! — le oí murmurar. — ¿Quiénes son los comprometidos?

—Han prendido al coronel Maza, a punto de sublevar su regimiento.

—¡Desgraciado! — balbuceó Matorras, agachando la cabeza.

Leonor preguntó:

—¿A quiénes más?

—No se dan otros nombres. Pero seguramente habrán caído otros ratoncitos en la trampa.

El portugués sonreía, sobando las vueltas de seda de su capa.

Todos callaron; se oía el chisporroteo de las velas. Pocas veces se ha visto algo tan impresionante como la actitud de Leonor en ese momento. Erguida junto a su abatido padre, llenos de sagacidad los ojos, estaba transfigurada.

No era la que un minuto antes se dejó ver en su debilidad y su dulzura femeninas al preguntarme: "¿Tú, por qué no hablas?"

Conociendo los detalles de la conspiración, no pensaba sino en sus amigos comprometidos, tal vez en su padre, pero ciertamente nada en sí misma, y aquella escena de un rato antes, su pregunta incisiva y mi desesperada respuesta, se habían borrado de su memoria.

—¿No se tienen noticias de Lavalle? — interrogó don Jerónimo suavemente, y el portugués lo envolvió en una

sonrisa que tenía algo de irónico y algo de servil, y movió desalentadamente la cabeza; y luego, con un fingido interés, preguntóle:

—¿Ha descubierto nuevos huesos del Gliptodonte?

—Un trozo de pelvis, nada más; pero ya hace tiempo, en las barrancas de Luján.

—Porque el señor gobernador tiene noticias de sus andanzas, y se interesa por ellas. También el doctor Muñiz está haciendo trabajos parecidos.

—¡Diablo! — pensé yo — ¿desde cuándo el portugués tiene tanta relación con don Juan Manuel?

Vi una doble intención en sus palabras y se me ocurrió que las andanzas a que se refería no eran las paleontológicas. Leonor me buscaba con los ojos, y yo me acerqué.

—¿Quieres acompañarnos a casa, José Antonio?

—Iba a pedirte permiso para hacerlo.

Matorras contestó cualquier cosa a don Tarquino, y se levantó. Leonor le dió el brazo, como solía, y salimos los tres, yo delante, alumbrando el camino.

Estoy seguro de que mi tía bendijo el lumbago de mi padre, que le impedía acompañarnos.

Hicimos las dos cuadras sin cambiar palabra, entregado cada uno a sus pensamientos, que eran en mí confusos, agitados y tristes, como aquella noche.

Cuando entramos en el oscuro zaguán de Matorras, me atreví a preguntar a Leonor:

—¿Y tu huésped está salvo?

—Hace ya tres horas que cruza el río de la Plata, en una lancha, rumbo a la Banda Oriental.

Yo suspiré aliviado, y ella comprendió que aún siendo de otro partido, podía confiar en mi lealtad, y dejó desbordar un poco de la amargura que llenaba su corazón.

—Lo que ha sucedido esta noche, era fatal. Nuestros amigos están solos.

—¿No cuentan acaso con Lavalle?

—El general Lavalle no piensa en nosotros; prefiere pasar a Entre Ríos.

—¿Y si Martínez Castro lo decidiera a venir sobre Buenos Aires?

—¡No! El general Lavalle nos abandona; y unos tras otros los unitarios de Buenos Aires irán cayendo en poder de Rozas.

—¡Sí, sí! — murmuró Matorras, tendiéndome las dos manos, en una despedida más afectuosa que nunca.

Se las estreché con efusión, como si no debiera verlo más.

Yo sabía que don Juan Manuel se reía de los unitarios, que habían puesto su esperanza en la venida de su brillante general.

—¡Lavalle no vendrá! — decía a menudo — Lavalle no sabe que a la mulita se la agarra por la cabeza. Se irá a Entre Ríos a ganar batallas y a perder tiempo.

VIII

La corbata celeste

—"¡Viva la federación! ¡Las seis han dado, y sereno!"

Este grito en la calle me anunció el amanecer de aquel 27 de Junio, de trágica memoria.

No adiviné, por cierto, que no volveríamos a oír pregón tan sencillo, y que desde entonces se enhebraría con el canto de las horas la monstruosa retahila de dicterios inventados por la malicia de don Juan Manuel; "¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes, traidores unitarios, vendidos al inmundo oro francés! ¡Muera el rey guardachanchos Luis Felipe! ¡Las seis han dado y sereno!"

El Evangelio dice que de la abundancia del corazón nacen las palabras; y sin embargo hemos visto en aquella época tormentosa, a los hombres más pacíficos, adaptarse a los usos y encabezar sus cartas y hasta sus apuntes privados con los apóstrofes sacramentales.

Si se descubriesen las memorias secretas de don Trifón Buitrago, estoy cierto de que los hallaríamos al comienzo de cada capitulo, aunque a renglón seguido protestara contra las arbitrariedades de la mazorca.

Mi padre, el hombre menos carnicero que he conocido, desde que se hizo costumbre aquel encabezamiento, no dejó pasar ni los libros de su lomillería, sin las furibundas y sainetescas sentencias.

Era raro el día en que el alba sorprendiera al buen señor en la cama. Oscuro aún, abandonaba su fría y solitaria alcoba para ir a la tibia cocina, bien rasurado y vestido de frac, a que mama Felisa le cebara mates amargos.

No era el caballero muy puntilloso en esa materia, ni lo era nadie entonces, de modo que cuando digo que mama Felisa le cebara mates, quiero decir que lo hacía para ambos, y que uno tomaba mi padre y otro ella; y que entre mate y mate, él olía una narigada de rapé, y ella chupaba un abominable pucho de tabaco paraguayo.

El coloquio duraba hasta que en la casa renacía la actividad, cacareaban las gallinas, se levantaba la numerosa servidumbre, y tía Zenobia comenzaba a gritar a Benita; y por último asomaba sus anchas narices rojas y su cara jovial, el maestro Pancho, dormilón impenitente.

Ya a esa hora había sonado en la puerta de calle el recio aldabonazo del lechero, y se oía la campanita de los aguateros y la charla de las negras que pasaban al mercado.

A tiempo que me desperezaba llegó mi padre alumbrándose con una palmatoria, a abrirme los postigos.

—La bendición tatita, — le dije besándole la mano y descolgándome de mi alta marquesa de jacarandá, monumental bajo su dosel encarnado.

—¿Cómo ha amanecido, tatita?

—Mírame, y juzga, — me contestó acercándose la luz a la cara.

—En verdad que hoy lo encuentro muy guapo — le dije entristecido a mi pesar, sospechando que su rejuvenecimiento nacía de lo que la noche anterior me causó tanta amargura.

Se quitó el gorro de terciopelo, notando la poca gracia que me hacía, y atusándose los cabellos con mi peine, me preguntó:

—¿No te parece que el gorro me avejenta?

—En eso estaba pensando.

—Pues lo dejaré.

—¿No teme resfriarse?

—No, porque me he mandado hacer una peluca.

—¡Hola! ¡quedará usted gallardísimo! — exclamé regocijadamente.

Se echó las mano a la espalda, y empezó a pasearse mientras yo me vestía. Observé que había abandonado los zapatos de orillo, por unas relucientes botas de charol.

Se sonreía solo, mirándome a hurtadillas, y tratando de ver cómo lo hallaba, sin rastros ya de su lumbago. Probablemente si le hubiera tirado de la lengua, me habría contado su secreto.

¡Ay! pero yo era en el mundo la única persona a quien no podía hacer tal confidencia.

¡Pobre de mí que me entristecía con lo que a él lo alegraba hasta rejuvenecerlo!

La puerta de calle se abrió, y sentimos el ruído de las chancletas de mama Felisa, que iba al mercado con su tipa de cuero.

Mi padre me dijo:

—En cuanto te desayunes quiero que vayas con Pancho a ver mi nueva casa, enfrente del paredón de San Francisco, lindando con la de misia Agustina, la madre del Restaurador. La compré días pasados, y hay que repararla.

—Así lo haré, tatita — respondí. — De allí, pasaré a lo de don Juan Manuel. ¿No le ha contado el señor cura el asunto de su cuñado Corrales?

—¡Sí, sí! ¡La abominable política! ¿Pero qué cordura es la de esos hombres empeñados en derrocar un gobierno como el de don Juan Manuel, porque les manda usar chalecos punzó,

—No es sólo por eso, tata.

—Pocos cargos más tendrán que hacer; y para ello se confabulan con los extranjeros, en desmedro de su patria. ¿Cuándo los argentinos serán una sola nación y un solo partido? ¿Acaso no es posible servir a la patria y hacer buenos negocios usando este chaleco?

Al hablar con mayor vehemencia que de costumbre, se golpeaba el pecho, y su rostro pálido se encendía en un ligero rubor.

Me fuí al comedor, y aun le oí exclamar:

—¡La pérfida política! ¡Cuánta amargura y cuánta sangre nos costará todavía!

Benita me había preparado el chocolate, y me trajo como obsequio especial de mi tía, una bandejita de olorosos bollitos de Tarragona, que han llegado hasta nuestros días, inmortalizando amablemente el nombre de una de las damas de alcurnia, la cual los fabricaba en su casa y los vendía al público.

La presencia de la joven mulata me inquietaba siempre. Yo sabía que su pensamiento me rondaba, y estaba seguro, cuando repentinamente me volvía a mirarla, de hallar sus ojos ariscos y hermosos observándome.

También esa mañana se atrevió a hablarme.

—Anoche, niño José Antonio, yo le hubiera contado antes que don Tarquino, lo que él les contó.

—¿Sabías, acaso, la prisión de Maza?

—Sí, niño: ¿no le hice señas de que tenía noticias que darles?

—Vi la seña, en efecto; pero no la entendí. ¿Cómo supiste eso?

Vaciló ella en explicarme, y yo insistí:

—¿Quieres que te crea?

—¡Yo nunca lo he engañado! — exclamó con voz sorda y triste, como una queja.

—¿Y he de creer también que adivinas las cosas?

—No, niño. Lo supe, oyendo a don Tarquino que lo contaba a mi amita.

—¡Vamos! — exclamé súbitamente interesado por la nueva — ¿a qué hora habló el portugués con tía Zenobia?

—A eso de la oración.

—¿Y por qué no lo contó ella si lo sabía? ¿y por qué cuando él lo contó se hizo la ignorante?

—No sé — dijo sencillamente la muchacha.

—¿No sabes nada más?

—Nada más, niño.

Mi padre en el patio, envuelto el cuello con su ponchito de vicuña, estaba listo para salir y me llamaba.

—Vamos a despertar a ese guaso dormilón. ¿No es imperdonable que a las siete de la mañana un criollo no haya visto el sol?

Como el pampero soplara toda la noche, calmándose al amanecer, el día era espléndido, aunque muy frío, y la huerta bajo el sol, estaba zahumada con el amargo perfume de los naranjos.

Llegamos a la ringlera de piezas techadas de paja, donde se depositaban los aperos de nuestros caballos de silla, y donde el maestro Pancho dormía y tenía su taller.

—¡A qué hora te habrás acostado, bribón! — gritó mi padre dando puñetazos en su puerta, cerrada aún.

Y como nadie le contestara, cambió de tono:

—¡Alabado sea Dios!

—Por siempre jamás, amén, — respondió el maestro Pancho, cuya voz era ronca.

—¡Pedazo de trompeta! ¿no te ordené que madrugaras hoy?

—Es verdad, señor, pero nos hemos dormido.

Hablaba en plural, como los obispos.

—¿Te has dormido? ¡qué milagro! ¿No sabes que al que madruga Dios lo ayuda?

—Así dicen — respondió con indiferencia.

—¡Uno por madrugar se encontró una bolsa de oro!

Se entreabrió la puerta, y asomó su carota carrilluda y amarilla como una guitarra, con su gruesa nariz arremangada, que le daba una permanente expresión risueña, y su barba corta y espesa, ya blanqueando, aunque el cabello se le conservaba renegrido.

—¿Has oído? ¡una bolsa de oro! — repitió mi padre.

—¡Vaya, pues! Más madrugaría el que la perdió.

Mi padre empujó la puerta y se metió conmigo en el cuarto y sacó de allí al mañero y calmoso tío.

Minutos después, el maestro Pancho y yo doblábamos

la esquina de los altos de Escalada, hacia la calle de la Reconquista, según se llamaba entonces a la actual de la Defensa.

Las bandolas estaban ya instaladas, despertando con su exposición de baratijas la curiosidad y la codicia de las negras.

En el pretil de San Francisco, a breve trecho de la casa a donde íbamos, vimos a Rábago, el famoso tendero de aquella esquina, ocupado en clavar en la pared de afuera , a uno y otro lado de la entrada, unas piezas de tartán, para que sus "marchantas", pudieran juzgar de ellas al pasar.

—Buenos días, señor don José Antonio — me dijo, cruzando la calle, con el martillo en la mano. — Por lo que pueda interesarle, amiguito, acabo de ver entrar allí a Leonorcita Matorras.

Señalaba la iglesia de San Francisco, y se reía muy satisfecho. Era la época en que los tenderos lo sabían todo y en todo se metían.

Le di las gracias, y disimuladamente le pedí al maestro Pancho que me dejara rezarle una salve a la Virgen.

—Lo alcanzaré en el acto.

Tardé un rato en acostumbrar mis ojos a la tibia penumbra del templo, iluminado apenas por unos ventanales encortinados, y por la palpitante estrellita de oro que ardía ante el Santísimo.

Estaban diciendo misa, y había tan poca gente que muy pronto descubrí la inconfundible silueta de la hija de Matorras, arrodillada junto a la pila del agua bendita.

—¡Dios mío! — exclamé en el silencio de mi corazón — ¿la he perdido para siempre? ¿no es una pesadilla lo que me imagino haber visto? ¿cómo puede arrebatármela nadie?

Mi ardiente y desesperada imprecación pareció llegar al alma sensible de la joven, a la que vi temblar como la llama de un cirio, y luego volverse a mí, y mirarme y reconocerme sin sorpresa.

Se levantó, se me acercó, y me dijo con voz apa-

gada y tranquila, pero que produjo una marejada en mi pobre corazón:

—Nuestro Padre San Francisco te ha hecho venir José Antonio.

¿Qué iba a decirme? Vaciló en continuar; yo me sobrecogí de vergüenza, imaginándome que me iba a hacer la declaración de amor. que yo no le había hecho, y tuve que clavarme las uñas en las palmas de las manos, para vencer mis nervios y no huir de una confesión, que, todavía en ese momento, nos habría salvado de muchos dolores.

¡De qué miserable barro estamos hechos!

—Tengo algo que darte, José Antonio, si vas a casa luego.

—Iré en seguida, — le contesté, con involuntario despego, suponiendo que fuese un paquete de rapé para mi padre o una pañuelada de tabletas o alfajores para mi tía.

¿Pero por qué me miró en ese momento, con tan extraña fijeza, como si fuera a morir, y quisiera llevar mi recuerdo a la eternidad?

No comprendo cómo una mirada, inmaterial y fugaz, deja tan hondo y perdurable rastro en la memoria de un hombre.

Creo que si Dios permitiera a los hombres ver las almas, hoy, después de mil años, se hallaría en la mía, como una cicatriz, la huella de aquella mirada de Leonor.

Se alejó de mí y se prosternó junto a la pila, y yo también me arrodillé, pues la campanilla del acólito anunciaba el "sanctus".

Un rato después, concluída la misa, salió del templo, sin mirarme.

Rábago y unos amigos tomaban mate, junto a la ventana de su tienda, abierta sobre el pretil, observando la calle.

Sin acordarme de ellos, embargado por la reciente impresión, seguí con los ojos a Leonor hasta que entró en su casa, a media cuadra de San Francisco.

Me pareció que el día se nublaba, con su desaparición,

y que no volvería a verla más y necesité violentarme para no correr a golpear aquella puerta roja, que durante mucho tiempo iba a ver hasta en sueños cerrarse detrás de ella.

¡Oh, Leonor! ¡qué poco sabías tú, en ese momento de lo que ocurría en mí!

Me encaminé a su casa, conforme se lo había prometido, y llamé, sin esperanza de que saliera.

Y en efecto, no salió ella, me abrió la criada, y sin darme paso, antes de que franqueara el umbral, me tendió un paquetito envuelto en papel de seda y atado con un cordón celeste, lo cual era un dictamen contra la federación.

—Le pide la niña que no lo abra hoy, sino mañana.

Con esto cerró, y yo me quedé en la acera vacilante entre volverme, afrontando las miradas de los matinales contertulios de Rábago, o seguir calle adelante, hasta la Universidad, con peligro de pasar por frente a la casa, no menos temible de don Pío León.

Pero ocurrió un suceso que cortó mis dudas, y me hizo olvidar el encargo de mi padre.

Apenas me había apartado unos pasos de la casa de Matorras, cuando de nuevo se abrió su puerta. Me volví al ruido, y me quedé atónito viendo al presidente de la Legislatura, don Vicente Manuel de Maza, padre del teniente coronel Maza apresado el día antes.

Miró a uno y otro lado, y al divisarme, corrió a mí, como si saliera en mi busca.

No he visto nunca un hombre más pálido que él; los labios le temblaban cuando me dió los buenos días.

Teniéndolo por el más cordial de los amigos del Restaurador, y por persona de grandes méritos, contesté su saludo con la mayor reverencia; mas debió notar mi sorpresa, pues me dijo agitadamente:

—Hoy no es día de asombro, amigo Balbastro. Ni de que el sol se ennegrezca, ni de que llueva sangre, ni de que un hijo clave el puñal en el corazón de su madre.

Más intrigado aún por tan sibilinas palabras, miré la

casa de Matorras, y me pareció que alguien espiaba la calle por un postigo entreabierto.

El doctor Maza me cogió del brazo, y echó a andar rápidamente.

—Necesito que me acompañe a casa de Guerrico. ¿No sabe que ayer, cuando salía de la Cámara me asaltaron esos foragidos?

—¿Quiénes? — pregunté — ¿acaso los unitarios?

—¡Ah, no! Yo paso ahora por unitario, y es la Sociedad Restauradora, con Salomón a la cabeza, la que clama contra mí. Han redactado una nota pidiendo mi destitución a la Sala de Representantes. Y a Ramón, mi hijo, lo han apresado. ¿Qué quieren de mí? Sobre todo ¿qué van a hacer de él?

La casa de Guerrico estaba a pocas cuadras, en la calle del Tacuarí y aunque el aspecto de la ciudad era el de siempre, me aterraba la agitación de aquel hombre, tan poderoso un día antes.

—¿Oye? — me dijo, deteniéndose; y yo presté oídos a una inquietante algarada.

Yendo por la calle del Potosí, hacia el poniente, la de la Biblioteca o por otro nombre del Restaurador Rozas, donde tenía su casa don Juan Manuel, quedaba a una cuadra de distancia.

De allí partían los gritos; era sin duda una reunión en plena calle y enfrente de alguna pulpería.

¿Con qué objeto? No tardé en adivinarlo, y apreté el paso, arrastrando a mi compañero, que se empeñaba en escuchar.

—¿Qué gritan?

—Gritan ¡muera Maza!

Yo que me había criado sabiendo la privanza de que gozaba con don Juan Manuel, al verlo consternado, clamando con los ojos llenos de lágrimas "¡mi hijo, mi hijo!", medí la desgracia en que había caído.

El tumulto crecía: ya se asomaban algunas caras a los postigos, y empezaban a trancarse las puertas.

El doctor Maza hizo un violento esfuerzo para serenarse.

—¿Usted va a ver a Juan Manuel?

—Sí, doctor.

—¡Iré con usted!

—¡Ahora! — exclamé espantado — ¿cómo cruzará por entre ésos que piden su muerte?

Acabábamos de distinguir una voz que pregonaba esta sentencia: "¡Muera el inmundo traidor y salvaje unitario José Vicente Maza!"

—¡Quiero salvar a mi hijo! — me contestó — ¡Juan Manuel era mi gran amigo! Hasta ayer a nadie quería como a mí...

Dejó caer los brazos desalentado, y repitió:

—A nadie quería como a mí; y nadie le tenía tanto cariño como yo... ¿Por qué no ha de recibirme? ¿Se deshace en un día la obra de tantos años?

Lo tomé de nuevo por el brazo, y le dije:

—Yo iré, doctor, y le trasmitiré lo que usted me encargue; pero ahora apartémonos de aquí.

Echó a andar, despacio, temblando. Yo leía en su rostro noble y triste que ya no era su vida la que le importaba, sino la de su hijo.

Temía agravar la suerte del desgraciado joven ocultándose o huyendo de la ciudad.

—¿No sabe, — me dijo de pronto, — que hace cinco días, en la posta de Vergara, lo han fusilado a Domingo Cullen?

Me impresionó tal noticia, pero no podía sorprenderme, pues yo mismo, había copiado una carta de don Juan Manuel para el Gobernador Ibarra de Santiago del Estero, reclamándole el envío de Cullen, que se había refugiado en su territorio. Tal misiva, importaba una sentencia, y yo lamenté la muerte de aquel hombre ilustre, a quien el Restaurador, poco tiempo antes le dispensó su amistad y sus favores.

—¡Ese también era un gran amigo de Juan Manuel! — díjome el doctor Maza.

Pero se irguió en seguida, sobreponiéndose a su destino.

—¡Dios salve a mi hijo! ¡por él y por su joven esposa! ¡En cuanto a mí, todo sea para bien de la patria!

Y echó a andar con pasos más firmes, y su voz al hablarme fué más tranquila.

—Faltan dos cuadras, para lo de Guerrico; allí veo venir a Juan Nepomuceno Terrero. Déjeme, Balbastro; él me acompañará. Vaya a su oficina, pero no le hable de mí a Juan Manuel; no sea que piense que tengo miedo...

Fueron las últimas palabras que oí de aquel hombre, a quien ni después de su trágica muerte se le ha perdonado la enorme influencia de que gozó.

Me encaminé en el acto hacia la casa del Restaurador, impaciente por hablarle de don Ambrosio Corrales, el marido de Inesita.

La calle del Restaurador estaba llena de gente que clamaba, contra el "asqueroso traidor José Vicente Maza".

Con gran esfuerzo logré pasar, dándome a conocer de los que guardaban la entrada de aquella casa, a la cual empezaba a ir yo con cierta dolorosa emoción.

Dos gauchos emponchados, armados de tercerolas, tomaban mate en el zaguán.

Es seguro que en la huerta había alguna tropa apostada, pero el patio cuadrado, con tinas, en que perecían miserablemente algunas plantas, estaba desierto y corridas las persianas de las habitaciones.

Tal silencio y tal soledad en día de tanta agitación, me impresionaron tristemente.

Sea que no se sintieran mis pasos, amortiguados por la estera o que no diese tiempo a que me anunciaran, el hecho es que pude observar en la fisonomía del desprevenido don Juan Manuel tan desusado celaje, que me sobrecogió de temor.

Estaba solo, en mitad de la habitación, con las manos a la espalda, agachada la cabeza, y terriblemente fruncido el ceño.

¡Nunca más lo ví así!

Al sentirme entrar se volvió hacia otro lado y se quedó mirando la pared, donde pendía aquella preciosa miniatura con su único retrato auténtico.

Pasé un minuto de congoja, esperando su respuesta a mi saludo, y sin atreverme a ocupar mi lugar, hasta que dejó de mirar la miniatura, y se me encaró transfigurado.

¡Qué dominio sobre los nervios!

—¡Y los unitarios me dicen "mulato"! — exclamó sonriéndose. — ¿Le parece, Balbastro, que no soy todavía un real mozo?

—Vuecencia tiene bien ganada fama de tal, — respondí, yendo a mi escritorio.

Me detuvo con un gesto de la mano imperiosa.

—En ese tiempo, — y señaló el retrato, — dicen que yo era el hombre más hermoso de América. Con decirle que le echaba tierra a Angel Pacheco. El día de los funerales de Dorrego, yo presidía el duelo, y mientras desfilábamos por la calle, él se me puso al lado, con su traje de parada. Así y todo, las señoras agolpadas en el trayecto no tenían ojos sino para mí.

¿Cómo podía en tan amargos momentos pensar en semejantes vanidades?

Se me aproximó para que lo mirase bien de cerca. En ese momento no había en su rostro una arruga que delatara siquiera un pliegue de su alma inaccesible.

De pronto me dijo, con alguna violencia:

—Sin embargo, me han contado que tengo un rival. ¿No lo ha oído?

—No, señor.

—Un rival más temible porque es joven. No tiene treinta años. ¡Y no es mi amigo!

—¿De quién se habla? — me atreví a preguntar, sospechando que me tendía una celada.

—¿Conoce usted a Marcelino Martínez Castro?

No sé a qué santo me encomendé, para que la terrible mirada azul, no leyera en mis ojos la mentira.

—¡No lo conozco!

Y él sin dejar de mirarme, murmuró: —¡Es raro! ¿No se lo han presentado en lo de Matorras?

—No señor.

—Pues cuentan que es muy buen mozo: tal vez mejor que Pacheco...

Sumergióse en una profunda cavilación, y llegué a pensar que me había olvidado.

¿Qué filtro nos hizo beber aquel hombre a la mitad de los argentinos, para que así lo amáramos, y así lo sirviéramos, y así voluntariamente cerráramos los ojos a sus extravagancias y a sus crímenes?

De la calle nos llegaban las vociferaciones de los mazorqueros; y en la antesala sentíase el rumor de empleados y oficiales que aguardaban órdenes.

Yo buscaba manera de iniciar la conversación acerca del pobre Corrales, cuando don Juan Manuel me brindó la oportunidad.

—¿Entonces el cura Buitrago no quiere ser obispo? —exclamó repentinamente.

Me eché a reir, pareciéndome imposible que don Trifón pudiese declinar la mitra, si se la ofrecían. El gobernador se explicó:

—¡Como no cree que yo fuí concebido sin pecado!

Me acordé de la visita del Carancho del Monte a don Trifón, cuando con el pretexto de pedirle un sermón acerca de ese punto, fué a espiar la casa de don Juan Bueno, y admiré la manera cómo el Restaurador quería hacerme saber que no estaba satisfecho del cura.

—El señor cura del Socorro, — le dije — es un fidelísimo servidor de V. E.; aunque pudiera parecer otra cosa de las andanzas de sus parientes o de sus vecinos.

—¿Usted me quiere hablar de Corrales?

—También es un buen federal...

—¡Un buen tonto, querrá decir! Pero no pase cuidado por él. Dentro de algunos días le abriré la jaula. Necesito que haya entre los unitarios algunos pobres de espíritu, que se descubran solos y sin querer descubran a

los demás. A Dios gracias, hasta ahora no faltan en sus filas.

Luego agregó con voz sorda:

—Ni faltan traidores en las mías. Aquí, en mi casa, en mi despacho, en mi propia mesa escriben los que me están vendiendo...

Me puse pálido, pero logré resistir su mirada.

—Le hablo de Enrique Lafuente...

Era uno de los escribientes de su secretaría privada. Ante mi sorpresa agregó:

—Sí, Enrique Lafuente. Por él se ha divulgado aquella carta mía a Ibarra, previniéndolo contra el gallego Cullen; pues la ha hecho publicar a Montevideo. Ahora hace tres días que anda a salto de mata. Mi hijo Juan Manuel ha espantado esa liebre. La otra mañana lo encontró en la oficina, y sin intención, le echó una bocanada de humo en la cabeza, y le dijo: "Este lindo pelo tiene olor a pólvora"... Y Lafuente no apareció más, y con razón; porque Salomón le andaba ya sobre el rastro.

Recomenzó sus paseos, y me puse a escribir.

Un rumor que venía de la pieza vecina lo arrancó de sus pensamientos:

—Bueno es que se sepa, — dijo, como sincerándose consigo mismo — que Cullen me ha pagado las hechas y por hacer. Lo he mandado fusilar. Ahora dirán que era mi amigo. Andaba en tratos con los franceses. Mis amigos no están con los que me combaten, y buscan mi muerte...

Se abrió la puerta y entró don Juan Nepomuceno Terrero, el mismo a quien encontré en la calle, cuando iba con el doctor Maza.

Terrero no vaciló en hablar delante de mí. Era pariente del Restaurador, socio en sus estancias y amigo influyente y querido.

—Juan Manuel, — le dijo severamente, — ¿vas a dejar morir a ese hombre?

—¿A quién te refieres?

—¡A José Vicente Maza! ¿No es tu amigo? ¿No es mi

amigo? ¿No te ha servido en todo con fidelidad? ¿No piensas que su sangre pesará sobre tu nombre?

La estatura del Restaurador creció en ese instante. Irguió la magnífica frente, echó atrás los puños cerrados, conteniendo a duras penas sus ímpetus y respondió con los dientes apretados.

—¿Pero qué sabes tú, si él me ha servido como le he pagado yo? Si hoy está vivo, me lo debe a mí.

—En tu nombre la Mazorca asaltó anteanoche su casa, buscándolo para asesinarlo. Y tus soldados no estaban allí, para defenderlo; ni estabas tú para salvarlo.

—Si él fuera mi amigo de verdad, la Mazorca lo respetaría.

—Es tu amigo; acabo de hallarme con él.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Entonces te ha dicho que yo le he ofrecido refugio en casa de Mr. Slade, el cónsul de Estados Unidos?

—No huirá, porque eso sería la condenación de su hijo.

Don Juan Manuel no respondió. Estaba inmóvil, a una vara de la pared, casi arrinconado por Terrero, que dió un paso adelante.

Don Juan Manuel ni habló, ni se movió.

—¿Qué vas a hacer de su hijo?

La pregunta fué hecha en voz baja, pero resonó en la sala, pues los dos que la oíamos, habíamos suspendido hasta el aliento.

Pero don Juan Manuel no contestó, sino al rato.

—¿Sabes dónde está ahora José Vicente Maza?

—Sí; está en casa de Guerrico.

—¡Ah!... Donde quiera que esté lo hallarán, y será su perdición. Dile que renuncie a sus cargos y que huya...

—¿Y su hijo?

—Su fuga no empeorará el destino de su hijo.

Con aquella respuesta enigmática que Terrero no comprendió, voló en busca del doctor Maza. Después supimos que éste no quiso aprovechar aquella puerta que le abría la mano de don Juan Manuel, y que respondió a

su amigo: "¡Sea lo que Dios quiera! Si me matan, me matarán en mi puesto".

Apenas salió Terrero, el Restaurador, aliviado de su presencia, se dirigió a mí:

—La locura de Lavalle es contagiosa; todos se están volviendo locos. ¿Cómo está su cabeza, Balbastro? ¿cree usted que debo dejarlos conspirar, juntar ejércitos, comprar traidores, y pagar asesinos contra mí, en mi propia casa? ¡Mis amigos! ¡qué sarcasmo! ¿qué clase de amistad es la suya? He gobernado a mi antojo; no han tenido lengua sino para alabarme. Un día se cansan de mí, y se meten a conspiradores. ¿Pero de qué se quejan? ¿Cuáles son mis crímenes? ¡las mismas cosas que ellos han aplaudido!

El Restaurador estaba en uno de esos momentos de espontaneidad a que se dejan llevar los hombres más disimulados y menos sinceros. Era un lamento de su alma atormentada, que me tocaba a mí recoger.

—¡Mis amigos! — repitió con acritud, — ¡si estoy condenado a vivir entre serviles y traidores!

En ese momento, se abrió tímidamente la puerta, y apareció Manuelita Rozas.

Su aparición produjo en la sala el efecto de un sol que nace. Miré a don Juan Manuel, y vi iluminarse su rostro sombrío con la luz purísima del amor.

—¡He aquí — debió pensar — la única persona que me habla con el corazón!

Le abrió los brazos, pero la gentil muchacha no se arrojó en ellos, sino que se echó a sus pies sollozando.

—¿Qué tiene, mi hijita? — le preguntó don Juan Manuel, tratando de soliviarla.

—¡Tatita! — clamó ella con el rostro pegado en tierra.

El Restaurador me miró estupefacto, y yo me levanté para alejarme.

Al ruido de mi silla, Manuelita alzó la cara y me dijo:

—¡No se vaya!

—¿Va a hablarme delante de José Antonio, hija?

—¡Sí! tatita, él me comprenderá; él me ayudará.

—Bueno, hábleme... ¿por qué está apenada?

¡Miserable de mí, que lo presencié todo, sin comprenderla y sin ayudarla!

La niña quedó un rato muda, abrazada a las rodillas de su padre.

—¡Vamos! — exclamó él tomándola por los hombros — ¿quién me le ha hecho mal? ¿es alguna locura de Biguá o alguna broma de Eusebio? ¡cuénteme, hija! ¿está enamorada?

Al decir esto el Restaurador me echó una mirada irónica y se rió suavemente, acariciando la adorable cabeza de la joven.

De pronto adivinó lo que la atormentaba, recordando aquella otra escena, en el mismo lugar, presenciada también por mí, y a la que asistió Rosita Fuentes, pocos días antes de casarse con el teniente coronel Maza. Y a tal pensamiento visiblemente se ennegreció la frente del gobernador de Buenos Aires. Sentí un escalofrío de horror.

Manuelita no sorprendió aquella sucesión de aspectos en la cara de su padre; por eso tuvo ánimo para sonreír, alzándose del suelo, y poniéndole las manos sobre los hombros.

Y cuando lo miró, ya él era señor de sus nervios, y le repetía alegremente, golpeándole con la yema de los dedos la pálida mejilla, mojada en llanto.

—¿Qué le pasa? ¿por qué ha llorado?

—¿Va a hacer lo que yo le pida tatita?

—¡Quién sabe qué está por pedirme, hija!

Yo sentí impulsos de gritar: ¡No pidas nada, pobre criatura! Nada te será concedido contra su voluntad implacable.

Animada por las caricias, le habló llena de ilusión.

—Ha venido Rosita Fuentes, y me ha hecho llorar.

—¡Ah! ¿con que ella la ha hecho llorar a mi hija? La castigaremos ¿no le parece, José Antonio?

—Ella habría querido venir conmigo, ante usted, a pedirle la vida de su Ramón, pero usted no la quiere; y he

venido sola. "A mi no me dirá que no", le prometí al separarnos.

—Ha hecho bien, mi hija; venga sola siempre que tenga que hablar a su tatita.

—Se ha quedado en mi pieza llorando. Ramón le ha escrito desde la cárcel, comunicándole que lo van a fusilar.

—Eso no es verdad.

—¡Ya decía yo, — exclamó alegremente Manuelita — que no era verdad!

Don Juan Manuel esquivó la mirada de su hija, y le respondió:

—¿Por qué se mete en política? ¿no sabe que se le va a arrugar la frente de tanto pensar?

—Yo no sé nada de política; ni sé quién es unitario, ni quién es federal; no quiero saberlo, para que a su lado, tatita, haya siempre una persona que lo quiera, sin odiar a nadie, ni engañar a nadie.

—¿No ve — prosiguió él — como se ha puesto de vieja y fea su tía Josefita?

Manuelita tenía el rostro iluminado por la esperanza, y yo me sentía triste a morir.

—¿No es verdad, tatita, que Rosita Fuentes no debe llorar?

—¡No! no debe llorar.

—Ese billete que él le ha mandado...

—El no le ha mandado ningún billete...

—Yo lo he visto... ella me lo ha mostrado... aquí lo tengo.

Don Juan Manuel tomó el papelito de manos de su hija, lo leyó y lo tiró al suelo.

—El no debió escribir eso, porque nada sabe...

—En toda la ciudad se habla de que hoy lo fusilarán, tatita. ¿Por qué deja decir eso? ¿por qué no hace saber a todos que no es verdad?

Don Juan Manuel, se echó a reir:

—¡No hable con tanta vehemencia, mi hija! Acuérde-

se de su mamita, mi pobre Encarnación, que no se metía en política. Parézcase a ella y no a su tía Josefita.

Manuelita no me había mirado; pero en ese momento se encontraron sus ojos con los míos, y me vió tan triste que dió un grito:

—¿Entonces no lo va a perdonar? ¿entonces lo va a fusilar?

—¿Quién le ha dicho nada, mi hija? ¿No vé? Usted misma se da cuerda, se ilusiona y se asusta sola.

—Yo no tengo corazón para ir a decirle a esa pobre amiga que usted no me ha prometido perdonar a su marido.

—¿Le ha dicho ella que es inocente? — interrogó don Juan Manuel con mucha malicia.

—¡Sí, sí; es inocente!

—Bueno; entonces se va a salvar... ¿por qué se aflige, pues?

—¡Cómo no ha de afligirme! ¡No hace un mes que se casaron! ¡Si yo estuviera en su situación!...

—¡No, no! — interrumpió el Resaurador. — Usted no podría estar nunca en esa situación. Usted no se habría enamorado de un enemigo de su padre, ni hubiera venido a pedirme la vida de quien busca la muerte de su tatita.

Manuelita pensó, tal vez, que era verdad algo de lo que se atribuía al coronel Maza; pero sensible y generosa, reaccionó:

—Yo lo defendería a usted con mi cuerpo, si alguien quisiera ofenderlo. Y no sentiría morir, si usted me prometiera perdonar a sus enemigos.

Aquellas palabras que a mí me herían como dardos, resbalaban sobre el alma de bronce de don Juan Manuel, cuya sonrisa era aterradora. Su hija no comprendía que él nada le había prometido, y cuando salió de la pieza, brillaba en sus ojos la inconfundible luz de la esperanza.

Porque él le acababa de decir, besándola:

—Vaya, consuele a su amiga; y dígale que su Ramón está más seguro en el Fuerte que yo en mi casa.

Don Juan Manuel se aproximó a la mesita donde yo seguía copiando algunas notas reservadas; puso las manos sobre el respaldo de mi silla, para mirar lo que escribía, y me dijo:

—Mi hijita es una joya. Es inteligente, amorosa con su padre y muy tierna. Se interesa de corazón hasta por mis enemigos. Se ha ido contenta; pero la voy a hacer llorar. A Ramón Maza tengo que fusilarlo, no más.

La pluma me tembló en la mano, y él lo advirtió.

—¡Vaya! también usted, Balbastro, había sido zonzo como un unitario. ¿Cómo quiere que haya disciplina en la tropa y me dejen en paz, defender a la patria contra los franceses, si no hago un escarmiento con los traidores?

—Señor, — le contesté — sólo considero la desesperación de su joven esposa, que quedará viuda a los veinte días de casada; y la pena que eso causará a Manuelita.

—Así es; por eso le dije que no se metiera en política.

Inútilmente quise reanudar mi trabajo. El miraba los movimientos de mi mano trémula, y se reía socarronamente.

—Es raro, — exclamó de pronto, — que en lo de Matorras no le hayan presentado a Martínez Castro.

Aquella idea lo acosaba, y yo no podía seguir mintiendo con aplomo.

Felizmente, en la antecámara se oyó la voz del jefe de policía, cuyos informes debían ser de la mayor gravedad, y don Juan Manuel gritó:

—¡Que entre Victorica!

Volvió a mi lado y me dió un mensaje.

—Vea, José Antonio, dígale a mi amigo Matorras que salga cuanto antes de Buenos Aires, si quiere evitarse un disgusto.

Me puse de pie.

—Sí, ahora. Ponga cara más alegre; en el patio se va a encontrar con Manuelita, y no quiero que al verlo triste, adivine la suerte de ese pobre Maza.

Hice lo que pude, porque en efecto, vi en el patio a

Manuelita, que me llamó. Parecía contenta y, sin embargo me dijo:

—Tengo que darle una mala noticia.

Me esforcé por sonreir.

—Sus buenos amigos los Matorras han salido hoy y se ignora para dónde.

—¡No puede ser! — exclamé —. El señor Gobernador me acaba de dar un mensaje para ellos.

—No sabrá entonces que se han ido; pero es así... ¿Le afligirá mucho esta ausencia, José Antonio?

Ese espíritu de maldad que todos tenemos me dictó la respuesta. Estaba furioso contra don Juan Manuel, que me engañaba enviándome con mensajes para los que él mismo había desterrado, y me pareció justo desquitarme, haciendo sufrir a la inocente criatura que me hablaba con la sonrisa en los labios y una luz en los ojos profundos.

Tenía la seguridad de que Manuelita pensaba en Leonor cuando me preguntaba si me afligiría su ausencia, y le contesté rudamente:

—¡Sí, sí! ¡mucho!... ¿Pero por qué se han ido? ¿qué crimen han cometido para que así los destierren?

Ella guardó silencio, entristecida, y no me miró más, ni cuando le dije adiós.

En un minuto llegué a casa de Matorras.

La calle ardía bajo un sol meridiano. Habían cesado todos los rumores, y el enorme silencio de la ciudad era siniestro.

Un negro pintaba de rojo una puerta. Así muchos pensaban librarse de peligros, refrescando el federalismo de sus decoraciones.

El corazón se me apretó al hallar abandonado al viejo caserón, tan rondado por mis pensamientos.

Con la precipitación de aquella partida, los pobres desterrados apenas se llevaron lo más preciso. En la huerta, las gallinas escarbaban y se arrullaban las palomas como todos los días, sin extrañar la ausencia del ama. Pero faltaba el perro y el lazo suelto al pie de un naranjo re-

velaba que había seguido a sus dueños, para acompañarlos en la buena y en la mala fortuna.

Los cuartos estaban cerrados. En el patio recuadrado por tinas de flores, sentí más que en ninguna parte la desolación y el abandono, porque ya algunos chicuelos habían destrozado las plantas.

—¡Oh, Leonor! — pensé con ira — ¿cómo has podido irte así?

Me acordé del paquetito envuelto en papel de seda: "Dice la niña que lo abra mañana", me había mandado decir. Pero no era dueño de mi voluntad. Allí mismo, con mano impaciente desgarré el envoltorio.

Ante mis ojos encantados se desenvolvió aquella corbata de espumilla celeste, de que un día tuve celos.

—¿Para quién bordas esa corbata? — pregunté esa vez a Leonor, cuya frente se había enrojecido.

Y como no me respondiera, le dije con una dureza a la cual no tenía derecho, pues no era ni su hermano ni su novio:

—¡Esa corbata no es para un federal! ¿para qué unitario la bordas?

—El tiempo lo dirá — me contestó con dulce melancolía.

Y allí estaba en mis manos, como un jirón del cielo, desbordante de ideas en su color emblemático, hablando a mis ojos, llenos de lágrimas, de las profundas y santas pasiones que habían agitado el corazón de Leonor.

Con ella venía un billetito, que leí crispado de remordimientos:

"José Antonio: Me voy con la esperanza de que algún día veré esa corbata anudada a tu cuello. Al cambiar de partido no habrás cambiado de ideas. Servirás mejor a tu patria; podrás morir por libertarla".

Debajo, en letra más pequeña, venía una frase enigmática: "Me consuela el pensamiento de que ahora me comprenderás, y te acercarás a mí".

La pluma había vacilado; y sobre las palabras "a mí", había escrito "a nosotros"...

Pero yo seguí leyendo "te acercarás a mí", y cuando hube repetido mil veces aquella expresión, me eché a llorar, con la cara vuelta a la pared, como un niño que no quiere dejar ver sus lágrimas.

Doblé la corbata celeste, la besé efusivamente y dije en mi corazón: Soy digno de guardarte; pero sólo Dios sabe si algún día podré adornarme contigo.

SEGUNDA PARTE

I

Celos de mi tía

El recuerdo de aquella primavera del año 39, es todavía una herida mal cerrada en la memoria de muchos argentinos.

Todos, unitarios y federales, hemos vivido en la ansiedad y en la consternación.

Aun hoy no podría fijar la parte de culpa que tuvo don Juan Manuel en las fechorías de la Mazorca, mas por su inocencia no pondría un dedo en el fuego.

Muchas veces le oí decir, a modo de advertencia o de amenaza: "No siempre se puede contener el entusiasmo federal del pueblo".

Y esa frase llegó a ser en sus labios una terrible sentencia. ¿Cómo es posible que alguien la haya invocado después para defenderlo?

Desde que me jugó aquella pasada, enviándome con un mensaje a casa de los Matorras, desterrados de la ciudad por su orden, me miró con algún recelo. Parecía adivinar la evolución imperceptible de mis ideas políticas, que yo mismo ignoraba. En ese punto no tenía más pecados contra él, que guardar con adoración en el fondo de mi petaca una corbata de espumilla celeste, bordada por manos unitarias.

Sin embargo no había perdido su confianza, y seguía

ocupando mi sitio en el hueco de la ventana de su despacho y copiando notas reservadas, con mi mejor letra.

Una tarde de Octubre me paseaba por la galería del segundo patio de mi casa, donde mi tía había reunido sus mejores plantas, y donde la primavera estallaba en los morados racimos de las glicinas, y en las campanillas fragantes de las madreselvas. Ni sé en qué pensaba. Eran días muy tristes para mí; se habían recibido malas noticias de Santa Fe, en cuya ciudad se refugiaron los Matorras.

Ya no me era lícito pensar en la ausente bordadora de mi linda corbata, porque a ciencia cierta sabía que mi padre la amaba. Vivía huyendo de mis propios pensamientos, y recibía con alivio todo lo que me apartaba de ellos.

El gran patio estaba solitario y silencioso. En la huerta, separada por una tapia cubierta de rosas trepadoras, sentíase el trajín de la servidumbre y las voces de mando de mi tía.

—¡China trompeta! ¡Refregá bien esa olla!

Una pausa; los canarios cantaban alborozados. Un boyero que le habían traído del norte, llenaba la casa con su silbo de oro.

Y de nuevo los gritos de mi tía:

—¡Y vos mulata zanguanga, qué hacés que no acabás de moler ese maíz! Ya las gallinas te han comido la mitad. ¡Vas a ver cómo te pongo la paleta en su lugar, con una friega de "cáscara de novillo"!

Tenía la buena señora un arriador trenzado de cuatro, por las artificiosas manos del maestro Pancho, y a las zurras que daba con esa máquina infernal llamábase "friegas de cáscara de novillo".

Alguna vez, en mi niñez, he gustado esa medicina del alma, y declaro que mi tía sabía administrarla y que, a pesar de las opiniones contrarias de la moderna pedagogía ,no había nada más eficaz contra las veleidades de los niños desobedientes o de las chinitas díscolas.

Debo referir que el humor de mi tía, tan parejo y apacible, se venía agriando en forma inquietante.

¿Tuvo ella algo que ver con la partida de los Matorras? No sé; pero mi padre en una de las raras discusiones que sostuvieron, pareció echárselo en cara.

Se puso roja de indignación o de vergüenza y se mordió la lengua.

Si verdaderamente había ella cometido la mala acción de intervenir para que don Juan Manuel desterrara a aquellos infelices, no sé qué provecho obtuvo, porque la ausencia no es siempre buen remedio contra el amor.

Una gallina había salvado la puerta desvencijada de la huerta, y se estaba en la galería, picando una cemita con chicharrón que yo le arrojara a pedacitos, cuando sentí un aldabonazo en la puerta de calle.

Salí yo mismo a abrir.

Era Juanita Corrales, la sobrina del cura Buitrago, que venía en mandato de su madre, acompañada de uno de aquellos pilluelos que cantaban a gaznate herido el himno de Rivera Indarte contra los unitarios:

"Asesinos de Ortiz y Quiroga..."

—¡Qué solita vas por esas calles! ¡Y con estos días!—le dije, estrechándole la mano pequeña y bonita, asaz estropeada por los trabajos caseros.

—¡Qué más he de hacer! mamita me manda, y no tengo quién me acompañe, sino éste.

—¿Por qué estás triste, Juanita? Tu edad no es para andar con esa cara.

—Tengo la cara de todos los días, — me contestó mirándome de hito en hito, con lo cual pude admirar el esplendor de sus ojos negros y la frescura de sus labios. contrastando con sus mejillas pálidas.

Y añadió dulcemente, bajando la vista:

—Como tú no andas sino con los ricos, te olvidas de las caras de los pobres.

Riéndome la hice entrar al comedor.

—Si buscas a mi tía, has venido en mal momento, porque está rezongando como un trompo. Pero si la visita

es para mí, serás bienvenida, porque también estoy triste.

—¡Y cómo no! — exclamó, contemplando un jazmín del Cabo enteramente florecido. — No hay nada más triste que tener flores, y no saber a quién darlas.

Me levanté, corté algunos jazmines, los até con mi cintillo federal y se los di.

La muchacha se ruborizó, aspiró la fragancia con un profundo suspiro, y se prendió el ramo en el pecho.

—¡No se los darías a ella atados con esta cinta! — exclamó.

—¿Por qué? ¿quién es *ella?* — pregunté alarmado por la alusión. Pero la muchacha se rió sin contestar, poniendo una carita de inocente, con lo cual disipó mis temores, haciéndome ver que era más discreta de lo que podía juzgarse por sus años.

—¡Vaya! ni que estuviéramos pelando la pava...

—Eso quisiera yo, Juanita.

—¡Psh! La flor de la canela está en los barrios del sud. Y yo no he venido a tu casa, para dejarte sin flores y sin cintillo, sino a otra cosa.

—¿A qué has venido, Juanita?

Entretanto el pillete de su compañero había entrado hasta el fondo de la casa anunciando la visita y mi tía salió a agasajarla.

—¡Qué es eso, muchacha !— le dijo con gesto desabrido, advirtiendo el coloquio — ¿no conoces la casa? ¿o no tienes confianza conmigo?

—Mamita le manda estas velas de cera, para que lo alumbre a San Antonio por la intención que quiera.

La hija de Corrales pronunció estas palabras con mucha simplicidad, pero mi tía se acaloró y empezó a echarse aire con la punta del delantal.

Afuera el sol esplendía, haciendo cantar a las chicharras, amantes del calor, pero adentro, en la media luz del comedor, con sus puertas y ventanas entornadas, resguardadas por las gruesas paredes de adobe y por la empinada techumbre, no había razón para sofocarse tanto.

Mi tía me miró y yo no pude menos de sonreirme, y ella poniéndose más colorada. dijo:

—¡Esa cocina es intolerable! Hoy mismo le diré al maestro Pancho que le abra una ventana al naciente, y que me haga un fogoncito debajo de una ramada en la huerta. He estado haciendo un poco de jabón, y el fuego me ha soasado la cara...

Miré a Juanita, esperando que su incorregible picardía le dictara la respuesta que merecía la disimulada señora, pero se limitó a desenvolver el paquete de sus velas, adornadas con bonitos moños colorados.

—¡Cuánto se las agradezco a tu madre! ¿De dónde saca la cera?

Juanita fué a responder, vaciló un momento, y con gran sorpresa nuestra se puso a llorar.

—La cera es de las colmenas de don Juan Bueno. El se la mandó a mamá hace unos días, diciéndole que tenía un favor que pedirle. No sabemos qué sería... Y hoy a la siesta hemos sabido que lo han degollado en su cama.

Me levanté emocionado; mi tía miró las velas, y como si los moños colorados fuesen marcas de sangre, los desató con las manos trémulas y los tiró debajo del sofá hechos un bollo.

—¿Y sabes quiénes son los asesinos?

—Se dice que es la Sociedad Restauradora, — contestó en voz muy baja la hija de Corrales.

—¿Y de tu padre qué noticias hay?

—¡Preso siempre!

Tía Zenobia meneó la cabeza, descontenta.

—¡Eso le pasa por no ser un buen federal!

Juanita no contestó.

—Y lo peor es que tu tío, el señor cura, no anda tampoco derecho.

—¿Por qué, misia Zenobia? ¡él es muy amigo del Restaurador!

—¡Bah! así lo dice; pero todavía no ha hecho en su iglesia la función del retrato.

Observóle esto con voz sorda, resentida de que no hu-

biera rendido aquel homenaje, que una a una fueron rindiendo al Restaurador todas las parroquias de Buenos Aires, en demostración de júbilo por haberse descubierto la conspiración de Maza.

El infeliz presidente de la Sala de Representantes del Tribunal de Justicia, doctor José Vicente de Maza, había sido asesinado al anochecer del 27 de Junio; y su hijo, el teniente coronel Ramón Maza fusilado por orden de don Juan Manuel a la madrugada siguiente, en forma que pocas horas después, los dos sangrientos cadáveres fueron conducidos al cementerio en un innoble carro de policía.

Desde esa fecha, infausta para mí, porque en tal día vi a Leonor por última vez, arrancaron aquellas fiestas en que se exhibió en los altares el retrato de don Juan Manuel y se le llevó por las calles empavesadas, y se hizo doblar la rodilla a la tropa frente al armatoste engalanado con flores y banderas coloradas.

Mi tía siguió arguyendo:

—¿Qué aguarda don Trifón, para hacer la fiesta del retrato? Ya se ha hecho en la Catedral, y en la Merced, y en San Telmo, y en San Miguel, el día del Arcángel; y yo estuve en todas, y no me pesa porque oí lindos sermones, y tuve el honor de tirar el carro del retrato.

—Paréceme, — la interrumpí yo, — que se ha vuelto usted más federal que el Carancho del Monte.

—Y a mí me parece, — contestóme sin resollar, — que te estás haciendo unitario. A mal tiempo te brota esa idea, estando ausente la que te dejó la mala semilla en el corazón.

—¿Por quién lo dice, tía?

—Bien sabes de quién hablo, y no he de regalarte el oído con su nombre.

Me sorprendió la acritud de esas palabras, que evidentemente aludían a la pobre Leonor; pero me encogí de hombros, adivinando la causa del despecho.

Juanita escuchaba con profundo interés, mirándome unas veces a mí y otras a mi tía.

Esta de pronto se echó a reir, y dijo golpeando dulcemente la nívea mejilla de la muchacha:

—¡Este cachito de gloria te convendría traernos a casa!

Juanita se puso más roja que la divisa federal, de su gracioso peinado, y yo estuve a punto de gritarle a mi tía: —¡"Qué pronto cambia usted de parecer! ¡No hace mucho me indicaba otro rumbo!" Pero me callé, y seguí paseándome por el largo comedor.

—Pues le ha adivinado el pensamiento a mamita — dijo la joven, así que pudo serenar su turbación. — Me manda a pedirle que le preste el retrato del Restaurador para hacerle una fiesta en el Socorro.

—¿Pero ella va a cantar la misa? — pregunté, fastidiado de que así cundiera esa abominación.

Juanita me miró honda y tristemente, y yo recordé que su padre seguía encarcelado y en peligro de muerte.

También me miró mi tía, como diciéndome: ¡Qué burro eres, José Antonio!

—¿Y don Trifón, consiente ahora? — pregunté a la muchacha.

—Todavía se niega.

—¿Qué alega?

—Que no todas las parroquias harán la fiesta; que en San Nicolás de Bari, por ejemplo no se ha hecho.

—¡Pero se hará, hijita! — interrumpió mi tía con vehemencia — ¿no ves que es la parroquia de Salomón?

—Se hará allí — afirmé yo, porque ese malhechor no desperdiciará su turno, cuando le llegue; pero no se hará en San Ignacio; los jesuítas morirán antes que poner en su altar la imagen de don Juan Manuel.

—¡Allá ellos! Pero ustedes, no demoren, si quieren sacar sano y salvo a tu infeliz padre. Y si sale, que diga como la gallina que fué a casarse a las nubes: "si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo".

Se fué a la sala a descolgar el óleo que pintó don Cayetano Descalzi para mi padre, y que era idéntico al que la familia del Restaurador prestaba a las parroquias para hacer la fiesta.

Iba cayendo la tarde, y con las sombras que se insinuaban en el comedor, nos llegaba en la brisa el perfume de los naranjos florecidos de la huerta, y el de una gran magnolia foscata, que reinaba en el segundo patio.

—Tú también estás triste, — murmuró Juanita — ¿no es verdad?

Y yo, ganado por la penetrante melancolía de la hora, estuve a punto de confiar mi secreto de amor a aquel virginal corazón que se acercaba a mí.

Me contuve empero, y dije simplemente:

—No son alegres los tiempos. Me duelen las tristezas ajenas.

Ella, clavándome sus sagaces y magníficos ojos, me preguntó:

—¿Nunca has sentido no ser unitario?

—¡No! — contesté secamente. — Los unitarios se han unido con los extranjeros para luchar contra su patria.

No cesó de mirarme; parecía no estar convencida de que éste fuera mi verdadero pensamiento. Y yo la observaba, curioso por saber qué pensaba ella de esas cosas, qué pensaba de mí, y qué sabía de Leonor, de quien había sido íntima amiga.

—¡Sin embargo, — me dijo en voz baja, — qué bien te quedaría una corbata celeste!

En ese momento llegó Benita, descalza, sin ruido, trayendo el cuadro, y detrás cayó mi tía con un plumero y un estropajo, para quitarle a la pintura algunos lamparones de humedad y de polvo; y yo me aproveché de ese movimiento para disimular la emoción que me produjeron las palabras enigmáticas de Juanita.

—Te lo llevará Benita, — dijo mi tía, envolviendo el retrato en un percal.

—Y yo te acompañaré — agregué, cuando la joven se levantaba. — Es tarde y tu barrio está lejos.

Llamamos a Adocilio, que al amor de la cocina saboreaba un plato de arroz con leche, ofrecido por mama Felisa.

Mi padre no había vuelto de la Alameda. Quizás era al-

guno de los señorones que desde la plaza divisábamos paseándose orondamente por la mísera avenida de ombúes, que llamábamos "La Alameda", desde el tiempo de los Virreyes.

—No es ninguno de ellos, — me dijo la muchacha, que tenía ojos de lince, — ni tampoco está mi tío.

Cruzamos la plaza; iban delante Adocilio y Benita, con su cuadro a cuestas; y en pos Juanita, que a ratos apoyaba la mano en mi brazo, para retirarla en seguida, ruborizada y nerviosa. El chico tomó por el medio de la calle, embobándose ante los muchachos que regresaban del bajo del río, o de la plaza de armas, con sus barriletes y pandorgas de papel.

Los vecinos que habían merendado ya, sacaban sus sillas a la vereda, para sentarse en mangas de camisa a ver quiénes pasaban, y cambiar saludos con ellos.

Cuando la acera no estaba enladrillada, nuestros pasos no hacían ruido y sentíamos los acordes de una guitarra que algún parroquiano rasgueaba a la puerta de una pulpería.

—¿Nunca has vuelto a hablar de mi padre con don Juan Manuel? — me preguntó Juanita.

—No tengas miedo por él; está más seguro en el Fuerte, que en su casa. Siquiera allí no podrá meterse en mayores compromisos.

Juanita suspiró, y bajando la voz añadió:

—¿Y nunca le has oído hablar a don Juan Manuel del capitán Duarte?

Me extrañó la pregunta.

—No sabía que conocieras a ese buen mozo, Juanita.

—Lo he conocido en casa de Leonor, — respondió dulcemente. — ¿Qué diría él de mí, si me viera llevando un retrato del Restaurador para hacerle una fiesta?

—Ya veo que eres unitaria, Juanita; tendré cuidado con lo que hable en tu presencia.

—Sé discreto, como eras con Leonor. ¿Alguna vez le hablaste de política?

—¡Nunca!

—¿Y de qué hablabas con ella, entonces? — me preguntó con malicia.

Yo no gustaba de que así escarbaran en mi pobre corazón, y no le contesté; pero ella siguió machacando.

—Le hablarías de amor; ¿verdad?

—¡Qué adelantada estás, Juanita!

—Así me dice mamá: las niñas de hoy no son como las de antes.

En cada bocacalle nos deteníamos para buscar la escalerita por donde se bajaba de las veredas altísimas. A veces no la había y era necesario saltar.

—¡No me mires! — decía Juanita. Yo volvía la cara a otro lado y ¡plum! la chica saltaba al arroyo, y se sacudía el alegre y primaveral vestido blanco de muselina.

Me encantaba al mirarla, porque me recordaba a Leonor, y me entristecía que ambas soñaran con el amor de un unitario, y por mucho que nos quisieran, verían en nosotros las salpicaduras de sangre que teñían las manos de los corifeos de don Juan Manuel.

Encontramos cerrada la puerta de la casa parroquial, pero Juanita conocía un secreto para levantar desde afuera la gruesa alcayata que la aseguraba.

Don Trifón había hecho poner en el segundo arco del zaguán una cancela de fierro.

A esa hora estaba ya suelto un terrible mastín, que pasaba el día encadenado al tronco de la toronja.

—Todo esto es por tus amigos, — me dijo Juanita.

—En casa de un buen federal, no entra la Mazorca — le contesté.

Y ella con sin igual desparpajo replicó:

—¡Pero si aquí no hay más buenos federales que los que vienen de visita!

—¡Por eso tu tío no será canónigo!

Un silencio fúnebre pesaba sobre la casa y sobre el barrio, silencio interrumpido sólo por el ladrido del perro, al que Adocilio retenía del collar, mientras yo me ponía en salvo.

Hallamos a Inesita cuchicheando en su pieza con las tres Bustamante.

—¡Ya lo han llevado a ese pobrecito! — dijo una de ellas, señalando la casa de don Juan Bueno.

—¡En el carro de la policía! — añadió otra.

—¡Bien merecido lo tenía, sin embargo! — murmuró con rencor la tercera.

—No hay que hablar mal de los muertos, — observó Inesita — aunque sean salvajes unitarios. ¡Ah! ¿me traes el retrato del Restaurador? Bueno, ¡Dios te lo pague! ¿No quieres un casquito de dulce de toronja?

Antes de que le contestara voló a la despensa y trajo un plato del rico manjar.

—Recién sacadito de la paila; quizás esté un poco tibio. No he aprendido a quitarle del todo el amargo.

—Mama, — apuntóle Juanita, — ya Leonor le dió la receta: hay que dejar las toronjas partidas, en agua de cal, una noche al sereno.

—¡Vaya! no tengo la cabeza para estas fruslerías. Mi pobre Ambrosio sigue preso; no me dejan verlo; y escribe cada carta, que me parte el corazón... ¡Sabe Dios cuándo se convencerá don Juan Manuel de que ese hombre es inofensivo!

—Ya está convencido, — le dije.

—¿Cómo sabes eso? — preguntó el cura Buitrago que entró sin que yo lo viera, ocupado como estaba en comerme el dulce a bocaditos.

Me tendió la mano y yo se la besé, como cuando me enseñaba latín.

—Lo sé porque él me lo ha dicho.

—¿Qué te ha dicho? — interrogó con ansiedad Inesita.

—Que don Ambrosio Corrales es un buen federal.

—¡No, no! eso no lo ha podido decir; — replicó Buitrago — habrá dicho que es un buen tonto.

—¡Cabalmente! Dijo que es un bienaventurado, y que pronto le abriría la jaula.

—Ven conmigo, José Antonio.

Me llevó a su cuarto y me hizo sentar en aquel majes-

tuoso sillón que se había hecho construir para pregustar las delicias del coro, y que nunca cedía a nadie.

Comprendí que el hombre haba perdido las esperanzas de la canongía, cuánto más las de aquel obispado de que una noche le hablara mi padre.

—¡Sí, sí! — murmuró, adivinando el significado de mi compasiva mirada.—Siéntate: más te corresponde a tí que a este pobre cura suburbano. Ya no pienso en esas cosas, mucho más al precio que don Juan Manuel las pone.

—¡Hace bien!

—Me lo dices con un aire que tal vez podría significar el "nolo acerbam sumere", de la zorra: "están verdes las uvas". ¿Recuerdas la fábula?

—Sí, señor; pero no he pensado en ella.

—Estoy resuelto a defender mi dignidad, aun a costa de mis ilusiones.

Asentí con un ademán.

—¡Mi dignidad aun a costa de mis ilusiones! — repitió con vehemencia, y las pálidas mejillas se le colorearon levemente.

—¡Yo no expondré el retrato! ¡quemaré mi iglesia antes de mancharla con esa abominación!

Doña Inesita que entraba alzó los brazos al cielo:

—¡Jesús te libre de esa barbaridad! Al día siguiente me lo fusilan a mi pobre Ambrosio.

—¡Lo fusilarán! — exclamó heroicamente don Trifón — pero no expondré el retrato.

—¡Y te fusilarán también a ti!

Don Trifón no dijo nada; le temblaron las carnes, y murmuró:

—¡Los jesuítas no harán esa fiesta inicua! Prefieren el destierro o la muerte. Vengo de estar con el padre Berdugo. Se les tenía por federales; y ahora en casa del Restaurador se les llama salvajes unitarios, y se habla de pasarlos a degüello... ¡Señor, Señor! ¡si yo tuviera la fibra de mártires que ellos tienen!

—Si no te la ha dado Dios, qué has de hacer, — re-

plicó filosoficamente su hermana. — Imita a los demás. Ya José Antonio me ha traído el retrato...

Don Trifón meneó la cabeza melancólicamente, y se puso a hurgar el legendario escondrijo, buscando un par de chancacas con qué convidarme.

—Sabrás, José Antonio, que ahora me afeito yo mismo. Han dado los federales en decir que soy unitario; y los unitarios siguen diciendo que soy federal; de modo que no me animo a entregar a nadie mi garganta.

Porque no se me hiciera tarde, hice llamar a la mulatita, y después de prometer que intercedería nuevamente por Corrales, emprendimos el regreso.

Yo iba delante golpeando las carnosas hojas de las pitas con mi flexible bastón, y ella detrás, caminando sin ruido, triste como un perro a quien el amo desdeña.

Cuando dejamos la calle del Juncal, y tomamos la de los Mendocinos que a tales alturas cruzaba por entre quintas, se espesó la sombra entre los tunales adustos. Sentí que la muchacha se me aproximaba, temerosa de algún mal encuentro.

Tentado estuve de hablarla, para espantar sus miedos, pero la tenía entre ojos. Durante un rato escuché el suave rumor de sus pies desnudos que herían la tierra. Después la olvidé.

Malas noticias habíamos recibido por la posta de Santa Fe. El pobre Matorras había fundado allí una escuelita, pero su salud, quebrantada por el viaje, no le permitía atarearse demasiado, y estaba pasando miserias muy enfermo.

De Leonor apenas se hablaba en las cartas, sin duda porque eran de su letra, y para mí, ni recuerdos.

La guerra dificultaba las comunicaciones, y eran inseguros los caminos a causa de los indios, que aguardaban las tropas de carretas para asaltarlas. De manera que bien podían haber ocurrido cosas peores desde la fecha de las cartas.

Reflexionando acerca de esto no pensaba en Benita; pero al vadear un zanjón, me extrañó no sentirla y me di vuelta a mirarla.

Había desaparecido.

No quise gritarla, y eché a correr en su busca.

A corta distancia la hallé. arrimada a un poste clavado en un cruce de sendas como un mojón.

—¿Qué viaraza te ha dado, mulata?

No me respondió; miraba hacia el poniente, donde se desteñían las postreras luces del crepúsculo, y aquel lejano resplandor le iluminaba el rostro.

—¿Estas loca? ¿vas a tenerme aquí, a tu santo servicio, aguardando que te vuelva el habla?

Le brillaban los ojos como estrellas. Tenía las manos crispadas sobre el poste. y erguía la cabeza.

¡Qué impresión de fiereza y de hermosura causaba en aquel sitio y en aquella hora!

—Me quiero morir, — dijo al cabo, sordamente.

—¿Quieres que te mate? — le pregunté en son de burla y ella me miró con tan hondo y doloroso reproche que me avergoncé de burlarme de su ignorada congoja. La hablé con más dulzura, olvidando las razones que tenía para malquererla.

—¿Qué te pasa? ¿acaso estás enferma? Nadie a tu edad piensa en la muerte. ¿No tengo motivo para creer que te hayas trastornado?

Permaneció silenciosa, y se me ocurrió que anduviera enamorada. y la hicieran padecer con desdenes.

Me acordé de las palabras que un día me dijo su madre. embelesada en su criatura, y le dije, espiando los movimientos de su cara:

—Vamos, hija: confiesa que alguien te hace sufrir. Dime quién es. y yo te lo traeré preso. a que de rodillas te pida perdón. ¿Acerté? ¿De veras que estás enamorada?

No bien dije eso, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar con un suave gemido.

A la luz de las estrellas, le vi los dedos brillantes de lágrimas. Me sentí turbado y enternecido.

De repente sacudió la cabeza. se incorporó, se enjugó los ojos, y empezó a caminar.

—Perdóneme, niño José Antonio.

—Nada tengo que perdonarte; pero si algo tuviera no te perdonaría sin que antes me contaras qué te ocurre.

—¡Nada!

—Eso es mentira. Yo te conozco desde chica; te has criado en mi casa; eres hija de la mujer que ha hecho de madre conmigo; merezco tu confianza ¿por qué no has de hablar?

Caminaba rápidamente, y parecía un fantasma huyendo de mí.

Tuve sospechas de que su remordimiento se relacionara con el destierro de los Matorras, y sentí impulsos de vengarme.

—Ya sé cuál es tu pecado, bribona. ¡Tú los denunciaste y por culpa tuya estuvieron a punto de morir!

No necesitaba nombrarlos para que ella comprendiera. Se detuvo y se atrevió a mirarme.

—¡No fuí yo!

Decía sin duda la verdad, pero yo me negué a creerlo. Una indescriptible angustia se pintaba en su rostro.

—¿Si tú no fuiste, quién fué?... ¿callas?... ¡es claro! te pesa la infamia. Pero el remordimiento te vende.

—¡No fuí yo! — volvió a decir.

Como yo no hablara se asustó de mi silencio; pensó que no la perdonaría nunca, y se acrecentó su llanto.

—Si no tuvieras culpa, no llorarías.

—¡Perdóneme, niño! — respondió — sí, tengo culpa; yo supe cuando él los denunció a misia Josefita Ezcurra, para que ella los hiciera desterrar.

—También pudieron matarlos; habrá que agradecerles que no lo hicieran, — respondí con aspereza. — Pero quién es él...

—¿Para qué nombrarlo?...

—¿Don Tarquino?

—Sí.

—¡El bandido! ¡cuánto le habrán pagado por esa cobardía!

—¡Oh, no! ¡no diga eso!

Me sorprendió el dolor que vibraba en esas palabras, y

miré con desconfianza a la pobre mulata, que escondió la cara.

—¿Qué te da por defenderlo?

Siguió callada y sentí crecer mi cólera.

—¿Tú ganarías también algo con ese crimen? ¿qué ganabas? ¿acaso don Jerónimo te hacía daño? ¿por ventura la odiabas a ella?

Esta pregunta, como un martillazo hundió un nuevo dolor en su corazón, y gimió dulcemente, y yo compadecido y a la vez intrigado por su misteriosa actitud, la dije con blandura:

—Si supiste la denuncia ¿por qué no me hablaste? ¡Lo habría muerto al miserable!

Dió un salto y se colgó de mi brazo.

—¡Por eso me callé! ¡porque usted lo iba a matar!

—¡Y qué te importaba la vida de ese perro! ¿no valía más la del pobre Matorras? ¿Andarás enamorada de él? ¿no ha perdido sus mañas de negrero?

Soltó mi brazo y se dejó caer en tierra, clamando:

—No le insulte, por Dios.

—¿Qué te importa de él? ¿es tu amante?

Por primera vez, en todos mis años, recordé haber observado, siendo muy niño, la furtiva amistad del portugués con mama Felisa, que nadie en la casa conoció.

Estuve a punto de enrostrar a la muchacha aquel episodio, como si ella tuviese culpa de las antiguas relaciones de su madre; pero, me limité a contestar, enronquecido por la cólera:

—¡Ya sabré cómo castigarlo! ¡se acordará de mí!

Y ella intervino otra vez en su defensa.

—¡Toda la culpa no fué de él, niño José Antonio!

—¡Entre qué gentes vivimos! — exclamé. — ¿Quieres decir que el pensamiento de denunciar a los Matorras no nació de él?

Agachó la cabeza, no queriendo que leyese en su cara la respuesta; pero inútilmente porque era la primera vez que yo sospechaba de mi tía.

—¡Ya sé, —dije convencido, —quién ideó primero esa infamia!

La muchacha no contestó.

—Y sé también qué miras tuvo... Gracias a Dios que de nada servirá su intriga. ¡Ah Benita! sabes demasiado; sabes todo lo que pueden saber los espías de don Juan Manuel, pero no te sirves de ello sino para mal. Ayúdame ahora a deshacerlo.

—¡Yo soy su esclava! —dijo arrodillada en el polvo —¡mándeme morir, si quiere!

—No; te mando que sirvas a mi padre antes que a los otros; y que cuando sepas de estas cosas me lo cuentes... ¿No sabías que Leonor es su novia?

¡Qué suspiro mezcla de dolor y de alivio, se escapó del pecho de la infeliz!

Yo no hice caso y proseguí:

—Pudiste librarlo de una gran pena, con sólo hablar a tiempo; si alguna otra vez te ocurre eso, Benita...

No quiso oírme más; se puso de pie, y con extraordinaria vehemencia, me dijo, juntando las manos:

—¡Sí, sí, sí! ¡todo lo que mande! ¡y todo lo que esté en mi mano, aunque me cueste la vida!

Echó a correr hacia las calles más pobladas, y pronto la perdí de vista.

Cuando llegué a casa, cerrada ya la noche, la primera persona que me salió al encuentro fué mi tía, con una cara terriblemente avinagrada, deshecho el tocado, y el mechón blanco flameando desvergonzadamente en su cabeza.

—¡Allá está! ¡anda, velo a tu padre! ¡tiene que darte un notición! ¡Bendito sea Dios!

—Por siempre jamás amén, — le contesté encaminándome hacia la pieza de mi padre.

Estaba el buen caballero, bajo la luz de un quinqué de espaldas a su bufete, muy peripuesto, más alegre que de costumbre.

—He recibido muy malas noticias de Santa Fe, — me dijo.

—No se creería al verlo, — respondí con un resto de mal humor.

—¡Hombre! ¿tengo acaso cara de fiestas? ¡Ha muerto Matorras!...

Refrené mi emoción, y dije tranquilamente:

—Estaba muy enfermo.

—Así es; no debe sorprendernos, pero sí apenarnos, porque era un buen amigo.

No pude contenerme, y pronuncié el nombre adorado que yo no pronunciaba nunca.

—Y ella, la pobre Leonor, ¿cómo queda?

Mi padre se puso de pié solemnemente, me tomó la cabeza con inmenso cariño, me besó y me dijo:

—De ella cuidaré yo en adelante; voy a casarme con Leonor. ¿La querrás mucho, verdad? ¡te quería ella tanto!

Y yo, como un chicuelo, me puse a llorar.

II

Casamiento por poder

Aquella mañana, antes de que yo saliera, llegó a casa Jacinto Olmos el juez del mercado de la Convalecencia.

No me apresuré a ir a su encuentro, porque me era cordialmente antipático.

Aunque habitualmente Jacinto vestía traje de campo, chiripá, poncho de vicuña, espuelas de plata, botas de potro, ancho tirador chapeado con soles peruanos y flotante pañuelo de seda rojo al cuello, esa vez algo en él denunciaba un próximo viaje.

La noticia del casamiento de mi padre se había difundido ya en la casa, y hasta creo que en el barrio; pero la novia estaba en Santa Fe, a noventa leguas de camino peligroso.

¿Se iría él en su busca, con su edad y sus achaques? ¿la haría venir, simplemente? ¿O enviaría a buscarla?, y en este caso ¿a quién confiaría tan delicada misión?

Por un momento pensé que podría pedirme semejante servicio a mí, y me ericé de miedo. ¿Cómo iba a negarme yo sin darle razones, y cómo obedecer, sin exponerme a mil sufrimientos, a mil traiciones de mi propia voluntad?

Porque un viaje a Santa Fe, significaba vivir con ella, durante una larga semana, hombro con hombro, noche y día, en el estrecho cajón de una galera tirada a la cincha.

Todo estaría bien estudiado y resuelto por mi padre,

pues de tiempo atrás, mediante postillones propios, venía sosteniendo una activa correspondencia con los Matorras.

Mientras yo me preguntaba si la presencia de aquel badulaque, tendría algo que ver con el asunto, llegó el maestro Pancho con un par de chifles.

—¿En qué anda maestro? ¿está preparándose para algún viaje?

—¡Amalaya fuera yo el del viaje! ¡acabo de llenarlos de caña doble!...

—¿Y quién es el favorecido?

—¡Ahí verás! yo mismo no sé. El señor Baltasar me ha dicho que apronte la galera, y mande un chasque para que en las postas le tengan caballos.

—Se los agarrará Lavalle, — dije apenado con las visiones que todos esos preparativos suscitaban en mi alma.

Quise escaparme de Jacinto, que iba al cuarto de mi tía, y me refugié en la huerta, donde las flores a lo largo de las tapias, y los azahares que esmaltaban el oscuro naranjal, creaban un ambiente dulcísimo.

La iniciación de la primavera ha tenido siempre la virtud de conmoverme.

Al pié de los naranjos, crecían los yuyos, especialmente las santamarías con sus estrellas de oro, que las abejas perseguían.

Era el escondrijo de las gallinas en las horas de sol, y la tierra estaba allí mullida y cubierta de plumas.

Me senté detrás de la cocina, en una pila de adobes listos para alguna fantasía arquitectónica de mi padre. Una tórtola invisible, entre el negro follaje, hendía el susurro del naranjal, con su arrullo emocionante.

—¿Qué hacés allí, con cara de tanta tristeza? — me preguntó mama Felisa, que me vió pasar.

Estaba tomando su mate amargo, y alternaba las chupadas a la gruesa bombilla de plata, con otras a un cigarro negro, de los que ella misma preparaba con tabaco paraguayo y que mi pulcra tía no desdeñaba fumar a escondidas.

Tenía unas medias habas pegadas en las sienes, con-

tra el dolor de cabeza, y en el dedo meñique un anillo sacado de la cola de una iguana, y otro de plata, obsequios de maestro don Pancho.

—Por lo visto también a vos se te han indigestado estas cosas.

—¿Qué cosas, mama? — le pregunté alzando los ojos hasta ella, que se me haba plantado en jarras, frente a frente.

—El casorio de tu padre.

—¡Vaya! ¡Qué ganas de hablar tiene usted!

—Y vos qué ganas de negar la luz.

—¿Pero qué me va ni me viene en esa historia? ¿Acaso no ha elegido bien mi padre su nueva compañera?

—¡Demasiado bien! Otros querrían haber tenido su mano.

—¿Por ejemplo?

La mujerona se echó a reír, con una risita de conejo, llena de malicia, al par que me miraba entornados los ojos, por librarlos del mortífero humito de su tagarnina.

—¿A quién se refiere, mama Felisa?

—Menos averigua Dios y perdona.

—Porque Dios todo lo sabe.

Intranquilo y temeroso de ser yo el aludido por sus enigmáticas palabras, insistí con alguna violencia:

—Usted tiene más vueltas que un misal viejo. ¿Quién es el que hoy envidia a mi padre?

—¿De veras, no lo has maliciado?

—Yo soy así, mama Felisa; necesito que me alumbren...

—La inocencia te valga, angelito.

—Bueno, me voy, si no me saca de la curiosidad.

—¡Oíganle al niño interesante! ¿No has caído en que a Jacinto Olmos se le revienta la hiel, de pura envidia?

Experimenté un desencanto. Estaba en uno de esos momentos en que sin hablar deseamos ser adivinados y querríamos que nos arrancaran a tirones nuestros secretos.

Se acercó Benita a llamar a su madre, que la miró con ternura y lástima.

—¡ Mi hijita que sos linda ! ¡ amalaya no lo fueras tanto !

Mama Felisa se alejó, y la mulatilla anduvo un rato dando vueltas por la cocina.

Yo vanamente procuraba explicarme su conducta. Habíale prometido perdonarle el daño y el dolor que me causara, y me sentía capaz de hacerlo si ella me revelaba las razones que la impulsaron.

—¿ Vas a decirme, por fin, Benita, qué te movió a hacer la denuncia?

La muchacha se detuvo cerca de mí, las manos juntas, los ojos en tierra.

—¿ Qué caras son esas? ¿ quién te martiriza?

—¡ Nadie !

—¿ Por qué hiciste eso?

Sacudió la cabeza, como si quisiera alejar violentamente la tentación de responderme, y dijo:

—¡ No, no !

—Te perdoné si hablabas...

—¡ Pero no me ha perdonado, niño ! ¡ si está pensando en eso, no más !

Hizo una breve pausa, pero luego obedeció a una fuerza más grande que su instinto de discreción. Yo no comprendía entonces qué sentimientos luchaban en su pobre alma llena de misterios.

—¡ Yo no sabía que usted, niño, la quería tanto !

—¿ No sabías? — le dije con desdeñosa amargura — ¿ qué sabías entonces, desgraciada?

—Creía que ella, no más, lo quería a usted...

—¿ Por qué lo creías? ¿ alguna vez te ha hablado de mí?

—¡ Nunca ! Pero es cosa que se adivina.

Dijo esto sencillamente, sin envanecerse de una sagacidad que yo no tenía y que le permitía leer en las almas.

Mi respuesta fué una queja tardía e injusta:

—Si eso adivinabas ¿ por qué no me lo dijiste?

En el acto me arrepentí de mi ingenuidad. Yo que a na-

die confiaba mis secretos, estaba desnudando mi alma ante una esclava.

¿Qué extraña sugestión me hacía proceder así?

Repitió la frase de antes, con tan conmovido acento que me impresionó.

—¡Yo no sabía que usted la quería tanto, niño José Antonio!

En ese instante no era la altiva y reservada mujer que yo conocía, extraña mezcla de razas, servil a ratos y a ratos orgullosa y sensible a las injurias como una hija de blancos. Las líneas dulcísimas de su rostro aparecían marcadas por un extremo desencanto. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y con los labios trémulos y doloridos repetía su inútil disculpa: "yo no sabía, yo no sabía", y temblaba, como si con cada palabra se hundiera un puñal en carne viva.

El mundo entero, el universo infinito, no tienen más arcanos que nuestro pequeño corazón. Aquella infeliz, hija de esclavos, era un insondable misterio y a la vez una maravillosa síntesis de poesía y de belleza.

Pero mis ojos eran ciegos para toda hermosura y mis oídos sordos para toda armonía. ¡Y no la comprendí!

Se alejó sintiendo pasos, y fué a echarles maíz a las gallinas, que acudieron a su grito. Algunas palomas se arrojaron del tejado sobre ella, con suave susurro de alas, se posaron en sus hombros, en su cabeza, en el brazo extendido con que tiraba los granos.

En el ambiente diáfano, caía el sonido de una campanita lejana, como una gota de agua sobre un cristal: ¡clin, clin, clin! Mi espíritu evocaba escenas del templo, y veía pintarse delante de mí la divina figura de Leonor, como la vi una mañana de junio, en el atrio de San Francisco.

El maestro Pancho, llevando siempre los codiciados chifles llenos de caña, entró en la huerta.

Las palomas volaron, cuando él se aproximó a la muchacha para contarle algo al oído. Viéndome, se me acercó y me dijo:

—¿Sabés quién es el que se va a tomar esto?

—¡ Será usted, maestro Pancho!

—¡ Dios te oyera, hijo! Pero va a ser el mozo del matadero.

—¿ Jacinto Olmos?

—Así parece.

—¿ Se lo han dicho o es adivinación?

—Tu padre está muy viejo para estas andanzas. Y ahora tiene que juntar fuerzas. Ha venido ese mozo a despedirse, porque se va a Santa Fe...

—¡ Pero se irá por cuenta de él, y no enviado de tatita!

—¡ Por cuenta de él, sí! — respondió el maestro Pancho olfateando amorosamente la tapa de los chifles. — Ahora está de conversación con tu tía...

Me era imposible dominar mi inquietud, al solo pensamiento de que mi padre pudiera confiar a Jacinto Olmos la delicada misión de acompañar en el largo viaje a su futura esposa.

Como las vías de Dios son obscuras, nadie pudo prever los extraños sucesos que se originaron de aquella resolución. Sin ella mi vida y aun la de mi padre, hubieran sido muy distintas de lo que fueron.

Sofocado por esas visiones salí de casa.

Al cruzar el primer patio, vi a mi tía hablando con vehemencia y en voz baja a Jacinto.

Atado al poste, frente a la puerta de calle, aguardaba el magnífico flete bayo del viajero, cavando la tierra con casco impaciente, y haciendo rodar las coscojas del freno.

Algunos chicuelos desharrapados, rodeaban al animal admirando más que todo la riqueza del chapeado, los gruesos estribos de plata, las riendas de cuero, con pasadores también de plata, y la onza de oro clavada en la frentera, deslumbradora bajo el sol de Octubre.

Me fuí a la oficina airado y triste, rogando a Dios que abriera los ojos de mi padre.

Don Juan Manuel pasaba por graves cuidados en aquella época.

Uno de sus motivos de orgullo era el prestigio que poseía en la campaña de Buenos Aires.

En cierta ocasión, cuando fué elegido por primera vez, desarrolló ante mi padre atónito su programa de gobierno. "El pueblo de la República se divide en dos clases: los *físicos* y los *morales*. Rivadavia y Dorrego han gobernado con los morales, y han fracasado. Yo gobernaré con los físicos".

Llamaba así no sólo al paisanaje ignaro, que lo admiraba y lo temía, y a los indios crueles y bravos, que lo veneraban como a un dios, sino también a la clase intermedia de modestos estancieros y comerciantes, que con empeño y labor se iban enriqueciendo y adquiriendo importancia.

Gobernar con los físicos era tener en su favor la fuerza, el fanatismo y el número.

Pero un día llegó a constatar que ya no era el centro de todas las voluntades, y que, una sorda y misteriosa oposición estaba socavando su poder.

Si bien el descubrimiento de la conjuración de Maza, hizo abortar la revolución en la ciudad, quedaron sus raíces en el campo.

El 2 de Septiembre de ese año había zarpado de la isla de Martín García, en el centro del Río de la Plata, la anhelada expedición del general Lavalle, grande y postrera ilusión de los unitarios.

Durante algunos días el Restaurador vivió preocupado y ansioso, ignorando el rumbo de su adversario.

Si Lavalle hubiera cedido a los ardientes clamores de Martínez Castro, que lo conjuraba a llevar sus buques, amparados por la escuadra francesa, al sur de la provincia de Buenos Aires, donde se estaba organizando la revolución, su partido habría ganado catorce años antes la victoria definitiva contra don Juan Manuel.

Pero el jefe unitario tenía un plan más vasto: quería conquistar primero las provincias, para marchar contra Buenos Aires, con fuerzas mayores.

Cuando el Restaurador, en los primeros días de Sep-

tiembre recibió la nueva de que su implacable enemigo se había ido a librar batallas inútiles a Entre Ríos, se frotó las manos alegremente:

—¡Ya decía yo que Lavalle es una espada sin cabeza!

Nada más hiriente para la vanidad del Restaurador, que presentir el fin de un reinado en las almas fuertes y sencillas de los hombres de las estancias.

Y su indignación crecía con la sospecha de que el promotor de la insurrección era su hermano Gervasio.

Fué por entonces cuando él mismo echó a rodar la especie de que ese hombre no era un Rozas, sino el hijo espúreo de un portugués Aicardo, por lo cual no era extraño que se hubiera vendido a los unitarios.

Esa mañana, advertí más despejado su ceño, más fácil y amena su terrible palabra. ¿Habría recibido nuevas satisfactorias?

No había tal; por el contrario, arriba de mi mesa hallé una carpeta con el rótulo escrito de su puño: "Cosas de Dolores", y en ella un papel enviado por el juez de paz de aquel pueblo, hallado en la calle, según se decía, en el cual se anunciaba que pronto "ensartarían al tirano Rozas y a sus viles aduladores en las lanzas de la pirámide de Mayo..."

El juez de paz transmitía en una nota su opinión: "tal "pasquín" no era más que un desahogo de gente díscola, sin importancia".

Pero don Juan Manuel, con su limpia y hermosa letra española, escribió al pié de la inocente comunicación: "Cuando el río suena, agua lleva".

Su traviesa alegría de esa mañana, nacía de otra cosa.

No bien hube acomodado los papeles para empezar mi tarea, se abrió con estrépito la puerta de su despacho y entró un personaje con vestiduras talares, de color morado, y mientras yo estupefacto me preguntaba qué obispo era ése, don Juan Manuel se puso de pie y corrió a recibirlo.

—Venga, Balbastro: voy a presentarle a S. S. Ilustrísima el señor obispo de las Balchitas.

Me aproximé dos pasos al recién llegado, pero no avancé más: acababa de reconocer al famoso histrión de la casa del Restaurador, el mulato Eusebio de la Federación.

Se presentaba tal como lo hizo en 1838, en el Puente de Márquez, ante don Estanislao López, en aquella burla trágica con que don Juan Manuel amargó los últimos días de su viejo amigo, el gobernador de Santa Fe.

—¡Arrímese Balbastro; y venga a besar el anillo de su Ilustrísima!

Hice de tripas corazón, y no resolviéndome a prestarme al nauseabundo besamanos, respondí con ironía:

—Señor, V. E. sabe que yo soy librepensador...

Don Juan Manuel se echó a reir.

—¡Se lo va a llevar el diablo, Balbastro! Pero tiene razón; este puerco hace mil años que no se lava...

El innoble personaje no sabía qué cara poner, y jugaba estúpidamente con su pectoral de estaño, esperando por momentos que el Restaurador lo arrojase a puntapiés de su despacho como solía acontecer.

Nadie podía extrañarse de las bromas pesadísimas y de las escenas grotescas que el Restaurador hacía soportar a sus adversarios y aun a sus amigos, como fué el caso del general López. Pero bajo la aparente frivolidad de aquellas truhanerías, se escondían propósitos graves y aviesos.

—Si éste animal supiera hacer un sermón, — me dijo, señalando al desgraciado bufón, — lo mandaría a predicar en el Socorro lo que el cura Buitrago no se animó a sostener, que yo fuí concebido sin pecado...

No me atreví a contestar, por miedo de inducirlo con la contradicción a poner en práctica esa barbaridad.

El obispo de las Balchitas aguardaba con la cabeza gacha las órdenes de su amo.

—Bueno, — exclamó don Juan Manuel, abriendo la puerta de su despacho, para que oyesen los de afuera, — vaya su Ilustrísima a ver de mi parte a mi excelente amigo el cura del Socorro, don Trifón Buitrago, y dígale que si él se halla achacoso para hacer en su iglesia la fies-

ta del retrato, Su Señoría lo sustituirá... —y de un pescozón lo echó afuera.

Una vez le había oído sentar una terrible verdad: "Dicen que yo me burlo de los hombres; pero ellos lo merecen, por su servilismo".

No eran frecuentes en él tales expresiones de sinceridad, y aquélla quedóseme en la memoria para siempre. En ese momento la recordé con rubor, sintiendo que al callarme y seguir a su servicio me hacía merecedor de su desdén.

Júzguenme otros: no quiero aducir argumentos en mi defensa: prefiero contar mi vida, sin presentarme como héroe.

Durante mi ausencia, había entrado en casa un viento de alegría.

Hallé a mi tía Zenobia en el patio, espulgando sus rosas, y mirando a hurtadillas hacia el despacho de mi padre, donde sentíase el monótono rumor de una voz que recitaba algo.

Mi padre salió a mi encuentro y me dijo:

—¡La cuestión está resuelta! Se me hacía cuesta arriba el ponerme en tan largo viaje con tiempos tan azarosos, a mi edad, aunque siento los bríos de un mozo.

—¡Ya se le conoce en la cara!

—Pero Zenobia es una mujer de oro.

—¿Ah, sí?

—¡De oro en paño!

—¿Y cómo ha descubierto ese metal en ella? — pregunté seguro de alguna marrullería de la excelente hermana de mi madre.

—Ella me ha dado la solución: no me casaré yo con Leonor.

—¿Y quién se casará? — interrogué con el corazón palpitante.

Mi tía se nos había reunido, y guiñó el ojo a mi padre, que con picaresca sonrisa me contestó:

—¡Se casará Jacinto Olmos!

—¿Cómo? — exclamé apretando los puños.

—Sí. ¡Se casará por poder mío! Acabo de firmar la escritura.

Salió en ese momento la persona que estaba en el despacho; era un escribano y se marchó haciendo reverencias.

—Jacinto se iba a Santa Fe — explicó el buen señor — por algunas diligencias; vino a despedirse y Zenobia encontró que la ocasión era de perlas para que se trajera a Leonor. Pero como no sería correcto que viajara una joven soltera en esas condiciones, le he otorgado poder para efectuar el matrimonio en Santa Fe.

Por lo difícil de las comunicaciones, los casamientos por poder, que hoy parecen extravagantes, eran entonces azás frecuentes.

Pero aquél me pareció una locura.

Mi padre se paseaba por el primer patio, aspirando a plenos pulmones la vida y los perfumes del día primaveral, y yo callaba como un delincuente, que teme descubrir sus secretos. Mi tía nos miraba alternativamente a los dos, y a mí me sonreía con aire compasivo y maternal.

Dios sabe lo que hizo cuando creó hembra a mi tía Zenobia; que de haber nacido varón, no es Urquiza el que derrota en Caseros a don Juan Manuel, porque antes ella lo habría suplantado con sus arterías y su diplomacia.

—Vamos a comer, — dijo, viendo que Benita marchaba al comedor con una sopera humeante — tengo locro de trigo, anchuelo y estofado con pasitas de uva.

III

Una mentira

¿Quién conociendo mi secreto, me hubiera creído aliado de mi padre en su noviazgo?

Sin embargo, eso ocurrió, y lo que es más raro, don Tarquino pareció empeñarse también en que el enamorado caballero se saliera con la suya.

Yo no he sido nunca malicioso ni suspicaz. En aquella edad más bien pecaba de ingenuo; pero los extraordinarios sucesos que me estaban acaeciendo, suscitaron en mí una artificial sagacidad.

Lo primero que traté de aclarar, sin dejarme sentir, fué el propósito de mi tía al meterse con Jacinto.

Los caminos de la dama eran tenebrosos y sólo pude vislumbrar que nunca facilitaría el casamiento de mi padre con Leonor, y me dispuse a contrariarla. Si ella aspiraba a ser mi madrastra, yo me empeñaría en que se llevara al sepulcro la palma de la virginidad, atizando, al efecto, los fuegos amorosos de don Tarquino.

Sospechaba que si intervino éste en el destierro de los Matorras, fué inducido por mi tía, que se guardaría bien de explicarle por qué deseaba el alejamiento de Leonor.

Y fué sin duda la única vez que el taimado lusitano se pisó el poncho; y no debió tardar en comprenderlo,

pues pronto sentí que don Tarquino se empeñaba tanto como yo en favorecer los planes de mi padre.

Por donde su malicia vino a aliarse con mi inexperiencia.

Al día siguiente de partir Jacinto, un conspícuo señor de aquellos tiempos, tenido por unitario, y a quien no nombraré, porque más tarde se volvió mazorquero, envió a sus hijas a que invitaran a mi tía Zenobia a su tertulia, que probablemente se transformaría en un baile, como entonces ocurría con frecuencia.

Mi tía nos dijo:

—Quieren tenernos en su tertulia, para desvanecer las sospechas de la policía.

—No debemos faltar, — respondió mi padre, — aunque no estoy muy cierto de que nuestra presencia les sirva para el caso.

—¿Por qué lo dice, tatita? — interrogué, un tanto alarmado.

—Porque en casa de don Juan Manuel observan que no somos los de antes; y que nuestras relaciones son sospechosas.

Sacó del bolsillo una caja de rapé, y tomó un polvo. En la tapa del precioso objeto resplandecía la efigie del Restaurador. El chaleco de mi padre era el más rojo de la ciudad: ni Mariño lo tenía igual. Desde la testera de nuestro salón presidía nuestras fiestas el magnífico retrato de don Juan Manuel, obra de Descalzi; yo era depositario de muchos secretos políticos, y a menudo escuchaba conversaciones graves; y mi tía la más activa propagandista de la Federación, en las tiendas de la ciudad, que recorría a diario, por el gusto de charlar con los tenderos.

Y sin embargo sentía ser verdad lo expresado por mi padre. Rumores nos habían llegado de que en casa del Restaurador se murmuraba de nosotros, y yo mismo pude observar más frialdad en los ojos azules de don Juan Manuel.

—¡Vaya! — dijo mi tía, un tanto preocupada — ya

di la palabra de ir a esa tertulia; lo que se ha de empeñar que se funda.

Y agregó más bajo, cuando mi padre se alejó:

—Si se habla de nosotros, será por chismes de don Tarquino.

Contesté para mi coleto, considerando la traviesa y agradable carita de mi tía:

—¡Si no es por marrullerías tuyas, oh amada Zenobia, que no das puntada sin nudo!

Ella, sin duda, había concebido la esperanza de que don Juan Manuel la ayudase en sus empresas amorosas.

Al toque de ánimas, salimos. Yo daba el brazo a mi padre, y delante iba mi tía como una chicuela que lleváramos a la fiesta, con su vestido de tul, a media pierna, esponjada como una lechuga, la cintura briosamente ceñida, el escote confortable y firme como una mesa de mármol y prendido el moño colorado de rúbrica sobre el mechón blanco, del cual no había ni noticias en la artificiosa cabellera, que se derramaba en negros tirabuzones sobre los hombros.

Mi padre no era hombre festivo y menos en esas circunstancias en que se hallaba; pero sobre él, como sobre todos, pesaba la obligación de mostrarse alegre.

Don Juan Manuel por contrariar a los emigrados, que ponderaban su tiranía, complacíase en que se realizaran testulias y fiestas, y enviaba a sus hijos, a Juan Manuel o Manuelita, que era bienquista aún en su casa de sus enemigos.

Por cierto que nuestros abuelos y sobre todo nuestras abuelas, no necesitaban mayores estímulos para aquellas inolvidables "reuniones caseras", que se iniciaban a las nueve de la noche, así que iban llegando visitas, y terminaban a las doce, no bien empezaba a bostezar el más viejo de los dueños de casa.

Cruzamos la plaza dormida, bajo la mirada fría de la luna, que envolvía en un manto de plata la desnuda pirámide de Mayo.

Benita alumbraba nuestro camino con un farolito por-

tado a ras del suelo. Siempre que salíamos a fiestas de esa índole, mi tía llevaba a la gentil y maliciosa criada, que solía darle noticias al regreso.

En el ancho y lóbrego zaguán de las casas de entonces se amontonaba la servidumbre que acompañaba a sus amos al baile. Los criados viejos se dormían acurrucados en los rincones, o sentados en el umbral que daba al patio; los jóvenes, en especial las muchachas, se agolpaban ante las puertas del salón, y admiraban la fiesta, envidiando a las niñas los ricos vestidos, las alhajas, los artificiosos y monumentales peinetones, y talvez los galanes.

No fuímos de los primeros en llegar. Oíanse ya los compases de minué con que se iniciaba el baile.

Salvamos el zaguán donde se quedó Benita, y entramos al primer patio, entoldado por un soberbio parral de hojas tan tiernas, que la luz de la luna las atravesaba como un cristal verde.

El caserón era chato, con galerías de arcos macizos; pero cuadrando el patio alzábase un segundo piso con balcón, en que se enredaban las guías de un maravilloso jazmín de lluvia, cuyas frágiles florecitas, al atardecer recogían las sirvientas para llenar los copones de los santos.

—Mira — dijo mi padre, señalándome aquella ventana — ¿no te recuerda el balcón de Julieta?

—¡Oh Romeo, Romeo! — murmuró mi tía enternecida por la sentimental reminiscencia.

De la huerta nos traía la brisa tibia de la noche el enervante perfume del naranjal.

Mi tía y mi padre entraron al salón; yo, poco afecto al bullicio, vacilé en hacer lo mismo, deseoso más bien de que alguno de los dueños de casa, me invitara a sentarme en la paz del jardín.

En la sombra del segundo zaguán parecióme ver una silueta que se escurría. Apreté el paso, y al desembocar en el otro patio me hallé con el aludo sombrero y la flotante capa de don Tarquino Fonseca.

—¡Hola! ¿Usted por aquí?

—Raro es en verdad hallarme en una tertulia — me respondió.

—No crea que me extraña — le repliqué; — de un tiempo acá, le ocurren cosas nuevas.

No contestó, y parecióme que sus ojos descoloridos me miraban torvamente.

—¡Vaya con don Tarquino Fonseca! ¡está perdiendo la buena costumbre de acostarse temprano!

Me volví rápidamente, a ver quién hablaba, y reconocí en la figura chiquita y nerviosa que se nos acercaba a doña María Josefa Ezcurra, la cuñada del Restaurador, personaje prominente en la política interna de la Federación.

Sin ser íntima de la casa se había introducido hasta la huerta y me pareció que don Tarquino ya había hablado con ella esa noche, por la manera cómo acogió sus palabras, sin responder al saludo que nos hizo.

Sólo yo me incliné.

—¡Mi señora doña Josefita! Yo la hacía en el salón, bailando el minué con el señor don Pedro de Angelis...

—¡Acalle Balbastro, su lengua viperina! — contestó sonriéndose complacida. — Lo extraño es que usted ande todavía al sereno, bajo el parral, cuando debería estar en el salón. atendiendo a tanta buena moza que lo codicia.

—Si misia Josefita quiere honrar mi brazo, tendré el gusto de entrar al baile, provocando la envidia de muchos.

Don Tarquino esbozó algunas genuflexiones y desapareció, y yo penetré en el salón conduciendo a la dama y despertando celos realmente, porque caer en su gracia era obtener patente de buen federal.

Las radiantes arañas de caireles, ponían reflejos de sangre en las cabelleras de las mujeres, donde flameaba el moño colorado, y en el pecho de los hombres, cubiertos con el clásico chaleco rojo.

No era muy grande el salón, ni era la tertulia del viso de las que daban don Miguel de Riglos, o doña

Mariquita Mandeville, en sus fastuosas mansiones, donde se tendía la mesa con manteles de viejos encajes y vajilla de oro. Pero aún así, estaba muy bien concurrida por unitarios de la flor y nata, y federales distinguidos; y los dulces y licores con que se convidaba eran de lo más exquisito que fabricaban las monjas.

Día por día habíamos estado recibiendo noticias acerca de Lavalle, cuyo ejército los unos deseaban que cayera sobre Buenos Aires y los otros que se disipase como una tromba; y día a día también nos llegaban rumores de lo que tramaban en el sur Martínez Castro, los Ramos Mejía, Rico, Castelli y demás conspiradores.

Cada uno, pues, iba a la reunión cargado de preocupaciones, anhelando uno lo que temía el otro, y acallando el latido del corazón, que pudiera revelar los recónditos deseos.

Sólo yo no sabía qué me era lícito esperar. Una angustia, cuya clave nadie poseía, se amasaba en mi alma con todo género de pesadumbres, recelos políticos, engaños de amistad, desencantos de amor.

¡Oh, no! Manuelita había penetrado mi secreto, porque de no ser así, sus ojos no me habrían atraído con tan dulce imán.

Estaba ella junto al piano, y volvía las hojas de la música que una amiga tocaba.

Habíase refugiado en esa ocupación para huir de su corte de admiradores falsos y empalagosos. Cuando entré su mirada pareció decirme que compartía mis penas.

¿Pero hasta dónde adivinaba las cosas de mi alma?

Cambié algunas palabras con los dueños de la casa, y empecé a buscar manera de alejarme de misia María Josefa, cuyos ojos avizores habían medido ya el grandor de los moños colorados en todas las cabezas, y tasado la alegría que podía existir en cada uno de los corazones.

—Dígale a su tata, Balbastro, que se arrime un ratito, que quiero agradecerle el canasto de papas de Francia que me ha mandado, y el rico dulce de tomates hecho por Zenobita. Seguramente son ustedes buenos federales,

pero las papas demuestran que andan en tratos con los franceses.

—No, misia Josefita — contestó mi padre que se arrimó en ese instante. — Me las ha traído en su ballenera un amigo de Montevideo.

—Como quiera, se la agradezco; con la mucha agua los zapallos se han achinchado, y ningún regalo más oportuno podía haberme hecho.

Hice yo una reverencia para alejarme, pero me golpeó el brazo con el abanico.

—¿Pero es cierto lo que me han contado, de su tatita?

—Muchas cosas que se cuentan no lo son, — respondí yo, mientras mi padre se hacía fresco con una pantalla, ruborizado como un colegial.

—No se vaya, joven, hasta que él mismo no me diga lo que ocurre desde ayer.

—¿Desde ayer, señora? — interrogó mi padre, inquieto por la mortificante risita de la sagacísima señora. — No recuerdo que ayer ocurriera nada interesante.

Desde breve distancia mi tía nos devoraba con los ojos, muerta de curiosidad por saber lo que despertaba tanto regocijo en la vieja dama.

—¡No diga! — exclamó ésta, al oír a mi padre; — podría creerse que los hombres resuelven un casamiento sin darle la importancia que le damos las mujeres.

—¡Ah!

—¿Ahora cae? ¿es verdad que se ha cansado de su viudedad y se nos casa?

Había un gran calderón en la música que se tocaba en ese momento; se hizo un silencio; mi tía percibió las últimas palabras, y se precipitó hacia nosotros, para terciar en el debate, si era menester.

Saludos, risas, cariños, preguntas y respuestas rápidas, nos ocuparon un medio minuto, y cuando una joven que estaba junto a misia Josefita, se disponía a ceder su asiento a mi tía, la cuñada de don Juan Manuel se le-

vantó con agilidad de ardilla, y cogiéndose del brazo de mi padre, le dijo:

—Vamos, señor Balbastro, no sea desatento con sus amigas; hágame dar unas vueltas en esta contradanza colombiana, tan bonita.

Se alejaron los dos y yo me incliné solemnemente delante de mi tía, que se había puesto más colorada que su moño. Me alegró verla disgustada, y me aproximé a Manuelita, que continuaba junto al piano.

La pianista cesó de tocar y se volvió en su taburete a conversar con uno de los mozos, y Manuelita tomó un caracol marino, que había como apreta papel encima del mueble, se lo acercó a la oreja y se puso a escuchar los misteriosos rumores del mar, que sonaban allí dentro.

—¡Cómo habla el mar! — exclamó, mirándome hondamente. — ¡Si pudiéramos oír así los secretos de las gentes!

—¡Qué han de interesarle a usted los secretos de nadie!

—¿Por qué no? ¿acaso no tengo amigos?

—Sus amigos no tendrán secretos con usted.

—Así debería ser...

—¿Y no es así?

—No, José Antonio; ponga la mano sobre su corazón y dígame...

Puse mi mano sobre el pecho, y respondí:

—No tengo secretos para nadie, y nunca los tendría para usted.

Le ofrecí el brazo y nos alejamos de allí, buscando un lugar donde sentarnos.

No me atrevía a confiar a la amable muchacha la inmensidad de cosas que desbordaban en mi alma; pero tenía deseos de que me arrancara pedazo a pedazo mi lamentable historia de amor.

Aunque ella también parecía desear mis confidencias no encontró el camino de ellas, y al cabo de un rato abandonó aquella íntima conversación que estaba despertando

mucha curiosidad en la sala y se puso a hablar de cosas circunstanciales.

—¡Vea a su tatita! — me dijo de pronto.

Mi padre, acompañando a doña María Josefa, se había sentado cerca de nosotros. Ella seguía hablándole con mucha animación, y a cada final de frase restallaba su risita majadera.

Su interlocutor parecía aterrado, y se había puesto lívido, como si hubiese visto flotar sobre su cabeza una amenaza más grande que la muerte.

—¡Quiero ver que le pasa! — dije a Manuelita y nos acercamos.

Doña María Josefa no pareció incomodarse con nuestra presencia.

—¿Pero no sabía usted, amigo mío — dijo — que Jacinto Olmos ha bebido los vientos durante años por Leonorcita Matorras?

—No sabía, — contestó mi padre quedamente, echando sobre mí una angustiosa mirada.

—¡Y lo ha mandado a casarse por usted! ¡Ji, ji, ji! Se casará por su propia cuenta, créalo...

Mi padre se pasó la mano por la frente, humedecida en un sudor de agonía.

—¿Has oído, José Antonio?

—Sí, tatita.

Doña María Josefa, prosiguió:

—¡Pero le queda un recurso!

—¿Cuál?

La esperanza más loca se pintó en el rostro de mi padre, que aguardó la respuesta abriendo los ojos, y las manos y la boca.

La vieja señora me hizo una guiñada, y como una sirvienta le alcanzara el rico mate de plata que iba circulando por toda la rueda de señoras, se puso a chuparlo concienzudamente, hasta que lo consumió.

—Lo que es el amor! ¡Ji, ji, ji! En los viudos es una pasión mortífera.

—¡Jesús! — exclamó Manuelita, enterada ya del no-

viazgo de mi padre, y relacionándolo con la misteriosa tristeza que advertía en mí. — Tía Josefita, no haga tan malos augurios para un amigo tan bueno como don Baltasar.

El maestro Roquito, un negro pianista, contratado para la tertulia, ocupó en ese momento el taburete y empezó una briosa contradanza, compuesta por él.

Se formaron nuevas parejas; un apuesto militar me tomó mi compañera, y yo, sin haber podido escuchar el resto de la conversación, salí al patio, escabulléndome de las miradas de mi tía, que me llamaba con mal disimulada desesperación.

No quería hablar con ella. Me había dado cuenta de que doña María Josefa, prevenida por el portugués, trataba de suscitar los recelos de mi padre contra su apoderado. Eso mismo hubiera hecho yo, a no mediar el temor de que me confiaran a mí la misión que a él le confiaron.

Había pasado un día de intranquilidad, maldiciendo mi cobardía, y resignándome a que, por mi culpable silencio, Leonor corriera los más graves peligros, y mi padre fuese herido en su más cara ilusión.

Todas esas cosas se me presentaban a la imaginación revueltas y vagas. De lo único que estaba cierto era de que de mi torturado corazón no se borraría nunca la imagen de Leonor. Todo lo que veía, todo lo que anhelaba, lo refería inconscientemente a ella, y lo que me atraía en Manuelita era el saber que ella podía decirme algo de la hija de Matorras, aún cuando fuera para hacerme sufrir.

¡Oh, contradicciones del pobre corazón humano! Yo estaba en contra de mi tía, y en favor de mi padre.

Varios contertulios habían salido al patio, a respirar un sorbo de aire, bajo el parral, o a fumar un cigarro. La luna había hecho un buen camino, daba de lleno sobre el balcón, y metía un torrente de rayos plateados por la ventana abierta, en la sombría habitación.

Cuando el pianista callaba, oíase el melancólico bordoneo de una guitarra.

—¿Quién toca allá arriba? — pregunté a una criada que ofrecía sorbetes de guinda.

—¡Es el niño! — me contestó con un gesto significativo, y añadió por lo bajo: — Se encierra así, cuando viene la niña Manuelita.

Recordé entonces lo que había oído contar de la pasión que el hijo mayor de la casa alimentaba por la hija de don Juan Manuel. Quizás no hubiera sido mal acogido por ésta; pero nunca le habló, porque excecraba al Restaurador, como que tiempo después murió en las filas del ejército unitario.

El ejemplo de esa alma viril, templó mi voluntad. Yo también sabría dominar mis sentimientos para ser leal con mi padre.

Abandonamos el salón a la media noche; en el zaguán, donde se habían dormido todas las criadas, hallamos a la nuestra, y mi tía, que estaba de mal humor, la despertó a puntapiés.

—¡China trompeta! ¡Yo te voy a hacer dormir en casa ajena!

Tomó la muchacha su farolito, pero no lo encendió.

—No es menester; — observó mi padre — hay un luna espléndida y estamos a pocas cuadras.

En la acera, cabeceando junto a su tipa, estaba una de tantas negras que en aquellos tiempos vendían alfajores y tortas a la salida de las reuniones.

Mi tía se le acercó y le compró una pañuelada de bizcochos delgados, calientitos aún, para agasajar a mi padre. Se le prendió del brazo y lo convidó. Yo los seguía a un paso de distancia, curioso de oír lo que dijeran; pero mi padre no tenía ganas de comer ni de hablar, y contestó con sequedad las dos o tres preguntas que ella le hizo.

Al cruzar la plaza, las arenitas crujían bajo nuestros pies, haciendo más notorio el imponente silencio de la

ciudad dormida. Oíanse distintamente los pasos del sereno, sobre la vereda enladrillada.

Llegados a casa, al trancar la puerta de calle, mi tía interrogó a mi padre:

—¿De qué te hablaba esa cotorra vieja?

El, tan cumplido y afectuoso, no respondió, y se fué a su pieza.

—¡Si será verdad — exclamó mi tía despechada — que la María Josefa es una espía de don Juan Manuel!

—¡José Antonio! — gritó mi padre — ¡ven!

La puerta del cuarto de mi tía cerróse tras ella con violencia, y el gran patio, de románticas arcadas en que el resplandor de la luna pintaba sombras inmóviles, quedó silencioso y vacío.

—¡Siéntate!

Yo me senté emocionado y confuso.

—¿Vas a decirme la verdad?

—Sí, señor.

—¿Has tenido algún compromiso con Leonor?

—No, señor.

—¿Entonces mienten o se engañan los que te daban por su novio?

—Así es, — respondí con un hilo de voz.

Hasta entonces era verdad lo que respondía, pero mi poco valor me hizo caer luego en una mentira a que me aferré por cobardía y amor propio.

—¡Es extraño! — murmuró. — Cuando hoy me lo dijeron, sentí un movimiento casi de alegría y también de confusión, por haber sido tan poco sagaz. Ahora...

El corazón me latía con fuerza; yo esperaba que terminara su frase para echarme en sus brazos y confesarle toda la verdad.

¿Por qué no habló él? ¿por qué no hablé yo, aunque él callara?

Se levantó muy agitado y dió algunos pasos por la pieza.

—No ha sido misia Josefita la que me ha dicho esto; fué otra persona... ¿Me dices que ha mentido?

—Sí, señor...

Volví la cara y mi gesto pareción una negativa.

—¿Y crees que ella me querrá a mí, que puedo ser su padre?

—¿Por qué no ha de quererlo, tatita?

—Eso me digo yo ¿por qué no ha de quererme? Si estuviera enamorada de algún otro... ¿Sabes algo de esto?

—¡Nada sé!—respondí amargamente, y eso era verdad.

—Nada habrá entonces. ¿Pero no sabes si Jacinto Olmos la ha festejado?

—¡Eso si! ¡Eso sí! ¿Por qué le ha dado esa misión?

Mi padre me miró extrañadísimo.

—¿Y tú por qué no me lo advertiste?

—No estaba del todo seguro. Oyendo esto mismo a otros, me he dado cuenta de que no me engañaba.

Balbucié esa vergonzante excusa, y mi padre, tras un rato de reflexión, dijo:

—No hay que perder tiempo en vanos reproches; hay que partir a la madrugada, para alcanzarlo...

—¡Alcanzarlo!

—Sí... ¿Lo crees imposible?

—Nos lleva un día de ventaja, y es hombre a quien no acobarda un galope largo.

—Menos me acobardará a mí, — contestó mi padre con un ademán medioeval, pensando en su dama.

—¿Va a partir usted, tatita?

—¿No quieres ir tú?

—¡Oh, yo no me creo digno, ni capaz!...

—Bueno; partiré yo.

—Y yo lo acompañaré.

—No podrás. Partiendo yo, don Juan Manuel no te dará permiso. Necesita hombres adictos a su lado.

—Partiré sin su permiso.

—¿Sabes que todos los que salen de la ciudad, sin pasaporte tienen pena de muerte?

En efecto, a raíz de la campaña del general Lavalle, muchos jóvenes unitarios habían abandonado la ciudad para internarse en la provincia, buscando ocasión de ple-

garse al llamado Ejército Libertador. El Restaurador, furioso contra esas fugas que relajaban la moral de sus tropas, dió un decreto considerando desertores a los que así se marchaban.

—No me importa. Dios sabe a qué peligros se expondrá usted, y quiero acompañarlo, cualquiera que sea mi suerte.

No confesé que sentía un placer íntimo en marcharme de la ciudad, en forma tal, que, sin pronunciarme en contra de don Juan Manuel, éste me tratase como a enemigo. Parecíame que esto me hacía digno de conservar, ya que no de usar, aquella corbata celeste, que su antigua dueña debía de haber olvidado, y que yo en adelante guardaría escondida hasta de mis propios ojos.

—¡Hijo mío! — exclamó mi padre, abriéndome sus brazos, y yo me refugié junto a su pecho, ahogando un sollozo.

El tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Me tienes que perdonar, — me dijo con voz entrecortada. — Oyendo lo que otro me decía, he pensado mal, he pensado que me habías escondido tus sentimientos y que tal vez te burlabas viéndome enamorado de la misma mujer que te amaba a ti...

Ya era tarde para hablar. Cerré la boca y oí todo lo que me quiso decir, con la exaltación de su amor.

Luego me mandó a despertar al maestro Pancho, para aprontar los caballos. Cumplida su orden, volví a besarle la mano, y me retiré a preparar mi maleta.

Sobre mi almohada, mojada en un llanto que me llenaba de vergüenza, me quedé dormido.

IV

La revolución del Sur

Dos recios aldabonazos dados en la puerta de calle, me despertaron al alba. Era un esclavo de doña María Josefa, que traía el pasaporte de mi padre y del maestro Pancho y orden de don Juan Manuel para que yo fuese temprano a la oficina...

—No puedes acompañarme — dijo mi padre tristemente.

—¡A pesar de todo iré con usted !— respondí — ¿están prontos los caballos?

—No hay que tentar a Dios, José Antonio. Razones tendrá don Juan Manuel para impedir que le abandonen sus amigos.

—¡Sus amigos! — exclamé con ira — ¡así trata él a sus amigos! Peor que a sus esclavos. Verdad es que nosotros nos ganamos sus manoseos con nuestro servilismo.

—¿Por qué hablas así José Antonio? — me increpó él severamente, absorbiendo un polvo de rapé, para templar con ese gesto familiar la dureza de su voz. — Tú no sabes qué motivos tendrá el Restaurador para no dejarte partir.

Le interrumpió un personaje pequeñito y obeso, que corría a nosotros como rueda una bola. Todavía no era día claro, y no lo reconocimos hasta que llegó, asesando

y secándose con un pañuelo el sudor que le rezumada la calva.

—¡Pío, tan de madrugada!

—Sí, Baltasar... hay graves noticias.

—Cálmate... ¿quieres un mate?

—¡Dame!... — exclamó el boticario apoderándose con avidez del que traía cebado una criada.

Tenía la lengua pegada al paladar.

Escudriñó con ojos azorados los alrededores, devolviendo el mate a la cebadora, que salió a traer otro, y viéndonos solos, dijo.

—¡Don Juan Manuel se ha vuelto loco! Me lo acaba de contar Antonino Reyes, empleado de su secretaría. Anoche, estando éste en el Teatro Argentino, con otros oficiales de la secretaría, les han dado la noticia traída por un chasque de que en el pueblo de Dolores ha estallado la revolución. Se la han llevado a don Juan Manuel que dormía; y no ha querido levantarse, ni ha respondido siquiera. Así que han venido otros partes, se los han llevado también. Y sigue durmiendo, él que es tan madrugador; no contesta palabra, tal es la impresión que le ha causado la noticia; ¡está loco!

—Me parece, Pío — contestó mi padre — que hoy te has desayunado con algunas "sangrías copetonas" — y como hubiera acabado sus preparativos de viaje le tendió la mano en señal de despedida. — Parto ahora mismo: quiero llegar a Flores, antes de que salga el sol.

Oímos un nuevo aldabonazo en la puerta de calle.

—Ahí está Antonino Reyes — dijo don Pío León, resentido por la duda y las palabras de su viejo amigo. — Pregúntale a él.

Brevemente, Reyes, que era el jefe de oficina en la casa de gobierno, confirmó lo dicho por don Pío.

La noticia de la revolución del sur había herido tan profundamente en su orgullo al señor de Buenos Aires, que estuvo horas y horas recibiendo los partes urgentes, con la cara vuelta contra la pared y sin pronunciar palabra.

Al fin, cuando sus ayudantes pensaban seriamente que se había trastornado, se incorporó y dijo: "Ese es Gervasio", pues abrigaba la sospecha de que el menor de sus hermanos, don Gervasio Ortiz de Rozas, conspiraba contra él, celoso de su poder y ambicionando arrebatárselo.

Después había dicho a Reyes:

—Llame a José Antonio Balbastro; quiero mandarlo a que me traiga vivo o muerto a ese cachafaz.

Deseaba ponerlo a buen recaudo, mas, a pesar de sus palabras, al confiar tal misión a persona de tan pocas agallas como yo, se aseguraba de que se lo traería vivo, si podía, o lo dejaría huir en caso de no poder apresarlo sin mayor violencia.

En la calle estaba ya la tropilla que llevaría mi padre, para ir mudando cabalgadura en el camino, y hacer el viaje con mayor rapidez. También estaba allí el baqueano, un hombre buscado por don Tarquino, que decía conocerlo.

Cuando salíamos a la puerta, y la luz del alba que inundaba la plaza de la Victoria, destacó bien la figura de mi padre, poco faltó para que me riese, a pesar de lo que me apenaba verlo partir.

No había más señales del atildado caballero, que solía pasear por la Alameda con su frac color pasa y su bastón de ballena, que aquel ponchito de vicuña con que se envolvía el cuello en los días crudos.

Estaba de chiripá, y por debajo asomaban los flecos del calzoncillo cribado; sobre la fuerte bota había amarrado unas lloronas de plata, que pesarían su par de libras, y que sonaban a cada paso como si mi padre caminase engrillado. Un sombrerito cantor medio echado atrás, había sustituído al cántaro de las tertulias o al gorro de terciopelo, de entre casa; y debajo de la chaqueta, chisporroteaba el cinturón chapeado, y el mango de plata de un tremendo facón.

—¡Santo Dios! — exclamó Benita, que había salido a la puerta con un mensaje de mi tía para el viajero — ¡pe-

ro si es un verdadero gaucho! ¡no le ofendan mis palabras!

¡Qué habían de ofenderle! Mi padre le pagó con una sonrisa aquel elogio, y nos miró a todos, a Antonino Reyes, a don Pío León, a don Tarquino que llegaba en ese momento, al maestro Pancho enhorquetado ya en un buen flete escarceador, al baqueano, que medio retirado aguardaba la orden de partir rondando la tropilla, a mí, que le acomodaba el estribo del brasero, para que montase.

—¿Qué tal? ¿no es verdad lo que dice la muchacha? ¿podrá conmigo ese pillo de Jacinto? — quería decirnos aquella mirada.

Estrechó la mano de todos, cambió algunas palabras en voz baja con don Tarquino, me abrazó tiernamente, y estribando apenas saltó sobre el caballo.

—¿Que tal? — volvió a decirnos la mirada de sus hermosos ojos inocentes, a pesar de las muchas cosas que habían visto.

Empuñó las riendas, fuertes como un cable, pero flexibles y suaves como una seda, tan fino era el trenzado de sus tientos, y palmeó en el pescuezo a su zaino pangaré, un caballo de pura sangre criolla, orejano, pero bien conocido, como regalo de un cacique tehuelche, que tenía su tribu en las orillas del arroyo Conlonquelú, lindero de una estancia nuestra.

Era un parejero inapreciable para un viaje como aquel, "vareado" por el indio en los guadales y en los médanos, capaz de correr boleado, muy manso, pero tan generoso, que no bien sentía sobre el lomo el peso del jinete, empezaba a llenarse de espuma la boca.

De buena estampa, de excelente silla, la cabeza pequeña, una estrella en la frente, las narices suaves y fogosas, la piel muy fina, debajo de la cual se dibujaban palpitantes las arterias y la turgente musculatura, y sus remos descarnados, gruesos de corvejón, adaptados así por la naturaleza para las marchas en los arenales de la pampa.

Tal era Said, como lo llamaba mi padre, recordando el caballo árabe de Lamartine.

—¡Buen flete y buen gaucho! — exclamó entusiasmado Antonino Reyes.

Mi padre miró la puerta de calle, esperando aún que mi tía se asomara a despedirlo. Pero la dama parecía resentida.

—¡Vamos! — exclamó, viendo que las golondrinas anunciaban alegremente el nuevo sol.

Rozó con las espuelas los ijares del zaino y arrancó al galope, enderezándo hacia la antigua calle de las Torres, o de la Federación, como se llamaba a la actual calle de Rivadavia, camino de Flores. Detrás de él corrían, en un remolino de polvo, el maestro Pancho, que sobre todas sus habilidades tenía la de ser "muy gaucho", y el baqueano arreando su tropilla.

Yo no había podido verle bien la cara al tal hombre, proporcionado por el portugués.

—¿De dónde ha sacado ese guaso? — díjele a éste.

—¿No lo conoce? ¡si es el capataz de los Toldos Viejos!

Era esa una de las estancias de mi padre, en la frontera con los indios. Teníamos allí mucha y buena hacienda, constantemente amenazada por las correrías de los salvajes, de modo que aquél debía ser hombre de agallas.

—Es Venancio Acuña, conocedor de toda la provincia; ha llegado trayendo una tropa de bueyes para el matadero, y como es baqueano del camino a Santa Fe, don Baltasar se lo lleva.

—¿Y cómo queda la estancia sin él?

—Yo mismo iré, — dijo humildemente don Tarquino, — y en mis manos estará bien guardada.

Así lo creía yo, conociendo al sujeto, pero no se disiparon mis recelos.

Antonino Reyes era sargento mayor el año treinta y nueve, pero a menudo usaba traje de ciudadano, porque el uniforme no la daba ninguna marcialidad. Yo era más alto, y parecía mayor, no obstante que me llevaba cinco o seis años bien cumplidos.

Era hombre silencioso y formal, buen servidor del es-

tado, y probo, capaz de resistir a las mil tentaciones a que lo sometía su posición y la enorme influencia que se le atribuía.

Mucho ha tenido que sufrir después, y hasta se ha visto condenado a muerte, como un asesino, y como cómplice en las matanzas que, a partir del año cuarenta, ordenó don Juan Manuel.

Pero se libró escapándose. Justo es decir que ese hombre, condenado por crímenes ajenos, fué un amigo discreto y leal, que conoció muchos secretos unitarios, alivió como pudo los sufrimientos que presenciaba y que a veces tenía que infligir por orden del terrible Gobernador, y aun salvó la vida y la honra a más de uno de sus enemigos, exponiendo la propia.

Estas sencillas palabras no pretenden ser un panegírico. Me las dicta el recuerdo de esa mañana en que me llevó a casa de don Juan Manuel, callado, respetando la pena que adivinaba en mí, por no haber podido acompañar a mi padre, y por otras cosas que él ignoraba, aunque a veces, yo creía que mi cara las pregonaba a gritos.

De veras, no sé cómo todos los que me vieron en aquella época, no comprendieron mi tortura. Amor, celos, vergüenza. buenos propósitos, malas obras, permanente remordimiento de no haber hablado cuando debí, y de estar a punto de exhalar mi queja cuando debía callar; todo se mezclaba el en torbellino de mi sangre, y tenía que oprimirme el pecho con las manos, y morderme los labios para no gritar.

—Has cambiado mucho, José Antonio, — me dijo Antonino Reyes cuando nos aproximábamos a la casa de don Juan Manuel. — En seis meses te has empalidecido y pareces diez años más viejo.

Se detuvo y aguardó mi respuesta.

Qué grato me hubiera sido en aquel momento dejar que mi alma se volcara en la del amigo.

La noche antes había resistido a la dulce tentación de confiar mi secreto a Manuelita Rozas, porque me intimidaba el tumulto de la fiesta.

Pero el profundo sosiego de la ciudad, a esa hora, me invitaba a hablar.

—¿Estás enamorado, José Antonio?... ¡No necesitas contestarme! Es cosa que se te advierte por encima de la ropa.

—¡Más vale así! — repuse.

—Y hasta puedo decirte quién es la que te quita el sueño.

—¿Quién es?

—¡Manuelita Rozas!

Yo esperaba oir otro nombre, y sufrí un desencanto que enfrió mi deseo de hacerle confidencias.

Alguna razón debía de existir para que Reyes no se acordara de Leonor; y si esa razón existía, cualquiera que fuese, yo debía callar y morir con mi secreto.

La calle empezaba a animarse. En el aire sutil de la mañana se disolvía la voz de una campanita que llamaba a misa a las beatas madrugadoras. Pasó una, arrebozada en un manto del Carmen, y nos dió los buenos días. Detrás de ella trotaba un cuzquito, acobardado y medroso presintiendo los latigazos del impío perrero de la iglesia.

Esclavos con sus tipas salían a compras, cerrando tras ellos con estrépito las puertas de calle, pintadas de rojo.

Una rechinante carreta de bueyes, altísima de ruedas, con inmenso toldo de cuero, cruzó por la plaza zangoloteándose en los baches, cargada de productos cuyanos, petacas de pasas, patay, cajas de alfajores, tabletas sanjuaninas y cueros de arrope.

—¡A qué hablar de mí! — dije con acento desesperado.

Sacudí la cabeza, y reanudamos la marcha. Sentimos un desenfrenado galope de caballo, y vimos llegar un jinete, por la calle de la Universidad.

Debía venir de lejos, pues su cabalgadura nos pareció exhausta.

—¡Un chasque! ¡noticias del sur!

Echamos a correr y llegamos a la puerta de la casa del Gobernador a tiempo que el chasque se apeaba de un salto.

Era un soldado, uno de los "montaraces", como se lla-

maba a los del coronel Vicente González, el "Carancho del Monte", que con su regimiento de caballería, constituía en la campaña una de las columnas más fuertes de la causa federal.

El hombre subió al umbral de la puerta, para alcanzar al llamador. Llevaba terciado un poncho de paño azul, camiseta de bayeta punzó, como el chiripá, que dejaban ver los flecos embarrados del calzoncillo. Una gorra de manga, granate fuerte, asentada la lacia y renegrida cabellera, colgante sobre el pescuezo.

Un machete al cinto y una tercerola a través del recado eran sus armas.

—¡Quién vive! — le gritaron de adentro a punto que nosotros llegábamos.

—¡Carancho del Monte! — contestó por el ojo de la llave — traigo un parte.

—¡Dejen entrar! — ordenó Antonino Reyes, dando el santo y seña.

Y entramos los tres, en aquella casa, donde sentíase la presencia del poderoso Gobernador, nada más que con ver las caras de cuantos andaban por allí, fueran simples soldados, fueran generales, fuera la misma doña María Josefa Ezcurra, cuya silueta movediza alcancé a divisar en el fondo del segundo patio, en actitud de atisbar quiénes llegaban.

El único indiferente a los azares de la política era el bufón Eusebio de la Federación, que andaba papando moscas en las paredes, o se quedaba quieto horas enteras, arrinconado, fumando chamico y rogando al cielo que su amo no se acordara de él.

Don Juan Manuel se había encerrado en un tormentoso mutismo. Me devolvió apenas el saludo, y cogió con avidez el parte recién llegado.

Su cara se iluminó con una siniestra alegría.

—Ya no lo necesito, José Antonio — dijo, y se sentó a la mesa a escribir con su letra firme, que daba la sensación de lo irrevocable, alguna resolución al pie de la nota que acababa de leer.

Yo estaba suspenso de sus gestos, dispuesto a pedirle que me permitiera volar en pos de mi padre.

—¡Ya no lo necesito! — volvió a decirme el Restaurador sin levantar los ojos del papel. — La gente mandada por su Majestad Caranchísima el Marqués de la Calavera, le ha echado la zarpa a Gervasio *Cardo*.

En sus frecuentes bromas, unas veces inofensivas, otras veces sangrientas, don Juan Manuel había inducido al pintoresco coronel Vicente González a tomar el burlesco título de Marqués de la Calavera, y hasta a firmar sus notas con él.

Y para desprestigiar a su hermano Gervasio, había permitido que hombres como el periodista Mariño, o el foragido Salomón, sustituyeran su apellido de Rozas por el de *Cardo,* aludiendo a la especie de que antes hablé.

Confieso que al oir esa miserable calumnia, inventada por el caprichoso Gobernador sentí vergüenza de servirle.

—Si V. E., — le dije, poniéndome colorado de indignación, — no necesita ya de mis servicios, permítame acompañar a mi padre, que acaba de partir a Santa Fe.

—¿Está loco, José Antonio? — me respondió con un tono de reconvención lleno de afecto y con esa voz cálida y hermosa que llegaba hasta el fondo de los corazones, cuando quería ganar las voluntades. — Ha habido razones de estado para permitir la salida de su padre; pero eso no se puede repetir. Necesito de todos, hoy más que nunca...

—Mi padre va solo, con un criado.

—Pero el baqueano que lleva es seguro.

—¿Lo conoce acaso V. E.?

Se sonrió maliciosamente y dijo, bajando la voz:

—No se fíe de don Tarquino. Vaya uno a saber qué motivos tuvo para darle a mi buen amigo un bribón, hechura de él.

—¡Ah! ¿no es el capataz de la estancia de los Toldos Viejos?

—Sí, Venancio Acuña.

—¡Pues si ha partido con ese hombre! ¡es el baqueano que lleva!

—No irá muy lejos — contestó tranquilamente don Juan Manuel. — En Flores hay quiénes lo esperan, con orden de fusilarlo, y darle a su padre otro baqueano más seguro.

—Dios se lo pague, excelentísimo señor, — contesté sinceramente agradecido de su maravillosa astucia.

Pero resultaba un enigma para mí el cómo había llegado a penetrar la mala intención del portugués. Eso no tenía más explicación que su costumbre de hacer espiar a sus propios espías, para adelantarse a sus posibles traiciones.

—Venancio Acuña o como se llame, porque ese no es su nombre, es un gaucho matrero — me dijo. — Ha estado oculto en los Toldos Viejos, al servicio de su padre, que ignoraba quién fuese. Debía varias muertes y era cuatrero afamado. Cuando se sintió descubierto por la policía, se vino aquí, y Fonseca le consiguió un pasaporte para salir de la ciudad. Yo se lo firmé anoche, y en el acto mandé un parte a Flores, para que lo detengan cuando pase, y le cobren las hechas y por hacer.

Yo estaba confundido. Siempre había sospechado del portugués, pero sin motivos reales en qué fundar mi desconfianza.

—Nada sabía excelentísimo señor. Don Tarquino es un pozo de secretos. Yo lo creía un buen federal...

Apunté esto recordando que una noche lo vi hacer una misteriosa visita a don Juan Manuel y que también andaba en conciliábulos con doña María Josefa.

El gobernador adivinó el sentido de mis palabras.

—Todos son buenos federales, cuando me sirven, y malos cuando les da por hacer su propio juego. Nada le diga al portugués.

Volviéndome la espalda mandó a un asistente a prevenir la galera para irse a su quinta de San Benito de Palermo.

—Usted y Reyes me acompañarán, — dijo secamente.

El general Corvalán entró alicaído, por la mala noche que había pasado.

—Comunique a los ministros y a los jefes militares, que a las dos de la tarde los aguardo en Palermo.

Recorrió las piezas contiguas, en que poco a poco había instalado diversas oficinas del fuerte, hizo temblar a los empleados con las más insignificantes observaciones, y pasó a los fondos de la casa, donde pernoctaba un piquete de soldados, desde que se descubrió la conspiración de Maza.

Eran las ocho de la mañana cuando subimos a la galera, tirada a la cincha por dos reses de mulas trotadoras.

Manuelita nos acompañaba. En aquellas horas difíciles, en que rato a rato llegaban los partes de la campaña con noticias contradictorias, y en que se adivinaba en la ciudad un fermento de rebeldía, que había de acarrear nuevos peligros y nuevas tragedias, la muchacha no quería alejarse un momento de su tatita.

El conductor tenía orden de cruzar la ciudad a toda rienda. Media docena de oficiales a caballo, rodeaba el vehículo.

La gente conocía cuando pasaba la galera de don Juan Manuel, y puertas y ventanas cerrábanse con miedo, lo que hacía fruncir el ceño al prepotente señor.

Una vieja que iba a la iglesia, al vernos esa mañana, se santiguó; y él se echó a reir, mientras Manuelita se ponía pálida y triste.

Estaba sentada a mi lado.

—¿Es verdad que don Baltasar ha salido para Santa Fe? — me preguntó en voz baja.

—Sí — le contesté, entristecido, pareciéndome advertir un relámpago de alegría en sus ojos obscuros.

—¿Va a casarse con Leonor Matorras?

—Así es...

—¿Y es verdad que usted quiso acompañarlo y que tatita no lo dejó?

—Todo es verdad, Manuelita... ¿por qué no me consigue usted ese permiso?

—¿De veras quiere irse?

—Quiero acompañar a mi padre.

—Va seguro; tatita me lo ha dicho.

—Puede ser; pero yo habría querido compartir con él los peligros del viaje.

—¿No cree que es mejor que no vaya?

Me quedé mirándola un rato, pues se adivinaba en su pregunta una velada intención a mis escondidos sentimientos.

La galera, envuelta en un torbellino de polvo seguía la calle larga de la Recoleta, camino de Palermo.

Había quintas a uno y otro lado. Entre la arboleda aparecía el techo pajizo de las casas, dormidas en su sombra fragante.

Don Juan Manuel escudriñaba el inmenso piélago vacío de naves, porque el bloqueo francés había muerto el comercio.

No lejos de la costa divisábase la arboladura de la fragata "25 de Mayo", perdida años antes, frente a la Recoleta, y aparte de ese detalle, ningún indicio más de que aquel estuario hubiera sido foco de un intenso tráfico.

En balizas exteriores, con un buen anteojo, podían verse los palos de las 17 naves bloqueadoras, que ni con sus 300 cañones lograban dominar la altanería del Restaurador.

Viéndolo absorto en sus meditaciones, proseguí la conversación con Manuelita.

—¿Por qué es mejor que me quede?

—Si usted estuviera seguro — respondióme, — que se ha apagado el fuego en su corazón, podría ir sin exponerse.

Me estremecí como un criminal a quien el juez le enrostra su crimen con indulgencia en la mirada y dulzura en la voz.

¡Qué pocos son los que han columbrado los tesoros del alma insondable de Manuelita de Rozas! Su posición, al lado del terrible señor a quien servía y amaba, la exponía indefensa a la diatriba y a la calumnia; y por eso,

los que no saben de ella más que lo que cuentan los libros, no saben nada.

—¿No me responde, José Antonio?

—No entiendo lo que dice, Manuelita.

—¿Debajo de las cenizas de su olvido no hay algunas chispas que puedan prender otra vez?

—¿A qué alude? — tartamudeé avergonzado.

—¡Hágase el zonzo! Ya veo que es más fácil conocer los secretos del mar que los suyos.

—Tiene razón, Manuelita; — contesté suspirando — sin duda es mejor no haber ido; yo mismo no sé lo que hay debajo de esas cenizas.

—Así son los hombres; no saben lo que quieren ni lo que aborrecen.

Hacía cuatro años que don Juan Manuel había comprado los terrenos en la intersección del Río de la Plata con el Arroyo Maldonado.

Para los que ignoraban el don de iniciativa de aquel hombre, la adquisición de esos pantanos era una locura.

Desde el primer momento puso centenares de peones a cavar zanjas, rellenar bajos, construir terraplenes y plantar miles y miles de árboles.

Sólo existía allí una casita derruída a medias, y la ocupó, mientras el maestro Santos Sartorio, un excelente albañil, recomendado de mi padre, le construía la mansión en que invirtió millones de pesos con la idea de sentar allí sus reales.

Don Juan Manuel había sido elegido gobernador por la Legislatura de Buenos Aires el 7 de Marzo de 1835, de modo que sólo faltaban cuatro meses para que terminara el período.

Era todavía un misterio hasta para los ojos de sus íntimos, su voluntad de hacerse reelegir o de abandonar el gobierno así que se venciera el plazo.

Pero el ardor que ponía en activar los trabajos de su quinta de San Benito de Palermo y las proporciones mag-

nas que le daba, hacían pensar que tenía el proyecto de eternizarse en el poder.

Tan absorto vivía yo en mis cavilaciones, que permanecía indiferente ante esos problemas políticos.

Si don Juan Manuel me hubiera dicho: "Quiero ser rey del Río de la Plata", me hubiera encogido de hombros, quizáz me hubiese alegrado pensando que de tales sucesos pudiera nacer la ocasión de ostentar algún día mi corbata celeste.

Andando el tiempo, llevando hoy un escribiente y mañana una oficina, hizo de su casa en la calle de la Biblioteca la verdadera casa de Gobierno; con lo cual tuvo en su mano y bajo su propio techo, todos los resortes de la Administración.

Ahora ejecutaba igual maniobra, en su quinta de Palermo. A medida que adelantaba su construcción habilitaba dependencias, para oficinas, para archivos, para cuarteles, para talleres y caballerizas.

Y cuando la servil Legislatura de Buenos Aires ofreciera de nuevo a don Juan Manuel "la suma del poder público" por un nuevo período de cinco años o por toda la vida, San Benito de Palermo con sus patios andaluces, sus arcaicas galerías, su capilla central, sus avenidas pavimentadas de piedrecillas del Río de la Plata, a la sombra de los sauces nuevos, sería el centro de la turbulenta política federal.

Ya en la casa que existía antes de iniciar los trabajos, solía instalarse, y citaba a sus ministros y a sus jefes militares, cuando deseaba sustraerse al tumulto de la ciudad.

Esa mañana, su poderosa voluntad no lograba esconder su mortificante preocupación.

Los últimos chasques le habían hecho saber que contra los pueblos sublevados de Dolores y Chascomús, movilizaban sus aguerridas milicias, el general Pacheco, su propio hermano Prudencio de Rozas y los coroneles González y Granado.

Podía descontar la victoria. Pero su soberbia estaba mortalmente herida por aquella rebelión, que sin duda

juzgaba sacrílega. Ya no era el dios de los campos. Cuando en 1835, al elegirse gobernador, manifestó a la Legislatura que no le bastaba para sentirse ungido, el voto de los representantes del pueblo, y exigía que cada uno de los habitantes de la ciudad expresara su voluntad en aquel curioso plebiscito de los días 26 y 28 de Marzo, hablaba seguro de contar con la mayoría de la opinión porteña.

Sobre 9.320 ciudadanos que votaron, y se cuenta que nadie se abstuvo, solamente ocho se pronunciaron en contra.

A la provincia no se la consultó, por ser cosa innecesaria. "Actos muy repetidos y testimonios muy inequívocos, — decía en su nota al respecto el presidente de la Legislatura, — han puesto de manifiesto que allí es universal el sentimiento que anima a los porteños en general".

Si en la ciudad, sacudida por la mano imperiosa del vencedor de Lavalle, sólo ocho ciudadanos lo repudiaron, en la provincia, donde dominaban los "físicos", según su frase, no se hubiera hallado uno que no lo aclamase con delirio.

Y ahora sentíase enfriarse aquella adhesión, fundamento de su orgullo y de su fuerza.

Yo lo veía pasearse caviloso y solitario en esa mañana, por una galería que daba hacía el gran río; y adivinaba la tormenta que rugía en su alma.

Uno tras otro fueron llegando chasques, con noticias; hasta que uno trajo la de que los indios del cacique Catriel, en Tapalqué, se habían levantado contra los revolucionarios y que las peonadas de las estancias permanecían fieles a don Juan Manuel.

—¡Los físicos son míos! — dijo al leerlo. Y su fisonomía cambió; despidió a sus ministros, y con Manuelita del brazo fué a dar un paseo por la playa del rio que estaba muy bajo.

Reyes y yo, desde lejos, contemplábamos las dos siluetas que se alejaban sobre las toscas.

—Dicen que el Restaurador es un hombre flojo; —

murmuró Reyes. — Sin embargo, en Julio, poseyendo los hilos de la conjuración, fué a dar este mismo paseo, y se quedó largo rato, a solas con el coronel Maza, a quien mandó fusilar al día siguiente. Esa tarde Maza que estaba armado y era joven y fuerte, pudo matarlo a mansalva. No quiso hacerlo, porque era un enemigo leal; pero don Juan Manuel demostró por su parte que no le temía.

Cuando entraba la noche, regresamos a la ciudad, el Restaurador tenía cara de júbilo y no me extrañó el mensaje que me dió para el cura del Socorro.

Ibamos por la calle Larga, que cruzaba cerca de la parroquia de don Trifón.

—Quédese aquí, Balbastro — me ordenó, — y dígale a Buitrago que antiyer, día de difuntos, en Chascomús han sacado mi retrato de la iglesia, lo han llevado en procesión hasta la plaza, y lo han arcabuceado. Si las iglesias de los buenos federales no lo desagravian, merecen que les quiten los santos y les pongan un burro celeste para que lo veneren.

Me apeé de la galera, y subí por una calleja serpenteante que ascendía hasta el filo de la barranca.

Era la hora en que los parroquianos de las pulperías, gentes de pelo en pecho, llegaban al delirio federal, tras repetidas libaciones de caña paraguaya, la hora en que los vecinos que no se habían singularizado por su federalismo, entraban sus sillas de la vereda, y trancaban la puerta de calle.

Las noticias del sur, podían exaltar ese día los entusiasmos de aquellos capitanejos de bandidos, que se llamaron Salomón y Cuitiño y Parra y Santa Coloma, y estimularlos a la guerra santa contra los unitarios.

Las calles tenían un aspecto más siniestro que de costumbre; el golpe que descargué con el llamador de la puerta de don Trifón, resonó como en un caserón deshabitado.

Al rato en una de las ventanas se entreabrió un postigo.

—¡Soy yo! — dije aproximándome.

La alegre voz de Juanita tranquilizó los corazones.

—¡Pero si es José Antonio!

—¡Adelante, hijo! — exclamó Inesita, asomándose a la reja.

—¡Abrame, pues!

Salió al zaguán Juanita y me explicó

—Tuvimos miedo de que fuese un mazorquero.

—No has de tener la conciencia tranquila. Apuesto a que recibes noticias del capitán Duarte.

—¡Cállate por Dios; que no te oiga mamita!

Con tristeza agregó:

—No recibo noticias... ¿por qué había de mandármelas?

—Habrá cambiado de novia o de divisa — le dije riendo. — ¡Imítalo!

—Mi corazón no cambia, — respondió seriamente.

Iba a pasar adelante, y ella extendió la mano cerrándome el paso.

—¿Qué saben del Sur?

—También apostaría, Juanita — le respondí — a que tenías noticias de que se tramaba una revolución.

Se quedó callada y yo comprendí que no deseaba revelarme sus secretos.

—¿Y ésta es una casa de federales? — le pregunté jocosamente.

—¡Ya lo creo! Mamita y mis hermanos son tan federales como Santa Coloma; mi tata...

—Ese ya sé que es ¿y tu tío?

—De ése, nadie sabe nada.

—Quiere ser canónigo, — expliqué yo; — le traigo un mensaje. ¿Vamos allá?

La voz de Inesita clamaba:

—¡Por Dios, me tienen intranquila esos cuchicheos! ¡adelante hijo!

—¿De veras, no tienen noticias del Sur? — insistió Juanita.

—¡Pobre niña! ¡la revolución ha sido sofocada, es todo lo que sé!

Quedóse llorando, en el patio profundamente obscuro.

Inesita en su cuarto, a la luz de una vela bañada, freía unos buñuelos.

Tres sombras aparecieron en la puerta; eran las tres Bustamante, que después del asesinato de don Juan Bueno, hallaban más expedito el paso por los fondos de la huerta abandonada.

—¡José Antonio! — exclamaron a una, ansiosas de mis novedades.

—Traigo un mensaje para don Trifón. ¿Dónde está?

Surgió don Trifón, royendo algo que supuse sería un buñuelo.

—Haga preparar muchos para mañana, señor cura — le dije — pues haremos aquí la fiesta del retrato.

Me tomó de la manga, y caminando muy quedo, con sus zapatones de orillo, me llevó a su pieza.

—¿Un mensaje de don Juan Manuel? — preguntó cerrando la puerta.

—No es para tanto, no se aflija...

—¡Todo sea por Dios! Días pasados el loco Eusebio vino con la pretensión de cantar misa en el Socorro... ¿El me lo mandó, verdad?

Hice una seña afirmativa.

—Veo que se acuerda de mí...

—Más vale eso.

—¡Ojalá se acordara para otras cosas!

Le dí el mensaje que llevaba y quedó cariacontecido.

Sentíase un susurro de conversaciones detrás de la puerta. Se levantó a ver, y halló agolpadas a las cinco mujeres llenas de curiosidad.

La noticia de mi visita había atraído a todos los muchachos, que eran extraordinariamente ávidos de sensaciones políticas; y aun al mismo Corrales, que llegó el último, empuñando una cacerola, porque después de obtenida su libertad, se dedicaba ostensiblemente a menesteres domésticos, para que no volvieran a tomarlo por conspirador.

En realidad era un pobre hombre, a quien podían per-

donársele las veleidades unitarias, en gracia de que para despistar a la policía, vivía enseñándoles a sus hijos los furibundos himnos federales, que aparecían en la Gaceta.

Don Trifón habló desde su sillón de cuero.

—¡En la plaza de Chascomús los salvajes unitarios han fusilado el retrato del Ilustre Restaurador de las Leyes!

En los ojos de Juanita brilló una llamarada, cuyo sentido sólo yo comprendí. Corrales bajó la vista.

—¡Horror de horrores! — exclamaron las Bustamante.

—La parroquia del Socorro, — prosiguió don Trifón, — se honrará mañana haciendo una función de desagravio, con tanta pompa como ninguna otra.

Yo lo miraba con asombro. Realmente don Trifón sabía poner buena cara al mal tiempo.

Encendido el rostro en santa cólera federal, no parecía el mismo que desde tres meses atrás venía haciéndole ascos a la fiesta del retrato.

Ténganlo presente mis jóvenes lectores de hoy, cuando alguien les pondere el fiero carácter de sus antepasados. De todo hubo en la viña del Señor. La codicia y el miedo han realizado en el corazón de los políticos, idénticos milagros en los tiempos heroicos que en la corrompida época actual.

—Una función de sobrepelliz y de palio — explicó luego don Trifón, sobándose las suaves manos; y su hermana y las tres viudas mirábanse despavoridas, porque eso significaba que deberían pasarse la noche frotando los candelabros y los ciriales, y vistiendo los santos.

—Y después de la función, un ambigú federal para la concurrencia.

Inesita juntó las manos, desesperada, calculando los dispendios de las francachelas con que terminaban siempre tales fiestas.

Corrales, hombre de buen diente, se entusiasmó al oir lo del ambigú, y se echó al patio, a la cabeza de su prole,

cantando el famoso himno de Rivera Indarte, tan nauseabundo y tan prosaico:

"Sepa el mundo que existe un gran Rosas,
El baluarte de nuestra nación,
Y gustosos con él moriremos
Defendiendo la federación..."

Humillado ante mis propios ojos, por lo que estaba viendo, me despedí.

En la sombra del zaguán, lloraba Juanita; yo comprendía su pena, pero no me sentí digno de consolarla. Pasé de largo. Doña Inesita que me seguía apresuradamente, sin ver a su hija: me chistó.

—¡José Antonio, qué desastre! ¿de dónde sacaremos para tanto gasto? Si don Juan Manuel quisiera ayudarnos...

Yo eché mano al bolsillo.

—No piense en él, misia Inesita; yo puedo facilitarle cuanto necesite.

—¡Dios te lo pague!... ¡qué vergüenza, Señor!

Huyó con el dinero, y yo abrí la puerta de calle, cuando me sentí llamar por don Trifón.

—¿Sabes, José Antonio, que los jesuítas van de capa caída?

—Me lo imagino, señor cura, pero nada sé en concreto.

—¡Hombre! ¿no has hablado con el P. Majesté?

—No; nunca lo veo.

—Es el confesor de tu tía.

—Ya lo sé...

Era un jesuíta a quien mi tía veneraba, quizá porque tenía gran predicamento en casa del Rertaurador, pero a quien yo aborrecía, tal vez por la misma razón, suponiéndolo intrigante y desleal con su Orden.

Yo era grande amigo de los otros padres de San Ignacio, en especial del superior, el inflexible y docto P. Berdugo.

—Pues el P. Majesté me ha dicho, pero tú no lo di-

gas, que don Pedro de Angelis ha tenido una entrevista sigilosa con el P. Berdugo. Y le ha propuesto que cambien de superior, y lo elijan al mismo Majesté.

—Me parece que don Pedro de Angelis, que es un hombre muy experto, no ha podido dar tal paso. Al superior no lo nombran aquí, sino en Roma, el padre general. ¿Cómo ha de ignorar eso?

—De Angelis ha ido en nombre de don Juan Manuel, que no se cuida de estas minucias.

—¿Y qué le han contestado?

—Lo que tú dices, que no se puede, y que aunque se pudiera, no se haría. ¿Te imaginas cómo habrá quedado el Restaurador?

—¡Me lo imagino!

—El P. Majesté habría hecho la fiesta del retrato; ahora no hay esperanza. El mejor día la Mazorca asaltará el colegio y degollará a los jesuítas. Ya don Tomás Anchorena y el ministro Arana, han sacado sus hijos de allí, lo que es mala señal.

—No creo que pase nada, — contesté por decir algo que me convenciera a mí mismo, de lo infundado de ese horrendo vaticinio.

—Son hombres tercos; y con don Juan Manuel no se juega; ya me ves a mí; tampoco yo quería cantar misa delante del retrato. ¿pero qué remedio hay?

La puerta se cerró tras de mí, y todavía alcancé a oir al cura que refunfuñaba, con tono más de admiración que de censura:

—Son hombres tercos...

—¡Pero son hombres de verdad! — contesté para mi coleto, pensando que el mismo don Juan Manuel debía de sentir en el fondo de su alma, un gran respeto por aquellos únicos sacerdotes que "suaviter in modo", conforme a sus hábitos, se le resistieron hasta que los expulsó de nuevo el año 1841.

V

La fiesta del retrato

—Mi amita amaneció con jaqueca — díjome Benita a la mañana siguiente, cuando me sirvió el chocolate en el amplio y solitario comedor.

No me extrañó lo más mínimo que la excelente señora hubiera pasado una mala noche, pues la repentina partida de mi padre la había enfurecido.

—¿No sabes si don Tarquino se ha puesto en viaje también?

La muchacha había andado de aquí para allá toda la mañana, y era probable que tuviera noticias de ello. Don Tarquino, el día antes me había anunciado que se iría a la estancia, y yo no quería perderle pisada.

Seguía observando en el escurridizo portugués, un interés especial por Benita, y deseaba sondear el alma de aquella criatura, que parecía con cara de gloria en día de tantas preocupaciones para todos.

Me respondió que don Tarquino estaba a esa hora mateando a la puerta de su tienda, después de haber barrido los dos arcos de recova que le correspondían sin dar señales de próximo viaje.

—Bien enterada estás, Benita, de las cosas del barrio.

—Es que muy al alba me mandó mi amita a ver lo mismo.

—¡Hola! ¿Viste a Brumoso?

—No, niño; no lo vide.

—Me han dicho que tardas mucho en los mandados, y que te gusta curiosear los percales de la tienda.

No percibió lo intencionado de mi sonrisa.

—Me han dicho que te has agenciado un novio de fuste, el más rico de los tenderos de la recova.

Se le encendió la cara. Alzó la frente, donde se advertía mejor que en ningún otro rasgo de su persona, que en su sangre latía el orgullo de la raza blanca.

Recibió mis palabras como una injuria, y me contestó amargamente:

—Lo han engañado, niño.

¡Qué sorprendente mezcla, de pasiones debía de haber en aquella alma impenetrable a mis ojos! Sólo el color de la piel denunciaba a la descendiente de esclavos. Porque las líneas de su figura eran caucásicas, y tenía en sus gestos un no sé qué de americano, bravío y dulce a la vez.

—¿Por qué no había de enamorarse don Tarquino de tí? — le dije, queriendo desvanecer en su espíritu cualquier sospecha equívoca. — ¿Dónde ya encontrar quién te aventaje en lo hacendosa y lo bonita?

Como en otra ocasión, advertí que la sobresaltaban mis palabras.

Pugnaba por explicarse, pero una fuerza íntima la obligaba al silencio.

Miraba al suelo, encapotado el semblante, respirando apenas.

—No seas necia; no te lo habría dicho, de saber que lo tomarías tan a mal.

Alzó la cara con presteza:

—Por Dios, niño, nunca me hable así.

Tontamente le respondí riendo:

—Cuando me case, te llevaré conmigo, y así no lo verás más al portugués.

La ligereza con que yo trataba cosas de tan hondo interés para ella, debió desencantarla, y hacerla desconfia-

da, pero yo no tenía espíritu para ocuparme sino de lo mío, y aun eso lo abandonaba ciegamente en las manos de Dios.

¡Qué había de preocuparme, pues, la desesperada tristeza que se pintó en el rostro de la graciosa muchacha! Parecióme hipocresía, porque al fin y al cabo, podía sentirse honrada, con aquel festejo, siendo el portugués hombre rico y de mejor clase.

Mas, ¿por qué inducía yo que la predilección de don Tarquino por Benita, eran indicio de un amor senil, que le hacía olvidar su antigua pasión por mi tía?

¡Mal podía explicar el alma de otro, cuando nunca he podido entender la mía!

Se me ocurría que estaba desengañado, respecto a mi tía, y que libre de esa ambición, volvía a sus mañas de traficante de esclavos, su primer oficio, según decían, tentado por la hermosura de la joven.

La penetrante voz de mi tía, que desde su cuarto gritaba a su criada, volvióla a ésta a la prosaica realidad de sus quehaceres; y yo, me fuí a casa de don Juan Manuel, a inquirir noticias de mi padre.

—No pase penas por él — me dijo Manuelita, a la que hallé pronta a salir con una amiga.

—¿Se han recibido noticias? ¿ha pasado por Flores?

—Sí, — contestó tranquilamente, — y allí, según órdenes de tatita, le dieron otro baqueano.

—¿Y el que llevaba?... — pregunté temblando.

—Al que llevaba le hemos "tocado violín y violón" — respondió el coronel Santa Coloma, que se había acercado a nosotros, y que era quien cumplió las órdenes y trajo la noticia.

Al decir "violín y violón", serruchábase la garganta con el dedo.

Me dió asco mirarlo, y él se encogió de hombros desdeñosamente.

Acompañé a Manuelita hasta una puerta falsa, abierta sobre la calle transversal. Su coche colorado aguardábala allí, con el cochero adormilado en el pescante bajo

un sol de justicia y una nube de moscas. Las mulas enjaezadas con ostentosos pompones federales, eran famosas por lo trotadoras.

¡Qué agradable sería hacer un viaje en aquel coche y con tan buena yunta! En dos días habría alcanzado a mi padre, y dejaría de pasar angustias por él.

—Me voy al barrio del tambor, — explicó Manuelita, cuando cerré la portezuela del vehículo.

La hija del Restaurador gozaba de una inmensa popularidad en los suburbios, donde habitaban los negros, en tribús más o menos bien definidas por nacionalidades, Mozambiques, Minas, Congos, Mandingas, Banguelas.

Sus fiestas y "candombes", en que el instrumento musical predominante era el tambor, habían dado nombre a la pintoresca barriada de los libertos y sus descendientes.

Mnuelita visitábala a menudo, pues don Juan Manuel estimaba en mucho su fama entre esa gente y servíase de ella para espiar a amigos y enemigos.

Antes de que el cochero, — un negro emponchado, con "tamangos" de cuero en los pies desnudos, y facón a la cintura, — sacudiese su implacable arreador sobre las mulas, Manuelita me dijo con sonrisa insinuante, como una orden:

—¿No va a la función del Socorro? Le han asegurado a tatita que estará muy lucida. Si concluye temprano daré una vueltita por allá.

Me mordí los labios de fastidio. Hasta entonces había podido eludir mi presencia de las fiestas del retrato, a pesar de que mi padre era infaltable a ellas y mi tía llevó sus entusiasmos hasta uncirse con otras damas al carro en que paseaban el retrato del Restaurador por las calles de Buenos Aires.

—Voy a ir, — contesté.

La muchacha me pagó con una afectuosísima sonrisa y dió un abanicazo al cochero para que pusiera en marcha la carretela.

Me había entregado a mi trabajo de escribiente, cuando sentí una banda de música que rompía a tocar en la

puerta de calle los rabiosos acordes de un himno federal.

—¡Allí vienen por el retrato! — me dije.

En vano mi tía facilitó a Inesita Buitrago el cuadro que adornaba nuestra sala.

Don Juan Manuel, que no perdía detalle, notificó a don Trifón que el único retrato reconocido por el gobierno era el que él tenía en su casa, y prestaba gustoso a los señores curas.

En tal forma, se agregaba a la función en la iglesia, una solemne procesión hasta la calle del Juncal, llevando y trayendo el retrato.

Don Trifón se consolaba con saber que le ayudarían en los oficios los más campanudos canónigos de la catedral.

Al ruido de los tambores, se abrió a dos batientes la ancha puerta de calle, y entró una oleada de personajes, Parra, Cuitiño, Salomón y otros por el estilo, con el juez de paz de la parroquia, cuya fama y cuyo aspecto no desmerecían en la comparación.

—¡Dios mío! — exclamé con sincera pena — ¿que no haya en Buenos Aires otra gente para tales actos?

A Dios gracias, la había. El primer patio estaba lleno de militares, vestidos de parada. Eran momentos difíciles en que podían ser llamados para mandar los ejércitos de la causa federal, y tenían empeño en mostrarse más adictos que nunca a don Juan Manuel, para que no los olvidara.

Estaba Lamadrid, a quien el Restaurador lo denominaba "coronel", desconociéndole el grado que le diera Paz, cuando aquél peleaba contra los federales. Más tarde, en gracia a los servicios que le prestó, reconocióle general.

Y estaban también el brigadier Soler, y los generales Guido y Pinedo, y el coronel Uriburu, y una buena porción de canónigos, aparte de los que revestidos de sobrepelliz aguardaban en el Socorro para cantar en la función.

Un minuto después, batieron de nuevo los tambores y

llegaron los generales Mansilla y Rolón, el uno al frente de los granaderos a caballo con altos y peludos morriones napoleónicos, y chaqueta azul con peto rojo; el otro, mandando el vistoso cuerpo de zapadores, con sus bruñidas herramientas, el delantal de cuero blanco, el largo sable a la cintura, y la brillante tercerola.

Al rumor de los tambores, salió doña María Josefa Ezcurra, con otras damas de la familia, a agasajar a los ciudadanos que venían por el retrato, y excusó la ausencia de don Juan Manuel, ocupado por altos problemas de gobierno, y la de Manuelita, y acabó por indicarlos que se llevaran también el retrato de la Heroína Federal, su difunta hermana, doña Encarnación Ezcurra, fallecida el año anterior.

La iglesia del Socorro estaba a veinte cuadras, y era una penosa peregrinación arrastrar por las calles sin pavimento aquel monumental armatoste de nueve varas de alto, por cinco de largo y tres de ancho, en que se habían puesto los retratos del Gobernador y de su esposa.

Todo iba tapizado de seda punzó, con cenefas blancas, y leyendas bordadas en oro, por las inofensivas y blancas manos de las monjitas de San Juan: "Excecración, maldición, anatema, odio eterno a los salvajes, fementidos, asesinos, traidores unitarios". "Muera el pardejón Rivera y el asesino Lavalle".

Al pie de los retratos se amontonaban algunos trofeos de la campaña al desierto, la coraza y la lanza del cacique Chocorí, flechas y banderas, y en la cúspide de aquella máquina el gorro colorado de la libertad.

El sol apretaba cuando nos echamos a la calle y empezamos a tirar del carro, a cuyo paso las tropas rindieron armas.

Las campanas de todas las iglesias, menos las de San Ignacio, repicaban como en sábado de gloria y a las puertas de las pulperías se quemaban cohetes.

Cuando me tocaba el turno de hacer el papel de caballo, el esfuerzo físico quitábame las ganas de pensar, y me limitaba a ir buscando manera de aliviar no mi car-

ga, sino la de unas damas, que aparejadas conmigo en las varas, tiraban entusiastamente, hundiendo sin reparo sus pequeños borceguíes de raso en el polvo espeso y caliente del arroyo.

Es de imaginarse cómo quedarían aquellas sutiles medias blancas y las esponjadas polleras de muselina.

Pero cuando otros ciudadanos y ciudadanas me disputaban el honor de seguir uncido al carro triunfal, y yo abandonaba en sus manos ávidas el trozo de cuerda que me tocara, el corazón se me llenaba de malos sentimientos, nacidos tal vez al influjo de aquella corbata celeste que guardaba en el fondo de mi petaca.

No creía, sin embargo, que pudieran tener razón los que por combatir a un gobierno constituído por voluntad de la mayoría de sus conciudadanos, concitaban contra éstos y contra su patria, no sólo su esfuerzo de hijos rebeldes, sino el dinero, las armas y las tropas del extranjero.

Si estuvimos errados los que en aquellos tiempos bélicos paseábamos en triunfo el retrato de don Juan Manuel, motivos de sobra teníamos para sufrir ese error, cuando sentíamos el cañón de los buques franceses abatiendo en la isla de Martín García a la bandera argentina, y cuando el Ejército Libertador del General Lavalle, iniciaba su campaña en esos mismos buques, manchados todavía con sangre de nuestros hermanos.

Y si nosotros nos equivocamos, sírvanos de excusa el que se equivocó también con nosotros, el más glorioso de los argentinos de todos los tiempos, el General San Martín, que en una carta memorable ofrecía su espada a don Juan Manuel, para combatir contra sus enemigos.

Y el Libertador de Chile y del Perú consideraba los negocios argentinos con el ánimo limpio de pasiones políticas.

Todas estas cosas me las iba diciendo yo con la cabeza gacha, por no ver en las aceras y en los balcones, adornados con ramos de olivo y de laurel, y vistosas colgaduras de damasco, a las gentes que se arrodillaban al pa-

so de los retratos, entonaban vítores y les arrojaban flores.

Cuitiño, Parra, Salomón y los otros bribones, iban codeándose con los generales de la independencia y algunos respetables canónigos. Es posible que el miedo que inspiraban, suscitara forzadas alegrías. Pero en el Buenos Aires del año 40, todavía gozaba don Juan Manuel de un prestigio sin par, aunque ya sentíase crujir levemente la formadable armazón de su poder.

En la plaza del Retiro, la procesión doblaba, siguiendo por entre quintas la calle del Juncal.

Yo no pasaba nunca por aquel sitio suburbano, sin sentir un imaginario olor a sangre, y mirar la tierra que me parecía enrojecida, porque allí, el 8 de junio de 1836, el Restaurador mandó fusilar a 110 indefensos.

Me quedó para toda la vida en los oídos la gritería de aquellos infelices, enloquecidos de terror, clamando en el momento de morir, por don Juan Manuel, a quien veneraban como a un dios.

Me separé de la procesión y apreté el paso para llegar al Socorro.

Desde el pretil, las Bustamante, espiaban el arribo de la gente.

El cura, en la sacristía, estaba radiante, bajo su casulla dorada, y se destacaba entre los demás sacerdotes de sobrepelliz, por su estudiada solemnidad.

Me cuchicheó al oído:

—¡De esta hecha está seguro *aquéllo!*

—¿El sillón del coro?

—¡Sí, hombre! pero habla más bajo. Van a cantar la misa conmigo el señor don Felipe Palacio, cura de la catedral...

—¡El obispo chico! — murmuré yo, pues tal nombre se le daba a causa de su gran valimiento.

—¡Más bajo, más bajo! Y el doctor don Miguel García...

—¡Ese es más que el obispo! — dije.

—Me han dicho que vienen muchos generales... —

Me hizo agachar y añadió: — ¡Que viene el general Paz!

Me sonreí con lástima y le observé:

—Pero no es el Paz que usted querría ver en su fiesta; no es el vencedor de la Tablada y de Oncativo; el que viene es otro Paz, el general Gregorio Paz.

Un leve desencanto dibujóse en el pálido rostro del futuro canónigo.

—¡Pero viene Lamadrid!

—¡Ah! "¡Mi compadre" no falta! — le contesté con el mismo tono con que un día le oí contestar a don Juan Manuel, cuando alguien, con mucho regocijo le avisó que a una de esas funciones había asistido el bravo tucumano: "¡Mi compadre no falta! ¡Pero más fe le tengo al mastuerzo!" Aludía al parentesco espiritual que los unía y a la escasa confianza que le merecían las dotes militares y los entusiasmos federales de Lamadrid, que antes de un año, en efecto, volvió a pelear contra el Restaurador.

Al poco rato, las campanas echadas a vuelo y los clarines del general Mansilla, y los cohetes quemados en las pulperías, anunciaron que los dos retratos entraban a la iglesia, entre ciriales, y bajo el palio de oro, para ser colocados sobre el altar, a uno y otro lado del sagrario. Las tropas quedaban afuera ,en orden de parada. ¡Y comenzó la misa!...

Me ardía la cara de indignación. La verdad es que desde el año del plebiscito, 1835, nuestra dignidad de hombres había venido sufriendo singulares desmedros, y conformándose en nosotros una conciencia acomodaticia.

Hacía un calor insoportable en la iglesia, y me salí al patio. Inesita había dispuesto allí las tablas, donde lo más granado de la concurrencia, iría a comer un bocado, a beber un trago, echar un brindis, y si acaso, bailar un pericón.

Y tal ocurrió. Antes de que las campanas repicaran, anunciando el final de la fiesta, apenas había sitio para

la media docena de personajes que se sentarían a la cabecera de la mesa.

Los manjares reducíanse a trozos de carne con cuero, tibia y sabrosa, y las bebidas a agua fresca y a algunas damajuanas de áspero vino carlón. No había cubiertos; pero los siniestros facones de los mazorqueros, cortaron las viandas a quién lo solicitó. Meses más tarde esos cuchillos y esas manos trascenderían a sangre humana.

Las lenguas empezaron a desatarse. Cuando los canónigos bebieron, se dió la señal de empezar los brindis, y el primero de todos, el general Lamadrid, de botas y de sable saltó sobre la mesa, con un vaso lleno en la mano y empezó a vomitar la usual retahilla de alabanzas y dicterios.

Sus grandes ojos negros lanzaban llamas y era tan gallarda su apostura y tan bien timbrada la recia voz, que su discurso se me imprimió en la memoria, indeleble y dolorosamente, y no necesito volver a leerlo en sus Memorias para estamparlo aquí:

"Brindo porque los traidores unitarios, que han tenido la vileza sin ejemplo de venderse a los indignos agentes de la Francia, para invadir y mancillar la independencia de la patria, vengan cuanto antes con sus despreciables amos a recibir el castigo que merece su infamia, y para que se convenzan los soberbios franceses de que su poder no es bastante para arrebatar a los argentinos su independencia.

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Viva su eminente jefe le Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los traidores a su patria!"

Desde que Lamadrid comenzó a hablar, yo observé en el coronel Santa Coloma, que estaba cerca de él, una terrible inquietud, como si lo enfurecieran las palabras de su colega, a quien enrostraba su generalato obtenido de manos del unitario Paz.

Así que el otro bajó, saltó él sobre la mesa, acogido por un aplauso, pues era un criollo de magnífica planta, y tenía fama de bravo.

No miró al general Lamadrid, pero sus palabras se refirieron a él ciertamente.

"Brindo por todos los federales, que sin arredrarse en peligros ni compromisos dan la cara de frente. Sí, señores, éste es el verdadero modo de ayudar a nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y no con venir a brindar aquí en un sentido, y después asociarse a los inicuos unitarios y a los asquerosos franceses..."

Desenvainó el facón que llevaba a la cintura, y lo blandió con gestos impresionantes.

"Es preciso desengañarse — vociferó. — Es llegado el caso de salir con palo y puñal por las calles, y a todo el que se conozca enemigo de Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, matarlo a palos y puñaladas; pues yo pido al Todopoderoso que no me dé una muerte natural, sino degollando franceses y unitarios."

Accionaba como un energúmeno y su facón arrojaba crudos reflejos de sol por encima de las cabezas de sus oyentes. No pensaba que moriría conforme a sus deseos. Doce años más tarde, doce años en que él fué una plaga de Dios, el día de la batalla de Caseros, en que se derrumbó el gobierno del Restaurador, como lo tomaran prisionero y lo llevaran enancado en un caballo ante el general Urquiza vencedor, éste, que no era tampoco tierno de entrañas, lo mandó degollar allí mismo, "por la nuca", para que expiara su barbarie.

En el momento en que Santa Coloma saltaba abajo de su tribuna, embocóse en el patio una polvareda que venía de la calle, como si ante la puerta se hubiera detenido un carruaje.

Llegaba Manuelita Rozas, cuya presencia debía contribuir al brillo de la función.

Me apenó, pareciéndome que la vista de tanta barbarie endurecería su corazón.

Corrí a recibirla, y fuí premiado con una sonrisa triste, en que se reflejaba la impresión de la orgía.

Consagrada a servir y a amar a "su tatita", y a librarlo de los peligros, mostrábase gentil en todas partes, aún

contrariando sus instintos de mujer delicada y fina, para mantener encendido en los corazones, aquel fuego de adoración que ardía en el suyo.

Al verla llegar se alzó un inmenso clamoreo de vítores, se echaron sombreros al aire, se llenaron de nuevo los vasos manchados y se bebió por ella.

El que no tenía vaso, empinaba la limeta o la damajuana.

El brigadier Soler, arrebatado de entusiasmo, empuñó la bandera con que don Juan Manuel hiciera la campaña del desierto, la agitó a dos manos, y apoyándose en el asta, se trepó penosamente arriba de las tablas, y echó su correspondiente brindis, que terminaba con las imprecaciones de ritual:

"¡Viva la Federación! ¡Viva el Porteño Rozas! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Mueran los anarquistas de Luis Felipe guarda sucios! ¡Muera el mulato Rivera y su sirviente Juan Lavalle!"

Yo sentía en la batahola el chillido de las tres Bustamante, que arrinconadas, con las mejillas encendidas y los ojuelos chispeantes, coreaban los vivas y los mueras, con voz tan estridente, que cada vez alguien se volvía erizado, a ver de qué gaznate salían aquellas jaculatorias.

Después de beber un vaso de vino aguado, Manuelita logró apartarse de la mesa, quedando resguardada por una columna. Yo permanecía a su lado; pero estaba mudo, censurándola en el secreto en mi corazón, porque siendo la única que podía contradecir a su padre en sus caprichos, no se atrevía a hacerlo, y callaba, al igual que nosotros, unos por miedo y otros por interés.

—Estoy afligida — me dijo; — en estos brindis siempre se dicen atrocidades. ¿Sabe que el otro día en una función, han dicho que mi tío Gervasio no es hermano de tatita?

—Sí, lo sé, — respondí.

—¿Y no sabe que eso ha llegado a oídos de mamita?

—¿De misia Agustina? — pregunté yo, espantado de

que alguien hubiera osado llevar a la madre de don Juan Manuel aquel chisme estúpido, pero terrible.

Doña Agustina López Osorio de Ortiz de Rozas era la única persona que podía hacer frente al Restaurador. Este había heredado de la altiva señora el tino administrativo y la indomable firmeza, pero la respetaba y la temía.

—¿Qué ha contestado su mamita?

Y Manuelita, casi llorando me dió a conocer la respuesta de la anciana:

—Ha dicho que tatita lo ha propalado; y que por su culpa murió abuelito, entristecido por el asesinato del doctor Maza.

Hizo una pausa, aguardó que el ruído ahogara sus palabras, para que sólo yo pudiera oírlas, y concluyó el mensaje que la madre de don Juan Manuel enviara a su hijo, desde su lecho, donde la parálisis la tenía clavada, y donde pronto debía morir:

—También le ha mandado decir que querría levantarse para agarrar un puñal y clavárselo en el pecho, porque infama las cenizas de su padre, y el honor de su madre...

La voz de Manuelita murió en un sollozo.

—¡Eso dicen de él, y lo dicen en mi propia casa! ¿porqué lo calumnian de ese modo? ¿No es verdad, José Antonio, que ningún hombre bueno puede pensar mal de tatita?

Yo bajé la frente y asentí, sólo por no verla sufrir, pero la maldición de la madre de don Juan Manuel había quemado como un rayo mi devoción por aquel hombre.

VI

Primeras noticias de Leonor

Comenzaron los días más aciagos de mi vida.

Hacía un mes que partiera mi padre en seguimiento de Jacinto Olmos, y no teníamos ninguna noticia de él.

¿Había logrado su objeto? ¿había fracasado? Y en tal caso, ¿qué era de Leonor, en poder de aquel truhán?

Mientras más revolvía esas angustiosas cuestiones, más encono sentía contra la que ideó el desatino de encomendar a Jacinto tan delicada misión.

Aunque harto lo pagó también ella.

No soy capaz de descubrir la sorda rabia que se apoderó de mi tía, cuando mi padre partió reventando caballos.

—Bien merecido lo tienes, — dije entre mí. — ¡Has caído en tu propia red! ¡Dios no quiere que seas mi madrastra!

En los primeros días, se enfriaron notablemente sus actividades domésticas. Mama Felisa, nuestra cocinera, entraba en la despensa sin darle aviso, y recibía la mazamorra en la puerta de calle, sin que ella intentara medirla y repartía el maíz a las gallinas sin tasa ni cuenta, y por su parte, las gallinas ponían los huevos que se les daba la gana, sin suscitar sospecha en mi tía, que en tiempos normales, vivía observándolas para zambullirlas en una tina de agua fresca no bien amenazaran enclocarse.

De pronto cambió. Algún suceso grato debió llegar a su conocimiento, porque volvió a ser lo que fuera, limpia y sutil como la luz y entrometida como el aire; empuñó de nuevo el timón de la casa, y se interesó por la suerte de dos o tres noviazgos, que iban cuajándose en el barrio, sin que ella interviniera.

¿Qué noticias había obtenido? Por puro espíritu de contradicción se me antojó que yo debía entristecerme en proporción a su creciente alegría.

¡Ciego de mí! Llegaría el tiempo en que yo imploraría el perdón de la buena señora, por haberla calumniado en mi pensamiento, y haber creído que la mayor desgracia nuestra sería que se cumplieran los planes de su diplomacia.

Mi casa parecía una prisión de enemigos. Todos vivíamos mirándonos a hurtadillas, y enfureciéndonos de las sonrisas ajenas, o gozándonos de las congojas, y sin hablar palabra. Yo espiaba a mi tía y a Benita y a don Tarquino, sintiéndome espiado por ellos; y llegué a desconfiar de mí mismo, suponiendo que no desconfiaba lo bastante de los otros.

Así terminó el año 39.

Una vez me resolví a pedir a don Juan Manuel permiso para ir en busca de mi padre, pero caí en tan malas circunstancias, que hube de aplazar mi proyecto.

Estaba de pésimo humor. Un paquete inglés recién llegado, había traído una carta de su gran amigo el general San Martín, dirigida al ministro Arana, comunicándole que no podía aceptar el nombramiento de plenipotenciario en el Perú, con que le había honrado el gobierno argentino.

Los federales sentíamos por el Libertador una admiración tanto más grande cuanto que conocíamos su adhesión a la política internacional de don Juan Manuel y sabíamos que le había ofrecido su concurso para luchar contra los franceses, aliados de los salvajes unitarios.

El Restaurador se enorgullecía de ello, a punto que en la lista de federales adictos, publicada ese año de 1840

por la Gaceta, el primer nombre era el de San Martín seguido por el del Almirante Brown, y el del general Urquiza.

La carta estaba escrita en Grand Bourg, pueblecito vecino de París, a 7 de octubre de año 39, y uno de sus párrafos, elocuente por lo que presentaba al Libertador con más relieve que todos los bronces que después le hemos levantado, decía así:

"Hay más, y éste es el punto principal en que, con sentimiento, fundo mi renuncia. S. E. al confiarme tan alta misión, tal vez ignoraba o no tuvo presente que, después de mi regreso de Lima, el primer Congreso del Perú me nombró Generalísimo de sus Ejércitos, señalándome al mismo tiempo una pensión vitalicia de nueve mil pesos anuales; esta circunstancia no puede menos de resentir mi delicadeza al pensar que tendría que representar los intereses de nuestra República ante un estado a quien soy deudor de favores tan generosos, y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria para desempeñarme con lealtad y honor. Hay que añadir que no hubo un solo empleo en todo el territorio del Perú, que ocupó el Ejército Libertador en el tiempo de mi mando que no fuese quitado a los españoles, o poco afectos, y dado a los hijos del país; y esta circunstancia debe haberme hecho una masa de hombres reconocidos, lo que comprueba el que, a pesar de mi conocida oposición a todo mando, no haya habido crisis en aquel estado, sin que muchos hombres influyentes de todos los partidos me hayan escrito exigiendo mi consentimiento para ponerme a la cabeza de aquella república. Con estos antecedentes. ¿Cuál y qué crítica no debería ser mi posición en Lima? ¿Cuántos no tratarían de hacerme un instrumento ajeno a mi misión y en oposición a mis principios...?"

Al copiar aquí este párrafo de la carta, siento en mi corazón la solemnidad de tanta grandeza.

—Señor — dije, cuando don Juan Manuel terminó — esa carta debe procurarle una completa satisfacción.

—¿Está loco, José Antonio? ¿no vé que los unitarios

explotarán el hecho para decir que San Martín se pone de su parte?

—No faltarán — proseguí — ocasiones en que el General manifieste de nuevo su amistad a V. E. y su adhesión a su gobierno, como lo hizo con motivo del bloqueo. Entre tanto su renuncia comprueba su desinterés; demuestra que cuando le ofrece su espada, no lo hace pensando en cómo se lo pagará V. E....

Pronuncié estas frases con verdadera convicción y sentí con qué halago el Restaurador acogió mi juicio.

Se desvaneció el pliegue siniestro de su frente, y me sentí impulsado a pedirle noticias de mi padre. Me adivinó por mi emoción, y me interrumpió, poniéndome sobre el hombro, aquella mano omnipotente que doblegaba a todos los enemigos, desde el rey Luis Felipe abajo:

—No pase pena por su padre; está seguro.

Salí desanimado y triste, por no haber sido capaz de formular la terrible pregunta que me quemaba la lengua: "¿Y ella, Leonor, es ya su mujer?"

En mi casa, encontré a mi tía, tarareando una canción criolla, mientras con dedos pulcrísimos repulgaba unas empanadas.

Sonriente y discreta, como persona que cultiva esperanzas en su jardín interior, se daba tiempo para atender la casa desde el zaguán hasta la huerta, y hacer dulces, y hornear pan, y perseguir las hormigas de los patios, y poner un clavel más en una cacerola desportillada, y todavía llegó a la mesa fresca como una lechuga, en su arrepollado vestido blanco de holán.

—¡Un padre nuestro por el alma del general Quiroga! — dijo a los postres — Padre nuestro que...

Yo no contesté al rezo, y ella, sin molestarse, concluyó su oración, y me dió a besar sus dedos blancos y suaves como natillas.

—¡Dios te haga un santo, José Antonio!

No pude aguantar más, y estallé:

—¿Qué noticias tiene de tatita?

Mi voz era agresiva, como tomándole cuentas de saber más que yo en el asunto.

Achicó la boca, y enarcó las cejas de ébano:

—¡Cómo! ¡tengo las mismas que tú!

—Pues yo no tengo ninguna. Podrían haberlo comido los indios o haberlo fusilado los unitarios, y yo tan tranquilo y tan ignorante de todo.

—Algo de las dos cosas ha estado a punto de ocurrir — respondió ella calmosamente. — Es raro que no lo sepas, pues todas mis noticias las tengo por mensajes de don Juan Manuel.

—¿Los indios, dice? ¿los unitarios?...

—Parece que el baqueano del portugués no era trigo limpio, y en Flores le tocaron el violín.

—Eso lo sabía...

—Y que el otro baqueano que le dieron por orden de don Juan Manuel, fué muerto en la Posta de Vergara por un negro...

—¿Un negro?...

—Sí... por Brumoso, en una riña.

—Yo creía que Brumoso estaría en la estancia...

—Así lo creía yo también, porque lo dijo don Tarquino. Ahora resulta que éste supo, no sé cómo, tal vez por esa cotorra de María Josefa Ezcurra, la muerte del primer baqueano, y diz que porque a tu padre no le faltase un hombre de confianza, envió tras él a Brumoso.

—¿Y es ese el hombre de confianza que tenía mi padre? ¿y usted lo sabía en peligro y no me advertía?

—Yo no sabía nada de esto. Y en cuanto a peligro, nunca tu padre ha corrido otro que el de no llegar a tiempo a Santa Fe.

Vaciló un momento, se llenó de rubores y al fin decidióse a explicarme:

—Yo creo que el Restaurador tenía ganas de fastidiar al portugués.

—¿Al portugués?

—Sí; don Tarquino estaba impaciente por que tu padre llegara a Santa Fe...

—Supongo, tía, — le interrumpí, — que más impaciente estaría mi padre, puesto que iba en busca de su novia.

Y le guiñé un ojo con verdadera maldad. No se dió por aludida.

—Sea lo que fuere; don Juan Manuel quería que Baltasar no llegara a su destino, y le puso un baqueano que había de extraviarlo; y don Tarquino, advertido de la maniobra, envió a su negro para que lo estorbase.

—Aquí hay gato encerrado, señora — exclamé — ¿Qué le importaban a don Juan Manuel, estos nimios asuntos? ¿Confesará, tía, que alguien más lo inspiraba?

—Piensa lo que quieras; — contestóme resentida — yo te cuento lo que sé; pero algún día te lo explicarás mejor.

—¿Y cómo don Tarquino adivinaba las órdenes del Restaurador?

—¡Vaya un misterio! Lo habrá puesto sobre aviso la María Josefa, que está al cabo de todas las cosas políticas.

—¡Acabáramos! — exclamé golpeándome la rodilla, al recordar que entre mi tía y la cuñada del Restaurador existía una antigua rivalidad.

Don Tarquino, para sus planes, se había ganado la voluntad de doña María Josefa, deseosa de contrariar a mi tía, cuyos empeños amorosos adivinaba; pero ésta había cogido la sartén por el mango, decidiendo en su favor la influencia de don Juan Manuel.

—¿Vas comprendiendo, hijo?

—¡Oh, dama sutilísima! ¡qué delgado hila su merced!

Paladeó con gusto el elogio de sus artimañas, desdeñando hacerse cargo de la ironía con que lo aderecé.

—¿Y a todo esto, señora, ¿quién pudo más? ¿don Juan Manuel o don Tarquino?

—¡Quien lo puede todo! — respondió contoneándose en la silla hamaca de mimbre —. Tu padre está ahora en Córdoba sano y salvo...

—¡Y furioso, me imagino!

—No creo... — contestóme sin inmutarse.

—¿Y ella? — interrogué por fin.

—¡Tarde te acuerdas de ella!

—¿Dónde está?

—En Santa Fe, como siempre.

—¿Y Jacinto Olmos?

—¡Vaya! no puedo informarte acerca de todo. Por ejemplo, de éste nada sé.

Estábamos en el comedor, entornada la gruesa puerta, para aislarnos del resplandor del sol. Era el día caluroso en extremo y la ciudad se adormecía en la paz de la siesta.

Bajo la galería dormían los pájaros en sus jaulas, ascsando y con las alas abiertas.

Pero las espesas paredes de adobe conservaban en nuestro refugio la frescura del aire de la madrugada, única hora en que se ventilaba.

Mi tía sintió el ligero rumor de unos pies descalzos, y me indicó que callara.

Entró Benita trayendo a dos manos una paila de tunas recogidas en la huerta, esa mañana. Sin mirarnos, pero atenta la oreja, depositó la vasija sobre el suelo, en el rincón más sombrío y salió a traer un balde de agua recién sacado. Mi tía no hablaba y yo estaba impaciente, quemado por sus sonrisas maternales.

Chirrió la rondana del aljibe y al ratito volvió la muchacha con el agua, que vertió sobre las tunas.

—Estarán bien frescas para después del baño, — dijo, y volvió a salir.

—Cerrá la puerta, chinita, — ordenóle tía Zenobia, y de nuevo quedamos solos, en hospitalaria penumbra.

La dama corrió su silla para estar más cerca de mí.

—¿Es posible que no tenga noticias de Jacinto Olmos, tía?

Me pareció que la ansiedad con que hice la pregunta le supo a mieles.

—¿Te interesa tanto la suerte de ese mozo?

—No es por él, — respondí secamente.

—¿Es por Leonor, entonces?

—Sí, por ella es...

—¡Tarde te interesas por ella, José Antonio!

Palidecí, temiendo una mala noticia.

—Nada sé de Jacinto, — agregó, — dicen que don Juan Manuel averiguó que había caído en manos de Lavalle.

—¡Más vale así! ¡Amalaya lo fusilen!

—¡Mal corazón tienes!

No me atreví a hablar más de Leonor, avergonzado de no apesadumbrarme, sabiendo que mi padre no había llegado hasta ella.

—Me voy a echar un sueñito, — díjome, y se levantó con sandunguero rumor de enaguas almidonadas.

Si yo había de averiguar de Leonor, debía ser en otro lado... ¿Pero, en dónde, Dios mío? A cuantos fuera a preguntar de ella, se les ocurriría el mismo pensamiento: "José Antonio está celoso de su padre..."

En mi cuarto, fresco y sombrío, con las maderas entornadas, perfumado por el alma del jardín, hallé a Benita disponiendo sobre mi velador un ramo de claveles en una jarra de plata.

Me sorprendió la tristeza de su fisonomía. Desde hacía tiempo, aquella muchacha era un viviente secreto.

—¿Cómo van tus amores, Benita? — le dije cuando se iba.

Se volvió, con la mano puesta en el picaporte, y fijó en mí sus ojos ardientes y fieles.

—Uno de estos días tendrá noticias de la niña Leonor.

—¿Quién me las traerá? — pregunté ansioso, y la emoción de mi pregunta amortiguó su mirada.

—Yo mismo, niño.

—¿Me contarás lo que mi tía sepa?

—No, niño; lo que yo le cuente no lo sabrá nadie.

—Y a tí ¿quién te lo contará?

Me contestó con visible desgano:

—Don Tarquino espera un chasque de Santa Fe.

—¡Ah! — exclamé sonriendo estúpidamente y creyendo halagarla. — ¡Es verdad que el hombre no tiene secretos para tí! Dios te lo pagará, si sabes arrancarle cuan-

to sepa y contármelo.

Salió, cerrando mi puerta.

No se desvaneció con esto la prevención que le tenía.

Dios ha hecho que el corazón humano sea un vaso de misterios. Las almas de los pobres mortales son como las estrellas, se envían su luz a la distancia y no se juntan nunca, y las que más cerca brillan no son las que más conocemos.

Quise hacerle una última pregunta, y me asomé al patio, pero me contuve y entorné sin ruido mi puerta. Estaba en la galería, a pocos pasos, pegada la frente en la pared. No me vió, y noté que lloraba silenciosamente, quebrantada por un misterioso dolor, que quise respetar.

Dicen que bajo el gobierno de don Juan Manuel los esclavos le sirvieron de espías. Por ellos pudo ver y oir y recordar lo que ocurría, no sólo en las casas de sus adversarios sino también en las de sus amigos.

Es posible que eso ocurriera. Pero lo que yo he visto es lo contrario, la servidumbre tradicional de nuestras casas sacrificó a menudo su interés por ser fiel a sus amos, y lo fué con una lealtad y una abnegación que muchas veces llegó hasta al heroísmo.

Ahora podemos hablar así; pero en los días del terror, hacia el año 40, obedecíamos a la creencia general de que don Juan Manuel disponía de los esclavos y sirvientes, por lo que instintivamente nos guardábamos de ellos.

Todavía seguí creyendo en sus rarezas, porque no comprendí por qué lloraba.

El calor sofocante no me dejó dormir, y me sacó de la cama antes de la hora habitual. A mi tía debió ocurrirle otro tanto, pues no bien me sintió levantado, me envió una jarra de plata con agua fresquísima del aljibe, y una garrafita con sorbete de guindas.

—Dice mi amita que pase al comedor a comer tunas y que si quiere acompañarla al río a la tardecita...

—¡De mil amores! que voy en seguida.

En aquellos tiempos, las familias más aristocráticas

tenían la pintoresca y saludable costumbre de bañarse en el río, en el bajo de las Catalinas.

Tal baño era una institución, casi religiosa, como que no se practicaba sino después del ocho de Diciembre, día en que los padres franciscanos y dominicos bautizaban el agua, bañándose ellos mismos.

Al oscurecer, numerosas caravanas de familias, a pie, bajaban al río, donde se establecía cierta separación de sexos, no muy rígida, sin embargo, pues recuerdo a don Pío León boyando sobre las olas y yendo de grupo en grupo con cartuchitos de pasta de Orozuz, que ofrecía a las damas.

El boticario y su esposa eran siempre de nuestra comitiva. Llegó misia Mariquita León en paños menores, bien envuelta en una sábana de baño, blandiendo su abanico, con que se defendía de los pellizcos de don Pío. Este no tenía nada de particular en su tocado; iba con su frac color aceituna y el sombrero de paja en la mano, echándose aire con una pantallita en la calva sudorosa.

A veces nos seguían dos o tres sirvientes, que se chapuzaban algo apartados de sus amos, y un negrito para cuidar la ropa en la playa.

Don Tarquino Fonseca, tomaba el fresco a la puerta de su tienda, comiendo sandías, cuyas cáscaras echaba a rodar por la calle.

Al vernos se metió precipitadamente y salió de chaqueta y sombrero, y se deshizo en saludos, pidiéndonos permiso para acompañarnos, pues ya iba a cerrar el negocio.

Tía Zenobia me dió un codazo y me advirtió en voz baja:

—Este nunca se baña, pero es curiosillo.

—Algo habrá que le llame la atención, — repliqué.

Sonrió sin contestar, arrebujándose con donaire en la especie de albornoz que la envolvía hasta el cuello.

Grande era la algazara reinante en la costa; el vaho de horno que pesaba sobre la ciudad, había arrojado de sus casas a toda la población. Los más iban a bañarse;

pero otros, y entre esos todos los pilluelos y algunos mozalbetes de mi edad, iban a ver y a travesear.

Don Pío León se desvestía al reparo de una chalupa, que se ponía quilla arriba desde veinte años atrás. De sus bordas carcomidas suspendía con todo mimo el frac, los calzones y el chaleco punzó.

Un cuarto de hora después estábamos todos en el agua, gozando del imponderable deleite de sumergirnos en el trémulo cristal de nuestro magnífico río.

A tal hora, y en días como ése, calurosos y límpidos, parecía llamear el horizonte, enrojecido por los resplandores del crepúsculo. A lo lejos, en balizas exteriores, podían percibirse las cofas de los buques franceses, en las que el sol ponía su último destello.

Cuando entraba la noche, luces rojas y verdes anunciaban a Buenos Aires que permanecía allí la escuadra del rey Luis Felipe, con los ojos abiertos y los cañones prontos. No faltaba en ocasiones, algún enardecido federal, que en cueros y chorreando agua, se empinara sobre las toscas, y alzara el puño, maldiciendo al rey guardachanchos y a sus aliados, los inmundos y salvajes unitarios.

—¡Don Pío! ¡José Antonio! — gritó mi tía cuando empezó a tiritar, — ¡sálganse!

Su voz aguda se sobrepuso al melancólico rumor de las olitas que se desmenuzaban en la playa. Don Pío fué el primero en obedecer, y salió resoplando.

—Dios no ha hecho nada mejor que el *acqua fontis*.

—O *acqua fluminis*, — rectifiqué yo.

—Es lo mismo, José Antonio. Imagínate qué sería de nosotros sin esta bendición del cielo...

Con la ropa de baño pegada al pellejo, denunciando las curvas y los pliegues indescriptibles de la barriga, la figura del boticario era inolvidable.

Observando que yo lo miraba, se fué de un trotecito a su chalupa.

Cuando al rato me le acerqué, lo hallé vomitando palabrotas.

—¡Esos pilletes me han robado la camisa y los calzones!

—¿No dejó quien se los cuidara?

—Desgraciadamente, no.

Registró arriba y abajo, a popa y a proa, a babor y a estribor de la embarcación, sin más resultado que acrecentar su amarga certidumbre.

—¿Y cómo me vuelvo a casa? — gimió.

—A ver, póngase el frac — le dije. — Puede ser que no se advierta...

Con alguna leve esperanza, don Pío metió el busto desnudo en el chaleco punzó, y encima se abotonó el frac. Se enfundó en los holgados calzoncillos, y se puso los zapatos de género.

—¿Quedo muy mal?

—No, don Pío; queda muy bien; en la media luz del anochecer nadie advertirá que le faltan prendas. Camine adelante.

Echamos a andar por el bajo, lleno todavía de bañistas. Don Pío, cariacontecido, iba escudriñando en las caras de los pilluelos que hallábamos al pasar, si no sería alguno de ellos el autor de la broma. Yo lo seguía convulso de risa, porque en mi vida no he visto figura más extrafalaria que la del boticario sin camisa, sin calzones y de frac.

Venían a cierta distancia las mujeres, ensabanadas, al tranquito, para no agitarse y echar a perder su baño. No habían advertido el suceso.

Cuando cruzábamos la plaza era ya de noche. Don Pío empezaba a cobrar ánimos, seguro de llegar a su casa sin llamar la atención.

Mas, una banda militar que salió del Fuerte para ir a tocar la retreta, como de costumbre, en la esquina de las calles Perú y de la Victoria, nos dió alcance, de modo que hicimos todavía un par de cuadras, entre los magníficos acordes de una marcha, y la algazara de los muchachos que llevaban los atriles y los farolitos de los músicos.

Creo que desde ese día don Pío León no fué a bañarse más de frac. Pero no impidió eso que después de vestirse y de merendar, lo halláramos en la retreta, a donde acompañé a mi tía, que deseaba tomar lenguas sobre unos rumores de batalla librada en la Banda Oriental, y en la que se daba por vencidos a nuestros amigos los entrerrianos.

La noticia habíasela trasmitido una sirvienta, que decía tenerla de don José Olaguer, aquel inofensivo tendero, que a la siesta jugaba a la malilla con don Tarquino.

¡El mísero no sabía lo que costaba propalar en 1840 noticias semejantes!

La calle hervía de gente, a la escaza luz de los farolitos de los atriles y de algunas lámparas encendidas en los zaguanes. Las niñas vestidas de blanco se paseaban, contestando saludos y premiando con sonrisas los disimulados piropos de los buenos mozos.

Las damas de edad, sentadas en sillas junto al cordón de la vereda, vigilaban, a las muchachas, que no dejaban de aprovecharse de las sombras para cambiar alguna palabrita, alguna flor y hasta algún billetito con el dueño de sus pensamientos.

La negra Micaela, rengueando, se colaba por entre los grupos, con una canasta cubierta por blanquísima toalla, y ofrecía rosquitas de maizena, alfeñiques, pancitos de dulce de coco y bollitos de Tarragona, recién horneados.

Nadie parecía tener informes de la batalla; pero notábase una extraña inquietud entre las familias vinculadas a las cosas políticas, como si se hubieran recibido o se estuvieran esperando graves noticias, que unos acogerían con pesadumbre y otros con alegría.

La noche era sofocante, y las luces de la calle atraían oleadas de mosquitos hambrientos.

—Vamos a casa, José Antonio, — dijo mi tía a cosa de las diez.

Estaba malhumorada. Sentía que ante ella se refrena-

ban las conversaciones de muchas amigas suyas, sospechándola demasiado adicta al gobierno.

—¡Unitarias han de ser! — murmuraba ella, mientras nos dirigíamos a casa. — ¡Quiera Dios que no sea verdad lo que nos han contado! Estas gentes tan altaneras, a pesar de tanta derrota, con una victoria de los suyos, se pondrían intratables.

A medida que nos alejábamos de la retreta, nos internábamos en el silencio y en la lobreguez de la ciudad dormida.

Por una ventana abierta, hacia la calle, se desbordaban los acordes de un piano. Una muchacha tocaba en la oscuridad y cantaba:

Tengo un tío de cadete
En las guardias españolas,
Que en pidiéndole dinero
Echa mano a las pistolas.

Mi tía se detuvo ante la reja, y cuando terminó la estrofa, gritó: — ¡Buenas noches!

—¡Hasta mañana! — le contestaron de adentro sin reconocerla.

Seguimos adelante. Sobre la mesa del comedor nos esperaban unas sandías, que Benita se puso a partir, y una copita de guindado.

Al vernos cayó mama Felisa, alarmadísima, porque al ir al tenducho de don José Olaguer, a inquirir mayores detalles de aquella noticia que él mismo le diera, supo que la policía se lo había llevado.

—Bien hecho, — dijo mi tía — para que no se metan a propalar cosas que regocijan a los unitarios.

—¿Pero que hay de cierto en lo que se dice?

Mama Felisa había sido más afortunada que mi tía, en sus averiguaciones. Don José Olaguer, llegado de la Colonia en una chasquera, había contado que en Cagancha, lugar de la Banda Oriental, las tropas del pardejón Rivera habían deshecho al ejército invasor del general Echagüe, gobernador de Entre Ríos, y vencido a

la vez al general Urquiza, que los federales considerábamos el año 40 como uno de los más firmes sostenes del Restaurador.

—Si eso fuera así — observó mi tía — razón les sobra a los unitarios para estar contentos.

Desde la conspiración del coronel Maza se nos habían anunciado tanto las fantásticas expediciones del general Lavalle y de los franceses sobre Buenos Aires, que habíamos acabado por no creer en ellas.

Los mismos unitarios, que fundaron tantas esperanzas en la revolución del sur, sentíanse cruelmente desencantados. Se conocía, en Buenos Aires una carta interceptada por hombres de don Juan Manuel.

"Puedes estar cierto — escribía el general Lavalle al desgraciado Castelli, jefe de aquella revolución — de que serás protegido por la Legión que mando, en caso necesario".

Y este mensaje, destinado a levantar el corazón de los revolucionarios, tenía fecha del 24 de Noviembre, tres semanas después de ser vencida la revolución y degollado Castelli.

El mordaz don Juan Manuel se había apresurado a difundir el contenido de las misivas, sabiendo cuánto desalentaría con ella a sus enemigos.

Pero lo de Cagancha no era el anuncio de futuras y legendarias proezas, sino la noticia de un hecho real, que se refería con detalles, en forma que apenas pudiera quedarnos recelos de su veracidad. Y aun la prisión de don José Olaguer, por haber soltado la lengua, indicaba la importancia que el gobierno atribuía al suceso.

Estoy cierto de que mi tía pasó una mala noche.

A la mañana siguiente, me despertaron los llantos de mama Felisa, que regresaba del mercado con su tipa de cuero llena de víveres.

—¡El pobrecito! ¡quién se lo dijera!

Me vestí de prisa, y salí al patio.

—¡Allí en la plaza! ¡andá!, José Antonio, y se te partirá el alma!

En efecto. En una punta de lanza de la verja que rodeaba la pirámide de Mayo estaba clavada la cabeza del mísero Olaguer.

El siniestro despojo había ahuyentado a la gente. No se veía un alma en los alrededores.

Me acerqué lleno de piedad, sublevada mi conciencia por aquel crimen alevoso y cobarde, y sintiendo que me alejaba más del hombre a quien yo servía.

Un hilo de sangre coagulada descendía hasta el suelo. Los ojos del muerto, hundidos en sus cuencas y cerrados, no reflejaban la angustia con que debieron ver llegar a los asesinos. Una infinita serenidad había en la frente blanquísima, coronada por ralos cabellos encanecidos.

Las moscas verdes zumbaban a su alrededor, o se posaban en la boca, desdentada y sangrienta.

VII

Un minué federal

Transcurrieron largos meses marcados por el dolor y las preocupaciones.

La guerra civil ardía en toda la república, como veinte años atrás, y en Buenos Aires los mazorqueros habían tomado la calle del medio para sus fechorías.

Pasamos el otoño temblando y sin noticias de los ausentes, y yo calcinado por el deseo de salir de la ciudad, aunque hubiera de caer en manos de Lavalle.

De tarde en tarde Benita me contaba algo de lo que le llegaba a don Tarquino, que seguía haciéndola objeto de misteriosas confidencias; y yo no me decidía a escucharla sin recelos.

A ser cierto lo que me informaban, mi padre seguía recluído en Córdoba. "Don Juan Manuel cuida de Baltasar", me decía a menudo mi tía, sin explicarse mayormente, alegando que no sabía más, muy satisfecha de que el buen señor no pudiera dar un paso hacia Santa Fe.

De Leonor, nada, y de Jacinto Olmos, a quien yo suponía impaciente por utilizar el famoso poder, si es que no lo había utilizado ya, la misma ignorancia.

Entonces resolví abandonar el servicio del Restaurador, y ponerme en viaje, arrostrando el peligro de que los unitarios me fusilasen por federal, si es que antes

de salir no me habían degollado los federales por desertor.

Sólo me retenía la consideración de que iba a traicionar mis antiguas convicciones políticas en los momentos en que palidecía la estrella de don Juan Manuel.

Antes de Caseros, nunca se vió más cerca de su definitiva derrota que en Agosto del año 40.

El general Echagüe, vencido por Rivera en Cagancha, se acababa de desquitar contra Lavalle, en la batalla de Sauce Grande, en Entre Ríos, pero fué incapaz de impedir que el general unitario salvase buena parte de su ejército, y en la escuadra francesa, cruzara el Paraná, para marchar sobre Buenos Aires.

Esta valiente maniobra, realizada por un ejército semivencido, llenó de estupor a los federales y enardeció de tal modo a los unitarios que para saber las convicciones políticas de cada uno, ya no fué menester sonsacar a la servidumbre, bastó mirar si la cara era alegre o despavorida.

Una mañana Mariño, redactor de la "Gaceta", y comandante del cuerpo de serenos de la ciudad, llegó muy agitado a comunicar a don Juan Manuel la nueva de que en Tala, había ocurrido el primer encuentro, asestando Lavalle un buen golpe al general Pacheco, jefe de las vanguardias federales.

He dicho ya que don Juan Manuel tenía mucha confianza en su destino y un gran desdén por el general unitario. Pero esta vez no lo ví sonreir.

—El hombre se nos acerca — respondió con una frialdad que traslucía su preocupación. — Y no tenemos cómo atajarlo.

Horas después, aquella respuesta era conocida en toda la ciudad. Los unitarios no cuidaban de disimular su regocijo, creían que la campaña se sublevaría, que el paisanaje correría a engrosar sus filas, que la escuadra francesa haría un desembarco en el bajo de la Recoleta, y que el general Lavalle tomaría sin esfuerzo a Buenos Aires.

Y como sucede en trances tales, mermaban los amigos y se multiplicaban los adversarios del que iba a caer; y multitud de jóvenes entusiastas, se escapaban por la costa de San Isidro, para enrolarse en el ejército unitario acampado en Merlo, a siete leguas de la ciudad.

Pero Lavalle se desgastó en vanas escaramuzas, dando tiempo a que don Juan Manuel organizara la resistencia en Santos Lugares.

Ni las campañas se sublevaron, ni en la ciudad brotó la revolución, ni en la Recoleta desembarcaron los franceses; y un día, cuando los corazones estallaban de ansiedad, esperando por minutos que tronara el cañón en Santos Lugares, se supo que el general Lavalle emprendía la retirada por el camino de Santa Fe...

Así empezó la siniestra primavera del año 40.

Yo, que al aproximarse el ejército unitario creí en la caída del Restaurador y me sentía vinculado a su desgracia, cuando lo ví triunfante, sin disparar un tiro, asistiendo impasible a las hazañas de los mazorqueros, ví llegada la ocasión de huir de la ciudad.

No confié a nadie mi proyecto y empecé a buscar un baqueano seguro que se atreviera a desertar conmigo. Una mañana, Benita me anunció que un paisano quería hablarme.

—¿Dónde he visto yo esta cara? — me pregunté cuando entró un mocetón de bigotito negro, traje soldadesco, arisco de mirada, pero de buena apariencia.

—Se vé que no me recuerda, — dijo cuando hubimos cambiado un saludo.

—Te diré la verdad, me acuerdo de haberte visto, pero no sé dónde.

—¡Yo soy Anselmo Pereyra, el hombre de Pepa la Federala! — respondió con cierto énfasis.

—¡Vaya con mi mala memoria! ¿Y qué es de la vida de esa prenda?

—Anda en campaña, lanceando unitarios.

—¿Y vos?

—También yo; y vengo mandado de ella a traerle noticias, que han de ser de su gusto.

El corazón empezó a latirme con fuerza, presintiendo a quién iba a nombrar.

—Hemos andado por Santa Fe; y una niña le manda un saludo.

—¿Has visto a Leonor? — alcancé a balbucear.

—Sí, niño.

Cerré los ojos y me animé a formular mi terrible pregunta:

—¿Está soltera?

—Sí, niño.

—¿Y de tatita no hay noticias por allá?

—¡Nada se sabe!

—¿Y de... Jacinto Olmos?

El joven paisano, que un día estuvo a punto de ser asesinado por mi primo, se estremeció y me respondió sordamente:

—¡Cómo si lo hubiera tragado la tierra!

—Ojalá fuera así — le contesté, y sabiendo que podía contar con su adhesión, le expuse mi ardiente deseo de salir de la ciudad, y le pedí que buscase caballos para partir a la mañana siguiente.

¿Hacia qué rumbo iría? ¿A Córdoba, donde estaba mi padre, como prisionero, gracias a las artimañas de mi tía? ¿A Santa Fe, donde estaba Leonor?

Ese mismo día las circunstancias lo decidieron.

Mientras Anselmo Pereyra iba por su lado a buscar los buenos pingos que necesitábamos, yo me dispuse a ir a mi secretaría, como de costumbre.

Sentíame aliviado de la pesada coyunda con que don Juan Manuel ataba nuestros corazones y nuestras voluntades.

Mi tía regaba sus plantas, vestida de claro. Parecióme fresca y juvenil como nunca, porque yo empezaba a mirar las cosas con mejores ojos; y quise decirle algo agradable.

—¡Cómo le gustaría a tatita verla en ese traje!

Sonrió donosamente, cortó unas diamelas de tropical perfume, y me las puso en el ojal.

—¿No sabes que esta noche estaremos de baile?

Yo contaba con partir después del toque de ánimas, hora en que ya nadie transitaba por las calles, y tal anuncio me desconcertó.

—¿Dónde y a qué santo es la fiesta?

—En lo de Manuelita Rozas, festejando la retirada de Lavalle, y ha mandado invitarnos.

Me disgustó el anuncio.

Don Juan Manuel había delegado el mando en su ministro doctor Arana, para encargarse de la defensa de la ciudad; y acampaba en Santos Lugares; pero esa mañana, lo encontré en su despacho.

Nada en su rostro revelaba las preocupaciones y la fatiga de esos días de trabajo febril; y en su frente, limpia del inquietante ceño, y en su mirada azul, resplandecía el orgullo. Sin embargo, creo que su espíritu mordaz, no se complacía tanto de haber salvado del peligro, como de haber chasqueado a los que de antemano festejaron su caída.

Era el primer baile, después de la muerte de doña Encarnación; y seguramente el Restaurador esperaba llenar sus salones de unitarios, y adivinar bajo sus sonrientes homenajes, el pálido terror de las almas.

Recibióme con alegría, y me dió la mano.

—Acaba de salir Manuelita — me dijo — pero la voy a llamar porque tiene algo que encargarle.

Un asistente corrió en busca de la niña. Mientras tanto él, que parecía adivinar mis pensamientos, me decía:

—Voy a mandarlo a Santa Fe, con pliegos secretos para el general Garzón. Lavalle querrá tomar esa ciudad, para establecer comunicaciones fáciles con la Banda Oriental, a través de Entre Ríos...

La emoción me incapacitaba para contestar lo más mínimo. Sentía una inmensa alegría, asegurando mi viaje; pues ya no sería un desertor, sino un correo de don

Juan Manuel; pero temía una celada, y me mortificaba servir algún oculto propósito del Restaurador.

Ya en su vestido blanco, lleno de bolados y ceñido por una cinta rosada, anunciaba Manuelita la primavera.

Llegó azorada, empeñándose en disimular una inquietud, que no podía escapar a mis ojos prevenidos.

¿De qué le había hablado él, momentos antes? ¿Acaso de mí? Tal podía creer, pues al verme se ruborizó, y a la primera palabra del Restaurador se puso triste.

—Niña, aquí está José Antonio, empeñado en irse a Santa Fe. Hágale su encargo y le dará un gusto.

Ella titubeó, lo miró como implorándole que no la sometiera a esa tortura. El la tomó de la mano dulcemente, me la puso delante y volvió a decirle:

—Dele no más el mensaje que ha de llevar a Santa Fe...

Bajó Manuelita los ojos, y murmuró:

—Que le vaya bien, y que le dé recuerdos de mi parte a Leonorcita; y que me alegraré mucho de que las cosas ocurran a su gusto; y que alguna vez todos nos veremos en Buenos Aires... ¿Nada más, tatita?

La besó en la frente, con gran ternura, y ella se fué más inquieta y confundida de lo que vino.

Me había quedado pensando si debía alegrarme o lamentar la intervención que don Juan Manuel parecía dispuesto a tomarse en mis asuntos, cuando su voz me volvió a la realidad.

—Quiero que haga el viaje con la rapidez de un chasque. En las postas le darán buenos caballos de muda, para usted y su baqueano... ¿Tiene alguno?

—Sí, señor...

—¿No será como aquel bribón que llevó su padre?

—Es Anselmo Pereyra, quizás lo conozca V. E. por el marido de Pepa la Federala. Ha venido licenciado...

Me miró fijamente.

—¿Pensaba desertar, José Antonio?

—Sí, señor — contesté sin vacilar.

—¿Tanto es su apuro en irse a Santa Fe?

Tampoco me animé a disimular esa verdad, y mi respuesta afirmativa pareció alegrarlo extraordinariamente. Me acordé entonces de que mi tía una vez me dejó entender que el Restaurador estaba arrepentido de haber desterrado a los Matorras, porque solamente Leonor podía impedir que *una persona* se enamorase de Manuelita y se hiciera querer de ella.

Nada afligía tanto a aquel hombre, como la preocupación de que su hija se casara, abondonándolo en la espantosa soledad espiritual que él mismo creó a su alrededor.

Se me ocurrió que *aquella persona* era yo, y en el acto comprendí las intenciones.

Cuando salía de la casa, alcanzóme una china del servicio de Manuelita:

—Dice la niña que quiere hablarlo, y que le haga el gusto de ir al segundo patio.

No pude vencer un movimiento de vanidad. ¿Era en efecto yo *aquella persona* temible para don Juan Manuel? ¡Bendito sea Dios que así levanta a los pequeños!

En el acto me avergoncé de tales cosas.

No tenía Manuelita los ojos claros y agudos de su padre, pero aquellos esplendentes luceros de su rostro de morena, también sabían penetrar en las almas, con una aguda sagacidad de mujer.

—¿Se iba sin despedirse de mí? ¿piensa que lo habría perdonado si así se fuera?

Sonreía con tristeza al reconvenirme, y yo confundido apenas me atrevía a mirarla.

—No, Manuelita, aún no me voy.

—¿Cuándo es el viaje?

—Saldré al alba.

—¿No se olvidará de mi mensaje?

—No me olvidaré de los que han sido buenos conmigo...

—¿Y no volverá nunca, verdad?

—¿Cómo he de saberlo yo mismo? Me aguardan tantos peligros, que puedo morir.

—¡No, no! — exclamó sacudiendo enérgicamente la cabeza, — no morirá; pero tampoco volverá a Buenos Aires...

Nada respondí, temiendo descubrirme.

—¿Lo dejará a tatita?... ¿se hará unitario?

—¡Oh, Manuelita! ¿quién le ha dicho eso?

—¡Nadie!

—¿Cómo puede imaginarlo entonces?

—Dígame que no, y voy a creerle...

Estábamos solos, bajo un parral del patio, que la primavera iba llenando de mariposas verdes; la brisa, agitando aquellas hojas nuevas, producía un tierno y apacible rumor.

Me parecía inicuo mentirle; un suspiro, perceptible sólo por mí, alzó el noble pecho de la joven.

Me tendió la mano y me dijo con bondad:

—No falte a mi baile esta noche...

Y se alejó, dejándome triste.

Si no hubiera tenido una irrevocable resolución de partir, sus palabras conmovidas me habrían detenido.

Cuando llegué a casa, me anunciaron que Inesita Buitrago y su hija estaban con mi tía y que la joven había preguntado por mí.

Desde que un día aludió Juanita a los secretos de Leonor, yo temía y a la par me interesaban sus confidencias.

La hice llamar y vino, agitada por una intensa emoción, y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Bien haya la niña que llora, porque no la llevan al baile! — exclamé.

—¿Quién dice que no me llevan? ¡Ojalá fuera así! ¿Qué voy yo a festejar en casa de don Juan Manuel?

—Lo que todos, la terminación de la guerra civil...

En pocos meses aquella criatura se había trasformado. No era la muchacha turbulenta, de belleza pueril, a quien una tarde acompañé, ganoso de sondear sus secretos, y ver si aquella cabecita de quince años, consideraba seriamente las cosas graves que llenaban nuestra vida.

Con un dejo de orgullo me habló del capitán Duarte,

uno de los valientes revolucionarios, que a duras penas escapó vivo en Chascomús.

—Creía que te hubieras olvidado de él — me dijo, viendo que yo recordaba sus palabras de aquel día.

—¿Cómo no he de acordarme de los que te quieren, Juanita? ¿Lo ves siempre por arriba de las tapias de don Juan Bueno?

—Lo veo, pero no de ese modo. Vive en la ciudad.

—¿Escondido?

—No; a la luz del día, es oficial en los cuadros de don Juan Manuel.

Su reserva y emoción, me explicaron todo.

—Ya comprendo — le dije, atrayéndola al fondo de la habitación; — ¿Duarte sigue siendo unitario?

Asintió con un ademán.

—¿Sabes que corre un peligro inmenso? Si lo descubren lo fusilarán sin piedad...

Se puso más pálida, y en sus ojos se encendió una llama de reconcentrado furor:

—Ya lo han descubierto... Su salvación está en tu mano...

—¿En mi mano? ¿cómo puede ser?

—¡En tu mano! — repitió con vehemencia, — o en la mía...

Me hizo temblar el tono resignado de estas últimas palabras.

—Una vez me dijo Leonor — prosiguió Juanita — que aun siendo federal, merecías toda nuestra confianza...

—¡Eso te dijo Leonor! — exclamé yo ebrio de alegría. — ¡Bendita seas, pues me vuelves la paz!

—Así me habló... ¿siempre se te puede contar todo, José Antonio?

—Sí; ¿qué pasa?

Espió a su alrededor para constatar que nadie podía oirla.

—¿Tienes miedo? ¿cómo puedes haber cambiado tanto tú, que eras valiente como Lavalle? ¿de qué tienes miedo?

—¡Santa Coloma se me ha declarado!

—¡El miserable! — murmuré con ira, recordando al militarote, que sobre una mesa, en el patio del Socorro, brindó por que los federales no se cansaran de degollar unitarios.

En aquella época, la desgracia más grande que podía caer sobre una joven, era el ser distinguida con el amor de algunos de esos bribones.

No quise manifestar de pronto mis temores, y le dije:

—Habrá descubierto que estás de novia, y tiene celos de Duarte.

—¡No! — hizo ella con un gesto vehemente. — Ha descubierto que es mi novio, pero no tiene celos... no le importa... ¿comprendes?

—No comprendo, — respondí alarmado, temiendo comprenderlo demasiado bien.

—Ha descubierto quién es y me ha dicho que no tiene celos... Pero le ha puesto un precio a la vida de Duarte; un precio que está en mis manos... ¿todavía no comprendes?

Escondió la cara y rompió a llorar con violentos sollozos.

—¿Me dijiste que yo puedo salvarlo?

—¡Sí!

—¿Qué debo hacer?

—Ayudarlo a salir de la ciudad, consiguiéndole un pasaporte.

—Mañana me voy a Santa Fe, — respondí.

—¡Llévalo contigo!

—No querrá venir; yo voy al servicio del Restaurador, y él...

—¡El va a enrolarse con Lavalle!... José Antonio... ¿conservas la corbata celeste de Leonor?

—¡Oh, Juanita! — exclamé embriagado por el dulce recuerdo — ¿cómo sabías de esa corbata?

—Yo se la ayudé a bordar... ¿por qué no ha de ser tu divisa? ¡Llévala al campo de Lavalle!

Me parecía que era el acento de Leonor el que llegaba a mí.

—No puedo, Juanita. Sería una traición, que saliendo de la ciudad en servicio de don Juan Manuel me pasara al campo unitario.

—¡Deserta, pues!

—Ya no es tiempo; he aceptado una comisión, y debo cumplirla. Pero salvaré a tu novio: mañana al alba saldré de la ciudad. Lo llevaré de asistente, y a mitad de camino nos separaremos: él se irá al ejército de Lavalle, y yo a donde es mi destino...

Confieso que al hablar así, sentía lágrimas en mis ojos y en mi voz.

—¡Cómo no ha de quererte Leonor! — exclamó Juanita deslumbrada y aturdida.

Me apretó largamente las manos, y corrió a juntarse con su madre, que estaba en el zaguán despidiéndose de mi tía.

Esa noche la encontré en el baile. Vestía con aquella elegante simplicidad de la época: llevaba un traje confeccionado por ella misma, sobre figurines parisienses, que recibían las damas de fortuna, y que las niñas pobres se industriaban para copiar. Sobre la cabellera, partida al medio, sangraba un manojo de claveles, atado con una cintita federal.

Conversaba con el apuesto militar, de quien me había hablado, y a pesar del ambiente de fiesta, se notaba en sus modales el esfuerzo de la simulada alegría, y en sus ojos la ternura de un postrer adiós.

Muchas otras, como ella, habían ido al baile con la sonrisa helada y el corazón oprimido.

No necesitaba Manuelita pedir prestados muebles a sus vecinos, según muchos hacían; pues aunque no era su casa de las más ostentadoras de la ciudad, la tenía alhajada con los hermosos muebles tradicionales de los Ezcurra, antiguos dueños de aquella mansión, y de los Ortiz de Rozas, de no menos rancia estirpe.

Las puertas bajas, abiertas de par en par, dejaban ver

la hilera de piezas tapizadas de damasco punzó, en que se diseminaba la concurrencia, damas descotadas, militares de uniformes galoneados, civiles de frac y chaleco rojo, que cuando se sofocaban adentro, se salían a respirar a los patrios frescos y sombríos, perfumados por la primavera.

Mr. Mandeville, el ministro inglés, dando el brazo a Manuelita, y haciendo pareja con otra dama de alcurnia, acompañada por el general Pacheco, iniciaron el baile con el ceremonioso minué federal. La melodía penetrante de la música, llenó el gran salón, alumbrado por arañas de caireles en que chisporroteaban bujías coloradas.

Yo había oído aquel minué, tocado en la guitarra, y acompañado de una letra desgarradora, como una despedida sin esperanza, pero no podía acordarme dónde... Seguía con interés los movimientos de las parejas, llenas de donaire versallesco, y acabé por mezclarme a la danza, llevando del brazo, como un preciado trofeo, a la hija del Restaurador, que era la reina de la fiesta.

Ella conmovida, también me dijo:

—Yo he oído cantar ese minué, pero no sabría decir a quién...

Llegábamos al hueco de una ventana, donde al comenzar el baile, ví a Juanita con su novio. Estaban allí todavía, conversando en voz baja. Una instantánea asociación de ideas iluminó mis recuerdos, y pude responder a Manuelita:

—También yo lo he oído, a Juanita Corrales.

—¡Es verdad! ¡A ella fué! — dijo Manuelita acercándose a la sobrina de Buitrago, con la mano tendida.

—No me ha saludado Juanita... presénteme al capitán...

—...¡Duarte! — hice yo presentándolo.

La ventana aquella daba a la calle, donde se amontonaba una muchedumbre de curiosos, a pesar del cuidado que ponían algunos vigilantes en mantener despejada la acera. De pronto en el cuadro de luz, contra la reja, apareció una cara, que a todos nos debió producir la misma sacudida penosa como un presentimiento, tal era la

expresión de los ojos fulgurantes y negros que envolvieron a Juanita en una ávida mirada, y de la torva sonrisa de la boca sombreada por el espeso bigote.

—¡Santa Coloma! — exclamó Manuelita,, cuyo brazo sentí temblar.

—¡Buenas noches! — contestó el otro desde la calle, y al punto desapareció.

Ninguno de los que allí estábamos, había dicho una palabra, presos de indefinible malestar, cuando vimos acercársenos, arrastrando el sable, al coronel Martín Santa Coloma.

Juanita me miró con angustia, y yo, por salvarla, — ¡Santo Dios, me estremezco al recordarlo!—yo la perdí...

—Manuelita quiere oirte cantar el minué que se ha bailado, — le dije.

—Si eso la complace... — respondió Juanita inclinando la cabeza, con un gesto elegante y sumiso.

—No recuerdo la letra, — dijo Manuelita — pero conservo una imborrable impresión de ese minué.

Hablando así, nos habíamos alejado de la ventana, donde se quedó Santa Coloma, mordiendo nerviosamente la punta del cerdoso bigote.

Trajeron una guitarra, y Juanita, alegre, como si se hubiera librado de un peligro, rogó al pianista que le cediera el taburete, y sentada en él, apoyado el pie en el barrote de una silla, se puso a templar el instrumento.

Le hicimos círculo, y callaron todas las conversaciones.

A la primera estrofa temblé de pies a cabeza, porque la imprudente niña, arebatada por su emoción, cantaba para uno solo de todos los que le oían, y ése era el capitán Duarte, en quien clavó los ojos.

"Dicen que te vas mañana,
Vete con Dios, amor mío;
Anda y no bebas el agua
De la fuente del olvido..."

—Ese minué se llama "La Despedida", — dijo una gruesa voz a mi espalda.

Sin volverme, supe quién hablaba, por la altanería del acento y el torpe ruido de sable, que en cada movimiento se golpeaba contra la bota.

"Dime que te vas con pena
Aunque no sea verdad;
Si la mentira no es buena,
Es santa la caridad..."

—Esto es lo que yo había oído y no recordaba a quién —exclamó Manuelita con voz angustiosa; y yo la miré, y sentí como una puñalada en el corazón, al ver lágrimas en sus ojos.

—¡Oh, Manuelita! ¿llora?

—Sí; esta música me hace llorar siempre; y esa niña la canta con toda el alma...

Bajó más la voz, y sólo acercándome a sus labios, alcancé a recoger estas palabras:

—¿Se va mañana, José Antonio?

—¡Sí!

—Y no volverá nunca... ¿verdad?

Un repentino estrépito de tiros, y el tumulto de la gente alarmada, me evitó la pena de decir lo que yo mismo ignoraba.

Entró en ese instante, el Restaurador, vestido de general, como en su famoso retrato. A su paso las damas callaban y los hombres se ponían de pie, inclinándose como ante un rey; y él con su glacial sonrisa, iba apaciguando los nervios tendidos:

—¡No tengan miedo! Son cohetes que están quemando en la policía, para festejar la paz con los franceses...

Pero aquel anuncio de "paz con los franceses", era un nuevo dolor para muchos.

Cesó el canto y se reanudó la danza. Algunos hombres salieron a buscar detalles, entre ellos el capitán Duarte, para quien la noticia tenía una enorme importancia.

Pronto fué precisándose la especie echada a rodar por don Juan Manuel. No era todavía la paz con los franceses, pero el almirante Mackau, recién llegado de Monte-

video, había iniciado las negociaciones, con lo cual los unitarios perdían definitivamente los recursos y la ayuda de Francia.

Juanita se había refugiado entre un grupo de señoras que no bailaban, pues preferían estarse arrinconadas cuchicheando y absorbiendo mates de leche, o comiendo casquitos de dulces. Así se libraría de los rudos agasajos del coronel Santa Coloma.

Pero éste también había desaparecido; y ni a Duarte ni a él los vimos en toda la noche.

Desde esa hora sentí crecer la ansiedad de Juanita, que permanecía en su rincón, devorándome con los ojos.

Cuando sonaron las doce en el reloj de San Francisco, me llamó. Estaba palidísima, y yo participaba de sus temores.

—¿Por qué no nos vamos? ¡Es tan tarde y vivimos tan lejos!

—Yo las acompañaré hasta el Socorro.

—¡Qué bueno eres! — exclamó Inesita, empezando allí mismo a despedirse.

Habían venido a pie, no pudiendo costearse el lujo de un coche, que sólo raras familias poseían en aquel tiempo; y a pie cruzamos la ciudad entera, desde los barrios del sur, animados por las canciones de las pulperías, y las músicas militares, y los cohetes de la policía, hasta los barrios despoblados del norte, donde las quintas dormían en la noche tenebrosa.

Yo iba adelante, alumbrando el camino, y sin atender a la charla de Inesita. Juanita callaba. Cuando me volvía para prevenirlas de algún mal paso, su clara silueta me impresionaba como un fantasma.

—¡Habla, Juanita! ¿Qué te pasa? — le dijo su madre, y la niña siguió callada.

Aproximándonos al Socorro, sentimos rumor de voces.

—¿Oyes? — me dijo Juanita, apretándome el brazo. —¡En la huerta de don Juan Bueno!

Y fué su primera palabra. ¡Y fué también la última!

Habíamos llegado a la puerta de la casa parroquial,

y cuando misia Inesita se adelantaba, llave en mano, yo la detuve con violencia:

—¿Qué es esto? — exclamé, alumbrando con mi farol un cuerpo tendido sobre el umbral y sintiendo que mis pies se pegaban a un charco viscoso.

—¡Madre de Dios! — exclamó Inesita, envolviendo con su chal la cabeza de su hija, para que no viese quién era el muerto, que tibio aún, habían dejado allí.

Pero la infeliz no necesitaba verlo.

No habló nada; se llevó las manos a la frente, con un quejido infantil, y cayó redonda, de bruces, sobre el charco de sangre.

Yo no he visto morir a nadie fulminado por un rayo; pero no creo que un rayo mate con más rapidez que aquel gran dolor.

La alzamos del suelo, y durante una hora fué enfriándose en los brazos de su madre, hasta que se apoderó de ella el inmutable frío de la muerte.

Y en esa alba tristísima emprendí yo mi jornada.

TERCERA PARTE

I

Desertor

Entre Buenos Aires y Santa Fe hay ocho o diez jornadas, a buen andar, y con caballos de refresco.

Pero ni quise llevar una tropilla para ir cambiando los que montábamos, no bien se fatigaran, ni podíamos contar con las cabalgaduras de las postas o dormidas, situadas cada ocho leguas.

Lavalle había arreado las haciendas de toda la región, sacando más de veinte mil caballos para remontar su ejército.

A su aproximación huían los paisanos a los inaccesibles pajonales de las islas del Paraná; y huían lo mismo de las tropas unitarias, que de las partidas de don Juan Manuel, enviadas para batir aquellos refugios y hallar hombres que incorporar a las filas.

Yo no trataba de ilusionarme respecto de mi situación; salí de la ciudad con todas las seguridades de un *chasque* del Restaurador, pero después de la noche del baile, se me hizo intolerable el seguir a su servicio, y partí como desertor.

Aquella confusa visión en las sombras, aquel charco de sangre en que se pegaban mis pies, aquel umbral obstruído por un cadáver, y la dulce novia que se abatía apretándose la frente, vencieron mis postreros escrúpulos de federal.

—¡Yo le haré justicia! — dije con ira.

Todavía siento el grito de la madre, que clamaba a mis espaldas:

—¡Véngala, José Antonio! ¡Ella era tu hermana!

Y yo huía por la barrancosa calle del Juncal, en busca de mi guía, Anselmo Pereyra, para partir hacia las filas unitarias.

Instantáneamente, se me habían infundido las ilusiones que animaron a todos los que luchaban contra don Juan Manuel.

Antojábaseme que no bien llegara al ejército de Lavalle, con la noticia de los nuevos crímenes cometidos por los mazorqueros, aquellas tropas fatigadas, volverían bridas, indignadas como yo, y entrarían triunfantes en las ensangrentadas calles de Buenos Aires.

El joven paisano me esperaba en el corral de mi casa.

—Ensilla; vamos a salir, — le dije.

—¿A esta hora? ¿con dos caballos? La tropilla recién llegará al alba...

—¡Ensilla!...

Corrí a despojarme del frac, y a vestir un holgado traje de campo. No avisé a nadie; sentía horror de referir lo que acababa de ver, y con andar cauteloso, abandoné la casa.

Cuando monté, desde una ventana, una voz afectuosa y triste, me arrojó como una flor, estas sencillas palabras:

—¡Buen viaje! ¡Que Dios le ayude!

Reconocí a Benita. No me volví a mirarla, ni contesté el saludo, y arranqué al galope.

Recorrimos en silencio la recta y lóbrega calle de las Torres, dando a las patrullas nuestro santo y seña.

A la madrugada habíamos pasado la última línea de centinelas de Santos Lugares.

Se desleían en el firmamento las tintas de la noche, y el airecito que zumbaba en nuestras orejas se volvía más delgado y fresco.

Era el alba de mi libertad, pero yo estaba triste.

La tierra emergía de entre las sombras, solemne y solitaria. Ibamos a campo traviesa para acortar distancias, y evitar los malos encuentros.

El grito desapacible de un chajá nos anunció la proximidad de una lagunita. Los caballos estaban cansados, y nos detuvimos para darles de beber.

Al pie de un ceibo, en cuyo follaje verde claro, la primavera parecía haber volcado un balde de sangre, tan rojas eran sus flores, Anselmo Pereyra encendió fuego para matear.

—Ya hemos salido de la ciudad — le dije. — Quiero hablarte con franqueza: desde hoy dejo de ser partidario de don Juan Manuel, y soy un desertor.

Le conté lo que viera esa noche, y él me escuchó, sin interrumpirme, acomodando ramitas sobre la llama.

—Ya lo sabes, y puedes volverte; yo me iré solo a buscar a Lavalle.

Se puso de pie, se rascó la cabeza, y me contestó:

—Yo iré a donde usté vaya, y seré lo que usté sea.

—¿Sabes bien que los desertores tienen pena de muerte?

—Sí, señor...

Le apreté la mano, y me senté sobre mi apero a considerar lo que debía hacer, pues no tenía plan alguno.

Sólo deseaba incorporarme al ejército de Lavalle, y creía conseguirlo, si la suerte nos libraba de caer en manos de las partidas que asolaban los campos.

Creía haber olvidado a Leonor.

Pero repentinamente se levantó su imagen, dominándolo todo, hasta la idea de la patria, por la cual deseaba combatir, y ya no pensé más que en llegar a Santa Fe a salvar a la joven de un gran peligro.

Anselmo Pereyra me había dicho:

—Anoche me han dado noticias de ese hombre.

—¿A quién te refieres?

—Al juez del matadero.

El corazón me palpitaba con fuerza. Ni un minuto en

el día dejaba de pensar en el fatídico poder que mi padre había otorgado a aquel pícaro.

—¿Qué has sabido de él? ¡Yo lo creía muerto!

—También yo: parece que lo agarraron los unitarios cuando su viaje a Santa Fe, y lo mandaron al Entre Ríos...

—¿Y de ahí?

—Dicen que le perdonaron la vida, porque sabía curar con palabras los caballos embichados. Pero logró escaparse, y ayer estuvo en la ciudad.

—¿Estuvo, dices? ¿y ahora dónde está?

—Me he venido fijando si hay rastros de que haya pasado por aquí, pero no se ve bien.

—¿De modo que ha salido ya?

—Ayer mismo, y con mucho apuro, según cuentan, — respondió tranquilamente.

—¿Sabes con qué rumbo?

—Con el mismo de nosotros...

—¿A Santa Fe?

—Sí, señor.

—¡Maldición! — exclamé, dando un bote.

Anselmo, sorprendido, se excusó de no haberme hablado antes.

—¡Qué mal hiciste!

—Yo ignoraba, señor, que le interesaba.

—¿Crees que podremos llegar antes que él a Santa Fe?

—Si él lleva buen baqueano y caballos de repuesto, no es fácil...

—¡En marcha, pues!

El paisano se sonrió, escuchó el canto del agua que empezaba a hervir, miró los caballos sudados que se revolcaban y dijo, tocándose el sombrero, como hacía cuando me formulaba alguna observación:

—No vamos a tener fletes para mucho, si no les damos un resuello.

Nada respondí, y me eché sobre mi apero, entregando

mi suerte y la de Leonor a la experiencia y a la sagacidad de Anselmo.

Cuando emprendimos de nuevo la marcha, ya era día claro.

Ardía el sol en los pastos plateados de rocío, y la pampa ondulaba al viento como el mar.

De la lagunita a cuya vera habíamos acampado, al movernos se alzó una bandada de garzas blancas, que rumbeó hacia el noroeste.

—Van también a Santa Fe, — dije yo con pena, mirando aquel fácil avanzar de las aves.

—No han de ir tan lejos, — me contestó el paisano; — son pájaros de las islas. Con sus plumas hacen los gauchos metreros plata para sus vicios.

Anselmo conocía palmo a palmo aquella región y se orientaba por el más nimio detalle, un arbusto, cuando no había árboles, un charco, un ombú solitario.

En cierto momento me dijo, indicándome un palo, que su vista asombrosa había descubierto en el ondulante pastizal:

—Esa es la cruz de mi compadre Vilches. Hace años aquí lo mató un rayo. Lo encontramos a los pocos días, comido de los caranchos, el caballo y también él...

Se descubrió al pasar, se santiguó, y seguimos al trote.

Yo devoraba el horizonte, ansioso de descubrir alguna silueta, y él miraba la tierra como quien no quiere la cosa, escudriñando por si advertía los rastros.

¿Pero qué iba a hacer yo, si me encontraba con Jacinto Olmos?

Aunque llevaba dos pistolas en el cinto, y una escopeta inglesa de doble caño cruzada sobre los bastos, no me consideraba capaz de imponérmele, para arrebatarle el documento, que con tan infernal astucia había conseguido.

Anselmo Pereyra, con cuya ayuda podía contar, trotaba cerca de mí, sin hablar palabra, atisbando cuanto indicio pudiera sernos útil.

La peculiar altanería de su apostura y la marca de

voluntad de su rostro expresivo, daban más valor a su amistad. Era todo un hombre aquel mocetón ágil, nacido en las pampas y tan habituado al caballo, que apenas podía andar a pie.

Sobre el anca de su cabalgadura caía un lazo enrollado, y prendidas a los tientos iban "las tres Marías", las infalibles boleadoras, instrumento prodigioso en sus manos, y que lo mismo le servían para abatir a un enemigo en disparada, que para agarrar a la carrera un toro salvaje o un ñandú.

Bajo su chaqueta de paño azul, apuntaba la empuñadura de una daga, y atado a la cabecera del recado, llevaba un trabuco.

Aunque Jacinto Olmos era mucho más fuerte que mi compañero, y tan gaucho como él, infundíanme confianza los modales de éste, mesurados y cautelosos, como de un hombre que se conoce y no se descuida.

Mas para lograr éxito, lo primordial era ganar la delantera a nuestro adversario.

Cuando pensaba en esto, me sonreía con lástima de mi mismo, considerando las menguadas fuerzas de nuestros caballos, y arrepintiéndome de no haber querido traer las dos yuntas de muda, que me había preparado Pereyra.

—Anselmo, — le dije — ¿no será posible llegar a una posta, para cambiar caballos esta noche?

—De intento acortando camino, hemos dejado a trasmano todas las "dormidas" — me respondió.

—¿Pero aun podríamos dar con alguna?

—Si quiere, enderezaremos al rancho de Carmencita, que viene a quedar detrás de aquella isleta...

Busqué la isleta, que por su ademán y por su tono, parecióme que estaría a un tiro de piedra, y tuve que declararle que no veía nada más que la pampa infinita, como el océano, sin otra señal de vida, que una tropilla de avestruces, que pasó ante nosotros como un refucilo.

—¡Allá! — repitió él, señalándome un rumbo.

Frunciendo las cejas, y sombreándome los ojos, logré

divisar una manchita oscura, que él declaró ser el monte detrás del cual tenía su rancho Carmencita.

Tomamos esa dirección y picamos espuelas.

—¿Llegaremos a la siesta? — pregunté yo cuando hacía una hora que galopábamos, a través del sonoro pastizal.

Anselmo se sonrió, y me dijo, sin acortar la marcha:

—Está retirada la isleta.

Seguimos andando. En un lugar, que para mí no tenía ninguna particularidad, se sacó el sombrero y se volvió a santiguar.

—¿Quién murió allí?

—Allí lo "basurearon" a un sobrino de Carmencita.

—¡Que descanse en paz! — murmuré yo, admirado de su sentido en la orientación.

Los caballos empezaban a aplastarse y jadeaban, llena de espuma la boca. Nosotros no estábamos mejor, pues desde el alba en que tomáramos algunos mates amargos no habíamos vuelto a detenernos. De cuando en cuando yo alcanzaba a mi guía una limeta de ginebra, y él echaba un trago sin sofrenar su pingo.

Nunca he sentido tan palpable la inmensidad de la pampa. A medida que avanzábamos iba adquiriendo la desesperante certidumbre de que no llegaríamos a tiempo.

Cerraba ya el crepúsculo cuando entramos al monte, y allí por fuerza debimos acortar el paso.

Era enmarañado y espinoso, de árboles no muy altos, retorcidos y hostiles, algarrobos, chañares, y talas, y algunos ñandubays, abiertos como una gran sombrilla.

Los caballos se hundían hasta en encuetro, en el profuso pastizal, y las enredaderas, tendidas de árbol a árbol, y las salientes raíces a flor de tierra, hacían imposible marchar sino por los senderitos que abriera el paso caprichoso de las haciendas, y que Anselmo descubría en la sombra.

Un inmenso olor a menta, saturaba el ambiente. Y arriba en el cielo claro, por entre la despareja fronda de los árboles, veíamos despertar las estrellas.

Era de noche cuando llegamos al rancho de Carmencita.

¿Quién era Carmencita? No lo había indagado aún cuando ladraron los perros, y Anselmo dió las buenas noches.

Nadie contestó al pronto, y durante algunos instantes nos sentimos espiados. Mi baqueano se dió a conocer, y entonces apareció de atrás de una ramada en que dormían las gallinas, un gaucho grandote, y barbudo a lo que pude colegir, que espantó a chicotazos a los perros.

—¡Bien haiga la hora de llegar! ¡Abájensen!

Desensillamos y dimos libertad a nuestros caballos para que se revolcaran en el corral; y entramos al rancho, alzando un cuero de potro que hacía las veces de puerta.

Era una pieza cuadrada, nada espaciosa, llena de humo. En el centro, sobre la tierra pelada, ardía el fuego en que chirriaba un asado y una pava, renegrida de hollín, barbotando la deliciosa canción del mate.

Una mujer en cuclillas, ensimismada y silenciosa, miraba el fuego.

—Buenas noches, ña Carmencita, — le dije yo.

Alzó la cabeza y me respondió pausadamente:

—¡Güenas! Pero yo soy ña Tomasa. ¡Ahí está Carmencita!

Y me señaló al cerdudo gaucho que entraba, agachándose para no topar con la frente en el dintel de la puerta.

Era un matrero, que vivía huyendo de las partidas, "nutriando" y "carpincheando" en las islas del Paraná, y si a mano venía, carneando ajeno en la pampa ilimitada. ¡Milagro que lo encontramos!

Se había informado por Pereyra de quién era yo, y no tuvo reparo en mostrarme su cara, que poca gente conocía, anchota, perdida entre las barbas negrísimas y taladrada por dos ojuelos chispeantes.

Hablaba con soltura, pero pocas noticias tenía, y en cuanto a Jacinto Olmos, no podía decirme otra cosa que esa mañana, estando él en las islas, su mujer sintió ladrar

mucho a los perros y supuso que habrían venteado gente extraña en el monte.

—Son ellos, — afirmó mi baqueano; y añadió tristemente: — nos llevan quince leguas y van bien montados.

Pronto estuvo el asado, y entonces la mujer nos dijo:

—Ya está; pueden servirse...

No me olvidaré nunca de aquel gaucho hospitalario, que me auxilió en horas de tanta angustia para mí, cuando ni siquiera sabía de quién debía huir, si de los federales, de cuyo campamento desertaba, o de los unitarios, a cuyas filas no había llegado.

Llamaba "mi comadre", no se por qué a Pepa la Federala. Mientras churrasqueábamos, a la vacilante luz de una pella de sebo que ardía en un plato, nos daba las noticias que tenía. Cada vez que ladraban los perros se levantaba, limpiaba su cuchillo hundiéndolo en las paredes pajizas del rancho y se asomaba, levantando la cortina de cuero. Echaba un vistazo al monte lóbrego, y volvía a decirnos:

—No hay cuidado. Habrán visto algún zorro, y lo torean...

Satisfecha el hambre, salió con Anselmo en busca de sus dos únicos caballos, que pastaban acollarados, no lejos de allí.

Yo mientras tanto, en un rincón, sobre el recado de Carmencita, bajo un zarzo de cañas, en que había de todo, desde una guitarra, hasta una cáscara de peludo llena de grasa de iguana, para curar el "aire" eché un sueñito, velado por aquella mujer silenciosa, que seguía mirando el fuego.

Dos horas más tarde, reemprendimos nuestra jornada, guiándonos por las estrellas.

¡Excelentes caballos los nuestros! Eran dos azulejos, con la oreja cortada, en señal de pertenecer al ejército de la Confederación. Ese detalle podía perdernos, pero entretanto nos servíamos de ellos, para cruzar el océano ilimitado.

¡Cielo y pastizal! De cuando en cuando una isleta de monte, que emergía como una raya negra sobre la clara verdura del campo. A la derecha columbrábamos a veces los sauzales de la costa, y teníamos la certeza de no habernos alejado mucho del río, por la abundancia de aves acuáticas que encontrábamos.

Día claro ya, nos detuvimos, y desensillamos para que los caballos descansaran un rato y pastearan.

Anselmo cogió un puñado de hierba y la mascó; miró a su alrededor, y dijo con aquella estupenda seguridad del baqueano:

—Estamos a cinco leguas de la frontera de Santa Fe. Raro que no hayamos topado con nadie. Por ese rumbo damos con la posta de Vergara.

—¿Y no hay indicios de que nos hayamos aproximado a Jacinto y su escolta?

El paisano reflexionó; observó que me caía de sueño, y se ofreció a hacer una cortada por el campo, hacia la izquierda, en busca del rastro, mientras yo dormía a la sombra de un ombú, que la primavera había erizado de hojas tiernas.

¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿cómo y cuándo partió? No lo sé; pues ni siquiera le oí terminar la frase. Bastóme saber que me proponía tenderme sobre aquella hierba blanda y fresca, para rendirme a la invencible tentación.

El parecía inaccesible a toda fatiga, pero yo no podía más. Me dormí tan profundamente que no advertí que el sol declinaba, y que una noche fresca y purísima, envolvía la inconmensurable llanura.

¿Qué era de mí? ¿Seguía soñando acaso? Me hallaba solo; Anselmo Pereyra no había vuelto, y mi propio caballo había disparado.

Un hombre a pie, en aquel descampado, ignorante de la región, y sin recursos, está perdido como un náufrago en alta mar.

Junto a mi recado tenía un par de chifles con agua, y

bebí largamente, y no hallando las alforjas, que sin duda se llevó el baqueano, me resigné al hambre.

Dí algunos pasos alrededor del ombú, y observé que a corta distancia, a uno y otro lado, la sombra se hacía más densa, y comenzaban los montes.

La noche resonaba con los mil rumores del campo argentino, desde el vigilante grito del chajá, que anunciaba los movimientos de la hacienda o de la gente al borde de los bañados, hasta el chillido horripilante de las lechuzas, en trance de devorar un ratón.

¿Así, pues, aquel joven paisano que me debía la vida, me había traicionado?

No me resolvía a creerlo, pero no hallaba cómo explicar su desaparición.

Echado de espaldas sobre el apero, considerando esas cosas, me adormecí de nuevo, y sólo me desperté al vocerío de una partida de soldados, que en la madrugada cayeron sobre mí y me rodearon.

Eran seis, de largas y lacias melenas, y barbas descuidadas, emponchados, vestidos con toda clase de prendas, civiles y militares, y de todos los campos, en forma que no habría podido saber a qué ejército pertenecían de no observar en el sombrero de uno de ellos, una escarapela celeste.

—¡Bien haya el mozo distraído, que pierde las alforjas y el caballo, y todavía tiene alma de dormir! — exclamó uno de ellos, echando pie a tierra.

Entonces descubrí que venía montado en mi propio caballo azulejo, ensillado con otro apero, y que mis alforjas las tenía él.

—¿Quieren decirme quiénes son?

—¡Vaya, pues! — respondió riendo el mismo, que parecía ser el jefe. — Es más preguntón que un comisario.

—¿Unitario? — interrogué.

—¡Y de los buenos!

—¡Me alegro! — contesté sencillamente, — yo tam-

bién soy unitario, y voy a Santa Fe a ofrecérmele al general Lavalle.

—¡Oiganle al unitario! ¡nunca es tarde cuando la dicha es buena!

Me encendí de rabia y de vergüenza, comprendiendo que tomaban la declaración de mi nueva fe política, como una manera de salvar el pellejo.

—¡Dice que es unitario, y anda montado en caballo patria!

—¡Hombre! — exclamé dominando mi mal humor — si es por eso, también usted monta en caballo patria, con la señal de Rozas — y le señalé la oreja cortada de mi azulejo.

—Pero éste era el suyo, mocito; lo he hallado enredado en el monte...

—Pero como usted lo tiene, lo he podido tener yo. Se me cansó el que traía de Buenos Aires; y en un rancho me lo cambiaron por éste. Y monté sin mirarle la oreja, juzgando que era bueno. Y me parece que usted es de la misma opinión que yo...

El aplomo con que contesté, produjo buena impresión en el jefe de la partida.

—Por la pinta, — dijo, mirando a sus compañeros, — el mocito no es lerdo. Ya tendrá tiempo de contarnos todo. Y a lo que parece es baqueano de estos pagos; y eso es lo que nosotros precisamos, uno que nos lleve en buena derecera.

La entonación de su hablar, hízome suponer que eran correntinos, seguramente del ejército que el gobernador de Corrientes don Pedro Ferré, cedió a Lavalle, y que éste, después de la indecisa batalla de Sauce Grande, llevó hasta los suburbios de Buenos Aires, y arrastró después en su retirada sobre Santa Fe.

Reinaba en el Ejército Libertador una inverosímil indisciplina.

Cada soldado unitario era dueño de su albedrío, marchaba o dejaba de marchar, según se le antojara. Mucho patriotismo debía existir en aquellas almas, para que alre-

dedor del general hubiera siempre un núcleo de valientes, que lo seguían a través de todos los infortunios.

Pero las alas del ejército disgregábanse en partidas, minadas por la deserción, que marchaban al azar, asolando las campañas.

Mi mala suerte me había hecho caer en manos de una, que trataba de incorporarse al grueso de las tropas.

—Diga de una vez, si está dispuesto a servirnos de baqueano...

Vacilé un momento, pero no era cosa de andar con repulgos, y respondí que sí.

—¡Choque, amigazo! — exclamó el correntino tendiéndome la mano.

—¡En buena te has metido, José Antonio!—pensé yo.

Miré con fijeza a todos los puntos del horizonte; cogí un puñado de pasto, y lo masqué, y dije lo que le había oído a Anselmo Pereyra:

—Estamos a cinco leguas de la frontera.

—¡Me gusta el mozo! — relinchó el jefe de la partida — tiene ojos azules, y manos blancas; parece una señorita, pero es un gaucho hecho y derecho...

—¿Vamos a partir en seguida?

—Luego que churrasquiemos...

Echaron pie a tierra, desensillaron, hicieron fuego, y uno de ellos sacó de entre las caronas del recado un matambre gordo, que ensartó en un palo y puso a asar contra el viento.

Otros cebaban mate, y yo me encomendaba a Dios para que mi audacia me resultara bien.

Cuando fuera el momento de marchar ¿hacia dónde rumbearía? No tenía la menor idea de la buena dirección, pero confiaba en mi estrella.

Ninguno de aquellos astutos paisanos pudo jactarse de haberme visto trepidar, cuando dos horas después, monté en el caballo que me dieron, y con voz de mando grité:

—¡Aura muchachos! ¡por aquí! — y me largué a la aventura.

II

El ejército libertador

Un excelente reloj Breguet, que me regalara mi padre en un cumpleaños, despertó la curiosidad y la codicia del jefe de la partida, y a eso debí la salvación.

Mi comedia no duró tres días, sin que los correntinos advirtieran que no sabía ni a qué lado nace el sol.

Mi hermoso reloj fué a parar al bolsillo del jefe, y con eso y el resto de mis prendas repartidas entre los otros, me congracié su clemencia, y los decidí a guiarse ellos mismos.

Ocupé entonces el lugar que me correspondía y marché a retaguardia.

Al quinto día hallamos gente de Lavalle, y supimos que el Ejército Libertador estaba sitiando a Santa Fe, y al anochecer del segundo día, entramos en Coronda, ciudad de bastante importancia entonces, aunque irremediablemente decaída ahora.

Mientras yo vagaba por todos los caminos de la provincia, seguramente Jacinto Olmos había hecho su jornada sin perder un minuto.

Era inútil luchar contra el destino. Ya no me quedaba sino morir por mis nuevos ideales, para que la pobre Leonor pudiera acordarse de mí con mayor dulzura.

Al siguiente día llegué a presencia del general Lavalle.

acampado en las chacras de Andino a siete leguas de Santa Fe.

Estaba en su carpa de cuero, sentado sobre una cabeza de vaca, en mangas de camisa.

Me sorprendió su indumentaria, más propia de Quiroga, o Rivera, o Artigas, que del brillante oficial de la independencia, educado en los principios militares de San Martín.

A pesar de esa transformación, estudiada para conquistar el corazón del pueblo con las mismas armas que a don Juan Manuel le ganaron tanto prestigio, trasparentábase en todos sus modales, al hombre culto, imperioso y dominante, pero de buena estirpe.

Le referí mi aventura y le dí la dolorosa noticia de, que en Buenos Aires se festejaba como un hecho concluído las negociaciones de paz de Rozas con los franceses.

Eso significaba la muerte de las esperanzas unitarias, con la definitiva consolidación de la dictadura.

Era un caballero de leyenda, en cuya frente fulguraba el genio de las batallas. Viéndole comprendí el ascendiente de que gozaba en el Ejército Libertador, a tal punto que pudo, en justicia, responderme así, después de un momento de reflexión en que lo vi padecer, pero dominarse:

—El vino está sacado, y hay que beberlo. Tengo aquí tres mil hombres que sólo me obedecen a mí; y acabo de obtener una gran victoria: he tomado a Santa Fe, y *Mascarilla* ha disparado a esconderse en los bosques del Chaco.

Agradeció mis noticias, y aceptó mis servicios, confiándome un puesto en su secretaría.

Actuaba como jefe de ella uno de los mozos porteños más distinguidos, Félix Frías, a quien yo conocía, y que me acogió con inolvidable cordialidad.

—Ven a mi carpa, José Antonio; tengo hambre de saber las cosas que ocurren en mi patria.

Yo también deseaba contárselas, para que templaran

aquel incurable optimismo de que padecían, y que los conducía a irremediables derrotas; y le hablé amargamente, sin que influyese en mí la delirante alegría del campamento, causada por aquel triunfo, postrer fulgor de la espada de Lavalle.

Se esperaba al general Iriarte, que dirigió la acción, y sentíase la espectativa suscitada por el anuncio de que los jefes vencidos, entre ellos el general Gazcón, iban a ser fusilados en el acto.

Quedé aturdido al oírlo. Por el horror a la sangre, había abandonado el campo federal; y he aquí que al iniciarme bajo las banderas unitarias, me tocaba asistir a una inútil y cruel represalía.

—¡Eso no es posible! — exclamé con una emoción que Frías compartió. — ¡No acabaríamos nunca de arrepentirnos!

Corrimos a la carpa del general en jefe, en momentos en que entraba una comisión de oficiales unitarios, a exigirle la muerte de los prisioneros.

Lavalle se levantó, con aire de alucinado, mirando a lo lejos. Se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar la dolorosa visión que lo perseguía, y contestó con voz sorda.

—¿Por qué me piden eso?

El coronel Vega explicó que debía hacerse un escarmiento, y que si no se sacrificaba a los prisioneros, él y los oficiales que lo acompañaban dejarían el servicio.

No puedo describir mi desaliento al oírle. ¡Sangre inocente en las calles de Buenos Aires, y sangre, también inocente, bajo las banderas unitarias!

Lavalle, mirando el suelo, respondió:

—¿Por qué no los fusilaron ustedes, en Santa Fe? Yo tengo sobre mi corazón la muerte de Dorrego...

Pasó un rato de trágico silencio. Se aguardaba la definitiva respuesta. Yo temblaba, y sentía en mi brazo la mano crispada de Frías.

Aquel silencio era una cobardía de todos.

—¡Hablen señores!

¡Pero qué habíamos de decir!

Molestado el general por la idea de que pudiera créersele débil, en un violento arranque, pronunció el fallo terrible:

—Está bien: los prisioneros serán fusilados.

Díjolo con gesto sombrío y doloroso, y salimos todos de su carpa.

Frías, lleno de congoja y de vergüenza, adivinaba mis pensamientos.

—¡Hubiera querido probarte que somos más humanos que Rozas! — parecía decirme su desesperación.

Pero una hora después descubrí en el ardiente torbellino del alma de Lavalle, una fuente de generosidad.

Frías redactaba con él los partes de la toma de Santa Fe, y yo estaba solo cuando un asistente me anunció que unas damas santafesinas clamaban por ver al general.

¡Oh, la inolvidable escena! Se había sabido en Santa Fe la condena de los jefes prisioneros, y doña Joaquina Rodríguez del Fresno, viuda de don Domingo Cullen, fusilado el año anterior por orden de Rozas, venía a implorar la clemencia del vencedor.

Acompañábala otra dama de luto, como ella, echado el espeso crespón a la cara. Antes de que hablase, mi corazón la reconoció.

—¡Leonor! — exclamé, tendiendo los brazos hacia ella.

—¿Ah, se conocían? — dijo la viuda de Cullen.

Ni ella ni yo contestamos. Al punto se quitó el crespón, y su rostro apareció radiante de júbilo.

—¡José Antonio! ¿No sabe, señora, que es como mi hermano?

Tal fué su grito, y la dulcísima palabra me produjo un intenso dolor.

Llegó el general Lavalle, que no bien le anunciaron la embajada, se apresuró a recibirla; y nos apartamos, Frías lleno de esperanza y yo fluctuando entre la alegría y la duda.

Oímos la conversación; mas para mí no tenían sentido

otras palabras que las de Leonor, y sólo de ellas me acuerdo.

Cuando la voz impetuosa del general Lavalle se negó al perdón porque no debía contradecir la orden ya dada, Leonor le interrumpió:

—¡Acuérdese de *la otra orden,* general! ¡acuérdese de Dorrego!

Lavalle quedó mudo, y le vimos pasarse la mano por la frente, con aquel gesto habitual, empeñado en ahuyentar de su espíritu la fatídica visión que lo acosaba.

—¡Oh, valiente Leonor! — pensé yo — ¿quién es tu dueño, el que ha de enorgullecerse de tu bravura?

Los pocos segundos que tardó Lavalle en responder, me parecen todavía una época. No contestó ni sí, ni no; envió a llamar al más ilustre de sus prisioneros, al general Garzón, que llegó entre un piquete de soldados.

—¡Adelante, general! — dijo, al verlo ante su puerta — su vida y la de sus compañeros, están en manos de Dios. Puede agradecer a estas señoras...

El mismo le quitó las esposas. La viuda de Cullen lloraba en silencio; Garzón se inclinó ante ella, y sonrió a Leonor.

Lavalle lo miró de hito en hito, nublada la noble frente, por esa sombra de dolor que lo acompañó siempre:

—Hoy es mi vencido, general — le dijo, — pero mi estrella se esconde y la suya se levanta. Nos encontraremos de nuevo en el campo de batalla, y tendrá su desquite.

Le hizo un saludo militar y salió. El generoso corazón le anunciaba la serie de infortunios que lo aguardaban, hasta Famaillá, en que antes del año, su último puñado de valientes, sería pulverizado por los ejércitos de Rozas.

—Señor — me dijo la viuda de Cullen al partir — esta niña vive en mi casa, donde tendré el honor de recibirlo...

Reinaba el terror en Santa Fe. La soldadesca se había entregado al saqueo.

Las iglesias servían de refugio a multitud de familias, que procuraban salvar sus personas y lo más valioso de sus pobres bienes.

Entre los naranjales de su quinta, emergían los techos de teja de las casas coloniales, con sus puertas cerradas.

Llamé a una de ellas, en que un soldado me dijo que vivía la viuda de Cullen, y salió a abrirme una viejita temblorosa y risueña, encantada de conocer a José Antonio Balbastro, de quien Leonorcita hablaba a menudo...

Me guió hasta la sala y voló a anunciarme, y cuando vino Leonor, se sentó junto a nosotros para compartir las noticias que yo llevaría.

Felizmente, sobre un granado que florecía en el patio, había un loro que cantaba a grito herido canciones religiosas, salpicándolas con algunos compases del Carnaval de Venecia, y bastantes zafadurías.

A cada palabrota del pajarraco, la viejita se inquietaba en su sillón, y se llenaba de vergüenza, hasta que se levantó para ir a cambiarlo de sitio.

—¡Dame la pata, lorito! — le oímos decir. No volvió más.

Entonces pude hablar con Leonor, y anunciarle mi nueva divisa.

—¿Te has casado, Leonor?

—¿Quién ha de quererme, siendo tan pobre? — contestó sonriendo.

—¿No vino Jacinto Olmos?

—¡No! ¡Mal recibido sería si viniera! Se le cree espía, y se ignora por cuenta de quién ejerce el oficio.

—Hace un año que no sé nada de mi padre; sabes tú?

—Sí.

—¿Qué sabes? — interrogué sorprendido del repentino rubor que animó sus pálidas mejillas — ¿está en Córdoba?

—Con esta guerra las comunicaciones son inseguras y tardías. Ha vivido como prisionero, ignorando lo que ocurría en su tierra y ansioso de noticias de ustedes. Se ha visto envuelto en las revoluciones, y ha resuelto volverse a Buenos Aires, aprovechando una propuesta de escolta que le ha hecho don Juan Manuel... Eso me ha escrito...

—¿Nada más? — dije yo, temblando.

—Sí, algo más — contestó con la frente encendida: — me encarga que esté preparada para el viaje.

—¿Te vas, Leonor?

—¡Sí!

—¿A dónde?

—A Buenos Aires; enviará persona de confianza que me lleve...

—¿A Jacinto Olmos, acaso?

—No; ha revocado aquel poder.

—¿Y tú...? — exclamé tartamudeando — ¿tú, no temes viajar?

—No; estoy hecha a los peligros.

—¿Vas a irte, pues?

—Sí; él me lo manda y yo obedezco, como me encargó mi padre al morir. Sólo una cosa he exigido: no quiero vivir en Buenos Aires. Iremos a la Banda Oriental...

Yo no tenía ánimo para interrogarla más. Cada palabra suya engendraba en mí un nuevo dolor. ¡Qué miserable cosa es nuestro corazón!

Cuando concluyó de explicarse, me preguntó con ternura:

—¿Y tú, qué harás?

—Yo soy ahora un soldado de Lavalle, y voy a morir...

Guardó silencio un instante. Sus ojos profundos, alejados del presente, hundían una vaga mirada en las cosas futuras.

—¿Conservas siempre aquella corbata?

—¡Sí!

—Bueno: el día de la batalla, adórnate con ella...

Se tapó la cara, para evitar que yo viera su llanto, y huyó adentro; y yo salí triste, pero lleno de orgullo, porque era digno ya de usar mi corbata celeste.

III

La vuelta

En verdad, como él mismo lo había dicho, la estrella del general Lavalle palidecía.

Ya no concentraba todas las voluntades en las filas unitarias. Un poderoso rival le disputaba el prestigio.

El general Lamadrid, poco tiempo antes, había sido enviado por Rozas, a recoger en Tucumán los restos del ejército federal que combatió contra el presidente Santa Cruz, de Bolivia. Pero no bien tuvo aquellas tropas bajo su mando, se alzó contra el Restaurador, y se hizo de nuevo unitario, encabezando aquella efímera "Coalición del norte", formada por las provincias de Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy, y entró victorioso en la ciudad de Córdoba.

Lavalle no contaba con la escuadra francesa para llevar sus tropas al otro lado del Paraná.

A sus espaldas reaccionaba el fugitivo gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, iniciando una desesperante campaña de recursos. Y a su frente; en Coronda, acampaba ya el general Oribe, con un poderoso ejército, que ansiaba una batalla.

No teníamos otro camino que buscar la ayuda de Lamadrid, retirándonos hacia Córdoba.

Nos perdió la indecisión y la inercia. Un mes y medio

después de la infructuosa victoria de Santa Fe, todavía vivaqueábamos en sus suburbios.

El Ejército Libertador, engendrado con tantos dolores y centro de tantas esperanzas, se disgregaba en la indisciplina.

Frías, conocedor de las notas que el general Lavalle cambiaba con sus amigos de Montevideo, estaba desesperado.

Un día me dijo:

—Hay una cosa triste: nuestros amigos no creen ya en nosotros, y los que tanto han hecho por la gloria del general, hoy se burlan de él. Esto se lo escribe Florencio Varela, en una carta que lo ha descorazonado.

La escena a que asistí momentos después, aniquiló mis últimas ilusiones.

El general Lavalle dictando la respuesta, comentaba con dolor las palabras de su amigo el doctor Varela.

—Ya no tienen confianza en mí, y me acusan de indecisión y de ingratitud. Sólo de cobardía no me acusan...

Agitaba la carta con la mano crispada y leía a saltos algunos de los párrafos que más vivamente le hirieron.

—¡Sea! ¿Pero qué culpa tengo yo de que mis partidarios me engañaran? Me incitaron a marchar sobre Buenos Aires, asegurándome que el prestigio de Rozas era un artificio y que la campaña entera se pronunciaría en mi favor. No tuve, empero, ni una sola adhesión. Por todas partes enemigos. No he sido dueño nunca sino de la tierra que pisaba. Cuando a mis espaldas merodeaba *Mascarilla*, y frente a mí se volvía inexpugnable el campamento de Santos Lugares, y ni desembarcaban los franceses en Buenos Aires, ni estallaba la revolución, me resolví a castigar a ese bárbaro, que explotaba el nombre del otro López, para hacerse caudillo. Y me lancé contra él, y su ejército de gauchos se me fué de entre las manos. Y llegué a Santa Fe, y vencí; y él está intacto y yo estoy desecho...

Había en el general Lavalle una perpetua animosidad

contra López, más por su apellido que por sus condiciones.

Uno de los más penosos recuerdos de su carrera militar, era aquella derrota del Puente de Márquez, en 1829. El, militar de escuela, elogiado por San Martín, se encontró frente al caudillo de Santa Fe don Estanislao López y seguro de su gran superioridad, el tiempo se le hizo corto para librar la batalla, en que su brillante caballería fué sableada por las milicias gauchas "del año 20", como él las llamaba con desdén.

El parte de la victoria, firmado por López, era de una sangrienta ironía, que a Lavalle le hirió más que la misma derrota.

A los años de aquella acción, otro López, muy inferior a aquél, lo ponía en aprietos, anulando su reciente victoria. Esto lo veían y lo comentaban sus amigos, y la impetuosa pluma de Florencio Varela se lo enrostraba.

—"Persuádase que necesita consejo"... — leía el general en voz alta, para dictarnos luego la respuesta. — "Todos, pero principalmente los marinos franceses, que lo han tratado de cerca, le acusan de no tener la menor consistencia en sus ideas: de adoptar hoy un plan y olvidarlo mañana"...

Lavalle vertía lágrimas de despecho y de dolor.

Reunió luego a sus oficiales, les comunicó la situación y ordenó aquella lenta y fatal retirada sobre Córdoba, seguro ya de su inexorable destino.

No volvería a su hogar. No besaría más la frente de sus hijos, que lo despidieron en el puerto de Montevideo, aquel glorioso día del 2 de julio del año 39, cuando con tanta ilusión inició su infecunda cruzada contra Rozas.

Sentía constantemente el grito de uno de sus hijitos, atrayéndolo como la voz de una sirena, que quisiera desviarlo de su deber: "¡adiós tatita!..."

Era un adiós definitivo. Seguía imperturbablemente hacia donde estaba escrito que había de ir, de derrota en derrota, fatigado, pero indomable. Tan gloriosa como su

vida, sería su muerte, inmolándose por su ideal, la libertad de su patria.

Y así fué. Algunas semanas después demostraría una vez más el temple de su alma.

El general Mansilla, emparentado con Rozas, y un diplomático francés, M. Halley, llegarían al campamento del guerrero, a comunicarle oficialmente el tratado de paz firmado el 29 de octubre, por el cual Francia abandonaba a sus aliados.

Y el general Lavalle, recién vencido en Quebracho Herrado, sin esperanzas, con sólo un puñado de hombres, no quiso recibir a Mansilla, que venía de parte de don Juan Manuel, con mil seducciones a cambio de la paz; y tuvo energía para reprochar al comisionado francés la deslealtad de su gobierno.

¡Y siguió su Calvario.

Ya en esa época yo no estaba con él. Había caído prisionero en la mañana triste de Quebracho Herrado, y nunca más volví a verle.

Fué el 28 de noviembre de 1840. Si aquella batalla hubiera podido retardarse tres días más, o si la retirada se hubiera emprendido tres días antes, nos habríamos librado de un fatal encadenamiento de circunstancias, y otra hubiera sido la suerte de nuestras armas.

Habíamos salido de Santa Fe el 12, y acosados por las tropas de Oribe, marchábamos impacientes por reunirnos con los refuerzos pedidos a Lamadrid.

El punto de cita era el Quebracho Herrado, en los páramos de la frontera de Córdoba, a donde llegamos exhaustos, confiando en la ayuda de Lamadrid.

Este había faltado a la cita. Dos días antes se había retirado de ese lugar la división de auxilio que tanto necesitábamos.

No era posible eludir la batalla, ni era dudoso el resultado. Al mediodía, el Ejército Libertador había sido pulverizado por las tropas federales, y toda la artillería, todos los bagajes, toda la caballada, estaban en manos del vencedor.

Conservábamos con nosotros, en carácter de prisionero, al general Garzón. Era el momento de reintegrarlo a las filas de su partido, y Lavalle designó una pequeña escolta para que lo acompañara a través del desolado campo de batalla, hasta la tienda de Oribe.

Lo mandaba un joven oficial, Rufino Varela, y yo iba con él, amargado de sobrevivir a tanta ruina.

En el alborozo de la victoria, no halló límites el salvajismo de los federales.

Rescatado el prisionero, empezó la cobarde masacre de la escolta, a un paso de la carpa de Oribe. Cayó primero Rufino Varela, y cuando me tocaba el turno a mí, se interpuso un ginete.

—¡Este es mío! ¡yo lo conozco! ¡es un desertor!

—¡Jacinto Olmos! — exclamé yo.

—Sí, tenemos una cuenta vieja que arreglar, y no perderás nada con esperar un tiempito.

Un grosero desdén animaba sus palabras; y no no pude contener mi indignación.

—¿Por cuenta de quién espías ahora? — le dije.

Se puso lívido de rabia; temblaron sus labios, pero hizo un violento esfuerzo para reirse, y soltó una agria carcajada.

—¡Ya verás, pariente, cómo contesto yo a esas cosas!

Parecía ejercer algún mando en el ejército, pues todos se apartaron dejándome en su poder.

Desde entonces no me habló. Me habían atado contra un árbol, y yo comprendía que la espera no sería larga, porque las tropas iban a marchar picando la retaguardia de los vencidos.

Sin embargo, llegó la noche sin que se hubiera levantado el campamento. Yo me moría de sed, y a nadie podía pedir una gota de agua. Un tendal de soldados borrachos dormía cerca de mí; me llegaban en alas de la brisa el hedor de la sangre y los ayes de los moribundos.

Jacinto había desaparecido.

—Al alba te fusilarán — me dijo.

Su propósito era claro: necesitaba congraciarse la vo-

luntad de algún jefe poderoso, con una hazaña cualquiera, que bien podía ser el sacrificio de un desertor.

Hasta muy entrada la noche, ví lucir en la carpa de Oribe una luz; cuando se apagó, pensé: "El alba está próxima, y con ella el descanso; Señor, perdona a mis enemigos y salva a mi patria..."

Sentí un tropel de caballos, y divisé algunos bultos que se movían en la sombra. El aire parecía más fresco y puro, y hasta percibía el perfume de las flores que se abren al amanecer. Los ayes habían cesado, y a mi alrededor seguía durmiendo la tropa cansada.

—¿Dónde será la carpa del general? — preguntó alguien a mi lado, y esa voz me hizo estremecer. Yo la conocía, pero no recordaba dónde la oí.

La pregunta había quedado sin respuesta.

—¡Canejo! ¡que no se diga que Pepa la Federala no sabe mandar!! ¡A ver, muchachos...!

Nadie respondió. Por una abra del monte, veía diluirse las sombras, hacia el oriente. Era el alba.

—¡Pepa...! — clamé.

La mujerona, a tientas, en la oscuridad, se acercó a mi.

—¿Quién me llama?

—¡José Antonio Balbastro!

—Vaya, niño... ¿en qué anda por aquí?... ¿pero dónde está?.

Una sincera alegría vibraba en sus palabras. Alcanzó a tocarme.

—¿Qué le pasa?

—Estoy atado, y me van a fusilar...

—¿Quién ha hecho esto con tan buen federal? — rugió indignada, — ¿entre quiénes estoy? ¿acaso me he metido al campamento unitario?

—No; el unitario soy yo; estás en campo federal...

—¡Vaya por Dios! — exclamó tanteándome. — No se burle, niño. ¡De veras que está atado, y con nudos potreadores! ¿Quién lo ha puesto así? Estos que duermen han de ser, no más, salvajes unitarios...

—El unitario soy yo... — repetí.

—No le creo...

—Vas a creerme cuando me veas fusilar, antes de una hora. Todo ha sucedido como un sueño. Ayer hubo una gran batalla, y el ejército de Lavalle quedó deshecho. Yo estaba con él...

—¡No le creigo... no le creigo! — seguía diciendo Pepa, tratando de aflojar mis ligaduras. Yo sentía que lloraba, y algunas gruesas y cálidas lágrimas caían sobre mis manos. — Sea como sea, yo no voy a dejar que lo maten. Aquí tengo una tropilla de caballos, y tres hombres con mi marido...

—¿Tu marido, Pepa...?

—Sí, niño; he dado con él... Bueno, ya está desatado...

Cuando me incorporaba, estirando los brazos magullados, sentí la voz de Jacinto Olmos:

—¡Alto ahí, quién vive!

Pepa se alzó como una fiera, enristrando la lanza que dejara en tierra.

—¡Ahijuna! — gritó, reconociendo a Jacinto — ¡éste es el que yo andaba buscando!

—Ese es el que me ha atado, — le dije yo al oído — y el que me iba a fusilar.

Se produjo un entrevero de sombras, sonó un trabucazo, que ametralló la tierra a un jeme de mis pies, y vi, a su resplandor, que la brava mujer saltaba ilesa, asestando un feroz lanzazo a su enemigo.

—¡Jesús te valga! — le gritó a guisa de recomendación del alma — ¡de parte a parte, bandido! Corra niño José Antonio, aquí tengo los caballos. Que se lo lleve el diablo al general Oribe... Ahí queda eso...

Arrojó un papel, y escapó llevándome en vilo, como una leona que lleva un cordero.

Sa había producido una espantosa confusión: alaridos, ayes, relinchos de caballo, tiros, voces de mando y en medio de la batahola, las carcajadas de Pepa la Federala, que se burlaba de los que se atropellaban en la oscuridad, sin maliciar qué ocurría. A cien pasos del árbol estaba su

escolta, alarmadísima y en trance de huir, temiendo haberse metido en el campamento unitario.

—¡Pronto, muchachos! ¡aquí está el niño José Antonio! ¡dale tu pangaré, Anselmo, y montá en otro!

—¡Niño José Antonio! — exclamó alborozado el joven paisano. — ¡Yo lo hacía muerto de cuánto ha!

Me apretó entre sus brazos nervudos, me ayudó a montar, y en un santiamén, echamos a correr, burlándonos de las tercerolas que tiraban al acaso, detrás de nosotros. Cuando hubimos corrido algunas cuadras, nos detuvimos para cobrar aliento y forjar un plan.

Entrábamos a un monte, que se espesaba a medida que avanzábamos. Difícilmente, aunque era ya el alba clara, podrían descubrirnos. Sonaban los clarines despertando al fatigado ejército de Oribe.

—¡Ya habrá estirado la pata! — dijo la Federala, pensando en Jacinto Olmos. — Lo bandié, como a un cuero de arrope. Siento haber perdido la lanza; pero no tuve tiempo de sacarla... Vamos, niño, cuéntenos lo que le ha pasado...

—Ya tendrán tiempo de saber lo mío. Dénme agua, si tienen, y hablen ustedes, que yo estoy sin fuerzas...

—A los tientos hay un chifle, — dijo Anselmo, señalándome el recipiente prendido al recado.

Sentí al beber un delicioso renacimiento de todo el organismo, y sólo entonces agradecí en lo que valía aquella "gauchada" de mi amiga.

—¡Yo venía con un parte de don Juan Manuel! — exclamó entristecida. — Hace treinta días que vivo a campo, buscando al general Oribe, para dárselo. Pero él andaba como alma en pena de un lado a otro. Será la primera vez que Pepa la Federala no cumple lo mandado... Ahí les tiré el papel. Quiera Dios que no lo pisoteen.

Cuando por el sol calculamos haber hecho unas cuatro leguas, pedí un descanso a mis compañeros; me sentía desvanecer de fatiga.

Echados sobre el pasto fresco y fragante, y tomando

mates y comiendo chicharrón del que llevaban en las alforjas, me refirió Anselmo Pereyra, lo que le había ocurrido el día que se alejó de mí.

Cruzando la pampa, en busca de las huellas que le indicarían el rumbo de Jacinto y de su gente, dió con una partida de federales, que andaba juntando gauchos matreros, para el ejército.

Lo acogieron con júbilo y lo arrearon como a una res. Para que no hicieran lo mismo conmigo, se resignó a abandonarme, y entró de nuevo al servicio con otro nombre.

En Santos Lugares halló a Pepa, que acababa de ser ascendida a teniente.

—Cuando Lamadrid se dió vuelta en Tucumán — refirió ella — me le alcé de la escolta, pasé por Córdoba y llevé a Santos Lugares la noticia de la revolución. Por eso me dieron un galón, y me comisionaron para traerle al general Oribe eso que le he dejado. Ya lo sabe todo, niño.

—Todo no, Pepa. ¿Has estado en Córdoba?

—Sí, niño.

—¿Y has visto a mi padre?

Se puso a reir maliciosamente.

—¡Vaya si lo he visto! Como que traigo un mandado suyo. Aura soy libre; tengo tres meses de licencia para curarme unos tajos que me han hecho...

—¿Dónde lo viste?

—Ya no está en Córdoba su tatita. Pasó a Buenos Aires, y me ha dado la comisión de llevarle a la niña de sus ojos que anda por Santa Fe. Tengo pasaporte para cuatro soldados que han de acompañarme. Si gusta, lo enrolo en mi compañía.

Se puso a reir, y yo, que no quería ver más a Leonor, le contesté:

—No puedo acompañarte, Pepa. Soy un desertor, y si volviera, me fusilarían en Santos Lugares.

—¡Se auga en río bajo! Su tatita nos aguarda en la

quinta de San Isidro. Nadie sabrá que entre mi gente va su merced. Será un soldado como los demás...

—Tengo que volver al Ejército Libertador — contesté con tristeza, abrumado por la imagen de la sangrienta jornada de la víspera. ¿Pero quién me aseguraba que existía algo de aquel ejército? Ni siquiera podía afirmar que el General Lavalle había sobrevivido al desastre.

Pepa miró el sol y dijo, con acento de mando:

—No hay tiempo qué perder. Vamos muchachos.

Yo no discutí la orden; ensillé el caballo que me diera y partimos, arreando la tropilla por entre el espinoso monte.

Así volví a Santa Fe, cuando la ciudad se entregaba a la alegría de la derrota de Lavalle.

No sospechaba la desgraciada población que su inconstante gobernador *Mascarilla* cambiaría de divisa al poco tiempo, y aquel mismo Oribe se encargaría de castigarlo, entrando a sangre y fuego en la ciudad, y dejando tal memoria, que hiciera palidecer la que dejó el Ejército Libertador.

Esa fué la suerte de las provincias argentinas en aquella época: cada año cambiaban de dueño y cada cambio se marcaba con sangre, cualquiera que fuese la divisa, celeste o roja.

Yo no llegué hasta la casa de Leonor. Atamos nuestros caballos a la puerta de una pulpería suburbana, y allí aguardamos su galera, para acompañarla durante su viaje.

Cuando me vió entre los soldados de su escolta, se puso pálida, y yo comprendí que la indignaba mi cintillo federal.

—¿Fuiste vencido...? — me preguntó.

—Sí; y caí prisionero, y Pepa me salvó de ser fusilado.

—¿Y has cambiado de divisa?

—¡No! Pero no podría acompañarte, si no llevara la que llevo...

—¿Has perdido la corbata celeste?

—No atiné a salvar otra cosa, después de la batalla.

La ruborizó, mi vehemente respuesta. La fina espumilla, formaba sobre mi corazón, debajo de la chaqueta militar, una leve prominencia.

—He prometido morir con ella, — le dije.

En sus ojos brilló la inextinguible esperanza de los unitarios, que renacía siempre de las cenizas de todas sus derrotas.

—Un día, yo misma, — contestóme con voz solemne como un juramento, — la anudaré a tu cuello. Será para triunfar o será para morir...

Así iniciamos la vuelta a la gran capital del sur, donde mandaba don Juan Manuel de Rozas, y a donde yo tendría que llegar con nombre cambiado.

Prevalida de sus pasaportes y de su fama, Pepa seguía el camino real, sin temor de ser detenida por las partidas de soldados federales, que pululaban en aquella región. En cuanto a los unitarios, el viento de la derrota los había barrido hacia el interior de la república.

Leonor iba en una desvencijada galera del siglo anterior, único vehículo que pudo encontrarse en aquella Santa Fe, saqueada por todos los ejércitos. Era un armatoste asaz incómodo, sostenido en sopandas a guisa de elásticos, y acolchado con algunas mantas.

Seis mulas, guiadas por dos postillones armados de azoteras, tiraban a la cincha el carruaje, sacudiéndolo despiadadamente en los rudos caminos.

Yo galopaba junto al estribo, sin ver casi a Leonor, pero deseoso de que nunca llegáramos. Sentía una inmensa dulzura en tenerla cerca de mí.

Las noches eran de luna, y las aprovechábamos para viajar con la fresca, sin agotar nuestras cabalgaduras. A eso de las nueve de la mañana, cuando el sol picaba, Pepa daba la voz de alto. Nos deteníamos a la sombra de algún árbol copudo, y reposábamos, mientras los peones componían los aperos, engrasaban los ejes de la galera y se procuraban carne, boleando alguna res, en aquellos campos abiertos.

De trecho en trecho encontrábamos una posta. A veces mudábamos los tiros, a veces pasábamos de largo. porque en aquellos ranchitos de barro, azotados por el sol, Leonor se hallaba menos a gusto que a la orilla de la primera laguna entre un ceibal florido.

Así recorrimos el largo camino, que a mí se me antojó breve; y en una noche clara, divisamos sobre el horizonte la marcha de una arboleda.

—¡Las quintas de San Isidro! — exclamé yo con el corazón palpitante, pues iba a abrazar a mi padre.

Leonor me oyó, sacó la cabeza por el postigo y contempló el paisaje largamente. No dijo palabra, mas parecióme, a la luz de la luna, que su rostro adquiría una palidez cadavérica.

—¿Qué tienes?

—¡Nada, nada! — respondió escondiéndose en el fondo de la galera.

La quinta donde mi padre pasaba los veranos quedaba a orillas del río.

Cuando estuvimos cerca, hice detener a la escolta.

—Ven conmigo, Leonor; yo conozco los caminos de mi casa, que será la tuya...

Se bajó del coche y apoyó su mano en mi brazo. La blancura de su rostro parecía aumentada por el negror de sus vestidos.

—¿Por qué tiemblas? ¿tienes miedo?

Retiró la mano y siguió a la par mía, callada y profundamente triste.

El camino llegaba al pie de una escalinata que ya veíamos blanquear a la luz de la luna. La quinta, de árboles añosos, plantados por mi padre, era lóbrega, y reinaba en su seno un majestuoso silencio, turbado solamente por el melancólico rumor del río que batía la playa.

—¿De qué hablan las olas? — preguntó Leonor, contemplando el trémulo horizonte.

—Hablan de amor a los que han de amar, y de muerte a los que han de morir. ¿Por qué preguntas eso, Leonor?

Se detuvo y me miró hondamente, con el alma en los ojos, aquella alma cuyo enigma nunca descifré. Pero irguió la cabeza con un gesto de magnífica resolución, y empezó a subir la escalinata, delante de mí.

En el bosque chillaba una vigilante lechuza, que había sentido nuestros pasos.

Cuando llegamos a la galería, Leonor me hizo una señal para que mirase por la ventana abierta y enrejada del comedor.

Sobre la mesa, alumbrada por un quinqué, mi padre estudiaba un plano, en que el dedo rosado de mi tía señalaba algunos detalles.

—Aquí harás la pieza *para ellos*... — dijo mi tía, con una sonrisa triunfante, que suscitó en el noble rostro de mi padre otra igual.

Leonor lanzó un gemido, y habría caído en tierra, a no detenerla rodeándole la cintura con el brazo.

—¡Tatita! — exclamé.

Se levantaron los dos, y me vieron entrar como una aparición.

Hacía más de un año que mi padre no me veía, y la oscura barba que me había dejado crecer durante la campaña, lo desorientó. Me miró atónito, me reconoció, la miró a ella, y en un mismo abrazo nos estrechó a los dos.

—¡Hijos míos!

Nos besó largamente, y a mí me dijo al oído:

—¡Loco, loco! ¿por qué no me dijiste que la amabas?

Y yo me puse a llorar, como lloré el día en que él me habló de eso mismo y yo lo engañé.

—La has traído para tí, José Antonio. ¿Pero por qué dudaste de tu padre?

Oyendo tan dulce queja alcé los ojos y me encontré con los brazos abiertos de mi tía.

—¿Para cuándo me dejas, José Antonio? Ya ella me ha abrazado, y tú...

Oculté el rostro lleno de confusión en el confortable

seno de mi tía, que me besó con ternura maternal, y me susurró al oído.

—¿A qué no adivinas quién le reveló todo a tu padre?

—¿Quién?

—¡Manuelita Rozas...!

—¿Y ella, cómo sabía? — balbuceé, penetrado de un dulce dolor al oir el nombre de mi fiel amiga.

—Ella... ella... te miraba mucho y lo leyó en tus ojos...

Quise, entonces, saber si también podía descubrir algo, y miré a Leonor de muy cerca, y realmente columbré en el fondo del piélago azul de sus ojos, la divina joya del amor.

Y como aquel pescador de la balada, prendado de la hija del rey, me eché de cabeza en el dulcísimo mar...

IV

Emigración

Empezaron a correr horas febriles. Oculto en mi pieza, para que la servidumbre no advirtiera mi arribo, evitando así las tentaciones de denunciarme, asistía impaciente y gozoso a los preparativos de mi tía para levantar el vuelo.

Emigraríamos a la Banda Oriental.

Ella misma había negociado con don Tarquino la lomillería y la tienda, y encargado de la estancia a Anselmo Pereyra.

El portugués olió en el aire que se tramaba una fuga y sirvióse de ello para sacar ventaja; pero mi tía era un genio diplomático, que tenía a mano siempre los más extraordinarios recursos.

—Señor don Tarquino, — le dijo, — está usted en buena edad para casarse, y yo le tengo dispuesta una novia... Estoy segura de que será de su gusto...

Sin que el portugués asintiera, por falta de tiempo mi tía llamó a Benita, la tomó de la mano y se la presentó con mucha gracia.

—¿Qué le parece esta novia?

Pocas veces la buena señora incurría en lo que se llama vulgarmente "meter la pata"; pero cuando sucedía, el lapsus era colosal.

Don Tarquino, a quien ella sospechaba enamorado de

la gentilísima criada, cayó en una extraordinaria confusión.

—Yo merezco lo que me pasa; — tartamudeó, y la muchacha, avergonzada y conmovida, se escapó.

—¿Pero qué le pasa? — interrogó mi tía poniéndose colorada.

Seguramente se le ocurrió que el portugués seguía pensando en ella, y se ofendía de que le propusiera la mano de una criada.

—Me pasa... — dijo don Tarquino, alzando los brazos, con un gesto de desolación y arrepentimiento. Pero no se atrevió a continuar.

Yo asistía al coloquio a través de una rendija de mi puerta, y me impresionó advertir en la fisonomía del taimado personaje, una inesperada efusión de ternura. Fué un golpe de luz para mí. Yo también había observado, la predilección del portugués por la mulatilla, y el dolor de ésta, cuando alguien maldecía de él.

Mi tía cada vez más colorada, insistió:

—¿Pero qué le pasa don Tarquino? ¿Acaso no es de perlas esa criatura?

Y él repitió, tambaleándose:

—Esto me pasa por...

Mama Felisa entró en ese momento, trayendo a Benita, se le plantó en frente y cerró contra él:

—Eso le pasa por camandulero; por no hablar a tiempo; hace mil años que debió contarle a mi ama, que me dió palabra de casamiento, y me engañó, y que Benita es su hija, y usted no se la merece, ni he de entregársela yo mientras no me cumpla la palabra...

—¡Jesús me ampare! — exclamó mi tía, y el portugués agachó la cabeza, bajo aquel huracán.

Cuando mama Felisa le hubo dicho cuanto se le vino a la punta de la lengua, alzó la frente humillado y miró a la bravía mujer con aire de preguntarle:

—¿Nada más?

Y vió a Benita y se sintió vencido y le abrió los brazos.

Pero mama Felisa la contuvo y soltó esta otra andanada:

—Si no me cumple, me hago unitaria, y me voy a Montevideo con mis amos, y me la llevo, y no la verá más, por los siglos de los siglos, amén.

Los ojos de don Tarquino chisporrotearon.

—¡Desgraciada! — exclamó mi tía, tapándole la boca a su indiscreta sierva.

Mama Felisa palideció y se mordió la lengua, temerosa de haber hablado de más. El comprendió los recelos que inspiraba, se avergonzó y dijo, escudriñando a su alrededor, por si alguien más podía escucharle:

—¿Qué temen de mí? Cuanto podían contarme ya lo sé.

Arrojó una significativa mirada sobre la puerta, detrás de la cual asistía yo a la escena, y todos quedaron fríos. Benita, que aun ignoraba mi llegada, se encendió en un repentino rubor.

Su madre la miró con tristeza, y dijo, dirigiéndose a don Tarquino:

—¿Tendrá alma de hacerla sufrir?

El portugués se frotó los lagrimales, donde experimentaba una sensación desconocida, y con el aire de un César que salva un Rubicón, exclamó:

—¡Hágase lo que usted mande, ña Felisa!

—¡Que venga el cura en el acto! — respondió ella, inexorable, y mi tía se contoneó orgullosamente, como si ese casamiento fuese también obra de su diplomacia.

Por si acaso el hombre no merecía la confianza que empezaba a ganarse, mi tía no lo dejó partir.

—Nada perderá en acompañarnos este día — le dijo; y don Tarquino, blando como la cera, en manos de aquellas dos enérgicas mujeres, se sometió.

Yo no había visto a Leonor en todo el día, y apenas había hablado con mi padre, a quien alejaban los múltiples negocios que debía ultimar, antes de la partida, fijada para esa noche, en una embarcación de Mr. Atkinson.

Era un día tormentoso y el estado del río nos preocupaba.

Al caer la tarde empezó a llover, en gruesas y cálidas gotas, que se enterraban en el polvo de los caminos.

Se encendieron las luces y nos sentamos alrededor de la mesa, amos y criados, para nuestra última merienda en tierra argentina.

Leonor estaba junto a mí, y sobre sus cabellos de oro viviente bajo la simpática luz de nuestra lámpara, había prendido un ramillete de jazmines del Paraguay, y aquellas flores celestes eran como un desafío a la roja divisa de mi tía.

Esta nos contemplaba con ojos amorosos, y cuando mi padre le dirigía la palabra, ruborizábase como una colegiala que tropieza con su galán.

Benita nos servía, y yo observaba que su presencia causaba en Leonor un indefinible malestar. Durante la ausencia, la muchacha se había convertido en una real belleza. La porción de sangre africana que corría por sus venas, le daba un aire inquietante, salvaje y apasionado.

—¡Nunca le he tenido confianza! — díjome por lo bajo Leonor.

—¡Yo sí! — le contesté con algún aturdimiento; — es capaz de morir por nosotros.

Sorprendió a Leonor mi respuesta, y me pareció que se entristecía.

Había empezado a granizar copiosamente. Sintióse un ensordecedor redoble en el tejado; rachas de frescura entraban de la quinta.

—¡Mal tiempo para viajar! — exclamó mi tía. Y Leonor, recordando el primer día de su destierro, dijo:

—Peor que éste fué el tiempo que nos hizo cuando nos desterraron a Santa Fe. Era invierno y tatita estuvo a punto de morir en el camino.

Mi padre, embelesado de oírla hablar, se indignaba al solo recuerdo de sus penurias.

—¡Quisiera saber — exlamó con ira — quién provocó vuestro destierro.

Don Tarquino empezó a resoplar y mi tía, sobresaltada ante el giro de la conversación, propuso con juvenil alegría:

—¿Hagamos helados?

Se levantó impetuosamente y con mama Felisa y la muchacha, salió al corredor a recoger a puñados la piedra caída, que se amontonaba en los rincones, y con una fuente de crema confeccionó los mejores helados que he gustado en mi vida.

Cesó la lluvia y repentinamente se despejó el cielo y esplendió la luna. Mi padre consultaba a cada momento el reloj. Todo estaba listo, pero no había noticias de Mr. Atkinson.

De pronto sentimos el rumor de un caballo que se detenía al pie de la escalinata.

Nos levantamos con sobresalto, y corrimos a cerrar puertas y ventanas.

Era un soldado del ejército de don Juan Manuel, que venía con un pliego.

—Mala noche para estas andanzas, amigo — díjole mi padre al recibir el pliego.

El soldado se encogió de hombros y permaneció en la oscuridad de la galería. Debía de haber galopado largas horas bajo la lluvia, porque, a pesar de su poncho, estaba hecho sopas y su caballo asesaba fatigado.

Con mano trémula abrió mi padre el pliego, y sólo encontró un sobre dirigido a mí.

—¡Letra de Manuelita Rozas! — murmuró mi tía, empinada sobre mi hombro.

Era una esquela con dos líneas: "Atkinson está preso; pero a la media noche otra ballenera atracará en las barrancas de San Isidro. ¡Buen viaje!"

La lectura de esas dos líneas me llenó de emoción.

—¿Vas a contestarle? — preguntó mi padre. — ¿Qué podrás decirle que equivalga a esas palabras?

Busqué un pliego de papel y escribí: "Su corazón,

Manuelita, merecerá en la historia de este tiempo una página más hermosa que muchas batallas".

Mi padre leyó y dijo:

—Es verdad: será incompleto el relato que se haga sin mencionarla...

Leonor, que había asistido a la escena, dominando su ansiedad, corrió a un espejo, y se desprendió de la cabellera el ramillete de jazmines del Paraguay, lo guardó en el mismo sobre en que iba mi billete y le agregó esto: "Era mi divisa y la pongo a sus pies".

Un rato después, regresaba a la ciudad el chasque de Manuelita.

Aunque faltaban dos horas para la media noche, debíamos huir de un sitio que de un momento a otro podía ser rodeado, pues de aquella misiva desprendíase que la Mazorca sabía mi venida y nuestros propósitos.

Cerramos la casa. La servidumbre dormía. Guiados por el maestro Pancho, descendimos la barranca, hacia las toscas del río. El pie se hundía en el barro de los senderos, y caminábamos uno detrás de otro, en silencio, incapaz de expresar la amargura de abandonar la patria.

Iban con nosotros don Tarquino, mama Felisa y Benita, pero ellos no partirían. Nuestra casa quedaba en sus manos, para cuando algún día pudiéramos volver.

Mi tía, preocupada siempre de aquellas cosas, le había arrancado a don Tarquino la promesa de realizar cuanto antes las ilusiones de mama Felisa, que esa noche adoptaba unos aires majestuosos.

Una hora antes de la fijada, columbramos sobre el río la línea sutil de una ballenera que avanzaba forzando los remos.

—Anda en nuestra busca, — dijo el maestro Pancho, a media voz.

—¡Grítala, pues! — ordenó mi padre.

Resonó su alarido en la noche, y nuestros corazones se estremecieron. Minutos después la ballenera atracaba a la barranca.

Mi padre se volvió a contemplar el paisaje que iba a dejar y se agachó rápidamente y besó el suelo de la patria.

—¡En nombre sea de Dios! — exclamó santiguándose, y saltamos a bordo.

Unos cuantos golpes de remo, y la dócil embarcación empezó a alejarse de la barranca.

Don Tarquino y mama Felisa permanecieron de pie.

—¡Algún día volveremos! — había dicho mi padre por consolar a la buena mujer.

Mas para Benita esas palabras no tenían sentido.

Sentada en la tierra, había escondido la cara entre los brazos, y adivinábase que estaba llorando.

—¿Por qué lloras así? — le dije yo a media voz, enternecido.

—¿No lo adivinas? — me respondió Leonor, que estaba a mi lado.

—¡Porque nos vamos, sin duda!

—¡No! ¡porque te vas tú, José Antonio!

Callé un rato, mientras en mi alma se aclaraba aquel enigma, y luego, seguro de que Leonor lo había penetrado también, le pregunté:

—¿Tienes confianza ahora en ella?

—Ahora sí — respondióme con los ojos llenos de lágrimas.

Nos habíamos alejado bastante de la costa, y se borraban los contornos del grupo.

Los marineros habían izado la vela y la barca hundía valientemente su proa en las olas del gran río.

—¿Conservas la corbata celeste?

—¡Aquí está!

—¿Por qué no te la pones?

La saqué y se la dí.

—Un día me dijiste que tú me la pondrías, cuando fuera digno de ella.

—Hace tiempo que lo eres, — dijo desplegándola, y con arte exquisito la anudó a mi cuello.

Sentí que mi padre rezongaba; volví la cara, y ví que

mi tía estaba empeñada en ponerle otra corbata celeste, para salvarlo de riesgos en tierra oriental.

—¡Déjate de políticas, Zenobia! — contestó mi padre con firmeza; y como ella insistiera, le tomó las manos tiernamente y se las retuvo prisioneras. Y mi tía sonrió con impagable picardía, espiándonos de reojo.

Pero nosotros nos desentendimos de ellos, y hoy no puedo decir cuánto tiempo conservó mi padre en las suyas aquellas manos suaves y regordetas de mi tía, tan diestras para hacer pasteles, como para disponer matrimonios.

Buenos Aires, noviembre de 1920.

INDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE